

CEFERINO REATO

"SALVO QUE ME MUERA ANTES"

EL DÍA QUE MURIÓ KIRCHNER
LA NOCHE QUE NACIÓ EL CRISTINISMO

SUDAMERICANA



Ceferino Reato

“Salvo que me muera antes”

El día que murió Kirchner

La noche que nació el cristinismo

Sudamericana

OceanofPDF.com

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg_

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

OceanofPDF.com

Introducción

UN INSTANTE, DOS HISTORIAS

La construcción de un espectáculo y la acción política cotidiana son la misma cosa, aunque el pretexto de que están separadas ayuda a legitimar las acciones oficiales.

El politólogo estadounidense Murray Edelman en su libro
La construcción del espectáculo político.

Durante toda su historia, América latina ha sido un auténtico laboratorio de ilusionismo político.

El politólogo, historiador y diplomático francés Alain Rouquié a *La Nación*, el 23 de junio de 2010.

Recuerda que polvo eres y en polvo te convertirás.

Génesis, capítulo 3, versículo 19.

Al igual que en *Operación Traviata*, ¿quién mató a Rucci?, en este libro parto de un instante: el momento en el que Néstor Kirchner se desplomó fulminado al lado de la cama en la que dormía con su esposa, la presidenta Cristina Kirchner, en su residencia de El Calafate.

La intención es contar el kirchnerismo y el cristinismo —y en general, la Argentina— desde ese instante crucial. Como si fuera una ventana abierta en el lugar más adecuado de la casa para ver todo el paisaje.

El primero que se dio cuenta de que ese momento tenía su relevancia fue el experimentado colega Samuel *Chiche* Gelblung. En 2015, cuando lancé *Doce noches*, Chiche me hizo una entrevista en la Feria del Libro, desde donde estaba transmitiendo su programa de Radio Rivadavia. En un momento, me preguntó cuál sería mi próximo libro. “Algo sobre el kirchnerismo”, le contesté con una imprecisión buscada, un poco por cábala y mucho porque los periodistas y escritores somos celosos con los temas y enfoques que elegimos. “Ah, tenés que escribir sobre la muerte de Kirchner; es clave”, me contestó. Descubierto antes de comenzar.

Son —como en *Operación Traviata*— dos historias en una. Por un lado, la muerte de Kirchner reconstruida con el mayor detalle posible.

El gobierno brindó muy poca información sobre este hecho decisivo; por si no bastara, el escueto comunicado oficial hasta le erró en la hora del fallecimiento si lo comparamos con la partida de defunción y, más aún, con el testimonio de los médicos y enfermeros que lo socorrieron en la bellísima villa turística santacruceña.

Una muestra de desidia, pero dentro de un estilo: al kirchnerismo le gustan los juegos de misterio. Y más que a la verdad histórica, apuntan a crear una épica, donde ellos encabezan a los buenos contra los malos, a los amigos contra los enemigos.

¿La verdad? ¿Qué importa la verdad en esa lucha interminable, que viene desde el fondo de nuestra historia; en esa guerra sin cuartel en la cual los otros están siempre al acecho, dispuestos a utilizar cualquier astucia, a inventar todo tipo de operaciones arteras?

Ese escamoteo ha dado lugar a versiones de todo tipo sobre cómo murió, realmente, Kirchner. Circulan por las redes sociales, aparecen en las reuniones familiares y de amigos; cada tanto, algún personaje las trae de vuelta a la superficie de los medios de comunicación.

Por lo que pude averiguar, varias de esas versiones son un verdadero disparate. Otras, no tanto.

En todo caso, la vivacidad de esos rumores a casi siete años de la muerte del ex presidente muestra la hondura del rechazo que el kirchnerismo terminó provocando en vastos sectores.

Pero luego de tantas entrevistas con personas que los conocen mucho, entiendo que eso no es algo que le haya preocupado a Néstor ni le quite el sueño a su heredera, Cristina. Por el contrario, ellos han dejado crecer rumores que luego se comprobaron falsos. Pienso en la polémica sobre el título de abogada de la ahora ex presidenta.

La verdadera historia de la muerte de Kirchner podría ser un tema menor si no fuera por dos motivos: él seguía moviendo los hilos del poder en la Argentina y su fallecimiento provocó una fuerte conmoción en todos nosotros.

Es de esos raros momentos en los que cada uno puede recordar exactamente qué es lo que estaba haciendo cuando se enteró de la noticia.

Ese carácter extraordinario del hecho ocurrido el miércoles 27 de octubre de 2010 habilita la investigación de otra historia; una historia mayúscula, en sintonía con su impacto político y social.

Casualmente, aquel día era feriado y los argentinos nos preparábamos para recibir a los censistas. Los más antikirchneristas, con mucho recelo, del mismo modo en que reaccionaban frente a todas las iniciativas oficiales, como los festejos por el Bicentenario del 25 de Mayo.

Precisamente el libro subraya la relación entre el Bicentenario y el velatorio público de Kirchner en la Casa Rosada. Fue la misma estética, una construcción que le dio una identidad propia al kirchnerismo, distinta del peronismo tradicional y a tono con la particular coalición —volcada al “progresismo” o la centroizquierda— que fue expresando con el correr del tiempo.

En este sentido, más allá del dolor por la pérdida de su compañero durante más de treinta y cinco años, Cristina reveló una notable habilidad para convertir una tragedia en una puesta en escena, que le devolvió al oficialismo la mística que había perdido luego de dos derrotas consecutivas: en el largo conflicto contra el campo, en 2008, y en las elecciones legislativas de 2009.

Los funerales de Kirchner le sumaron a Cristina veinte puntos de imagen positiva, que alfombraron el camino hacia su reelección al año siguiente, cuando logró la votación récord del 54,11 por ciento, en primera vuelta, a más de treinta y siete puntos del segundo, y se convirtió en la primera mujer reelecta en el continente.

La fórmula “Cristina Viuda”, entubada en un luto que duraría más de tres años, resultó imbatible e hizo desertar a rivales como Mauricio Macri, que prefirió lanzarse a la reelección en Buenos Aires.

Cristina ganó hasta en territorios hostiles al kirchnerismo, como en la Capital y en Córdoba.

Elisa *Lilita* Carrió sacó apenas el 1,82 por ciento.

Hay varias definiciones sobre la opinión pública, pero todas comparten un atributo: es móvil, cambia frente a estímulos certeros. La muerte de Kirchner fue un evento que alineó a la opinión pública en favor de su viuda, la Presidenta, a quien se la pudo ver sufriente pero estoica acariciando el féretro cerrado y lustroso. En vivo y en directo, durante casi trece horas.

Cristina mostró liderazgo para conducir el país en un momento de incertidumbre y temor: acababa de morir el político que había reconstruido la autoridad presidencial y del Estado nacional luego de la gran crisis de 2001, cuando estuvimos al borde del caos, la anarquía y la disolución. Había mucho de épico en el hecho de que una mujer tenía que hacerse cargo, en soledad, de un gobierno formado por centenares de hombres.

A tono con nuestra desmesura habitual, Kirchner nos estaba llevando al otro extremo, hacia un presidencialismo excesivo y un Estado nacional demasiado rico y poderoso con relación a la sociedad civil, las empresas privadas y las provincias.

Cristina seguiría por la misma línea, intentando completar la tarea.

Pero eso no era algo que en aquel momento preocupara a la mayoría de la gente; además, nadie podía alegar que había sido estafado por Kirchner dado que sus tres mandatos como gobernador de Santa Cruz certificaban su preferencia por la llamada “democracia plebiscitaria”.

Podría decir “populismo”, pero es una palabra que no me gusta porque, al igual que el politólogo Alain Rouquié, en la entrevista con *La Nación*, pienso que “todo el mundo la usa como le parece”.

En cambio, “democracia plebiscitaria” es más precisa para indicar el tipo de régimen en el que “un caudillo, sostenido fielmente por un aparato político, se vincula de una manera directa con el pueblo”, como describe el politólogo italiano Sergio Fabbrini.

Sin instituciones que medien entre el jefe —o la jefa— y la gente: sin Congreso, sin Poder Judicial, sin medios de comunicación, sin organizaciones no gubernamentales, sin empresas fuertes y autónomas.

Esas instituciones se vuelven apenas correas de transmisión por las cuales bajan discurso y órdenes, y suben información y respaldo.

Vivimos en la época de la “teledemocracia”, donde los medios solo amplifican las noticias que llenan tres ingredientes: personalización, simpleza y dramatismo. Si la política se ha transformado en espectáculo, Cristina es toda “una diva”, como definió el cineasta, guionista y productor Francis Ford Coppola.

Esa estética resultó decisiva para comunicar la épica K y, por lo tanto, para transmitir una ética; es decir, certezas y valores sobre lo que está bien y lo que está mal. Estética, épica, ética: los tres ejes de cualquier relato o discurso.

En realidad, hubo dos velatorios, uno íntimo, en el chalet de El Calafate —Calafate, para los santacruceños—, con el féretro abierto. El otro, público, en el Salón de los Patriotas Latinoamericanos de la Casa Rosada, a cajón cerrado.

Si el segundo volcó a la opinión pública en favor de Cristina, el primero la consolidó como la nueva jefa del oficialismo.

Kirchner era el jefe indiscutido del kirchnerismo; y Cristina, su esposa y discípula, la primera en admitirlo. Su muerte renovó un problema dramático para una fuerza tan verticalista como el heterogéneo movimiento fundado por el general Juan Perón: ¿quién heredaría a Lupín o Lupo, como se lo conocía en su tierra?

Lupín, por su parecido físico con un personaje de historieta famoso en los cincuenta y los sesenta; Lupo era un derivativo, que, casualmente, quiere decir “lobo” en italiano. ¿Quién sería el nuevo jefe de esa manada de lobos que siempre fue el peronismo?

Era un interrogante que preocupaba a los peronistas, pero también a los no peronistas, que temían que los herederos del general Juan Perón salpicaran al resto de la sociedad si se enzarzaban en una lucha interna para dirimir el problema crucial del liderazgo. Como ya habían hecho en el pasado reciente.

Cristina solucionó esa duda en las pocas horas que duró el velatorio privado en “mi lugar en el mundo”, como había definido a esa tierra de lagos, glaciares y montañas, donde se consolidó como la heredera de Lupo.

Heredó todo, incluso aquello que no conocía en detalle. Heredó la forma de hacer política y el mecanismo de recaudación. Poder y dinero, las dos caras de la política según Kirchner, con las cuales creía que podría gobernar el país durante al menos veinte años.

Una vocación hegemónica que había mostrado ya en Santa Cruz.

Una de las hipótesis de este libro es que con la muerte de Kirchner terminó el kirchnerismo; nació algo nuevo, diferente, aunque derivado de esa etapa anterior: el cristinismo. Dos corrientes dentro del peronismo, pero con matices distintos.

El cristinismo alcanzó su esplendor con la reelección, cuando sus partidarios se ilusionaron con el “Vamos por todo” y soñaron con “Cristina eterna”. Duró poco: dos años, hasta la derrota en los comicios legislativos de 2013.

Mirado desde el presente, el pasado puede parecer inevitable y fácilmente previsible. Pero, en este caso, fue la propia Presidenta quien no quiso o no pudo gestionar aquel 54,11 por ciento de las urnas y lo achicó desde el vamos al restringir su segundo gobierno solo a los leales.

No pudo salirse del vector de la polarización, que sirve para ganar una elección pero no tanto para un buen gobierno.

Todos los datos económicos y sociales muestran que ese segundo mandato fue —lejos— el peor de los doce años y medio de los Kirchner en el poder. Así y todo, su candidato putativo, Daniel Scioli, estuvo a apenas 2,6 puntos porcentuales de ganar el balotaje presidencial.

De aquel pasado de gloria a este presente en el llano, ungida por el presidente Macri como la rival a vencer, con su libertad y su patrimonio en

peligro debido a las investigaciones judiciales por presuntos casos de corrupción.

De diva política a “jefa de la banda”, casi en un abrir y cerrar de ojos. La política suele ser cruel, cuando se pierde.

Para este libro, viajé a El Calafate y Río Gallegos. Agradezco a las personas que me brindaron sus testimonios. Siempre me sorprende la confianza de gente que no me conoce, pero que accede a compartir experiencias tan personales. Debe ser mérito de tantos periodistas que hacen bien su trabajo.

Algunos médicos, enfermeros, dirigentes políticos y ex funcionarios — nacionales y santacruceños— solicitaron que no diera a conocer sus nombres. En esos casos, utilicé los testimonios solo cuando me resultaron imprescindibles para los lectores, lógicamente luego de un chequeo lo más exhaustivo posible.

Comprendo tanta cautela. Como en algunas otras provincias, los santacruceños están habituados a convivir con la discrecionalidad de sus autoridades, que genera un lógico temor a eventuales represalias.

El aparato estatal tiene una presencia capilar en la extensa y despoblada Santa Cruz; las autoridades son individuos poderosos en una provincia donde una de cada dos personas que trabajan es empleado público.

“Mucha gente todavía tiene miedo; quedaron sumisos”, me contó un ex dirigente en Río Gallegos mientras me mostraba en su automóvil algunos lugares emblemáticos del kirchnerismo. “Es que te persiguen, te escuchan... O te hacen creer que te persiguen y te escuchan”, agregó.

Tampoco él estaba a salvo de esa paranoia. Cuando pasamos por la esquina donde está la casona en la que los Kirchner vivieron hasta 2008, me dijo: “Acá están las computadoras con las que ellos pueden escuchar todas las conversaciones que hagas por tu celular”.

En la Introducción y el Epílogo utilizo la primera persona cuando es necesario, pero no en los dieciocho capítulos del libro.

La mayoría de las fotos son del fotógrafo presidencial Víctor Bugge, a quien agradezco su generosidad, al igual que al director de Imágenes de Editorial Perfil, Carlos Lunghi.

Agradezco también al doctor Pablo Tapia y a los colegas Fernanda Longo, Luis Gasulla y José Luis Zorzi.

Por último, agradezco el respaldo y las sugerencias del director editorial de Penguin Random House, Juan Ignacio Boido, y del editor Roberto Montes; y en ellos, a todo el eficiente y amable plantel de la empresa.

OceanofPDF.com

Capítulo 1

“NO LO TOQUEN MÁS A NÉSTOR”

Gentileza Editorial Perfil



La ambulancia del hospital José Formenti regresando al chalet de los Kirchner, en El Calafate, con el cuerpo del ex presidente.

OceanofPDF.com

—¿Cómo es que nadie está haciendo nada? ¡Vamos,
reanímenlo! ¡No sean tan hijos de puta!
—¡Pará de gritar, loco! Fui yo quien les dio la orden; ya no
hay nada que hacer. ¡Y mandate a mudar de acá!

Rudy Ulloa, colaborador todoterreno de Néstor Kirchner, a
los médicos en El Calafate, y el reto de Cristina Kirchner, en el
shock room del hospital, el 27 de octubre de 2010.

—Yo trabajo las veinticuatro horas, no como ustedes que
están de joda.
—Dejate de romper las bolas. Te vas a morir si seguís así.

Diálogo entre Kirchner, gobernador de Santa Cruz, y el
diputado opositor Roberto Giubetich.

Paso a paso y pesito a pesito.
Una de las frases preferidas de Kirchner, según Miriam
Quiroga, asistente y —asegura— “la amante de Néstor durante
once años”.

Cinco minutos antes de que finalizara su guardia de veinticuatro horas,
cuando parecía que el trabajo había terminado y ya se veía en casa tomando
mate con su pareja, el doctor Claudio Cirille escuchó el mensaje de una

enfermera: “¡Hay una salida urgente!”. Contundentes palabras que a las ocho menos cinco de la mañana lo devolvieron a la realidad. Cirille se alisó la chaqueta azul con el logo del hospital José Formenti y salió a las apuradas en busca de la ambulancia. “Es en la casa de la Presidenta”, le contó el enfermero Pedro Corregidor cuando atravesaban el vallado de álamos y avanzaban por la calle Campaña del Desierto.

Todo queda cerca en El Calafate, la hermosa villa turística de casi 20 mil habitantes que Cristina Elisabet Fernández de Kirchner había entronizado como “mi lugar en el mundo”, seguramente no solo porque es la puerta de entrada del imponente glaciar Perito Moreno, el desafiante Cerro Chaltén y otras bellezas naturales únicas, sino también por la colección familiar de inmuebles y porque allí se siente como una reina en su comarca. Y más cerca queda todo en un día feriado, como aquel soleado, apacible —sin ese viento tan habitual— miércoles 27 de octubre de 2010, cuando también los calafateños estaban por recibir la visita de las personas reclutadas para el Censo Nacional de Población y Vivienda.

No más de mil metros separaban al hospital municipal del suntuoso chalet de los Kirchner, de trescientos veinte metros cuadrados; en los pocos minutos que duró el viaje, Cirille nunca pensó que se trataría de algo muy grave. Hasta que vio que el portón de madera de la casona de dos plantas con subsuelo estaba abierto de par en par y que, luego de atravesar los primeros sauces, una pequeña manifestación de custodias y asistentes salía a recibirlos haciendo señas y clamando ayuda.

—Rápido, apúrense que Kirchner está muy mal —fue uno de los gritos que pudo escuchar.

La ambulancia estacionó frente a la puerta principal. El médico y el enfermero subieron las escaleras al trote y en un dormitorio del primer piso que les pareció amplísimo encontraron al ex presidente Néstor Carlos Kirchner tendido boca arriba en la cama matrimonial, vestido con un pijama azul. Parecía que dormía plácidamente, salvo por tres detalles: la sábana de la parte superior y la colcha habían sido retiradas y yacían descuidadas a un costado; además, Kirchner tenía un raspón en la frente, a la izquierda de su rostro.

El tercer detalle que completaba ese cuadro irregular era que Benito Alen González, uno de los médicos contratados para cuidar la salud de la familia presidencial, le hacía masajes cardíacos ayudado por un monitor portátil del tamaño de una tablet, que registraba la actividad eléctrica del corazón de la persona más poderosa de la Argentina.

Recién despertado, agitado, visiblemente nervioso, Alen González presionaba el pecho de Kirchner hasta que la voz impersonal del monitor le ordenaba: “¡Detenga maniobra!”. El médico presidencial alzaba sus manos, fijaba la vista en la pantalla, pero nada: se iban las ondas y la línea volvía a estar recta; el corazón de Kirchner no latía por sí mismo, sin la ayuda de los masajes. Y Alen González continuaba con las maniobras de reanimación.

A los 60 años, Kirchner había sido todo lo que un político puede soñar: intendente de su ciudad, Río Gallegos; tres veces gobernador de su provincia, Santa Cruz, y presidente de la República; hasta había ungido a su propia esposa como sucesora. Algo que solo había logrado el general Juan Domingo Perón, aunque no por voluntad propia sino por su fallecimiento, el 1° de julio de 1974, cuando fue reemplazado por Isabelita, que había sido elegida vicepresidenta el año anterior.

Un político fuera de serie —en el más estricto sentido de la palabra— que se proyectó desde una provincia con menos de 130 mil electores, el 0,5 por ciento del total nacional.

“Un tipo nacido acá, en el culo del mundo, y todo eso lo hizo él, desde la nada; es admirable, por más que yo haya estado en contra de sus políticas y lo haya criticado mucho”, admite el ingeniero Roberto Giubetich, radical, actual intendente de Río Gallegos.

“Yo —agrega Giubetich— fui presidente del bloque de diputados provinciales del radicalismo cuando él era gobernador. Lo conozco desde chico. Mi vieja trabajaba en el Correo junto con el papá de él. En lo personal, teníamos un afecto casi familiar. Él vivía para la política; trabajaba los trescientos sesenta y cinco días del año; una pasión casi enfermiza”.

Y recuerda un diálogo telefónico con Kirchner durante una cena de fin de año entre los diputados provinciales del oficialismo y la oposición. Kirchner, que era gobernador, llamó a uno de los suyos, Héctor Icazuriaga, luego jefe de la Secretaría de Informaciones, la ex SIDE, para pedirle un dato de un proyecto de ley.

—Decile que duerma un poco —le gritó Giubetich.

—¿Quién habla? —preguntó Kirchner, según pudieron escuchar varios comensales.

—Tu opositor número uno —le volvió a gritar el radical.

—Dice que quiere hablar con vos —le comentó Icazuriaga mientras le pasaba su celular.

—Yo trabajo las veinticuatro horas, no como ustedes que están de joda —lo chicaneó el gobernador.

—Dejate de romper las bolas. Te vas a morir si seguís así —le contestó Giubetich.

El ex diputado Rafael Flores, que fue su aliado durante pocos años, hasta 1994, cuando se convirtió en uno de sus críticos más contundentes, afirma que Kirchner tenía “dos atributos positivos clave: audacia y tenacidad. Ojalá yo hubiera tenido la mitad de su tenacidad. No tenía grandes dotes intelectuales, pero tampoco presumía de tenerlas”.

En tanto, el ex canciller Rafael Bielsa recuerda que quedó muy impresionado durante una reunión de tres horas, el 8 de mayo de 2002; Kirchner quería ser presidente y él se postulaba para la Jefatura de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires. Tanto fue así que “a la salida de la Casa de Santa Cruz, declaré a los periodistas que adhería a su candidatura y que esa decisión era independiente de la persona que Kirchner eligiera como candidato para la ciudad”.

¿Por qué tanto desprendimiento en política? “Me fascinó —explica Bielsa— su obsesión con la gestión del Estado, su pasión por los números públicos. Yo estaba convencido de que la Argentina estaba sobrepensada, pero subejecutada. Había un montón de libros sobre la Argentina reciente, posterior a la crisis, pero no había nadie que supiera qué hacer con el país y que estuviera dispuesto a obtener la legitimación que se lo permitiera hacer”.

El encuestador preferido de Kirchner, el sociólogo Artemio López, opina que “fue un héroe, una figura política de una gran magnitud, porque fue el tipo que pudo pensar mejor la crisis de 2001 y buscar, y encontrar, una salida”.

Por otro lado, al momento de su muerte, Kirchner ya había alcanzado con creces el otro objetivo que siempre lo desveló: el dinero.

Poder y dinero, las dos caras de la política; los dos recursos que se alimentaban en forma recíproca y eran la pulsión de su vida, con los cuales creía que podría gobernar la Argentina durante veinte años.

Siempre tuvo la obsesión del dinero; por lo menos, desde que estudiaba abogacía en La Plata y llamaba la atención porque era el único entre sus compañeros de estudios que ahorraba en dólares. Y no en cualquier época sino en los revolucionarios años setenta.

“Necesito ser abogado para hacer plata porque quiero ser gobernador de Santa Cruz”, cuenta Cristina que le dijo una tarde de abril de 1976 en la galería de la casa de su mamá, en La Plata, al año de casados.

Disfrutaba del contacto físico con los billetes. Su vicegobernador entre 1991 y 1998, Eduardo *Chiquito* Arnold, recuerda que “era incapaz de pagarte un café, pero amontonaba la plata de los alquileres de sus propiedades en los bolsillos del pantalón y andaba varios días con los bolsillos hinchados, tocando el dinero a cada rato”.

Arnold cuenta otra anécdota sobre este aspecto de Kirchner. Visitaban la ciudad de Las Heras, en el norte de la provincia, a setecientos sesenta y ocho kilómetros de Río Gallegos, cuando el intendente Francisco Vázquez les comentó que en un viejo galpón había encontrado una caja fuerte “de las de antes. Kirchner pidió verla y, cuando la vio, como el recaudador compulsivo que era, fue a abrirla y dijo: ‘Cuando veo estas cajas... ¡Éxtasis!’”.

Kirchner tuvo la mala suerte de que fue grabado por el periodista que registraba su actividad como principal invitado a la fiesta por el aniversario de esa localidad, donde, casualmente, nació Arnold. Las imágenes serían dadas a conocer casi veinte años después por el periodista Jorge Lanata en su programa *Periodismo Para Todos*, por Canal 13; allí se ve claro que, luego de soltar esa frase, Kirchner mira en dirección del periodista y le

pregunta: “No me habrás filmado, ¿no?”. Todos ríen, y Arnold le dice: “¡Te escrachó!”.

Arnold rompió luego con el kirchnerismo, cuando —explica— se fue dando cuenta del “sobrepeso sideral en las obras públicas provinciales, un área que Kirchner dirigía personalmente. Él luego ‘santacruceño’ el país; lo que hizo allá, lo perfeccionó acá, a nivel nacional”.

Le gustaba acumular, pero no gastar, según Miriam Quiroga, locutora oficial de sus actos en su tercer mandato como gobernador y de su campaña presidencial; funcionaria influyente con despacho en la Casa Rosada durante su gobierno, y, según ella admite y muchos corroboran, “amante de Néstor durante once años”, desde fines de los noventa hasta prácticamente su muerte.

“Néstor era avaro, es cierto: no te pagaba ni un café. Siempre decía, incluso en actos partidarios: ‘Paso a paso y pesito a pesito’”, cuenta Quiroga, quien no recuerda que le haya regalado ni siquiera un perfume.

En ese sentido, asegura que fue Daniel Muñoz, secretario privado de Kirchner, quien la animó para que le recordara a su jefe y —dice ella— amante la situación económica que atravesaba, que era bastante vulnerable.

“Muñoz me dijo: ‘Boluda, hacé algo: él se está llenado de guita y vos alquilás; ni departamento tenés’”, sostiene Quiroga. Y agrega que esas palabras le dieron fuerza para hablar del tema con el Presidente.

—Néstor, sabés que estoy alquilando y que no me alcanza la guita. Yo te quería...

—¿Cuánto estás pagando de alquiler? —la interrumpió Kirchner.

—¿Qué te importa? ¿Me querés manejar también mis cuentas?

—No, lo que pasa es que hay que ver los gastos. Está bien, no me querés decir cuánto es el alquiler. Pero decime: ¿cuánto pagás de escuela por tu hija?

Siempre según Miriam Quiroga, le dijo una cifra aproximada.

—¡Mirá vos! Yo pago menos por Florencia y la tengo en el La Salle, en Florida.

—Pero, escuchame: te estoy pidiendo ayuda porque no me alcanza la guita y vos me salís con eso. No sé, aumentame el sueldo.

Kirchner levantó el teléfono.

—Rudy, encargate de conseguirle una casa a Miriam —le ordenó a Rudy Ulloa Igor, el colaborador todoterreno a quien Kirchner confiaba sus temas personales más delicados, esos asuntos de los que Cristina no tenía que enterarse.

“Lo llamé tres veces a Rudy por este tema, pero nunca me atendió”, afirma Quiroga.

Al momento de su fallecimiento, Néstor Kirchner —Lupín, Lupo, El Ruso o El Cuervo para sus comprovincianos— lideraba el Partido Justicialista y el Frente Para la Victoria, ocupaba una banca de diputado nacional y acababa de ser elegido secretario general de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur).

No le parecía tanto; quería más: se pensaba como el candidato presidencial del oficialismo para las elecciones del año siguiente —2011—, en la continuación de un ciclo de alternancia kirchnerista en la Casa Rosada que, según sus cálculos, debía durar al menos dos décadas.

Rutilantes ambiciones a punto de esfumarse definitivamente.

En contraste con el poderío y la riqueza del paciente, el cuidado de su gastado corazón era muy precario: Alen González no era cardiólogo sino especialista en cabeza y cuello, y ni siquiera contaba con un desfibrilador —un aparato portátil para revertir las arritmias cardíacas más comunes—, que en enero de 2017, cuando este capítulo estaba siendo escrito, costaba entre 24 mil y 60 mil pesos. Y era el único integrante de la Unidad Médica Presidencial que esa semana había viajado al sur con los Kirchner, primero a Río Gallegos y luego a El Calafate.

Tampoco era el titular del equipo médico de la Presidencia, formado por dieciséis profesionales; el jefe, Luis Buonomo, un cirujano amigo de Kirchner que tenía rango de secretario de Estado, se había quedado en Buenos Aires porque su esposa estaba enferma. Buonomo no andaba con buen timing en su trabajo: el mes anterior, cuando el ex presidente se había sentido mal en Buenos Aires, él estaba justo en Río Gallegos.

No solo no habían montado una mínima estructura para cuidar la salud de una persona con gravísimos antecedentes ya que Kirchner había sido intervenido en septiembre, en el segundo episodio cardíaco en apenas siete meses. Tampoco se preocuparon por avisar a los médicos del hospital local que habían llegado ni —obviamente— cuántos días estarían allí y en qué condiciones.

“Creo que eso es lo que más me llamó la atención y lo que aún hoy llama la atención a todo el mundo: en la casa no tenían nada de nada; el monitor era solo eso, un monitor para registrar si había o no actividad cardíaca. No tenían posibilidad de hacerle una desfibrilación o una cardioversión”, sostiene Cirille.

Tan relajados estaban todos que Alen González dormía en una de las habitaciones del hotel boutique Los Sauces Casa Patagónica —propiedad también de los Kirchner— cuando le avisaron que el ex presidente había tenido un infarto. Llegó rápido: el hotel, favorecido por la vista plena y larga de las aguas azul turquesa del Lago Argentino, está pegado a la residencia.

Delgado, de barba, nacido en La Plata aunque patagón desde hacía casi veinte años, Cirille recuerda que Alen González le contó que Kirchner despertó con un fuerte dolor en el pecho y con signos de falta de aire; que intentó pararse al borde de la cama, pero se desvaneció y rozó con la frente el borde de la mesita de luz antes de caer pesadamente al suelo.

“En el barullo del momento —agrega Cirille— apenas nos presentamos. Para no interferir en lo que él estaba haciendo ni molestarlo, yo me fijé en las pupilas, que es el indicio más certero de si hay daño cerebral o no. Las pupilas ya estaban dilatadas. Estaban fijas. Es una señal muy determinante. Desde el punto de vista neurológico, aunque el corazón hubiera vuelto a funcionar, ya no había mucha alternativa”.

—Las pupilas; ya las tiene completamente dilatadas —le informó a su colega.

—Vamos a hacerle una adrenalina intracardíaca —ordenó Alen González.

A Cirille le llamó la atención. “Es algo que en muchos protocolos ya no se usa, pero es como dice el dicho: ‘Donde manda capitán...’”.

Corregidor —el enfermero— abrió su maletín y cargó la jeringa con adrenalina para que el médico presidencial la inyectara directamente en el corazón de su ilustre paciente. Pero, con un gesto, Alen González le indicó a Cirille que se la aplicara él.

Así fue que Cirille alzó la jeringa y la clavó entre las costillas del ex presidente, al nivel del ventrículo izquierdo. Un momento crucial: los tres confiaban en que el monitor les informara que el corazón del hombre fuerte del país volvía a funcionar; “arrancaba”, en la jerga médica.

“Pero no hubo respuesta de ningún tipo, el monitor no registró nada”, cuenta Cirille.

—¡Vamos al hospital! —propuso el médico local.

Alen González estuvo de acuerdo. A esa altura, el chofer de la ambulancia ya había avisado al hospital que el paciente era nada menos que Kirchner, que su condición era crítica y que le estaban haciendo masajes cardíacos. Y los esperaba fuera del dormitorio con la camilla, como se hace en estos casos de urgencia. Los cuatro alzaron a Kirchner así como estaba, en pijamas y descalzo, y lo bajaron por la escalera mientras algunos guardaespaldas les abrían camino.

La Presidenta se les unió en la puerta de entrada; Cirille la había visto “de refilón, cuando subimos corriendo las escaleras, pero la mantuvieron todo el tiempo fuera de la habitación. Luego, me olvidé de ella; uno se enfoca en lo que debe hacer”.

Cristina Kirchner vestía calzas negras, una remera blanca y zapatillas; era una de esas raras ocasiones en las que se presentaba sin maquillaje, a cara lavada aunque parcialmente cubierta por anteojos de sol. Sin decir una palabra, subió con los médicos y el enfermero en la parte de atrás de la ambulancia; Alen González y Cirille siguieron con los masajes cardíacos mientras el chofer avisaba por radio que estaban volviendo y los llevaba al hospital aún más rápido de lo que habían llegado.

Corregidor colaboraba con el uso del ambú: cuando Alen González y Cirille interrumpían los masajes, el enfermero se ocupaba de presionar la bolsa de goma para ventilar al paciente a través de la mascarilla que le cubría la boca y la nariz. La secuencia era así: masaje de un médico, masaje del otro, ventilación manual, y vuelta a empezar.

“No hubo respuesta a ningún estímulo; su corazón nunca arrancó. Kirchner permanecía con los ojos cerrados; teníamos que abrirle los párpados, pero las pupilas nunca reaccionaron”, recuerda Cirille.

Cristina Kirchner hizo todo el viaje sentada en una butaca frente a su esposo; lo agarraba de los pies y le hablaba en un tono de voz no muy fuerte. Le escucharon repetir dos frases durante todo el corto trayecto: “¡Vamos, Néstor! ¡Fuerza!”, lo animaba. “No me dejes, por favor, no me dejes”, le rogaba.

Tres camionetas de alta gama de la custodia seguían a la ambulancia.

El periodista Guillermo Pérez Luque escuchó la sirena de la ambulancia cuando pasaba con su automóvil frente a la Posada Los Álamos, otro de los hoteles top de la ciudad, a un par de cuadras de la casa de los Kirchner.

“Acá no es como en Buenos Aires que escuchás sirenas y no les das bolilla. Acá, cuando hay sirenas, hay siempre una noticia; y más un feriado”, explica Pérez Luque, que aquel día fatal regresaba de cubrir un choque sin heridos en la calle principal —Avenida del Libertador General San Martín— frente al anfiteatro donde todos los años se realiza el festival en honor al Lago Argentino. Buscaba luego la clásica foto de las patrullas de censistas desparramándose por la ciudad desde la cabecera del operativo, ubicada en la Escuela N° 9 “Valentín Feilberg”, el marino que, casualmente, fue el primer hombre blanco en llegar a las aguas del mayor lago del país, en 1873.

Pérez Luque pensaba subir esas dos noticias —el choque y los censistas— a su portal Ahora Calafate y entregarse luego al descanso del feriado. Para eso, había levantado su programa de la media mañana en la FM de su suegro, Raúl Miño: “Nos habíamos preguntado con Raúl y con Sergio Villegas, el periodista que hacía exteriores, ¿qué va a pasar el día del censo?... Nos contestamos: No va a pasar nada, es feriado, no va a haber ninguna actividad... Salvo el censo, pero lo íbamos a cubrir en la página web. Así que le dijimos al operador, a la gente de Comercial, a los de Administración, a todos, que se tomaran el día y que volvíamos el jueves”.

Pero las noticias que hacen historia suelen llevarse mal con las previsiones demasiado estrictas. A Pérez Luque la noticia de su vida se le apareció bajo la forma de una ambulancia ululante y tres camionetas disparadas por la calle Ezequiel Bustillo hacia Avenida del Libertador: “Me di cuenta, claro, que iban al hospital. Doblé por Bustillo, pero iban muy rápido así que en un momento los perdí de vista”.

De todos modos, conocía bien el camino: pasó por la sede del banco provincial, el restaurante La Lechuza y la residencia que el gobernador de Santa Cruz tiene en El Calafate —frente al edificio geométrico donde funcionaba el Casino, recinto muy frecuentado por Kirchner antes de llegar a la Casa Rosada, en 2003—; dobló por Julio Argentino Roca —el general y presidente que integró la Patagonia al país, pero es acusado de “genocida de los pueblos originarios” por el kirchnerismo duro—; tomó por Simón Bolívar y paró su auto a mitad de cuadra, sobre su derecha, a unos treinta metros en diagonal a la ambulancia, que recién había estacionado en la dársena ubicada al lado de la pared azul de la Guardia, debajo de un techito a dos aguas, de zinc pintado de negro.

En el trayecto, Pérez Luque recordó que la Presidenta había suspendido una visita a Tierra del Fuego por una gripe con angina, y que el día anterior, el martes 26 de octubre, había tuiteado: “Acaba de irse el médico. Dice que tengo que descansar y cuidarme. Lo mismo que me aconsejó Mempo Giardinelli. Quiero sentirme bien para recibir mañana al censista”. Estacionó pensando que la enferma era Cristina, pero eso no podía ser porque de la ambulancia descendía la esposa de Kirchner y un puñado de médicos salía a recibirla. Luego vio que bajaban la camilla llevando a alguien: “Deduje que era Néstor, pero no alcancé a verlo porque estaba tapado por una manta marrón claro o naranja. Fueron solo unos segundos; todo pasaba muy rápido”.

Pérez Luque no atinó a usar la cámara de fotos: “Una de las camionetas de la custodia había estacionado unos metros más adelante y un guardaespaldas, que venía caminando hacia donde yo estaba estacionado, me ordenó que me fuera. Así que me fui a mi casa a preparar un programa de radio de emergencia porque, además, tampoco tenía celular; no lo había

llevado porque lo mío era sacar las fotos de los censistas y volver a casa a escribir una notita y subir el material”.

Cuando la camilla que llevaba a Kirchner atravesó la puerta vaivén color marrón del *shock room* —la sala de emergencias del hospital— eran las ocho y media de aquella mañana frenética, según calcula Cirille. A esa altura, habían llegado varios médicos y enfermeros locales con el director, Marcelo Bravo, a la cabeza.

“Lo primero que hicimos con Kirchner fue sacarlo de la camilla de la ambulancia, que no es muy estable, y pasarlo a la camilla del *shock room*”, cuenta Cirille.

En la Guardia, algunos funcionarios municipales y políticos locales que ya se habían enterado de la novedad pedían más detalles a los asistentes de los Kirchner. Ninguno de ellos pudo entrar en el *shock room*, un espacio lógicamente reservado a médicos y enfermeros. Solo ingresó la Presidenta; detrás de la camilla, acompañando a su marido. ¿Quién se iba a atrever a decirle que se retirara?

Eduardo Mikulik, el jefe de enfermería de la Guardia, la vio sentada discretamente en el suelo de goma aislante cuando entró a la sala de emergencias. Él no estaba de servicio aquel día, pero fue despertado por teléfono a las ocho y media por una de sus colegas.

—Venite al hospital porque se murió Kirchner —le dijo.

Mikulik, un misionero descendiente de rusos, prefirió la prudencia cuando le avisó a su esposa, que también dormía.

—Me voy al hospital porque hubo un problema; no sé qué pasó con Kirchner.

Vivía cerca y calcula que llegó en menos de cinco minutos: “Seguía sin entender mucho, pero enseguida me di cuenta de que la situación era muy grave. Lo primero que vi fue el cuerpo de Kirchner en la camilla y a todos los médicos haciendo las maniobras de resucitación. Me acerqué y pregunté si necesitaban algo más desde el punto de vista de enfermería, y me dijeron que no”.

Ahí fue cuando Mikulik miró hacia un costado de la sala y distinguió a la Presidenta.

En esos casos de vida o muerte, el protocolo es muy estricto y uno de los médicos toma el control de la situación para aprovechar al máximo el tiempo, que siempre es escaso en las maniobras de salvataje. No hubo necesidad de ninguna consulta: el equipo formado por una decena de médicos y enfermeros fue liderado por el clínico Rodrigo Sabio, a quien sus pares le reconocían una buena formación cardiológica y mucha experiencia en terapia.

Cirille hizo un rápido informe verbal y pasó a un segundo plano, en parte porque ya hacía más de un día que estaba de guardia, en la trinchera, como dicen los médicos. Pero también colaboró con los esfuerzos. Alen González, el médico presidencial, cumplió un rol más discreto.

Bajo la batuta de Sabio, el equipo entró en acción. Durante cuarenta y cinco minutos no dejaron maniobra sin intentar. Con un desfibrilador azul aplicaron descargas eléctricas al sufrido corazón de Kirchner, que también fue objeto de miles de agotadores masajes por parte de varios médicos que se iban turnando en el esfuerzo.

Al principio probaron con ventilar al paciente a través de una mascarilla, como en la ambulancia pero conectada al grifo del oxígeno central del hospital. Luego, Sabio ordenó a la doctora Patricia Pérez que lo intubara para asegurarse de que todo el oxígeno le llegara directamente a los pulmones. Fue una orden no verbal, apenas una mirada, como habilitándola: Pérez, una médica mendocina, era quien más experiencia tenía en emergencias y en terapia intensiva; se sobreentendía que sería ella quien intubaría al ex presidente.

Los enfermeros cumplían al detalle las órdenes de Sabio: algunos manipulaban los casilleros del “carro de paro”, de donde extraían las cantidades variables de adrenalina y atropina que debían suministrar a través del suero; otros alcanzaban diversos materiales y realizaban los electrocardiogramas. También colaboraron con Pérez acercándole el tubo endotraqueal y facilitando la conexión con el respirador.

Tal vez por una cuestión de género, Pérez era quién se acercaba dónde estaba la Presidenta, se sentaba también en el suelo y le informaba lo que

sucedía.

—Doctora, lo intubé y estamos haciendo todas las maniobras que indica el protocolo para estos casos —le dijo una vez que terminó de conectar el tubo de plástico flexible al respirador.

Quienes la vieron en aquellos momentos cruciales recuerdan que Cristina estaba conmovida y muy pendiente de la tarea de los médicos y los enfermeros, pero sin perder la calma ni el control. “No la escuché llorar; no dijo nada, por lo menos en voz alta; se la veía triste, sí, pero tranquila”, confía un enfermero.

Los médicos y enfermeros consultados coinciden en que repasaron todas las maniobras de reanimación hasta tres veces más de lo que prescribía el protocolo. Era comprensible. Sabían que la camilla era ocupada por la persona con más poder de la Argentina y que, apenas a unos metros, sentadita en el suelo, estaba la actual presidenta, su esposa. Los Kirchner mandaban en la Argentina desde hacía más de siete años, y en la provincia, desde casi veinte. Y El Calafate se había convertido en un reducto K, con una militancia bastante activa.

Pero nada dio resultado. Cada vez que los médicos interrumpían los masajes para verificar si el corazón de Kirchner había arrancado, la línea del monitor volvía a aplanarse.

A los cuarenta y cinco minutos de iniciadas todas esas maniobras, Sabio consultó con la mirada a los médicos y a los enfermeros. No hubo necesidad de que nadie hablara: todos coincidieron en que Kirchner estaba irremediablemente muerto. Y que había que decirle a su compañera y esposa —a la Presidenta—, que seguía allí, sentada en el suelo.

Pérez volvió a acercarse donde estaba Cristina Kirchner.

—Doctora, hemos hecho todo lo que hemos podido. Ya no hay nada más que hacer, lamentablemente.

Eran las nueve y cuarto. Cristina la miró, le agradeció y se paró.

—Ya está, déjenlo, no lo toquen más a Néstor. Les agradezco todo lo que hicieron, pero no hagan más nada —les dijo.

Fue un segundo: todos alzaron las manos y quedaron como paralizados ante la orden que esperaban. Quienes masajearon el pecho del ex presidente hasta dieron un paso atrás.

—Sáquenle todo lo que le pusieron —ordenó la Presidenta en referencia al suero, los electrodos y el tubo.

—Y salgan todos de la habitación. Quiero estar un minuto a solas con mi marido.

Los médicos y enfermeros enfilaban hacia la salida cuando Rudy Ulloa entró a los gritos. No era solo una persona de total confianza de Kirchner; también funcionaba como puntero político mayorista y empresario de medios periodísticos ultra K. Un hombre de pelea, el jefe del grupo de choque de Kirchner en Río Gallegos, un “lupinero” de la primera hora, casi un hermano menor para el ex presidente.

—¿Cómo es que nadie está haciendo nada? ¡Vamos, reanímenlo! ¡No sean tan hijos de puta! —les ordenó.

—¡Pará de gritar, loco! Fui yo quien les dio la orden; ya no hay nada que hacer. ¡Y mandate a mudar de acá! —lo cruzó Cristina Kirchner, que nunca le tuvo mucho aprecio, al igual que a otros miembros del círculo íntimo de su marido.

Ulloa agachó la cabeza y salió junto con los médicos y enfermeros.

A la hora de la verdad, tanto poder y tanto dinero no le habían servido de mucho a Néstor Kirchner. El hombre que movía los hilos del poder en la Argentina, que se había convertido en una de las personas más ricas de la Patagonia, terminó sus días en la camilla de un modesto y perdido hospital de pueblo, como tantos otros.

Kirchner también era mortal.

Capítulo 2

CUANDO EL MÉDICO ESCRIBIÓ “FRÍO” EN SU CELULAR

Gentileza Víctor Bugge. Presidencia de la Nación



*Diego Maradona, la Presidenta y Evo Morales
en el velatorio público de Kirchner, en la Casa Rosada, el 28 de octubre de 2010.*

OceanofPDF.com

*Nueve horas, treinta y un minutos en todo nuestro país.
Estamos en un flash informativo especial de FM Dimensión
con noticias de último momento. Internaron al pres... al ex
presidente Néstor Kirchner en El Calafate. Para más
información, Sergio Villegas.*

Guillermo Pérez Luque, periodista, en El Calafate.

Te juro que me temblaba la mano cuando la escribía.

Francisco Muñoz, socio fundador de la agencia OPI Santa Cruz, sobre la noticia titulada “Kirchner falleció en El Calafate”, publicada a las 9:45.

—*José María, me enteré, lo siento muchísimo.*

—*Todavía no lo puedo creer.*

—*¿Cómo fue?*

—*No sé mucho, parece que fue el corazón...*

Julio ya está viajando para allá.

Diálogo entre Daniel Hadad y José María Olazagasti, secretario privado de Julio De Vido. Fue la manera que encontró Hadad para confirmar el rumor sobre la muerte de Kirchner para su canal C5N.

El secretario general de Redacción de *La Nación*, Héctor D'Amico, se sorprendió mucho al recibir el llamado en su casa de la corresponsal en Santa Cruz, Mariela Arias. Era feriado, temprano, y ella nunca lo llamaba a su celular.

—Disculpe si lo desperté. Quería decirle que ya envié a la web del diario un anticipo muy importante, pero que el equipo de la plataforma online no lo quiere subir.

—¿Y qué decía esa noticia?

—Que Néstor Kirchner estaría gravísimo, en el hospital de El Calafate.

—¿Qué?

—Sí, que Néstor Kirchner estaría gravísimo. Yo estoy en Río Gallegos y él, en El Calafate. Pero lo tengo confirmado de muy buena fuente.

—¿Es segura esa fuente?

—La fuente es inmejorable. También le mandé un mensaje de texto a [Luis] Buonomo para que, por favor, confirme la noticia.

—Bueno, vamos a subir eso que enviaste.

La corresponsal de *La Nación* en los dominios de los Kirchner se refería al equipo técnico del sitio on line del diario, cuyos integrantes eran los primeros en llegar. En un feriado, un poco más tarde que lo habitual. Pero no podían subir noticias.

D'Amico recuerda ahora que al rato, minutos después de que la noticia apareciera en la web del diario, Arias volvió a llamarlo y le confirmó que el ex presidente había muerto.

—Tengo la respuesta de Buonomo. Textual: “Frío”.

Quien había logrado comunicarse con el amigo y médico de Néstor Kirchner era otra periodista de *La Nación*, Mariana Verón, que seguía los temas políticos vinculados con el gobierno y que horas después viajaría a El Calafate, enviada por el diario.

“La palabra ‘frío’ en la pantalla del celular la recuerdo porque me lo contó Mariela Arias. Mariana Verón fue quien contactó primero a Buonomo y ella luego compartió la respuesta con Mariela y la Redacción”, dice D'Amico.

Y agrega: “Ahí supimos que Néstor Kirchner había muerto, pero quisimos chequear bien la noticia; no podíamos equivocarnos en algo así:

La Nación no podía matar al ex presidente. Dimos la confirmación creo que seis u ocho minutos después del medio que dio la primicia”.

D’Amico, que escribe maravillosamente y sobre una vastedad de temas relacionada con el amplio abanico de sus lecturas e intereses, es también una persona prudente: *La Nación* —como otros medios periodísticos— estaba en la mira del kirchnerismo y no podía cometer un error en un tema tan sensible.

Fue una jornada muy intensa entre los periodistas de los medios porteños. Los rumores sobre la muerte de Kirchner comenzaron a circular con mucha fuerza a media mañana. Pero resultaba difícil confirmarlos porque los colaboradores más cercanos de los Kirchner habían apagado sus celulares.

“Si no tenemos la confirmación de una fuente oficial, no podemos darlo”, ordenó Daniel Hadad cuando desde C5N lo consultaron sobre esas versiones. Todavía no había sido presionado por el gobierno para que vendiera sus medios a un empresario amigo de los Kirchner, Cristóbal López. Por lo tanto, además de ese canal de cable, que peleaba palmo a palmo con TN el primer lugar, lideraba la audiencia en AM con Radio 10 y en FM con sus cuatro radios.

Hadad tampoco encontraba a nadie hasta que recordó que había sido despertado bien temprano por un llamado a su celular.

—Perdón, perdón, equivocado —escuchó que le dijeron antes de cortar.

Y vio en su pantalla que se había tratado de José María Olazagasti, el secretario privado del ministro de Planificación Federal, Julio De Vido.

“No alcancé a decirle nada —cuenta el periodista y empresario— porque colgó muy rápido. Yo había hablado con él la noche anterior y se ve que él se confundió y que en el apuro apretó el último número que había marcado. Pero no le di importancia a ese llamado hasta que, como no encontraba a nadie para confirmar esos fuertes rumores, probé con él; lo llamé y me atendió.

—José María, me enteré, lo siento muchísimo.

—Todavía no lo puedo creer —me dijo, llorando.

Con una mano, seguí sosteniendo el celular, y, con la otra, llamé a C5N.

—¿Cómo fue?

—No sé mucho, parece que fue el corazón... Julio ya está viajando para allá.

Cuando me atendieron en el canal, me despedí de Olazagasti.

—Pongan la placa de alerta y den la noticia: Murió Néstor Kirchner. Está confirmado —le dije al productor”.

La periodista Débora Plager estaba al aire y dio la noticia: “Murió Néstor Kirchner. La información primero en C5N”.

El reloj marcaba las diez y trece.

Mariela Arias —la corresponsal de *La Nación*— había sido alertada por su colega y amigo Sergio Villegas; como su celular estaba apagado, la llamó directamente al teléfono fijo de su casa.

—Kirchner está internado y está muy mal —le avisó.

Villegas le contó que había encontrado una muy buena fuente dentro del hospital, pero que estaba buscando más información para dar la primicia en FM Dimensión y el portal de noticias Ahora Calafate.

En pijama, Arias comenzó a recorrer el espinal de sus contactos hasta que un ministro de Cristina Kirchner le confió que Buonomo le había dicho por teléfono que el panorama estaba “complicadísimo”.

En la villa turística, Villegas se preparaba para salir al aire en el primero de los flashes informativos que marcaron un antes y un después en la corta historia de la pequeña radio calafateña.

“Porque nada detiene a la información. La información llega rauda a nuestra mesa de trabajo. Noticia urgente”. Nada, rauda, urgente; tres palabras muy netas en la voz de alerta de la locutora, que dieron paso al periodista Guillermo Pérez Luque: “Nueve horas, treinta y un minutos en todo nuestro país. Estamos en un flash informativo especial de FM Dimensión con noticias de último momento. Internaron al pres... al ex

presidente Néstor Kirchner en El Calafate. Para más información, Sergio Villegas. Sergio, adelante”.

Despeinado, apenas lavados los dientes y la cara, en calzoncillos y remera, Villegas soltó parte de la información que había acumulado.

—Gracias, Guillermo. Buenos días. Efectivamente, la noticia que a partir de este momento empieza a recorrer el país y el mundo es que el ex presidente Néstor Carlos Kirchner, esposo de la presidenta de la Nación, fue internado de urgencia esta mañana en la guardia del hospital público de El Calafate, José Alberto Formenti. Hasta ahora, hay total hermetismo sobre el diagnóstico del ex mandatario presidencial. Fuentes confiables han dicho a este medio que podría tratarse de un problema coronario. Hay que recordar que el 12 de septiembre Néstor Kirchner había sido intervenido quirúrgicamente por problemas en la carótida [textual]. Esto alertó al propio Néstor Kirchner y a familiares sobre problemas cardíacos, que parecían haberse solucionado. Ahora, está internado en el hospital de El Calafate desde esta mañana y podría ser el mismo origen. Esto es extraoficial, todavía no hay información oficial. Lo que sí ya está confirmado, Guillermo, es que el ex presidente ha vuelto a ser internado en el hospital de El Calafate. Hay que recordar que, años atrás, en un fin de semana largo de Semana Santa, había estado en una misma situación, pero por otro problema de salud.

—Así es. Fue en el año 2004. El 8 de abril de 2004, en Semana Santa, precisamente. Luego, esta internación en la ciudad de Buenos Aires, y ahora esta novedad de último momento con el ex presidente Néstor Kirchner internado en El Calafate, atendido, entonces, por los facultativos del hospital. Sergio...

—Hace minutos atrás, la noticia comenzó a llegar a otras autoridades. Al momento de ser internado Néstor Kirchner, había autoridades, por ejemplo de la gobernación de la provincia, que no estaban enteradas de esta situación.

Villegas estaba durmiendo cuando Pérez Luque lo llamó para contarle que había visto cómo bajaban la camilla que llevaba a Kirchner hacia la Guardia del hospital.

—Ponete a averiguar que yo voy a la radio a organizar la cobertura —le dijo Pérez Luque.

Antes de salir de su casa, Pérez Luque llamó al operador, Juan Saromé, que también estaba de franco.

—Venite a la radio porque tenemos que dar una serie de flashes informativos urgentes.

Pérez Luque conducía el programa más escuchado de la mañana, llamado *Radio Activa*, donde Villegas —uno de sus socios en el portal de noticias— se encargaba del móvil; es decir, de las noticias en la calle.

Aquel miércoles, que era feriado por el Censo, habían levantado el programa y su lugar estaba siendo ocupado por Chiche Gelblung desde Buenos Aires ya que FM Dimensión era la repetidora local de Radio Mitre desde su fundación, en 1992.

Ya con una idea en la cabeza sobre cómo dar la primicia de su vida, Pérez Luque volvió a subirse al auto y se trasladó a la radio, que funcionaba pegada a la casa del dueño, Raúl Miño, que era también su suegro.

—¡No te puedo creer! Bueno, en 2004 también lo habían internado de urgencia y se recuperó —le contestó Miño cuando le contó lo que estaba sucediendo—. Hay que averiguar bien antes de dar algo así al aire.

De eso, de buscar información, se estaba encargando Villegas, que es nacido y criado —un NyC— en El Calafate y se dedica al periodismo desde los 15 años. En aquel momento tenía 34.

—¿Qué pasó? —le preguntó su pareja, que también fue despertada por el llamado de Pérez Luque.

—¡Lupo está internado! —le contó Villegas mientras saltaba de la cama y comenzaba a perseguir a sus fuentes con el teléfono fijo y dos celulares.

Primero llamó al director del hospital, Marcelo Bravo.

—¿Qué está pasando, Marcelo?

—No sé, me estoy levantando. Me llamaron de urgencia del hospital, pero no sé qué está pasando.

—Dale, ¡contame!

—No, en serio, Sergio. Me estoy poniendo el pantalón; estoy saliendo para el hospital porque me llamaron para que vaya urgente, pero no sé por qué.

Después, fue el turno del intendente Javier Belloni, que también estaba durmiendo.

—Che, ¿qué está pasando?

—No sé, ¿por qué me preguntás?

—Mirá, para mí, algo está pasando; salió una ambulancia, aparentemente, de la casa de Kirchner.

—No sé nada. ¿Estás seguro?

—Si es verdad lo que me estás diciendo, que no sabés nada, creo que deberías averiguar.

—A mí no me avisaron nada.

Probó en tercer lugar con una persona del área de Inteligencia de una fuerza de seguridad, que había estado destinada en El Calafate pero que en aquel momento trabajaba en Río Gallegos; un “servicio”. Un buen periodista debe tener alguno de esos personajes en su agenda.

En este caso, no le fue de mucha utilidad.

—Mirá, no sé nada —fue la respuesta. También estaba durmiendo.

Llamó, entonces, al jefe de ese “servicio”, que comandaba esa fuerza de seguridad en Santa Cruz. También trabajaba en la capital provincial. Resultó otro intento fallido.

—No sabemos nada.

—Pero ¿en serio no saben nada?

—En serio.

Claro que el que busca, encuentra: “Parece que Kirchner está internado”, le informó por mensaje de texto una fuente a la que había consultado por esa vía.

“No era una persona del hospital —explica Villegas— pero había logrado entrar y me empezó a tener informado. Yo la llamaba cada dos o tres minutos, y me contestaba siempre muy cortito, precisamente porque estaba ahí y no podía hablar mucho”.

Y se concentró en este filón. En la primera llamada, le confirmó que el ex presidente estaba en el hospital.

—Sí, sí, Lupín está acá.

—Pero ¿qué pasó?

—No, mirá, no sabemos.

En un segundo llamado, ya la fuente fue más específica.

—Parece que es el corazón.

Villegas llamó a Pérez Luque: ya tenían datos suficientes para informar que Kirchner había sido internado de urgencia, probablemente por una complicación cardíaca. Además, subieron la noticia a la página, que en pocos minutos colapsó.

Como sucede con una noticia de tanta relevancia, los medios de Buenos Aires y de todo el país tardaron muy poco tiempo en levantar la primicia.

Eso ocurrió a las nueve y treinta y uno. “A los poquitos minutos nos llega la información de que Kirchner había fallecido”, recuerda Pérez Luque. Fue cuando Villegas le contó la última secuencia de llamados con su fuente privilegiada.

—Mirá, no sale —le dijo su informante, y cortó.

Villegas no entendió bien qué es lo que quería decirle; lo volvió a llamar un par de minutos después.

—Ya está.

—¿Ya está qué?

—Peri, ya está: tuvo un paro y no salió —le dijo; en un gesto de confianza, lo había llamado como lo conocen a Villegas en El Calafate: Perico o Peri.

—Pero ¿qué me querés decir con que “ya está” y “no salió”?

—Eso, que ya está: Lupo se murió.

Villegas se quedó un momento sin habla y cortó: no pudo continuar la comunicación. “¿Cómo que se murió Kirchner?”, comentó en voz alta. Cuando se recuperó, llamó a Pérez Luque, que se agarró, literalmente, la cabeza.

—¡No puede ser! —respondió.

—¿Qué pasa? —le preguntó Miño a su lado.

—Dice Sergio que Kirchner se murió... Sergio: ¿vos estás seguro?

—Sí, Guillermo; es así.

—¿Seguro?

—Sí, si te le estoy diciendo es porque ya está. Mi fuente es inmejorable; está ahí, en el hospital... Esperá un poquito que justo me está llamando por el otro celular... Hola, acá estoy.

—Mirá, acá me piden si podés esperar un rato para dar la noticia —la voz de la fuente sonaba suplicante.

—¿Un rato? ¿Cuánto?

—La verdad, no sé. Un rato para avisar a la familia.

Villegas recordó las veces que familiares o amigos que viven en el resto del país se enteraban por los medios de que sus parientes habían fallecido en accidentes en las rutas patagónicas mientras estaban de vacaciones, algo que siempre le pareció “horrible”, una crueldad innecesaria.

—Te doy quince minutos —le respondió.

Al final, ese tiempo de gracia resultaría bastante mayor.

Pérez Luque había aprovechado la interrupción en la llamada para chequear la información por su lado. “Para estar —explica— absolutamente seguros y también deseando estar equivocados. No por una razón partidaria o de simpatía política. Era algo muy pesado: el ex presidente, el hombre fuerte del país, el esposo de la Presidenta, el referente indiscutido de esta provincia, muerto acá, en nuestra ciudad”.

Pero no encontró a nadie con su celular; todos los teléfonos estaban ocupados o sonaban sin que nadie atendiera. Además, no podía usar las líneas de la radio, taponadas por los continuos llamados de medios de distintos puntos del país: “Tampoco podíamos atender a nadie. En realidad, atendimos a unos pocos, pero para pedirles disculpas; no podíamos hablar con ellos porque estábamos en plena elaboración de la noticia. Recuerdo que eso les dije a la producción de Mauro Viale y a una radio de Neuquén”.

En tanto, los oyentes seguían escuchando el programa de Chiche Gelblung, desde Buenos Aires, que, lógicamente, no hablaba de otra cosa que no fuera la repentina internación del ex presidente.

—Tenemos que ser muy prudentes. Fijate el cuidado con el que está tratando esta información Chiche Gelblung —le dijo Miño.

—Sí, y eso que Chiche no se calla una —coincidió Pérez Luque.

No les gustaba la idea de pasar de informar que Kirchner estaba internado a asegurar que el ex presidente ya había muerto en un lapso de

apenas diez, quince, veinte minutos. Por un lado, querían una confirmación aun mayor, absoluta, aunque íntimamente estaban convencidos de que la noticia era irremediabilmente cierta. Por el otro, sentían que, siendo un medio calafateño y con una probada vocación de ecuanimidad, tenían la obligación de ayudar a sus oyentes a que se prepararan para recibir una información tan dramática, que marcaría sus vidas para siempre.

“Entonces —cuenta Pérez Luque— nos dijimos: No vamos a dar ya la información de que falleció; vamos a dar un flash contando que está muy grave y que las noticias no son buenas, también para darnos a nosotros mismos un tiempo más para corroborar la información”.

Mientras tanto, a las nueve y cincuenta y uno —veinte minutos después de la primicia—, Chiche Gelblung recordaba los problemas de salud de Kirchner.

—La primera internación fue, precisamente, siendo presidente... ¿Ya era presidente o era presidente Cristina cuando tuvo el problema?... Chicos, por favor traten de confirmar la información. Hasta que no haya información oficial...

—El primer episodio, creo que era todavía presidente —intervino la locutora.

—El primer episodio fue una gastroenteritis. Un problema gástrico.

—Él tiene eso.

—Sí, de base.

—De base.

—Las versiones son inquietantes. Están llegando versiones que son inquietantes, respecto a... al episodio este, pero bueno, vamos a tratar de confirmar si es una afección grave o lo que fuera. Así que hay que mantenerse con mucha prudencia en la información; hasta que no haya información oficial al respecto. Nueve y cincuenta y dos de la mañana. Se están haciendo difíciles las comunicaciones con El Calafate, no porque no las podamos hacer sino porque nadie está hablando en estos momentos desde los entornos cercanos a la Presidenta. Y los teléfonos de ministros tampoco están respondiendo... Las informaciones son inquietantes, volvemos a insistir, pero no podemos decir nada hasta que no haya una confirmación oficial sobre si es grave o no es grave...

Unos minutos después los oyentes volvieron a escuchar la cortina musical de las noticias urgentes de FM Dimensión.

—Nueve horas, cincuenta y cinco minutos en todo nuestro país. La salud del ex presidente Néstor Kirchner. Sergio Villegas, te escuchamos — abrió Pérez Luque.

—Guillermo, las noticias no son buenas. Néstor Kirchner está en gravísimo estado. Está peleando por su vida en estos momentos. Esas son las noticias a las que vamos accediendo. Estamos haciendo un seguimiento segundo a segundo, minuto a minuto. El ex presidente sufrió en la mañana de hoy dos paros cardíacos. Uno, mientras estaba en su casa, en la zona de Chacras, y otro, mientras llegaba a la Guardia del hospital local. Reiteramos: gravísimo estado del ex presidente Néstor Kirchner en la Guardia del hospital de El Calafate. Nos quedamos en contacto. En segundos, ampliamos.

Pérez Luque explicó a los oyentes que “estamos trabajando con información de fuentes muy confiables, pero hasta ahora todo es extraoficial: no hay declaraciones oficiales al respecto”.

Y recordó a “la audiencia que se está enganchando en estos momentos que, apenas pasadas las ocho de la mañana, de esta mañana, una ambulancia partió desde el domicilio de Néstor Kirchner, ubicado en la avenida Leandro Alem, en la zona de Chacras, raudamente, hacia el hospital de El Calafate, escoltado por tres vehículos de la custodia. Precisamente, del interior de la ambulancia bajó la presidenta de la Nación acompañando a su esposo, Néstor Kirchner, que fue ingresado rápidamente al *shock room* del hospital distrital Doctor José Formenti, y allí, se están haciendo las maniobras, empezaron las maniobras —por lo que nos expresaba el móvil de exteriores — para llevar adelante tareas de... de reactivación por paros cardíacos. Maniobras justamente relacionadas con animación; con tratar de animar, entonces, al ex presidente Néstor Kirchner. Hay momentos de angustia”.

Pérez Luque le contó a sus oyentes que estaban recibiendo una infinidad de llamados debido a la primicia sobre la internación del ex presidente y que la página Ahora Calafate había colapsado: “Lógicamente, vamos a privilegiar la información para nuestros vecinos”.

En ese sentido, preparó a los oyentes hacia un tercer, ineludible, flash informativo: “Estamos haciendo la guardia permanente porque ya la información es conocida y, además, porque puede haber novedades en cualquier instante... Estaremos informando, segundo a segundo, lo que suceda. El Calafate, centro de atención por esta cuestión que nos aflige y nos preocupa... Vamos a hacer una muy breve pausa. Muy breve pausa. Estamos en instantes, entonces, con más informaciones —enseguidita, no más— sobre la salud del ex presidente de la Nación, internado en El Calafate”.

La radio siguió con el programa de Chiche Gelblung, pero Pérez Luque volvió enseguida, como había prometido.

—Diez horas, cuatro minutos en todo nuestro país. La salud del ex presidente Néstor Kirchner. Sergio Villegas, te escuchamos.

—Guillermo, las noticias son... quizás las menos queridas. Hay información ya muy confiable para nosotros... Vamos a lanzar la noticia que está, de a poquito, recorriendo algunos sectores del gobierno recién. Es una noticia lamentable. Quizás la menos querida. Habíamos dicho que el presidente, mandato cumplido, Néstor Kirchner estaba en estado gravísimo. Que estaba peleando por su vida a raíz de dos paros cardíacos que sufrió en la mañana de hoy. Uno, en su vivienda particular, y el otro, mientras ingresaba al hospital local. La noticia que estamos en condiciones de adelantar, Guillermo, es que, lamentablemente, el ex presidente Néstor Kirchner ha fallecido.

Pérez Luque sabía desde hacía ya varios minutos que Kirchner estaba muerto, pero se conmovió cuando escuchó la noticia de boca de su compañero. Comprensiblemente, perdió el hilo, se quedó sin palabras, titubeó.

—Sergio... es... esto, esto: ¿podemos, podemos, estar seguros de esta situación?... Perdoname la...

—Es una noticia que sorprende porque Néstor Kirchner estaba en buen estado de salud. Al menos, así se lo veía en las últimas horas. Llegó en ese estado aquí a El Calafate. Sorprendió la internación de urgencia hoy a la mañana en la sala de Guardia, en el *shock room* del hospital local, donde fue ingresado en camilla. Ya en ese momento conocíamos de la existencia

de dos paros cardíacos. Los médicos estuvieron luchando por más de cuarenta minutos tratando de sacarlo del pozo del segundo paro cardíaco. Lamentablemente, no se pudo y la información es esta, la que te estamos adelantando: Néstor Kirchner ha fallecido. Ya es una noticia, para nosotros, confirmada.

—Muy bien, Sergio... Estamos entonces atentos a empezar a escuchar declaraciones oficiales. Sabemos que esto va a tardar. Sabemos que esto va a tener un total hermetismo por el momento, pero es una noticia que nos está conmoviendo. Y que estamos, bueno, también todos shockeados por esta información que sorprende y que realmente conmueve. Vamos a buscar, justamente, de todas las formas posibles ver esta declaración, esta confirmación. Esto está cambiando el transcurso de la historia. Estamos viendo que es muy grande la noticia y es lamentable; es lamentable esta noticia que estamos afirmando aquí. Sergio Villegas, estamos en cualquier momento en contacto nuevamente. Estamos recibiendo llamados de diferentes lugares. Estamos también aquí tratando de atender. Estamos en una emisión de emergencia por esta situación que, bueno, nos está conmoviendo. Sergio, estamos atentos ante cualquier, cualquier novedad que tengas, por favor.

—Bien. Seguimos en contacto, gracias.

—Hasta luego. Bueno... es una noticia que nos está conmoviendo. Ustedes sepan disculpar esta cuestión que nos sobrepasa. Estamos informando, a través de fuentes altamente confiables, que el ex presidente de la Nación Néstor Kirchner ha fallecido aquí en el hospital de El Calafate. Que fue internado pasadas las ocho de la mañana con un cuadro cardíaco y que, según nos informaba Sergio Villegas a través de información confiable, habría tenido dos paros cardíacos. Los facultativos del hospital trabajaron denodadamente en las maniobras de resucitación, pero al parecer, y confiamos en esta noticia que nos da Sergio Villegas, pero decimos esto porque tiene, encarecidamente, que haber una oficialización de esto, necesariamente... El presi..., el ex presidente de la Nación, el presidente del justicialismo, ha fallecido en nuestra localidad. Hacemos una breve pausa y vamos a seguir con esta información. Son las diez y nueve minutos.

De inmediato, la cortina institucional de la radio: “Cien punto tres, la vida se siente. Más radio es Dimensión”.

La muerte de Kirchner ya había sido adelantada por OPI Santa Cruz, una agencia de noticias on line de Río Gallegos que fue uno de los escasos medios periodísticos que se mantuvo crítico al kirchnerismo en esa provincia.

Ocurrió a las nueve y cuarenta y cinco. “Kirchner falleció en El Calafate” fue el título de la noticia: “Fuentes de la villa turística confirmaron a esta agencia que el ex presidente Néstor Kirchner falleció hoy en El Calafate. A las ocho y quince horas de hoy, el ex presidente Néstor Kirchner fue llevado en una ambulancia desde su residencia Los Sauces al hospital José Formenti, de El Calafate. Las mismas fuentes hospitalarias señalan que la presidenta Cristina Fernández ingresó con su esposo al nosocomio, junto con familiares y amigos”.

“Te juró que me temblaba la mano cuando escribía esa noticia. No me olvido nunca”, recuerda Francisco Muñoz, riogalleguense y uno de los dueños de esa agencia, cuya sigla significa Organización Periodística Independiente.

Pancho Muñoz, que en 2010 tenía treinta y tres años, cuenta que él se enteró “muy temprano, porque a mí me llaman desde allá, llorando, diciéndome que se había muerto y, por supuesto, empecé a llamar para ver qué pasaba”.

Muñoz fundó OPI Santa Cruz en 2004 junto con su socio, Rubén Lasagno, aunque ya tenía una vasta trayectoria en esa provincia; comenzó a trabajar a los quince años. No les resultó fácil sobrevivir: “Los kirchneristas quieren que la prensa diga solo lo que ellos quieren”.

Pasa también en otras provincias, donde los medios de comunicación dependen del dinero que las gobernaciones e intendencias invierten en ellos en publicidad; la sociedad civil es débil y eso se nota en la falta de empresas privadas que los respalden y en la ausencia de una opinión pública moderna y vigorosa, que valore y exija la libertad de prensa.

Pero los Kirchner siempre se destacaron por la obsesiva voluntad de dominar a la prensa. “Imaginate —cuenta Muñoz— que el subsecretario de Información Pública en la época en que Néstor era gobernador levantaba el teléfono de su despacho y les dictaba los títulos de tapa a los diarios *La Opinión Austral* y *Tiempo Sur*”.

Típicas maniobras de cooptación —Kirchner era un experto en esas movidas— porque ni un diario ni el otro habían sido kirchneristas; muy distinto resultó el caso del holding mediático de Rudy Ulloa, que ya nació K, alimentado por la publicidad oficial y por oportunas decisiones gubernamentales.

La Opinión Austral es el diario con mayor historia; fue fundado en 1959 por Alberto Segovia y es la nave insignia del holding mediático privado más grande de la provincia, formado también por LU 12 Radio Río Gallegos y FM Láser. Mientras Segovia vivió, el grupo mantuvo una línea política tradicional, refractaria al peronismo; a su muerte, sus herederos se alinearon fuertemente con el kirchnerismo, una movida que implicó que se fueran quedando sin trabajo los pocos periodistas del holding que se animaban a criticar algunas medidas del gobernador y sus funcionarios.

El viraje hacia el mundo K fue tan llamativo que algunos rebautizaron al diario “Lupinión Austral”, según recuerda el periodista Daniel Gatti en su libro *Kirchner, el amo del feudo*, publicado en 2003.

Ellos mismos —Lasagno y Muñoz— fueron visitados a fines de 2006 por dos ministros del entonces presidente Kirchner: “Vinieron a ofrecernos lo que quisiéramos para cambiar la línea editorial de independencia periodística. Nos dijeron que podíamos seguir trabajando como siempre, pero que ya no podríamos hablar más de ellos. Obviamente, no aceptamos”.

Uno de los rivales políticos de los Kirchner en su terruño, el senador radical Alfredo *Freddy* Martínez —ex intendente de Río Gallegos entre 1991 y 1999— afirma que, además del dinero y el poder, “había otra cosa que a Néstor le sacaba el sueño y era manejar la información. Los medios le llamaron la atención desde siempre. Hasta tenía un programa de radio los sábados al mediodía. Había dos personajes con seudónimo: Torresca, que era [Carlos] Zannini, y El Ronco, que aparecía con un distorsionador de

voz. El Ronco era el propio Kirchner. Se la pasaba hablando mal de la oposición, en especial de Rafa Flores y de mí”.

En aquel momento, Kirchner era gobernador y Martínez, intendente de la capital. Rafael Flores, ex diputado nacional, recuerda bien aquel programa: “Lo hacían en la FM de uno de los funcionarios provinciales. A Kirchner le modificaban la voz para que la gente no se diera cuenta de que era él, pero eso era imposible; tiraba mierda sobre todos”.

El caso más reciente de cooptación es el de *Tiempo Sur*, que tanto en 2007 como en 2011 respaldó al candidato radical a la gobernación, Eduardo Costa, pero luego se hizo kirchnerista y pasó a ser beneficiado por la pauta publicitaria oficial, tanto a nivel nacional como provincial.

“¿En qué terminó todo eso?”, se pregunta Muñoz. Y se contesta: “En que hoy los hijos de los propietarios de esos diarios son funcionarios de la gobernadora Alicia Kirchner. Matías Kalmus, director adjunto de *Tiempo Sur* e hijo del dueño, Leopoldo Kalmus, es el titular del Instituto de Seguros de la Provincia de Santa Cruz (Ispro), un ente del gobierno. Ignacio Perinciolli, hijo de los dueños de *La Opinión Austral* y uno de los mejores amigos de Máximo Kirchner, integraba el directorio de YPF por la provincia y ahora dirige Fomento Minero de Santa Cruz (Fomicruz), el ente oficial que se ocupa de la minería”.

La Opinión Austral y *Tiempo Sur* siguen fieles al kirchnerismo. Para ellos, el tiempo no pasa, al menos por ahora: el 28 de diciembre de 2016 ninguno registró en la tapa la noticia del procesamiento de Cristina Kirchner, Julio De Vido, Lázaro Báez y José López porque, según la Justicia, habrían formado parte de “una asociación ilícita para apoderarse de los fondos asignados a la obra pública vial” en Santa Cruz.

Para los Kirchner, el mejor periodista es el periodista empleado por ellos.

Capítulo 3

LA HEREDERA DE LUPO

Gentileza Editorial Perfil



El velatorio íntimo de Néstor Kirchner se realizó, a cajón abierto, en su residencia calafateña, donde había muerto, el miércoles 27 de octubre.

OceanofPDF.com

Te voy a extrañar mucho, ¿quién me va a proteger ahora?
Cristina Kirchner, llorando a su marido muerto en la
camilla de la ambulancia.

¿Cuánto me va a salir esto?

Javier Belloni, el intendente de El Calafate,
averiguando el precio del velatorio privado
de Néstor Kirchner, que fue pagado por la municipalidad
como si hubiera sido un indigente.

¡Son unos hijos de puta! ¡Animales!
¡Miren lo que hicieron! ¡No tienen cuidado por nada!
¡Mándense a mudar todos de acá!

La Presidenta a un grupo de colaboradores que trató de
acomodar el cuerpo de Kirchner en la cama matrimonial, pero
le estrellaron la cabeza contra la pared.

Walter Yosver preparaba café en la cocina de la única casa de servicios
fúnebres de El Calafate cuando sonó su celular. Era Martín Freile, el
secretario de Gobierno de la municipalidad.

—¿Dónde estás?

—En la funeraria.

—¿Qué? ¿Estás por este quilombo?

—¿Qué quilombo? Estamos velando a Tomás Novillo, el muchacho que se ahogó en el lago.

—¡Murió Lupo!

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Sí, está Javi en la residencia; te paso a buscar y vamos para allá.

Freile se refería a Javier Belloni, el intendente desde 2007. Obviamente ultrakirchnerista primero y ultracristinista después, utilizaba una técnica rudimentaria pero provechosa para lograr beneficios del gobierno nacional, desde obras y subsidios hasta artistas afines para el Festival Nacional del Lago, como Ignacio Copani, La Mancha de Rolando y León Gieco: oficiaba de chofer presidencial desde el aeropuerto hasta la residencia cada vez que los Kirchner visitaban sus dominios.

Yosver, un bonaerense de Banfield muy dinámico que llegó al principal destino turístico de Santa Cruz en el año 2000 y ahí se quedó, sirvió una ronda de café a los deudos del infortunado Novillo, que era colocador de alfombras.

—Me van a disculpar, pero yo me voy a tener que retirar un rato porque falleció Kirchner.

La noticia se convirtió, lógicamente, en el principal tema de conversación en el tramo final del velatorio de Novillo.

Mientras esperaba que lo pasaran a buscar, Yosver llamó por teléfono a su jefa, la dueña de Cochería Ilhero, cuya casa central está en Río Gallegos. Se trata de un negocio familiar fundado por el padre de María Inés Ilhero, ubicado en la calle 25 de Mayo al 100, en pleno centro de la capital provincial y a un par de cuadras de la Plaza San Martín, que es una postal muy particular porque sus álamos de distintos tipos han quedado encorvados por los fuertes y persistentes vientos que surcan la ciudad. “¡Bienvenido a la capital del viento!”, suelen bromear los riogalleguenses a sus visitantes.

—Mandame urgente el cajón presidencial porque murió Kirchner.

—¡No te puedo creer!

—Sí, mandámelo en algún vehículo, el más rápido que tengas.

—Avisame cuando sepas dónde piensan velarlo; supongo que acá. Por las dudas, voy preparando todo.

La oficina de María Inés Ilhero está frente a la primera casa en la que vivieron los Kirchner cuando se mudaron a Río Gallegos, él, recién recibido de abogado en La Plata y ella, todavía con algunas materias pendientes.

Una casa como tantas, con techo de zinc. “Vinieron sin nada, con una mano atrás y otra adelante”, recuerda María Inés. “Él era muy simpático, fue luego un excelente intendente. Ella era muy linda, aunque más complicada en el trato, con mucho carácter. A tres cuadras vivía la madre de él, María Ostoic, que tenía un muy bajo perfil: pasaba todos los días por la vereda con su abrigo de paño y las bolsitas del supermercado; nunca quiso custodia”.

“Se utilizó el cajón presidencial; así se le dice en nuestra jerga al cajón más imponente. Es el más caro también porque está hecho en cedro, los herrajes son de bronce y no de plástico, y el tapizado interior es de calidad. Yo tengo uno solo de esos cajones porque se necesita un cierto poder adquisitivo para pagarlo y no tienen mucha salida. Pero cualquiera que lo pague, puede usarlo”, explica.

Por su lado, Yosver cuenta que él siempre bromeaba con la dueña, cada vez que viajaba a Río Gallegos: “Este féretro presidencial tiene que estar en Calafate porque el día que se muera uno de los presidentes, se va a morir allá”.

“Las puntas de este tipo de féretros son ovaladas, como se vio en la televisión y en las fotos”, agrega.

Yosver se despidió de su jefa y cortó la llamada cuanto vio que Freile, el funcionario municipal, llegaba con su auto. Juntos, fueron a la casona de los Kirchner, en Leandro N. Alem y Los Tehuelches, justo antes del puentecito sobre el arroyo Calafate.

A esa hora —eran las diez y cuarto de la mañana— Yosver y Freile encontraron que Gendarmería ya estaba cortando el tránsito para formar un cordón de seguridad. Tuvieron que dejar el auto a unos doscientos metros y entraron caminando en la residencia.

El intendente Belloni los esperaba ansioso frente a la puerta principal.

—¿Podés hacer el servicio este? —le preguntó a Yosver apenas lo vio.

—Sí, ya mandé a buscar el cajón presidencial.

—¿Seguro? ¿Cuánto me vas a cobrar?

—Quedate tranquilo, después arreglamos.

Yosver volvió a la funeraria a esperar que le trajeran el féretro presidencial justo cuando regresaba la ambulancia con el cuerpo de Kirchner.

El chofer hizo unas rápidas maniobras y colocó la ambulancia de culata, frente a la puerta de entrada del chalet. Cristina Kirchner fue la primera en descender, y luego el doctor Marcelo Bravo —el director del hospital José Formenti—; el jefe de enfermería de la Guardia, Eduardo Mikulik, y el enfermero Pedro Corregidor bajaron la camilla con Kirchner de traje oscuro, camisa, corbata, medias y mocasines negros.

A Mikulik le había tocado vestirlo, tarea para la cual fue ayudado por uno de los secretarios privados de la Presidenta, Pablo Barreiro, pero que se le presentó engorrosa porque Kirchner era alto y pesaba más de cien kilos y, además, la camilla del *shock room* era muy angosta y corrían el riesgo cierto de que el cuerpo se les cayera.

“Esa fue la ropa que me trajeron. La Presidenta no estaba en la sala, había salido un momento”, recuerda Mikulik.

Los cinco minutos que duró aquel viaje en ambulancia fueron eternos para Bravo, Mikulik y Corregidor, los tres sentados mudos y bien erguidos en un banco largo al costado de la camilla con el ex presidente muerto y de traje, mientras, del otro lado, su esposa y sucesora apoyaba las manos sobre el pecho de él y le hablaba como si estuvieran completamente solos.

—¿Por qué me dejaste en este momento? —le preguntó, llorando—. Te voy a extrañar mucho, ¿quién me va a proteger ahora? —agregó, muy dolorida.

Los vehículos de la custodia y varios autos de funcionarios y dirigentes locales seguían a la ambulancia; algunos entraron en la residencia, pero la mayoría tuvo que estacionar afuera, donde indicaban los gendarmes.

El periodista Nicolás Diana y el fotógrafo Eduardo Lerke —enviados especiales de la revista *Noticias*— vieron salir a la ambulancia cuando montaban guardia fuera del hospital. Eran los únicos periodistas en el lugar de la noticia del año. Habían llegado a El Calafate para investigar los negocios inmobiliarios del kirchnerismo y, de paso, informar sobre el censo a la pareja presidencial.

Primero, se apostaron en la entrada de la residencia, pero fueron corridos por uno de los custodias de Cristina; le ordenó a un agente panzón de la policía provincial, que estaba sentado en un patrullero: “Rajalos a esos dos, ¿qué carajo hacen acá?”. Luego, “un hombre de la máxima intimidad del matrimonio” le avisó a Nicolás Diana por celular que se corriera al hospital porque “se murió Kirchner”.

Allí, la custodia presidencial estaba aún más nerviosa. “No pueden sacar fotos, se van a doscientos metros de acá y no rompan las pelotas”, los recibió un guardaespaldas. Cuando la ambulancia comenzó a moverse, una camioneta salió a las apuradas y destrozó la puerta de un Chevrolet Corsa colorado estacionado enfrente.

En la residencia de los Kirchner, el director del hospital y los dos enfermeros esperaron al chofer para subir, entre los cuatro, la camilla al dormitorio principal. Llegaron, literalmente, con la lengua afuera: la escalera era larga e incómoda, y el ex presidente tenía su peso, exacerbado por su condición de fallecido.

Finalmente bajaron la camilla, alzaron el cuerpo y lo depositaron en la cama matrimonial.

Pero Kirchner medía diez centímetros más que el largo de la cama. “O dormía en diagonal o con las rodillas flexionadas, pero no entraba en la cama”, confía uno de los profesionales que participó en el traslado, pero que no quiere que su nombre trascienda.

Algunos de los asistentes y custodias que también habían subido al dormitorio quisieron evitar que los pies del ex presidente quedaran colgando; eso no se veía bien, habrán pensado. Así que tiraron de la cama, la separaron de la pared y acomodaron el cuerpo.

Los pies entraron, pero la cabeza quedó colgando del lado de la pared. Se les ocurrió, entonces, colocar una almohada en el hueco entre la cama y la pared para rellenar ese vacío. Y empujaron la cama, pero con tan mal suerte que la almohada se soltó y la cabeza de Néstor se estrelló contra la pared. Un golpe fuerte, seco, retumbó en la habitación.

—¡Son unos hijos de puta! ¡Animales! ¡Miren lo que hicieron! ¡No tienen cuidado por nada! ¡Mándense a mudar todos de acá! —los fulminó Cristina.

Todos bajaron al trote, atemorizados, mientras la Presidenta seguía gritándoles desde el dormitorio.

El director del hospital, los enfermeros y el chofer aprovecharon el revuelo para cargar la camilla y emprender la retirada. Su tarea había terminado. Durante el regreso, ninguno pudo comentar nada; todos viajaron en silencio, las miradas perdidas en el paisaje. Recién en la sala de médicos, comenzaron a distenderse, mientras veían en el televisor que ya comenzaba a filtrarse la noticia que los habían tenido como inesperados protagonistas.

A esa hora, Yosver esperaba el féretro presidencial en la funeraria. El velatorio de Novillo, el muchacho muerto en el Lago Argentino, se acercaba al final; el sepelio estaba previsto para el mediodía, pero Yosver delegó el servicio en su asistente. Estaba muy ocupado atendiendo al intendente Belloni, que lo llamaba a cada rato preguntándole si había llegado el cajón.

—No, todavía no. Aguantá que ya viene —lo tranquilizaba el funebrero.

Mientras tanto, trataba de localizar al chofer de la Renault Trafic blanca que traía al féretro. Trescientos cuatro kilómetros separan a Río Gallegos de El Calafate, que se recorren en tres horas y media, aproximadamente. Lo llamó decenas de veces, pero uno de los inconvenientes de esa ruta es que no hay señal de celular salvo en un solo lugar: una localidad de apenas ciento treinta y cinco habitantes llamada La Esperanza, donde hay un hotel, un puesto sanitario y una estación de servicio YPF; queda a ciento sesenta

kilómetros de la villa rodeada de montañas y glaciares, casi a mitad de camino con la capital provincial.

—¿Vos estás en Esperanza? —le preguntó Yosver cuando pudo engancharlo.

—Sí.

—Bueno, metele que acá me están reclamando el cajón.

La Trafic llegó, finalmente, unos minutos antes de las dos de la tarde.

—Ahí llegó el féretro, voy para allá —le avisó a Belloni.

—Venite. Entrá por el hotel para despistar porque esto está lleno de periodistas.

—Bueno, ¿pero alguien me va a estar esperando?

—Sí, no te preocupés. Y traete para armar como una sala de velatorio. Los pedestales, todo.

Yosver y su asistente, que ya había terminado el sepelio del muerto anterior, pasaron el féretro presidencial de la Trafic blanca llegada de Río Gallegos a la Volkswagen Quantum gris que usaban en El Calafate. Y cargaron los dos pedestales, las dos patas de bronce donde apoyar el ataúd.

Entraron por Los Sauces Casa Patagónica, uno de los tres hoteles a nombre de los Kirchner en El Calafate, que apunta al turismo extranjero; una de sus ofertas principales es la suite Evita, decorada con libros, fotos y cuadros de la segunda esposa del presidente Juan Domingo Perón.

Eva Duarte de Perón es el ícono del nacionalismo revolucionario y del ala izquierda del peronismo, con el cual Cristina siempre se identificó, al menos retóricamente.

Son 38 habitaciones exclusivas distribuidas en cinco módulos sobre un terreno de 2.100 metros cuadrados comprado a la municipalidad en 2002 —un año antes de que Néstor asumiera la Presidencia, cuando iba por su tercer mandato como gobernador— a solo 77 pesos el metro cuadrado, en el marco de una generosa repartija de tierras fiscales pensada para facilitar el acceso a la vivienda de tantas personas que se habían mudado a la ciudad pero que, en parte, terminó siendo aprovechada con fines especulativos por funcionarios y dirigentes del kirchnerismo.

Un socialismo al revés: sacarle al Estado —la compra de tierras públicas a precios irrisorios— para enriquecer a privados bien ubicados en

la pirámide del poder político.

Por si fuera poco, parte del hotel habría sido construido por Lázaro Báez —uno de los empresarios favoritos del kirchnerismo— a cambio de la cesión de un terreno, también comprado a la municipalidad a precio de regalo, de acuerdo con un acta notarial secuestrada por la Justicia en una escribanía en Río Gallegos.

Cuando Kirchner murió, hacía ya dos años que ese hotel era administrado por una empresa del ingeniero Juan Carlos Relats, dueño también del Panamericano, en Buenos Aires, y uno de los mayores contratistas de obra pública durante el kirchnerismo, desde su fortaleza en Corrientes.

La periodista Lucía Salinas informó en *Clarín* que el Grupo Relats recibió 1.116 millones de dólares durante el kirchnerismo, “solo fue superado por Lázaro Báez”, y que pagaba un alquiler promedio de 50 mil dólares mensuales por Los Sauces hasta que en 2016 dio por finalizado el vínculo.

Un número generoso si se tiene en cuenta que cada habitación costaba una media de 400 dólares y que los huéspedes no ocupaban más del 30 por ciento del hotel, según se calculaba.

El Grupo Relats siempre negó que ese alquiler haya disfrazado el presunto pago de gratificaciones, retornos o comisiones ilegales por la concesión de contratos de obras y servicios públicos, como se podría sospechar.

Los Sauces está pegado a la residencia de los Kirchner. Aquel 27 de octubre de 2010, los funebreros cruzaron el parque del hotel, atravesaron la cerca, entraron en el chalet y bajaron el féretro y los pedestales frente a la puerta principal.

Pablo Barreiro, el joven secretario privado de Cristina, les indicó que la Presidenta había dispuesto que su marido fuera velado allí, en una ceremonia íntima.

—Tienen que colocar el féretro al fondo del living. Yo les muestro.

Vestidos para la ocasión —traje negro, chaleco, camisa blanca, corbata negra y zapatos también negros—, Yosver y su ayudante recorrieron el largo rectángulo. Al final de la sala, en un sector donde el piso estaba más elevado, ubicaron el ataúd redondeado y lustroso sobre los dos pedestales de bronce.

—¿Va a entrar ahí mi marido? —los interrumpió la Presidenta.

—Sí, señora, quédese tranquila que va a entrar.

—¿Cuántas personas necesita para bajar a mi marido? Porque está en la habitación de arriba.

—Dos personas más, señora.

—¿Nada más?

—Con mi ayudante, esas dos personas y yo, sobra, señora.

—Entonces el resto, ¡afuera!

Ese “resto” incluía a lo más granado del kirchnerismo a nivel nacional, que acababa de llegar en una serie de vuelos organizados por el titular de la Secretaría de Inteligencia, Héctor Icazuriaga. Entre ellos, el jefe de Gabinete, Aníbal Fernández; el secretario Legal y Técnico de la Presidencia, Carlos Zannini; el secretario general de la Presidencia, Oscar Parrilli; el ministro de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios, Julio De Vido; su número dos, el secretario de Obras Públicas, José López, en aquel momento un personaje desconocido para el gran público; el ministro de Economía, Amado Boudou; el titular de la Administración Federal de Ingresos Públicos (Afip), Ricardo Echegaray; el director ejecutivo de la Administración Nacional de la Seguridad Social (Anses), Diego Bossio, y el presidente del Banco Nación, Juan Carlos Fábrega.

El gobernador de Santa Cruz, Daniel Peralta, que todavía no se había peleado con Cristina Kirchner, había sido uno de los primeros en llegar. No había vuelos por lo que viajó desde Río Gallegos en su camioneta, luego de que otro de los secretarios privados de Cristina, Isidro Bounine, hijo de la niñera de Florencia Kirchner, lo despertara por teléfono.

—Venite ya a Calafate porque el jefe tuvo un ataque y no creo que salga.

—¿Cómo un ataque?

—Sí, un ataque al corazón. Está muy mal, Daniel.

Lo acompañó su hijo Matías, que ya era cirujano y cada tanto iba a visitarlo desde la Capital Federal.

“En el apuro, me olvidé de cargar nafta. Así que tuvimos que parar en la YPF de La Esperanza. Había gente llorando y vi una placa en Crónica TV que anunciaba el deceso del ex presidente”, recuerda Peralta, un peronista ortodoxo que se llevaba bien con Néstor pero no tanto con Cristina.

“Cuando llegué a la casa de Cristina —agrega—, la encontré con el cuerpo de él y con sus asistentes más cercanos: María Angélica Bustos, *Cuca*, su asistente personal; Bounine y Barreiro, sus secretarios privados... No me dijo nada, estaba muy triste. Nos abrazamos. Máximo llegó después, también de Río Gallegos, con su pareja, Rocío García. Había mucho dolor, nadie esperaba eso. Ella estaba dolorida, pero fuerte: la Cristina que se vio luego, en el ejercicio de la Presidencia, así se mostraba ella ahí”.

El “resto” de los presentes —Peralta, claro, entre ellos— salieron al muy cuidado parque del chalet, que fue lo primero que mandó construir Cristina, antes que la casa, al lado del arroyo Calafate. Lo hizo levantar para que no se le inundaran nunca sus plantas y sus rosas, traídas del vivero Los Álamos, el más importante de la Patagonia, fundado por don Juan Rosauer en Río Negro.

Las dos personas que ayudaron a bajar el cuerpo de Kirchner fueron el médico presidencial, Luis Buonomo, recién aterrizado, y Rudy Ulloa, el ex cadete y ex chofer de Néstor que dos años antes, en plena crisis con el campo y en el comienzo de una guerra contra el Grupo Clarín que duraría casi ocho años, había querido comprar el canal Telefé a los españoles del Grupo Telefónica con una oferta de 320 millones de dólares, según reveló el periodista Jorge Rial y confirmaron otros medios periodísticos.

De canillita a millonario, Ulloa había pasado de vocear diarios en su adolescencia a dirigir un holding de medios (canal de TV, productora, FM, diario y revista), alimentado por los avisos de publicidad del gobierno pero también de empresas privadas que buscaban quedar bien con los Kirchner. Todo desde su búnker en Del Carmen, un barrio popular que es el bastión

del kirchnerismo en Río Gallegos, a pocos metros de la unidad básica Los Muchachos Peronistas, la primera que Néstor abrió, en 1982, con la ayuda de su fidelísimo lugarteniente.

—Nosotros te damos una mano —le dijo Ulloa al funebrero.

Cristina Kirchner vestía un pantalón negro y una camisa blanca; estaba sin maquillar y sin anteojos; la cara colorada por la rosácea que la mortificaba desde hacía años, el resfrío que arrastraba desde el fin de semana y las lágrimas derramadas en las últimas horas.

La Presidenta los condujo al dormitorio del matrimonio, en el primer piso del chalet. Cuando completó la hilera de escalones, se dio cuenta de que un par de mucamas asomaba al fondo de un pasillo, a unos treinta metros, desde el marco de la puerta abierta de la habitación reservada para su hija, Florencia, cada vez que viajaba a El Calafate.

—¡La puta madre que las parió! Les dije que tuvieran las puertas siempre cerradas —las retó.

Yosver recuerda que Kirchner tenía “un simple raspón, en la frente, del lado izquierdo, pero me dijeron que, al caer, se golpeó con la mesa de luz. Después, era el mismo Lupo de siempre”. Lo vio vestido solo de camisa y pantalón.

—Esa camisa celeste, se la vamos a tener que cambiar —dijo el funebrero con ojo experto.

—¿Por qué? —preguntó Cristina Kirchner.

—Porque de las venas donde lo canalizaron para ponerle medicación salió sangre y manchó la camisa.

—Traigan otra camisa —ordenó la Presidenta a una de las mucamas.

La empleada volvió con una camisa cuadrillé en tonos de celeste. Yosver sacó la camisa manchada y vio que seguía saliendo sangre del brazo de Kirchner.

—Doctor, ¿tiene vendas y cintas? —consultó a Buonomo, que no se despegaba de su maletín.

—Sí, claro.

Buonomo sacó el material solicitado. Pero en lugar de atender él mismo a su amigo e ilustre paciente, seguramente conmocionado por la imagen tan

desoladora a la que estaba asistiendo, le pasó las vendas y las cintas al funebrero.

Yosver limpió el brazo del ex presidente, puso una gasa sobre el pinchazo y la ajustó fuerte con una cinta. Y, con la ayuda de su asistente, le colocó la camisa.

—Póngale esos zapatos, que a él tanto le gustaban —le dijo Cristina señalando unos mocasines negros Gucci.

Yosver tomó un pañuelo y retocó el peinado y el rostro del ex presidente, y lo perfumó en forma minuciosa con un Givenchy que había llevado para la ocasión. Un truco de funebrero para morigerar los malos olores que pudiera despedir el muerto. Y dejó el perfume sobre la mesa de luz; de hecho, se lo olvidó allí.

—Bueno, señora, ahora vamos a bajarlo.

La Presidenta se retiró. A Yosver le preocupaba la escalera: “Era muy complicada. Y Néstor era muy grande, muy alto”.

—Vamos a bajarlo con la sábana. Yo voy a ir adelante, que es la parte más pesada; ustedes dos, uno de cada costado, y mi asistente, en la parte de atrás de la sábana —fueron sus instrucciones.

Llegaron tan cansados al sector reservado para el velatorio que tuvieron que dejar la sábana con el cuerpo en el piso.

—Vamos a tomar aire un ratito —les dijo Yosver.

Colocado sobre los pedestales, el féretro había quedado a un metro y medio de altura.

—Vamos a subirlo porque si viene la Presi y lo ve acá, en el piso, nos mata —sugirió el funebrero un par de minutos después.

—Eso seguro —coincidió Ulloa.

—A la una, a las dos y a las tres... —contó Yosver.

El cuerpo del ex presidente entró demasiado justo en el ataúd, por lo cual tuvieron que moverlo bastante para retirar la sábana. De hecho, la cabeza quedó algo levantada, y Yosver aprovechó para colocarle una pequeña almohada por debajo.

—No quiero esas cosas blancas encima de mi marido —le dijo Cristina, ya de regreso, cuando el funebrero acomodaba las blondas de seda del ataúd.

—Sí, ya las saco. Señora: ¿banda presidencial, bastón de mando?
—Nada de eso. Él era sencillo y, como era en vida, va a ser ahora.

Fue una capilla ardiente bastante particular, sin flores —era feriado— ni velas ni luces. Solo el féretro. Primero, durante una hora y cuarto, rodearon a Néstor solamente Cristina; su hijo, Máximo, y su pareja; la mamá, María Ostoic; la hermana del ex presidente y ministra de Desarrollo Social, Alicia Kirchner; la suegra, Ofelia Wilhelm de Fernández, y otros parientes y amigos íntimos, así como los colaboradores más cercanos de los Kirchner.

Un núcleo muy reducido, que incluía al padre Carlos *Lito* Álvarez, el carismático cura de la parroquia local, y entre los que descollaban —para los más entendidos en el círculo rojo del kirchnerismo— Ulloa y Báez, que hacía unas pocas horas había estado en esa casa, en ese living, con Kirchner, “un hermano”, como le gustaba decir.

Funcionarios, legisladores y dirigentes esperaban en el parque que Cristina les abriera la puerta para sumarse al velatorio. Charlaban repartidos en grupos, preocupados sobre el futuro del gobierno y del país, que era una forma elegante de expresar el temor común sobre qué sería de cada uno de ellos ahora que había muerto el auténtico líder del oficialismo y Cristina debía gobernar en soledad. Sin la iniciativa política, la obsesión militante, la habilidad para presionar y negociar, el escudo protector y el conocimiento de la gestión del Estado de su mentor.

A las cuatro y media de la tarde, aproximadamente, uno de los asistentes les abrió la puerta y pudieron entrar.

Hacía mucho calor y solo fueron convidados con agua y café, servidos por las mucamas. Todos lagrimeaban por Néstor, pero todos estaban pendientes de Cristina. La vieron dolorida y con ataques de llanto, aunque entera, firme, desafiante. Voluntad de mando le sobraba. La esposa de Lupo, una “lupa” —loba, en italiano— al frente de la manada, que, en el caso de los lobos, siempre se organizan según un orden jerárquico muy estricto, liderados por un macho alfa y una hembra alfa; por una pareja alfa.

Cristina pasó airosa aquella prueba de fuego: demostrar a los lobos del kirchnerismo que ella era la heredera política indiscutida de su marido muerto.

Es un rol clave para los peronistas, que necesitan un jefe —uno solo, sin discusiones— para conseguir y mantener el poder. Lo aprendieron del fundador del Movimiento, el general y presidente Juan Domingo Perón, para quien el líder era, sobre todo, “un constructor de éxitos. El éxito es alcanzar el objetivo. El conductor lo prepara, lo organiza, lo realiza y, cuando llega allá, le saca provecho”.

“Si no aparece ese líder que garantiza la victoria, prevalecen los odios personales”, señala el experimentado político Carlos Corach, ex ministro del Interior y ex senador, entre tantos cargos.

En realidad, su concepción del liderazgo no era la misma de Perón, pero en aquel momento de incertidumbre, Cristina demostró a la plana mayor del kirchnerismo que no tenían nada que temer, que no se habían quedado sin jefe en pleno ejercicio del gobierno porque ella asumía ese rol decisivo.

Tanto era así que hasta se ocupaba de los más pequeños detalles del velatorio de su compañero. En un momento, Yosver se acercó a Fabián Gutiérrez. Lo conocía de vista; Gutiérrez había sido secretario privado de la Presidenta hasta principios de aquel año y, como tantos otros asistentes de confianza de los Kirchner, se había retirado millonario de la función pública. Convertido en un próspero empresario de rubros múltiples: construcción, inmobiliario, hotelero...

—¿A qué hora te parece que vamos a salir de acá?

—No sé.

—¿Lo vamos a velar en Gallegos, en Buenos Aires...?

—No sé, tenés que hablar con la señora.

Intentó luego con el gobernador Peralta.

—No sé, hablalo con Cristina.

Eso llamó la atención de Yosver: él, como funebrero, nunca hablaba con los familiares directos del muerto para coordinar los detalles del servicio fúnebre, sino con algún pariente cercano porque “siempre está un poco más frío. En el velatorio de Néstor, yo quería hablar con algún funcionario, pero ninguno quería hablar conmigo”.

Mientras tanto, la dueña de la cochería lo llamaba a cada rato. María Inés Ilhero explica que “al principio se lo iba a velar acá, en Gallegos, en la Casa de Gobierno. Por eso, yo me quedé acá, para preparar la logística: armar la capilla ardiente; organizar la hechura de las coronas y asegurar que no nos faltaran flores; contratar a la decena de mozos que necesitábamos para atender a la gente... Pero al anochecer me llama mi empleado en Calafate y me dice: ‘No va a Gallegos; lo llevan a Buenos Aires’. Si yo hubiera sabido eso, me iba a Calafate; si voy siempre...”.

En su escritorio en la florería familiar, al lado de la cochería, Ilhero agrega: “Ahí quedó la sospecha de algunos: ‘¿Por qué no fue la dueña de la cochería a Calafate?’, se preguntan. ¡No fui porque me quedé acá, a organizar el velatorio en la Casa de Gobierno, que, al final, no fue!”.

Por su lado, Yosver, recuerda también otro llamado de su jefa, aquella tarde.

—Walter, ¿vos estás seguro de que Néstor va a entrar en ese cajón? —le preguntó.

—Sí, María Inés, estoy seguro.

—Pero mirá que me dicen que ahora está muy justo y con la cabeza levantada.

—Quedate tranquila, María Inés.

—Me quedo tranquila, pero avisame si tenés algún problema.

Yosver sospechó que alguno de los asistentes de Cristina Kirchner, por su cuenta o, más probablemente por orden de la Presidenta, había llamado a la dueña de la cochería para averiguar por un féretro más largo.

En otro de los llamados con Ilhero, cuando todavía no se sabían dónde lo llevarían, Yosver le consultó sobre el costo del servicio.

—Me van a preguntar y tengo que saber —argumentó.

Al rato, se le acercó el intendente Belloni.

—¿Cuánto me va a salir esto?

—Veinte lucas.

—¿Tanto? ¿No me podés afilar los números?

—No, es el costo que recién me pasaron. Es un cajón muy importante, el mejor.

En todo momento, a partir del primer llamado de Belloni, estuvo en claro que todo el costo del velatorio en El Calafate sería pagado por la municipalidad local.

Belloni estaba acostumbrado a pagar los servicios fúnebres de pobladores de escasos recursos, que no tenían obra social ni ningún tipo de cobertura.

No era el caso, ciertamente, de Kirchner. Pero el intendente utilizó el dinero de los contribuyentes en beneficio del ex presidente y líder de la fuerza política a la que él pertenecía, según afirmaron Ilhero y Yosver.

En aquel momento, esos veinte mil pesos equivalían a cinco mil dólares. El precio incluía la sala fúnebre, que en este caso no fue utilizada.

El procedimiento administrativo fue el habitual: Yosver llevó la factura a la municipalidad, la dejó en la Mesa de Entrada, donde le sellaron la copia, y en el tiempo previsto, lo llamaron de Compras para que pasara por Rentas a pagar el impuesto que marcaba la ley y luego, retirara el cheque por el trabajo realizado.

Como si Néstor hubiera sido un indigente.

Capítulo 4

“YO NO SOY NINGUNA VIEJA CHOTA”

Gentileza Guillermo Pérez Luque - Ahora Calafate



Lito Álvarez, el cura preferido de Cristina, fervoroso “lupinero”, celebró una misa al aire libre en el centro de El Calafate para rezar por Néstor.

OceanofPDF.com

*Chau, papá. Te juro que a todos los que te hicieron esto...
¡los voy a hacer mierda!*

Máximo Kirchner, al despedirse
de su padre en el velatorio íntimo en su casa.

*El cuerpo se estaba descomponiendo muy rápido.
No estaba en condiciones de ser velado
más tiempo a cajón abierto.*

Walter Yosver, encargado del
servicio fúnebre en El Calafate.

*—Recién le decía a unas personas en la
parroquia que ahora entiendo por qué Néstor
te decía “La presidenta coraje”.*

—Sí, él me decía así.

—No me hagas quedar mal.

—¡A él no lo voy a hacer quedar mal!

Diálogo entre la Presidenta y su cura preferido,
el padre Lito Álvarez.

Muy rápidamente los calafateños se fueron enterando de la muerte de
ese político desgarrado y saludador al que le gustaba salir a caminar por la

calle principal de la ciudad y el borde del Lago Argentino, que ahora lleva su nombre —“Paseo Costero Presidente Doctor Néstor Carlos Kirchner”— y fue construido por el empresario Lázaro Báez a un costo de 36 millones de dólares.

El periodista local Guillermo Pérez Luque recuerda que “los censistas golpeaban las puertas de las viviendas y los atendían hombres y mujeres visiblemente impactados por la novedad; una cantidad, con lágrimas en los ojos”.

“Muchos ni esperaron a ser censados: salieron a la calle. En los primeros minutos, varios vecinos fueron hasta la puerta del hospital. Otros se acercaron a la casa de la familia Kirchner y colgaron los primeros carteles en la cerca manifestando su pesar”, describe.

“Pero también muchos censistas abandonaron sus tareas y se fueron al hospital, a la residencia o directamente a sus casas a seguir la noticia por televisión. El impacto fue muy, muy grande”, afirma.

“Él —agrega— nunca fue afecto a dar notas a los periodistas, pero sí podíamos saludarlo, intercambiar alguna que otra palabra en las caminatas y durante los actos. No tenía ningún problema para hablar con nosotros, con la gente en general. Ella es más, digamos, reservada, más distante; es más del protocolo”.

En la práctica, el fallecimiento del ex presidente afectó al censo en El Calafate, donde se esperaba que el número de habitantes saltara de los 6.410 de 2001 a unos 20 mil. Pero la cifra final fue de 16.655 personas, que, aunque representaba un crecimiento del ciento sesenta por ciento, resultaba mucho menor de lo previsto.

Esta ciudad, con su bellísimo marco de montañas, glaciares y ese lago inmenso, experimentó un boom a partir de la inauguración del aeropuerto internacional —en el año 2000, durante el tercer mandato de Kirchner como gobernador— y la mega devaluación de la primera semana de enero de 2002, que facilitó la llegada masiva de turistas extranjeros.

Junto con esos visitantes irrumpió una andanada de inversiones privadas en hoteles, restaurantes, cafés y otros negocios vinculados con el turismo. Muchos de ellos, capitales genuinos; otros tantos, dinero amasado por el

kirchnerismo, el grupo político que capturó el aparato del Estado nacional en 2003.

En el rubro hotelero, Pérez Luque explica que “existe una capacidad de ocho mil camas —para redondear, una cama cada tres habitantes—; es una desproporción, que se dio con hoteles como los de los Kirchner, pero también con un cúmulo de inversiones en hoteles más chiquitos, cabañas y hospedajes”.

Todos los nuevos inversores —en especial, quienes podían hacer valer su influencia política— se vieron favorecidos por el reparto discrecional y a precio regalado de tierras fiscales por parte de la municipalidad, siempre en manos del kirchnerismo.

El propósito original de esa política era loable: permitir que las personas que habían llegado en busca de trabajo pudieran acceder a un terreno en el cual construir su vivienda. Pero se desvirtuó, al menos en parte, luego de la llegada de Kirchner a la Presidencia.

La tierra pública fue, también, para los amigos, que entre 2004 y 2007 compraron a valores de entre 2,41 y 7,50 pesos el metro cuadrado, según una denuncia penal presentada por el abogado radical Álvaro de Lamadrid contra el intendente de aquel momento, Néstor Méndez.

¿El motivo? La venta de terrenos a cuarenta y ocho funcionarios nacionales, provinciales y municipales “sin proceso de licitación alguno”. Integraban la lista el propio Kirchner; su esposa y Primera Dama; los secretarios presidenciales Valerio Martínez y Daniel Muñoz; Báez; Rudy Ulloa; Ricardo Echegaray, titular de la AFIP, y José López, secretario de Obras Públicas.

Méndez, ex chofer en el hospital José Formenti, fue tres veces intendente, hasta 2007, cuando no pudo lograr una nueva reelección, y debió conformarse con una diputación provincial.

Un caso emblemático fue la compra de dos hectáreas por parte de Kirchner en la zona del aeropuerto inaugurado en 1995, pero que nunca sirvió de mucho porque no podían aterrizar aviones grandes; ese inmueble estaba destinado a la Fuerza Aérea, pero en enero de 2006, Méndez se las vendió al entonces presidente a un valor de 7,50 pesos el metro cuadrado. En total, 132.800 pesos, que, además, fueron pagados con un crédito del

Banco Santa Cruz, en manos de los Eskenazi, empresarios amigos de los Kirchner.

El negocio fue suculento: Néstor vendió estas dos hectáreas a los chilenos de Cencosud en 2,4 millones de dólares en agosto de 2008, ocho meses después de la asunción de Cristina. Sin agregarle al terreno ninguna mejora.

Cencosud, que venía de comprar la cadena Disco —una operación muy compleja que, por ejemplo, requería la aprobación del organismo oficial que defiende la competencia—, informó que pensaba instalar un hipermercado y hasta colocó un cartel alusivo. En febrero de 2017 el anuncio seguía allí sin que las obras hubieran comenzado jamás.

La denuncia recayó en la fiscal de El Calafate, Natalia Mercado, una de las hijas de Alicia Kirchner y, por lo tanto, sobrina de Néstor y Cristina. Casualmente, o no, la fiscal Mercado figuraba entre los beneficiados del reparto de tierras fiscales, al igual que su hermana, Romina. Ambas, pero por separado.

“Lo que me pasó a mí —dice De Lamadrid— le pasa a todos en Santa Cruz: ibas a la Justicia a denunciar a los ladrones y te atendían miembros de la banda. Imaginate la inseguridad y el miedo con el que se vive en Santa Cruz”.

De Lamadrid —un bonaerense nacido en Navarro— fue candidato a intendente en 2007 por la oposición. En los últimos tres meses de campaña, tuvo custodia día y noche por una serie de amenazas y pintadas en su contra.

Al final, perdió la elección y el municipio se mantuvo en manos del kirchnerismo, aunque no con Méndez sino con Javier Belloni.

Tras once años en la villa turística, De Lamadrid terminó mudándose en 2009 a la ciudad de Buenos Aires.

Ese boom turístico e inmobiliario hizo que, a diferencia de lo que ocurre en el resto de la provincia, en El Calafate predomine netamente la actividad privada.

La población se multiplicó. Un crecimiento sin mucha planificación por parte del gobierno municipal, que como se ha visto, estaba en otra cosa, y

que continúa provocando problemas en la provisión de servicios básicos, como cloacas y agua.

Por la tarde del miércoles del Censo y de la muerte de Kirchner, corrió la noticia boca a boca de que se preparaba una misa al aire libre en honor al ex presidente frente a la parroquia Santa Teresita del Niño Jesús, en el bulevar de la Avenida del Libertador, donde confluyen las plazoletas Moreno y San Martín. A pocos metros de la municipalidad.

Una foto de Kirchner en el escritorio presidencial, con la bandera argentina a su derecha, fue colocada en un atril al lado de una tarima reservada para el párroco Carlos *Lito* Álvarez, un “lupinero” fervoroso, con una elogiada tarea pastoral, en especial entre los jóvenes.

La gente comenzó a llegar a las cinco de la tarde, algunos con carteles, la mayoría con una vela cada uno. Esperaban despedirse de Lupín cuando su ataúd pasara por la avenida encabezando el cortejo rumbo a Buenos Aires o a Río Gallegos, que eran los dos destinos en danza, según las versiones que circulaban.

Un grupo de personas encontró en la iglesia al padre Álvarez, que preparaba la ceremonia junto con otro cura, Marcelo Quiroga. Uno de los feligreses le dijo que le preocupaba qué sería de la Argentina luego de la muerte de Kirchner.

—¿Saben cómo la llamaba Lupín a Cristina? “La presidenta coraje”. Recién lo entendí ahora, cuando la visité en la casa. Cristina tiene un coraje, una entereza... No hay nada que temer —contestó su cura preferido.

Durante todo el velatorio, el funebrero Walter Yosver permaneció, discreto, en el parque de la residencia de los Kirchner, aunque entraba cada cierto tiempo por si necesitaban su ayuda como responsable del servicio fúnebre.

En una de esas irrupciones, vio que la hermana y ministra, Alicia Kirchner, secaba, preocupada, el rostro de su hermano, que estaba perdiendo líquidos.

—Permítame, señora —le dijo, y puso un par de algodoncitos en la nariz de Néstor. También le limpió la boca y el mentón.

Alicia permaneció todo el velatorio pegada al cajón de su hermano; Cristina también estuvo mucho tiempo al lado de su compañero, aunque a veces se alejaba por un rato. Por ejemplo, cuando se ponía a llorar; en esos casos, su hijo varón, Máximo, su adorado Oso, la abrazaba, y juntos se retiraban hasta que se reponía y volvía.

Florencia, la mimada del ex presidente, estaba en pleno vuelo en un jet privado desde Nueva York, donde estudiaba cine. A Máximo se lo veía y se lo escuchaba triste pero tranquilo, aunque, al final, cuando tuvo que despedirse de su papá, soltó todo su enojo.

Sostiene Yosver que “el cuerpo de Néstor se estaba descomponiendo muy rápido. Le habían dado mucha medicación en las maniobras de reanimación y luego permaneció varias horas en un ambiente climatizado, cerrado, con mucha calefacción. No se hizo —no se solicitó, y tampoco teníamos nosotros, en Calafate, los medios para hacerlo— una tanatopraxia, que incluye la inyección de líquidos para conservar el cadáver”.

A las ocho y media, cuando estaba oscureciendo, el doctor Buonomo llamó al funebrero.

—Cerraré el cajón.

—¿Van a Buenos Aires?

—Sí.

—Doctor, necesito saber a qué hora se van a ir.

—A las dos de la mañana.

Yosver recuerda: “Me pareció lógico que cerraran el cajón. Hay un protocolo de salubridad de alcance internacional que indica que, cuando un cuerpo es trasladado en avión, tiene que ir cerrado; es decir, soldado porque, adentro del ataúd de madera, hay otro cofre, que es de metal. Va soldado también para que el cuerpo no despidiendo olores”.

“Nosotros, en Calafate —agrega—, estábamos muy acostumbrados a eso porque vive mucha gente que es de Salta, Jujuy, Tucumán, Catamarca;

fallecían acá y había que mandar el cuerpo a su provincia. Todos iban con el cajón cerrado; no había ninguna posibilidad de que no fueran trasladados así”.

Claro que la Presidenta podría haber solicitado en Buenos Aires que el ataúd fuera reabierto para la capilla ardiente en la Casa Rosada, pero Yosver afirma que, en aquel momento, “yo supuse que el velatorio en la Capital Federal sería a cajón cerrado precisamente por el estado de descomposición en el que ya se encontraba el cuerpo. De lo contrario, iba a ser una imagen muy desagradable”.

“El cuerpo no estaba en condiciones de ser velado más tiempo a cajón abierto. Lo que hicieron fue lo más atinado”, asegura. Y agrega: “En una época se usaba una lámina de vidrio que permitía ver el rostro de la persona fallecida, pero eso ahora está prohibido porque el vidrio es frágil y se puede romper en el traslado”.

Recién cuando recibió la orden de Buonomo, Yosver supo qué sería del cuerpo de Néstor Kirchner. Hasta ese momento se especulaba con que el ex presidente fuera velado en una ceremonia abierta al público en Río Gallegos —en la Casa de Gobierno que ocupó durante tres períodos consecutivos— o en Buenos Aires, donde aparecían dos lugares alternativos: el Congreso o la Casa Rosada.

Algunas fuentes sostienen que Cristina quería llevarlo directamente a la capital provincial y que fue Máximo quien la convenció de trasladar el cuerpo a Buenos Aires para que los jóvenes de La Cámpora, la agrupación que él encabezaba desde 2006, y los compañeros del Frente Para la Victoria pudieran darle el último adiós.

Eso puede haber sido cierto, pero quienes estuvieron allí sostienen que la decisión final la tomó la Presidenta, que en esa ceremonia fúnebre tan íntima quedó consagrada como la heredera política indiscutida de Kirchner, la nueva jefa del oficialismo.

El padre Lito Álvarez, que ya había bendecido a los familiares de Néstor y de Cristina y a sus amigos y asistentes más cercanos al mediodía,

en su primera visita a la residencia aquel día nefasto, volvió para despedirse de la Presidenta.

—Recién le decía a unas personas en la parroquia que ahora entiendo por qué Néstor te decía “La presidenta coraje”.

—Sí, él me decía así —le contestó Cristina acariciando el rostro de su marido.

—No me hagas quedar mal.

—¡A él no lo voy a hacer quedar mal! —le dijo Cristina fulminándolo con la mirada.

Mientras preparaba sus herramientas para cerrar el cajón, Yosver llamó a su jefa, María Inés Ilhero, para avisarle que levantaban definitivamente el velatorio en Río Gallegos.

—Voy a soldar —agregó.

—Espero que el cuerpo entre bien. Llamame cuando termines —le ordenó la dueña de la cochería.

El cierre del cajón es el momento crítico de un velatorio; el desgarrador instante de la despedida. Yosver se paró en una de las puntas del cajón, con el soldador en la mano derecha y una cajita con herramientas en la izquierda.

Primero, habló Cristina, los ojos llorosos clavados en el rostro de su compañero durante más de treinta y cinco años, la voz quebrada por el dolor.

—Pensar que trabajamos tanto. Nos vinimos al sur tan jóvenes y ahora te vas y me dejás sola. Pero quedate tranquilo: yo te voy a hacer quedar bien... ¡Te amo! ¡Te voy a extrañar siempre!

Luego fue el turno de su hijo, Máximo.

—Chau, papá. Te juro que a todos los que te hicieron esto... ¡los voy a hacer mierda!

El enojo de Máximo sorprendió a los presentes; ninguno supo bien a quiénes se refería. Varios apuntaron hacia el camionero Hugo Moyano: ya circulaba la versión de que había discutido fuerte la noche anterior con

Kirchner, quien se habría ido a dormir hecho una furia con su principal aliado sindical y político.

“Ese enojo le provocó el infarto”, habían especulado algunos de los asistentes al velatorio, según informaron al día siguiente los principales diarios de tirada nacional.

Moyano, secretario general de la CGT, debutó el día anterior como titular del Partido Justicialista en la provincia de Buenos Aires, un salto hacia la política partidaria que él imaginaba coronar con, por lo menos, la gobernación del distrito más poblado del país.

En realidad, hacía varios meses que Moyano venía diciendo que era hora de que “un hombre del movimiento obrero” —es decir, él mismo— llegara a la Casa Rosada. Pero, mientras tanto, trabajaba para lograr la candidatura del oficialismo a gobernador de Buenos Aires en los comicios de 2011.

Kirchner conocía las ambiciones de su aliado y había operado con su obsesión de siempre para hacerle sentir su peso también en el aparato partidario bonaerense: durante todo el martes 26 de octubre, llamó por teléfono desde El Calafate a varios dirigentes e intendentes para que no fueran a la reunión del consejo provincial convocada por Moyano en La Plata.

Cuando se dio cuenta de que Kirchner le había vaciado el encuentro, Moyano lo llamó por teléfono, aunque niega que se hayan levantado la voz: “No hubo ningún tipo de discusión, fue una conversación que tuvimos. Estábamos en la reunión del PJ de la provincia, faltaban consejeros, no se podía sesionar. Lo llamo a Néstor y le digo eso. ‘¿Quién falta?’, me pregunta él, y yo le digo fulano, mengano... Él los llamó, y al rato aparecieron todos y se pudo hacer la reunión”.

“Yo tenía muy buena relación con él. Era un hombre difícil, pero tenía buena relación con él”, agrega.

Mucha mejor relación que la que tuvo con Cristina luego de la muerte de Kirchner. Si bien respaldó su reelección al año siguiente, en el segundo

mandato la Presidenta y Moyano se enfrentaron con dureza al punto que el gobierno impulsó la división de la CGT y el jefe sindical le organizó cuatro paros nacionales.

Fue en el marco del cambio de aliados de Cristina, que se fue encerrando en su círculo íntimo, en el cual Máximo y La Cámpora pasaron a tener una influencia casi decisiva en los asuntos cotidianos del gobierno.

Para Julio Piumato, secretario general de los empleados judiciales y aliado de Moyano, “había mucha mejor relación con Néstor que con Cristina. Ella nunca tuvo buena relación con el sindicalismo. Desde la muerte de Néstor, se enrareció todo. Fueron meses en los que Cristina no recibió a nadie de la CGT”.

También Cristina desmintió esa supuesta discusión entre su marido y Moyano. “Ciencia ficción absoluta, no se peleó con nadie”, le dijo al periodista Jorge Rial el 29 de septiembre de 2013 por el canal América.

“Te cuento algo —agregó la Presidenta—. Estábamos mirando televisión esa noche. Él no largaba el control; como todos los hombres, nunca largaba el control del televisor. Esa noche, que fue la última noche que estuvimos [juntos], estábamos mirando televisión. Estábamos sentados como siempre; él en una punta del sillón y yo en otra; estaba *zappineando*. Aparece el Gordo D’Elía en un programa de esos de cable, de esos programas que hay por miles, nos quedamos mirando y justo estaba la discusión de si la fórmula iba a ser Néstor o iba a ser yo, que si yo repetía o repetía Néstor.

—¿Quién te gusta más, Néstor o Cristina? —le preguntan al Gordo.

—No, para mí es lo mismo —dice, salomónico.

—No, pero decime, ¿quién te gusta más?

—...

—Si tuvieras que elegir: Cristina o Néstor, ¿quién? —el periodista fue insistente.

—Yo te voy a contestar lo que te diría Néstor. Néstor decía: ‘Yo era un 4 en la facultad, Cristina era un 10’.

Cuando el Gordo dice eso, Néstor lo mira y, entre dientes, dice: ‘Gordo traidor’. Y me dio tanta ternura que hice una cosa... Después, mi sobrina y mi sobrino, que estaban conmigo, me dijeron que nunca había hecho eso.

Fijate lo que son las cosas. No nos gustaba en público hacer muestras de cariño; sí tomarnos una mano, pero no darnos un beso. Ni siquiera en un encuentro familiar. Pero me dio tanta ternura cómo lo dijo que yo salté — era un sillón largo, de cuero— y le di un beso en la boca. Él me dijo: ‘Aunque midas ochenta puntos, voy a ser yo’. Después, con el tiempo, Patricio, mi sobrino, me decía: ‘Vos sabés que yo nunca te vi hacer eso con Néstor’. Y fue el último beso que le di, esa noche”.

Si Kirchner no se enojó con nadie en su última noche, ¿con quién estaba tan molesto su hijo Máximo? Puede haber sido con los asesinos de Mariano Ferreyra, un militante de 23 años del Partido Obrero muerto de un balazo en el estómago, en Avellaneda, por una patota de la Unión Ferroviaria. Ocurrió durante una protesta de trabajadores tercerizados del Ferrocarril Roca, que reclamaban por cien despidos y exigían el pase a la plantilla de personal de la empresa estatal. Hubo, además, tres heridos.

En la entrevista con Rial, la Presidenta afirmó: “Máximo dijo que la bala que mató a Mariano rozó el corazón del padre. Estoy segura; sí, estoy segura, convencida, de que fue así. Era un hombre que vivía muy intensamente las cosas. Yo, a veces, le decía: ‘Pará, no te hagas tanta malasangre, no te hagas tanto problema’. Yo también soy de subirme a la moto, pero de repente por ahí... Florencia siempre me dice eso: ‘Papá no se distraía, mamá; papá nunca se permitió una distracción; vos sí te distraés cuando te ponés a mirar un vestido o las rosas o un cuadro’”.

Son palabras conmovedoras, a tono con la épica que suele rodear a liderazgos tan intensos, pero los disparos contra Ferreyra habían ocurrido siete días antes, el 20 de octubre, y el principal sospechoso ya había sido apresado. Difícil pensar que la bala que mató al militante del Partido Obrero haya ocasionado también la muerte de Kirchner.

De todos modos, Cristina sostuvo que el asesinato de Ferreyra “fue terrible para él porque se imaginó un Kosteki-Santillán. Me lo dijo: ‘Nos quieren armar un Kosteki-Santillán’”. Se refería a los dos piqueteros asesinados por la policía el 26 de junio de 2002, también en Avellaneda, que

tuvo un fuerte impacto político; tanto que acortó seis meses y medio el mandato del presidente Eduardo Duhalde.

Y contó que su marido “estaba desesperado, él salió desesperado a buscar quién había sido. Él estaba desencajado, literalmente desencajado. A la tarde de aquel día, me fui, como siempre, a Casa de Gobierno, y a eso de las ocho y media de la noche, más o menos, me llama y me dice: ‘Lo tenemos, lo encontramos al tipo, sabemos quién es; encontramos a un tipo que me trajeron de Quilmes que lo conoce; llámalo a Julio’”.

La Presidenta agregó que le ordenó a Julio Alak, el ministro de Justicia, que fuera a la residencia de Olivos.

Piumato estuvo aquella tarde reunido con Alak por temas gremiales y fue testigo de que Kirchner llamó varias veces al ministro: “Estaba obsesionado, enloquecido; Julio me dijo: ‘Quiere que metamos a veinte personas presas hasta que cante alguno. Pero eso no se puede’”.

El principal acusado del homicidio de Ferreyra, Cristian Favale, barrabrava del club Defensa y Justicia, se entregó cuatro días después, y el 19 de abril de 2013 fue condenado a dieciocho años de prisión.

Hubo, en total, catorce condenados, entre sindicalistas, policías — permitieron el ataque a balazos— y miembros del grupo de choque del gremio. Entre ellos, José Pedraza, jefe de la Unión Ferroviaria desde hacía veinticinco años, que fue sancionado con quince años de cárcel como instigador y partícipe necesario del crimen.

Cuando Cristina se retiraba luego de la despedida de su compañero durante más de treinta y cinco años muy intensos, un comedido la tomó del brazo para ayudarla a bajar el escalón del desnivel de ese sector del living.

—Llévenla, llévenla hasta el...

—Yo no soy ninguna vieja chota para que me anden llevando. Me voy porque no soporto el ruido de ese soldador —lo interrumpió la Presidenta, rápidamente recompuesta de la despedida.

Un episodio más del vaivén emocional que tanto sorprendió a los presentes: la Presidenta podía quebrarse y llorar por la pérdida de su esposo

y mentor, pero solo por un momento. Bastaba un comentario que ella juzgaba inadecuado para volver a su nuevo rol de “lupa alfa”; al papel de loba que había pasado a conducir la manada.

El soldador ya estaba enchufado y Yosver se disponía cumplir con su trabajo. Se quedaron para ayudarlo Rudy Ulloa, miembro relevante del círculo íntimo del ex presidente; Pablo Barreiro, secretario privado de la Presidenta, y el jefe de Gabinete, Aníbal Fernández.

Llegó el momento de la prueba tan temida: Yosver retiró la almohadilla para bajar la cabeza del ex presidente y comprobó que el cuerpo no entraba: sobran unos centímetros. Fernández, Ulloa y Barreiro se miraron preocupados. Pero Yosver le sacó los mocasines Gucci y ahí sí el cuerpo se deslizó dentro del espacio del ataúd. El funebrero colocó los zapatos uno a cada lado de las piernas.

“Yo sabía desde el principio que iba a entrar bien, justo pero bien: Néstor medía un metro con noventa centímetros, y el féretro, uno con noventa y tres. Lo que pasaba era que los tacos de los zapatos molestaban”, cuenta ahora.

Yosver pintó los bordes de “las dos chapas —la que va abajo y la que va arriba— con ácido para que el ácido coma el zinc y la soldadura pegue bien”.

—Esperá que yo te voy a tener la chapa para que quede bien firme —le dijo el jefe de Gabinete cuando se disponía a soldarlas; se refería a la lámina de la parte superior.

—Pero ¿vos entendés de esto? —quiso saber Ulloa.

—Yo no siempre fui abogado, mi viejo era soldador. Sé cómo es.

Con semejante ayuda, Yosver se puso a soldar. Precavido, para no arruinar la madera del piso del living que evaluó demasiada cara para un desliz semejante, colocó allí un ladrillo y arriba de él, una tenaza, donde apoyaba el soldador. En un momento, una de las puntas de la chapa requería de una pequeña presión, pero había quedado muy caliente por la soldadura; Fernández se inclinó a tomar la tenaza para darle un golpecito.

—¡La puta madre que lo parió! —gritó Aníbal y largó la tenaza.

Todos se rieron cuando se dieron cuenta de que se había quemado la mano. La tenaza estaba casi al rojo vivo porque el funebrero había apoyado

allí el soldador varias veces.

Yosver terminó de soldar y luego demoró un buen rato para colocar la tapa del cajón. La había quitado para que todos pudieran ver bien a Néstor, de un lado y del otro del féretro. Como sucede habitualmente en los velatorios.

“Le había sacado las bisagras y la guardé en el subsuelo. Después, me costó mucho volver a ponerla, pero ahí me ayudaron Aníbal Fernández, Rudy Ulloa, Pablo Barreiro y algunos muchachos que trabajaban en el mantenimiento de la casa y del hotel”, recuerda.

“Ese tipo de cajones —agrega— lleva una placa de bronce en la parte superior, donde va grabado el nombre del fallecido, pero ese día era el Censo: no había ningún negocio abierto como para hacer grabar el nombre. Entonces, directamente no puse la placa”.

Según el funebrero, “ese detalle sirve para contestar a quienes dicen que al cajón lo cambiaron, que el cuerpo de Néstor nunca estuvo en la Casa Rosada. Yo vi ese velatorio por televisión y era el mismo ataúd porque no tenía la placa”.

Yosver se refiere a una de las tantas dudas sobre la muerte de Kirchner, que circulan profusamente en internet y en las redes sociales. Incluso, esas sospechas son compartidas por varios dirigentes políticos y ex colaboradores de Néstor, en especial los que terminaron peleados con Cristina.

El informe titulado “33 dudas sobre la muerte de Néstor Kirchner”, del 12 de junio de 2013, resume todos esos reparos. Puede ser consultado en Internet. La duda número diecisiete plantea: “¿Por qué si el finado Kirchner medía 1,90 de altura, la medida del ataúd era más chica? ¿Acaso estaba vacío?”.

Otras dudas ya resultaron también respondidas por Yosver al explicar cómo fue, realmente, su trabajo: por qué el cajón fue soldado al ser llevado a Buenos Aires; por qué no colocaron un vidrio para que la gente pudiera ver el rostro de Kirchner, “como ocurrió con Perón, Evita, Kennedy, Alfonsín y miles de casos famosos más”; y por qué la dueña de la cochería y jefa de Yosver nunca vio el cadáver ni viajó a El Calafate, entre otros tantos interrogantes.

Cuando terminó de colocar la tapa del féretro, Yosver llamó a su jefa.
—Listo. Entró —le informó.
—¡Excelente, Walter!

Luego de recibir la confirmación de que el féretro sería llevado al aeropuerto “tipo dos de la mañana”, Yosver regresó a la funeraria para darse una ducha y cambiarse de ropa. Pero apenas abrió la puerta del negocio, a las once de la noche, le sonó, otra vez, el celular.

—Venite ya que nos vamos —le avisaron desde la residencia.

Yosver volvió subir a la camioneta Quantum gris adaptada. Cuando estacionaba frente a la puerta principal de la casona de los Kirchner, vio que lo estaba esperando José Oiene, el comandante de Gendarmería.

—Vos vas a seguir al vehículo donde voy yo —le dijo, señalando una camioneta de Gendarmería—. Nosotros vamos a ir por atrás de la residencia. Otra columna de autos va salir por la avenida. Pero vos me seguís a mí; no parés nunca. Nosotros vamos a entrar en la ruta y de allí, derecho al aeropuerto.

Con las instrucciones bien digeridas, el funebrero ingresó al living, donde el ataúd ya estaba siendo tomado de las manijas por Máximo y Pablo Grippo en la primera hilera. Grippo es el arquitecto preferido de los Kirchner: diseñó o refaccionó los hoteles Los Sauces, Alto Calafate y Las Dunas, y la residencia de sus poderosos amigos. Como todos los miembros del círculo rojo K, despliega sus ímpetus empresariales en rubros variados: en el turístico tiene la concesión hasta 2029 de las excursiones de alta gama entre los glaciares con su lujoso barco *Santa Cruz*, de veintidós camarotes.

También llevaron el féretro a la camioneta Rudy Ulloa, Pablo Barreiro y su papá, Ricardo *El Gordo* Barreiro, otro personaje del entorno kirchnerista: de profesor de Contabilidad del secundario pasó a colaborador de Kirchner y próspero empresario multirrubro: turístico, gastronómico y transporte, más una tripleta de nombramientos oficiales en un organismo público y un par de provincias. Se lo conoce también como “el jardinero de los Kirchner”, pero en realidad fue el administrador de la residencia que el

gobernador de Santa Cruz tiene en El Calafate durante los mandatos provinciales de su jefe. No era que cortaba el césped y cuidaba las plantas de Cristina sino que encargaba y supervisaba esas tareas.

—Cuídenlo, por favor, no lo maltraten. Cuídenlo —les recomendó Cristina mientras cargaban el cajón.

Yosver estaba por hacer arrancar la camioneta cuando alguien abrió la puerta del acompañante y se subió.

—Voy con vos —le dijo Ulloa.

—Vas a ir incómodo acá.

—No importa. Yo voy con mi amigo.

Salieron por detrás de la residencia, por la llamada Zona de Chacras, rumbo al aeropuerto —siempre chupado a la camioneta verde de Gendarmería— cortando camino por calles periféricas y eludiendo la muchedumbre de calafateños acongojados reunidos frente a la parroquia.

La celebración litúrgica ya había terminado, pero varios centenares de vecinos permanecían en la calle charlando entre ellos sobre la noticia de la década, a la espera de que pasara el ataúd del ilustre vecino.

“La misa popular —recuerda el periodista Pérez Luque— había sido muy conmovedora. Quien estuvo allí no la olvidará jamás. Los rostros desencajados de vecinos, el silencio solemne de la multitud, las lágrimas, el prolongado aplauso del final”.

Pérez Luque cuenta que la misa duró unos cuarenta minutos.

“Amigos, militantes, compañeros, ciudadanos. Todos estamos acá con una enorme tristeza, y también con una enorme gratitud. A él y a su compromiso con nuestro país, y muy especialmente con Santa Cruz, y con El Calafate particularmente”, comenzó el padre Lito Álvarez.

Al final, el cura dijo, en un imaginario diálogo con el ex presidente: “Gracias, Lupín, en nombre de muchos y muchas. Tu paso por la vida y por la historia no fue inútil. Tiene mucho sentido”. Y se levantaron cientos de velas encendidas por la multitud.

“Me acuerdo de que la gente lamentó que no hubiera podido despedirse de Kirchner”, afirma Pérez Luque.

Coincide con él su colega Sergio Villegas: “Sí, fue muy loco eso también. Cristina ya había dicho que Calafate era su lugar en el mundo,

pero la gente de Calafate no tuvo la oportunidad de despedirlo”.

“Los kirchneristas —señala Villegas— no tienen raíces acá, en Calafate; de hecho, la relación de Cristina con Calafate es la relación de Cristina con su casa. Pero acá no tiene familia, salvo una sobrina, que es fiscal; ni amistades ni cosas en común, como tiene en Río Gallegos. En realidad, creo que le gustó Calafate porque Gallegos es horrible”.

Mientras la multitud esperaba que pasara por Avenida del Libertador, la camioneta con el ataúd avanzaba hacia el aeropuerto, detrás del vehículo de Gendarmería. Los seguían varios coches de la custodia.

Sí pasaron frente a la iglesia otros vehículos de la custodia y de amigos y asistentes de los Kirchner así como de dirigentes partidarios locales. El rol de ellos fue despistar a periodistas y curiosos.

—Y ahora, Rudy, ¿qué va a pasar? —le preguntó Yosver a mitad de camino.

—Ahora, ¡qué me importa lo que pase! Mi amigo ya se murió.

Llegaron rápido al aeropuerto y entraron directo en la pista. Yosver vio dos aviones de gran porte, uno de ellos el Tango 03, pero siguió porque la camioneta de Gendarmería no paró hasta llegar a la cabecera sur, donde los esperaba un avión pequeño.

Los vehículos de la custodia hicieron un semicírculo para iluminarlos con sus faros mientras cargaban el féretro en el avión. La puerta no era muy grande por lo cual tuvieron que hacer varias maniobras.

—Con cuidado, con cuidado, chicos. No lo maltraten.

La voz de la Presidenta brotó de la noche oscura. Inconfundible, incansable, implacable.

Capítulo 5

DUDAS Y CERTEZAS

Ceferino Reato



Kirchner era presidente cuando le compró a la municipalidad calafateña este terreno en 132.800 pesos; luego, lo revendió en 2,4 millones de dólares al grupo chileno Cencosud, que prometió un supermercado que nunca construyó. El cartel sigue ahí. Detrás, el nuevo hospital.

OceanofPDF.com

*Las pupilas ya estaban dilatadas.
Estaba neurológicamente muerto,
que es lo que hoy en día se toma en cuenta.*

El médico Claudio Cirille sobre el examen que le hizo a Néstor Kirchner a las 8:10 de la mañana, en su residencia.

*No había ningún rastro de balazos ni de muerte violenta
salvo que lo hubieran envenenado, pero eso solo se podía
saber con una autopsia completa, que no se hizo.*

Uno de los médicos que lo atendió en el hospital local y no quiere que su nombre sea revelado.

*Él murió conmigo acá, en la cama.
Él no murió en el hospital.*

Cristina Kirchner a su biógrafa
Sandra Russo en El Calafate, en 2011.

El funebrero Walter Yosver tuvo otro rol crucial en el que despeja otra de las dudas sobre si Néstor Kirchner realmente murió o si, como aseguran o especulan varios usuarios en Internet y en las redes sociales, se fue a Venezuela en el avión del presidente Hugo Chávez, el único político extranjero que asistió al sepelio en Río Gallegos.

Es la duda número uno, la piedra fundamental del informe “33 dudas sobre la muerte de Néstor Kirchner”: “¿Alguien lo vio muerto a Néstor Kirchner? Nadie”, señala, con relación a la supuesta falta de testimonios imparciales, más allá de los parientes, funcionarios, dirigentes partidarios y amigos que asistieron al velatorio íntimo en El Calafate.

Sin embargo, el funebrero Yosver fue la persona que declaró “que ha visto el cadáver” del ex presidente ante el jefe del Registro Civil de El Calafate, José Raúl Gallardo, según la partida de defunción inscripta en el Tomo I, Acta 027, Folio 044 de la Oficina Seccional 1.713.

Esas dudas sobre qué pasó con Kirchner son todas de ese tenor y —según las fuentes consultadas para este libro— no son veraces, aunque reflejan la falta de credibilidad que los Kirchner terminaron despertando en amplios sectores sociales. Mucha gente ya no les creía nada en sus últimos años en el poder. Y sospechaba de todo lo que decían o hacían, incluidos los festejos oficiales por el Bicentenario, el Censo y hasta la tarjeta SUBE.

Pero esa situación no era algo que preocupara a Cristina y a sus allegados sino más bien el efecto buscado de un estilo político muy particular, que siempre apuntaba a polarizar, a partir la sociedad en dos bandos —amigos y enemigos—, con el cuidado de que el sector de “amigos” fuera más numeroso, tanto en las encuestas como en las urnas.

Una dupla —los Kirchner— que conducía a los buenos en una lucha contra los malos que no terminaba nunca, que era relatada como se presentaba: una épica —una epopeya— revestida de una ética en la medida en que el objetivo era el bien; es decir, la redención del pueblo frente a los enemigos de siempre: la oligarquía y sus aliados, locales y foráneos.

Un relato simple y con pocos protagonistas, donde todo está supeditado a la victoria en esa guerra sin final y sin tregua. La verdad, también. Por eso, los Kirchner siempre han dejado correr versiones que ellos sabían muy bien que no eran ciertas, como que Cristina no era abogada.

En esa línea, Cristina nunca se vio obligada a informar datos elementales como la hora exacta de la muerte de Kirchner, la forma en que falleció y por qué decidió que el velatorio público fuera a cajón cerrado, sin que la gente —en especial, sus militantes— pudiera ver el rostro del líder por última vez.

Todo sirve a esa épica, incluso la creación de misterio. En todo caso, las versiones falsas creadas por los malos servirán como prueba, en el momento adecuado, de que “las corporaciones inventan cualquier cosa” y que “los medios ya no saben qué decir”.

La clave en esa táctica polarizadora era la elección de los temas para provocar esa división.

Les fue muy bien cuando impulsaron el recambio en la Corte Suprema de Justicia o la sanción de la ley de matrimonio igualitario, pero mal cuando se pelearon con el campo o promovieron otra reelección para Cristina en las elecciones legislativas de 2013.

En los comicios de 2015 tampoco les fue bien, aunque perdieron por poco el balotaje luego de ganar la primera vuelta: Mauricio Macri y Gabriela Michetti derrotaron a Daniel Scioli y Carlos Zannini por 2,68 puntos.

Es que cuando aparecen terceros en la disputa —en aquel caso, el Frente Renovador de Sergio Massa— la polarización es un camino conveniente para el gobierno de turno ya que reduce el número de adversarios a la mitad y eleva las chances de ganar del 33 por ciento al 50 por ciento.

Pero si bien aumenta las posibilidades de triunfo en una disputa electoral, la polarización suele dificultar el buen gobierno de un país, que requiere consensos más amplios. Por ejemplo, de las fuerzas políticas, los empresarios, los sindicatos, los movimientos sociales y los líderes y medios que influyen en la opinión pública.

En la partida de defunción firmada por Gallardo constan los datos principales del ex presidente: DNI 5.404.911; abogado; sesenta años; nacido en Río Gallegos, el 25 de febrero de 1950; hijo de Néstor Carlos Kirchner y María Juana Ostoich (textual, pero el apellido es Ostoic), entre otros.

Al escribir el nombre del cónyuge, Gallardo puso: “Cristina Elizabet Fernández”, con “z” en el segundo nombre en lugar de la “s” que figura en todos los documentos que se le conocen.

Una muestra de elegancia inadecuada o bien de confianza excesiva en los datos aportados verbalmente por los asistentes de la entonces Presidenta, que detesta esa “s” en lugar de la “z”, a la que considera más refinada y apropiada a su estampa de reina.

Algunos medios de comunicación cada tanto titulan noticias para ella negativas incluyendo su segundo nombre, “Elisabet”, porque saben que ese detalle la irrita.

Lo sabe también Miriam Quiroga, ex funcionaria y “amante” de Kirchner, según ella admite. Y lo recuerda cada vez que puede: “Mi nombre es Elizabeth Miriam, con ‘z’ y ‘th’; ella es con ‘s’ y ‘t’”, dice, mordaz.

El recelo es mutuo: apenas murió su marido, Cristina despidió a Miriam de su cargo de directora de Documentación Presidencial —recibía y canalizaba las cartas dirigidas al titular del Poder Ejecutivo— a través de un mensaje transmitido por Oscar Parrilli, secretario general de la Presidencia.

“Fue una venganza de ella y de todo su entorno. ¿Por qué no me echaron antes? Porque estaba Néstor. Yo intuía que eso podía pasar, pero estaba muy shockeada porque no entendía la muerte de Néstor; Néstor no se tenía que morir”, afirma Quiroga.

La partida de defunción está fechada el mismo 27 de octubre de 2010; era feriado, pero Yosver le avisó que Kirchner estaba siendo velado y Gallardo fue corriendo a la residencia, donde la confeccionó. Cumplió con su deber: el jefe del Registro Civil tiene que estar siempre a disposición para certificar un fallecimiento, y más cuando los deudos quieren trasladar su cuerpo a otra ciudad el mismo día del deceso.

Gallardo afirmó que la causa de la muerte fue un “paro cardiorrespiratorio” en base al certificado médico extendido por Renato Lestard, matrícula profesional número 1.173. No lo firmó Benito Alen González, el único integrante de la Unidad Médica Presidencial que había viajado con los Kirchner al sur; no podía haberlo hecho Luis Buonomo, el jefe de esa repartición y médico personal de Néstor, a quien la muerte de su

paciente y amigo lo sorprendió en Buenos Aires, a 2.083 kilómetros de distancia.

¿Quién era Lestard? El cirujano del hospital de El Calafate, amigo de Buonomo y un profesional de confianza de los Kirchner al punto que atendió al ex presidente cada vez que tuvo algún problema de salud en la villa turística. El más grave fue el 8 de abril de 2004, en su primer año como presidente y mientras descansaba con su familia.

Era Jueves Santo y Kirchner tuvo que ser internado de urgencia en el hospital José Formenti: le dolía el estómago; tenía náuseas y vómitos, y se le encontró “sangre en la materia fecal”, explicaría Buonomo al día siguiente, cuando ya había sido trasladado a Río Gallegos.

En el hospital de El Calafate también estaba de guardia aquel día el médico Claudio Cirille, el mismo que lo atendió cuando murió. “Pero ahí ya fue distinto porque él deambulaba; no estaba en una situación crítica. Llegó por sus propios medios y fue atendido por el doctor Lestard”, recuerda Cirille.

Ocurrió que Kirchner llegó a El Calafate con un fuerte dolor de muela por un tratamiento de conducto. Le pidió un calmante al odontólogo santacruceño José *Bochi* Granero —luego titular de Sedronar, la secretaría para prevenir la drogadicción y luchar contra los narcos— pero no le explicó que sufría de colon irritable y tenía el estómago muy sensible.

Granero le recetó un potente analgésico —ketorolac—, que, en determinados pacientes, puede dar lugar a “una inflamación aguda del estómago y del duodeno producida por la irritación del medicamento sobre la mucosa de esos órganos. De ser muy intensa, la erosión de la mucosa puede llegar a perforar la pared de los delicados vasos sanguíneos que en ella se encuentran generando la consecuente hemorragia”, explica el médico y periodista Nelson Castro.

El diagnóstico oficial fue gastroduodenitis erosiva aguda con hemorragia.

Kirchner permaneció un día en el hospital calafateño hasta que el Viernes Santo al mediodía fue derivado a Río Gallegos. Es que el hospital José Formenti tenía sus limitaciones: al igual que en 2010, disponía de un *shock room*, pero no de un área de terapia intensiva, ni siquiera intermedia.

“Lo que nosotros hacemos aquí es estabilizar al paciente. Luego, lo trasladamos a Río Gallegos o a Buenos Aires, generalmente”, explicó el director del hospital, Marcelo Bravo, al diario *Clarín* el día después de la muerte de Kirchner.

Algunas fuentes indican que Kirchner estuvo realmente mal en 2004. “Perdió tanta sangre que casi se muere”, asegura el periodista Luis Majul en base al testimonio de una enfermera que prefirió mantener su nombre en reserva y que asistió al ex presidente durante los seis días que estuvo internado.

Obsesionado por la política; en actividad permanente durante el día y buena parte de la noche, y, en la práctica, todos los días del año, Kirchner solía reflejar en el cuerpo los contratiempos que más lo afectaban. Por lo menos fue así desde 1987, cuando el escrutinio en la última mesa de Río Gallegos indicó que era el nuevo intendente apenas por un puñado de votos. Lupín sufrió varias descomposturas en aquellas horas cruciales.

Cuando tuvo que ser internado en El Calafate, en la Semana Santa de 2004, venía soportando el estrés de su primera derrota política como Presidente: siete días antes, Juan Carlos Blumberg había organizado la primera marcha multitudinaria —ciento cincuenta mil personas frente al Congreso— en reclamo de leyes más duras contra la inseguridad.

El hijo de Blumberg, Axel, había sido secuestrado y asesinado en un caso conmovedor, que ilustró la falta de seguridad pública, un tema que a Kirchner le resultaba difícil de abordar porque se había encarnado en la figura de un padre al que le habían matado a su hijo de 23 años.

Además, el kirchnerismo siempre consideró que el reclamo por la inseguridad formaba parte de una agenda de derecha; es decir, de los “enemigos” contra los que había que confrontar en una pulseada que nunca debía acabar.

Por primera vez desde su jura presidencial —menos de un año atrás—, Kirchner había perdido la iniciativa política. Hasta ese momento, había logrado coronar todas sus movidas.

El entonces presidente entró en el hospital el Jueves Santo al atardecer, pero la noticia recién se conoció al día siguiente por la mañana. Fue una primicia también del movedizo periodista calafateño Sergio Villegas, esta vez desde su programa de radio. La ciudad se había quedado sin gas y andaban todos muy molestos porque hacía mucho frío, cuando Villegas recibió el llamado de una de sus fuentes.

—¿No te enteraste? Parece que esto del gas le cayó muy mal al pájaro más grande —le comentó.

—¿El pájaro más grande? ¿Al Canario? —contestó Villegas en referencia al apodo del intendente Néstor Méndez.

—No, a Néstor.

—Bueno, te dije: al intendente.

—No, a Néstor Kirchner, boludo. Lupo, el Presidente. Está hecho bolsa en el hospital; están planeando una derivación a Gallegos.

Es posible que el malestar local por la falta de gas haya aumentado el estrés que ya venía soportando.

El día de la muerte de Kirchner, el médico Lestard formó parte del equipo que intentó reanimar al ex presidente. Luego, fue a la residencia de los Kirchner, donde esperó a su colega y amigo Buonomo.

El certificado extendido por Lestard indica que Kirchner murió a las nueve y diez de la mañana, según la partida confeccionada por Gallardo.

Es decir, cinco minutos antes de la hora que figura en el comunicado dado a conocer por el gobierno durante la tarde, que fue firmado por Buonomo y Alen González.

“Siendo las nueve y quince falleció el ex presidente Néstor Carlos Kirchner como consecuencia de un paro cardiorrespiratorio no traumático que no respondió a las maniobras de resucitación”, informaron los médicos de la Unidad Presidencial.

“Fue una muerte súbita”, había dicho Buonomo a la agencia internacional de noticias Reuters minutos antes de las once de la mañana.

Al final, ¿a qué hora murió Kirchner? ¿A las nueve y diez, como indica el cirujano del hospital local? ¿A las nueve y quince, como aseguran los médicos presidenciales? ¿O mucho antes, cuando tuvo el paro fatal en su cama, al lado de su esposa?

¿Fue una “muerte súbita”, como dijo Bonomo antes de firmar el comunicado con la hora oficial del deceso: nueve y quince de la mañana?

También estas imprecisiones acerca de cuestiones tan puntuales y delicadas contribuyen a alimentar las dudas y sospechas acerca de la muerte de Kirchner. Y sobre las cuales se arman relatos verosímiles para muchos ciudadanos que no guardan un buen recuerdo de los tres gobiernos kirchneristas.

Incluso, hubo pedidos a la Justicia para que el fallecimiento de Kirchner sea investigado y su cuerpo, exhumado, con el fin de determinar las “verdaderas” causas del deceso.

Un ejemplo: el abogado Juan Ricardo Mussa, un controvertido dirigente peronista y eterno candidato presidencial que asegura que Kirchner fue “asesinado, de un tiro limpio, y según mis cálculos, pudo haber muerto estando acostado porque su cabeza y espalda estaban bañadas de sangre, y su cara limpia, con el orificio de entrada”.

En su presentación, Mussa sostiene que “Máximo le quería sacar el arma con la cual iracundamente su padre le apuntaba a su madre”. Y que “el ex presidente arribó al hospital con una herida de bala en el pómulo izquierdo como punto de entrada que le provocó la muerte instantánea”.

Una pelea furibunda entre Néstor y Cristina habría sido la causa de la muerte del ex presidente. “Los celos y el odio eran un factor fundamental en el matrimonio”, afirma Mussa. Pero, por lo que declaró en distintos medios de comunicación, se apoya apenas en testimonios anónimos o en versiones ya refutadas, como la de un supuesto médico que habría estado trabajando en el hospital de El Calafate cuando Kirchner fue llevado “con una herida de bala”.

“Desde ese día, vivo huyendo y escondiéndome”, aseguraba “el médico clínico Raúl Vizcaíno”. Pero ni el nombre era cierto ni trabajó nunca en ese hospital ni sus datos se correspondían con el más mínimo indicio comprobable.

Hay versiones similares, que incorporan a otros presuntos protagonistas, como una supuesta edecán presidencial.

Sin embargo, la reconstrucción de la muerte de Kirchner demuestra que esas versiones no son verdaderas. Al menos por ahora, son “leyendas urbanas”; es decir, creencias más o menos extendidas, que se transmiten boca a boca o a través de las redes sociales, pero que no son veraces o resultan imposibles de contrastar con la realidad.

Médicos y enfermeros que atendieron al ex presidente, el funebrero que realizó el servicio póstumo y varios de los asistentes al velatorio privado en su residencia; todas esas fuentes indican que Kirchner tenía un pequeño raspón en la frente, pero ninguna huella de disparos.

“No había ningún rastro de balazos ni de muerte violenta salvo que lo hubieran envenenado, pero eso solo se podía saber con una autopsia completa, que no se hizo”, confió uno de esos médicos, que no quiso que su nombre fuera revelado.

En el caso de Kirchner, no era obligatoria la realización de una autopsia: según el artículo 264 del Código Procesal Penal, debe ser realizada “en todo caso de muerte violenta o sospechosa de criminalidad”.

Pero el ex presidente era un paciente de riesgo y había sufrido varios episodios cardíacos —el último, en la noche del sábado 11 de septiembre de 2010, cuarenta y siete días antes de su muerte— y luego del infarto, recibió atención médica tanto en su casa como en el hospital.

Las fuentes consultadas indican que no hubo dudas en cuanto al diagnóstico de su fallecimiento: paro cardiorrespiratorio.

Entonces, ¿a qué hora murió Kirchner?

Meses después de haber quedado viuda, Cristina Kirchner reveló que “él murió conmigo acá, en la cama. Él no murió en el hospital”. Lo hizo en una entrevista con una de sus biógrafas oficiales, la periodista Sandra Russo, para el libro *La Presidenta*, publicado en 2011.

“Lo averigüé con el tiempo, atando cabos. Primero no entendí, por cómo se dieron las cosas, por los intentos que hicieron para reanimarlo. Pero después me puse a reconstruir todo, y lo llamé al médico para preguntarle. Y fue así, lo que pasaba era que el médico que estaba acá [se refiere a Alen González] no se animaba a decírmelo. También fue porque

nadie podía aceptar que estaba muerto. Yo no podía”, agregó, en el living de su casa en El Calafate.

Russo cuenta que Cristina Kirchner “se despertó de pronto, por la mañana, al escuchar un ruido. Fue prender la luz, verlo descompensado y gritar”.

El dato más preciso indica que Kirchner ya estaba muerto cuando el doctor Cirille examinó las pupilas del ex presidente, mientras Alen González le hacía masajes cardíacos en un ambiente de precariedad médica llamativa, sin los instrumentos mínimos para atender de urgencia a un paciente de alto riesgo.

“Las pupilas ya estaban dilatadas; estaban fijas. Estaba neurológicamente muerto, que es lo que hoy en día se toma en cuenta”, afirma Cirille.

El médico explica —y coinciden todas las fuentes consultadas— que “la dilatación pupilar indica muerte cerebral. Puede haber actividad cardiorrespiratoria espontánea, que, de todos modos, tampoco existía en este caso particular. Es decir que, aunque hubiera reiniciado sus actividades cardiorrespiratorias espontáneas, desde el punto de vista cerebral no habría podido realizar ninguna tarea cognitiva, afectiva, emocional, etcétera, por lo cual, hoy en día, se considera que una persona está muerta cuando cesa la actividad eléctrica cortical cerebral”.

Kirchner ya estaba irremediablemente muerto a las ocho y diez de la mañana de aquel miércoles soleado y sin viento.

Su muerte aceleró la construcción de un hospital de alta complejidad en El Calafate, que estaba prevista desde hacía tiempo y fue anunciada por los Kirchner dos meses antes del infarto fatal.

Era un reclamo de los calafateños, el hospital José Formenti les había quedado chico frente al boom de la ciudad a partir del año 2000.

Cuatro años y casi cuatro meses después, el 15 de febrero de 2015, Cristina Kirchner inauguraría el “Hospital de Alta Complejidad Gobernador Cepernic-Presidente Kirchner” a un costo de 57 millones de dólares.

El nombre alude también a Jorge Cepernic, un caudillo peronista que gobernó Santa Cruz entre el 25 de mayo de 1973 y el 7 de octubre de 1974, cuando la provincia fue intervenida por la presidenta Isabel Perón.

Cepernic, que fue preso durante la última dictadura, pertenecía al ala izquierda o progresista del peronismo.

La inauguración sorprendió a Cristina como flamante imputada por el fiscal Gerardo Pollicita por el presunto encubrimiento de Irán en la investigación sobre el atentado contra la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), tal como lo había denunciado el fiscal Alberto Nisman poco antes de su muerte, el mes anterior.

Al hablar en ese acto, la Presidenta no se refirió directamente a ese tema, aunque envió un mensaje bastante claro: “A los que aún se siguen asombrando cómo aguanto todo lo que tengo que aguantar, les digo que aprendí acá, en la Patagonia, con el viento, con el frío, con la nieve, con el olvido”.

De todos modos, no tenía mucho de qué preocuparse en aquel momento: apenas once días después, el juez Daniel Rafecas desestimó la denuncia de Nisman.

Si el Formenti era un hospital para cuando El Calafate tenía cinco mil habitantes, el Cepernic-Kirchner fue construido con una innegable vocación de futuro: es demasiado grande, tal vez para una ciudad de 150 mil o 200 mil habitantes.

Se convirtió en el hospital más sofisticado de la Patagonia, a punto tal que pacientes de Río Gallegos y de otras ciudades más pobladas son trasladados ahora a El Calafate.

El nuevo hospital calafateño integra la red de hospitales que forman el Servicio de Atención Médica Integral para la Comunidad (Samic), junto con un puñado de establecimientos ubicados en la ciudad de Buenos Aires (Garrahan), Florencio Varela (El Cruce), La Matanza y Puerto Iguazú.

¿Quién lo paga? De acuerdo con un convenio aprobado el 12 de enero de 2015, el gobierno nacional se hace cargo del 70 por ciento de sus gastos, mientras que la administración provincial —sigue siendo un reducto kirchnerista, encabezado por la gobernadora Alicia Kirchner— financia el 25 por ciento y la municipalidad, el 5 por ciento restante.

Lo mismo ocurre con los otros hospitales que integran la red Samic.

Es decir que siete de cada diez pesos gastados por el nuevo hospital de El Calafate son pagados con los impuestos que abonan los habitantes del país, a lo largo y a lo ancho.

Todos y todas, como suele decir Cristina.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

SUPERMAN

Gentileza Víctor Bugge. Presidencia de la Nación



Kirchner, herido en la frente por un golpe contra la cámara de un reportero gráfico el día de su asunción, el 25 de mayo de 2003. Paciente de alto riesgo.

OceanofPDF.com

*Muchachos, el próximo presidente voy
a ser yo, salvo que me muera antes.*

Néstor Kirchner en Olivos a dirigentes partidarios y
encuestadores dos semanas antes del infarto fatal.

¡Vamos, carajo, todavía! Es el mismo Néstor de siempre.

La Presidenta y sus acompañantes cuando el médico les
contó que su esposo había despertado bien de la operación y
que sus primeras palabras habían sido “El monopolio”, el 7 de
febrero de 2010.

Sí, vos serás la esposa, ¡pero el culo es de él!

El vicegobernador Eduardo Arnold cuando
la senadora Cristina Kirchner le recriminó que
no le hubiera avisado de la operación de hemorroides
del gobernador Kirchner, en 1996.

Plantado en una loma, los amplios ventanales del moderno hospital
Gobernador Cepernic-Presidente Kirchner permiten una visión muy amena
de la villa turística: el Lago Argentino y su Bahía Redonda, los árboles
prolijos del centro, el hotel Alto Calafate, la pista del viejo aeropuerto y el

cartel que sigue prometiendo la inauguración de un hipermercado en el terreno vendido por Néstor Kirchner a un grupo chileno.

Una recorrida por sus pasillos casi vacíos invita a volver sobre dos interrogantes recurrentes:

- ¿Por qué Kirchner no se preocupó por contar con un buen hospital en la ciudad a la que tanto visitaban, “mi lugar en el mundo”, como decía Cristina?
- ¿Se habría salvado si la asistencia médica en su casa no hubiera sido tan precaria; si, por ejemplo, hubieran tenido allí un simple desfibrilador?

La paradoja es que, si bien el ex presidente era un paciente de alto riesgo, su muerte sorprendió a todos en el kirchnerismo. ¿Por qué? Posiblemente, porque el propio Kirchner se había ocupado de convencerlos de que estaba tan bien de salud que sería el candidato para las elecciones del año siguiente.

“Estoy perfecto, todos los controles me dieron muy bien”, les dijo el viernes 15 de octubre por la noche a los funcionarios y dirigentes con los que jugaba al fútbol en la residencia de Olivos.

Jugaba invariablemente de líbero, en la defensa, con una camiseta de Racing y pantalones deportivos largos metidos dentro de las medias. También era el árbitro y muy pocos —uno de ellos, su hijo Máximo— se animaban a protestar.

Pero hacía un mes que estaba fuera del equipo, desde el sábado 11 de septiembre, cuando debió someterse a una angioplastia en el Sanatorio de los Arcos, en Palermo. ¿El objetivo? Que el catéter que se introduce a través de un pequeño corte en la ingle o el brazo elimine la obstrucción parcial de la arteria coronaria en problemas y deje allí un stent, un resorte de malla metálica que apuntala las paredes de la arteria e impide que se vuelva a estrechar.

Lo escuchaban, entre otros, Mariano Recalde; titular de Aerolíneas Argentinas; Juan Manuel Abal Medina, su asesor en la Unión de Naciones

Suramericanas; Juan Cabandié, legislador y nieto recuperado, y Diego Bossio, director ejecutivo de Anses.

Kirchner llegó muy contento, junto con su secretario privado, Juan Francisco Alarcón, *Tatú*, enfundado en un camperón verde; venía de someterse a una tomografía computada y a un ecoestrés.

Unos días antes, en un encuentro en Olivos con dirigentes oficialistas y encuestadores, Kirchner fue más explícito.

—Muchachos, el próximo presidente voy a ser yo salvo que me muera antes —les aseguró.

Uno de los presentes, que no quiere que su nombre sea revelado, registró la asistencia de Abal Medina y Bossio, y de los consultores Doris Capurro y Roberto Bacman, entre otros.

—Ustedes dos van a jugar en primera. Quiero patear el tablero y renovar todo —les prometió Kirchner a Abal Medina y a Bossio.

No fue lo que les había dicho a un par de dirigentes bonaerenses que lo acompañaban desde el año 2000, con los cuales se encontró en la Casa Rosada dos meses antes.

—Volvemos nosotros, Flaco, los viejitos —le dijo a uno de sus interlocutores, en una alusión crítica a la preferencia de Cristina por rodearse de dirigentes más jóvenes.

Iba con ellos el sindicalista Edgardo Depetri, a quien Kirchner conocía desde Santa Cruz, donde era uno de los referentes de los empleados estatales.

—Ojo que las encuestas le dan mejor a Cristina —alertó Depetri.

—Sí, pero a mí las encuestas me chupan un huevo. ¿Qué carajo tienen que ver las encuestas? ¡El candidato soy yo!

La Presidenta estaba unos puntos por encima en los sondeos para los comicios de 2011 y había quienes especulaban en su entorno que ella sería mejor candidata que su marido. No era el caso de Depetri, que siempre tuvo en claro que el jefe era él.

También su ex colaboradora Miriam Quiroga —“amante” de Kirchner, según dice ella y confirma la mayoría de los entrevistados— asegura que Kirchner estaba convencido de su candidatura presidencial.

“Yo estaba trabajando en Casa de Gobierno, cuando me llamó para que fuera rápido a Olivos. Eso fue el día que se iban a Chivilcoy primero y a Gallegos después, el viernes 22 de octubre.

—¿Cómo me ves? —le preguntó Kirchner.

—Bien; se te ve entero, contento.

—Estoy perfecto. Empezá a mover a los compañeros, a armar los equipos otra vez porque salimos de campaña.

—Pero ¿quién va a ser candidato, vos o ella?

—Yo.

—Excelente, vamos a trabajar mucho más contentos”.

Siempre según Quiroga, cuando se despidió, ella le pidió que se cuidara. “Me estoy cuidando; hago cinta otra vez, todas las mañanas una hora por lo menos”, le contestó el ex presidente.

Sin embargo, Kirchner desobedeció varias de las indicaciones de los médicos que le habían hecho la angioplastia en la clínica privada. En primer lugar, se fue antes de lo aconsejado, el domingo 12 de septiembre a la noche. Retiró su historia clínica y salió junto a su esposa, que sonaba exultante en un rápido diálogo con los periodistas a través de la ventanilla del automóvil en el que volvían a la residencia de Olivos.

—Está bien, muy bien... Dale, hablá vos —le indicó a Kirchner, que estaba sentado a su lado, en el asiento de atrás.

—Estoy perfecto, perfecto. Gracias por todo —dijo el ex presidente.

Uno de los periodistas quiso saber si era cierto que el día anterior Kirchner había sentido un persistente malestar en el pecho luego de su habitual caminata en la cinta.

—Nooooo, ¡todos inventos! —contestó la Presidenta. Y se marcharon.

En casos como esos, las indicaciones de los médicos incluyen remedios, dieta y ejercicios físicos, así como la modificación drástica del ritmo de vida para evitar situaciones de estrés.

Pero el estrés formaba parte del estilo K. Un joven ex funcionario, que no lo tuteaba, cuenta que “una vez estaba yo reunido con Amado Boudou,

que era el ministro de Economía, y me llama Kirchner al celular.

—¿Llamaste al que te dije? —me pregunta.

—Sí, pero no lo encontré.

—Vuelvo a llamar.

Al minuto, me llama Néstor de nuevo.

—Y, ¿lo llamaste?

—Pero si me llamó recién. Le juro que ya lo vuelvo a llamar y le aviso enseguida.

Si él les hacía caso a los médicos y dejaba de hacer política de la manera que él lo entendía, se moría igual. Y antes”.

En el plano político, nada le era ajeno. Se ocupaba con la misma intensidad de la Ley de Medios para descuartizar al Grupo Clarín —luego de la pelea con el campo, pasó a considerarlo uno de sus peores enemigos— que de la cooptación de un concejal opositor en Mar del Plata.

En ese marco, a los tres días de la angioplastia, el martes 14 de septiembre, Kirchner participó de un acto en el Luna Park organizado por La Cámpora y la Juventud Sindical Peronista, en una suerte de reconciliación histórica entre dos alas que en los setenta se habían enfrentado con palos, cadenas, balazos y bombas.

El ex presidente había desafiado a los jóvenes de La Cámpora a que se animaran y “hagan [llenen] un Luna Park” como requisito para darles más cargos en el aparato estatal y más lugares en las listas de candidatos para los comicios de 2011.

“Lo que yo peleé para que no fuera a ese bendito acto”, le dijo la Presidenta a Jorge Rial en la entrevista transmitida por América el 29 de septiembre de 2013. “‘Yo voy a ir’, me dice. ‘No vayas’, le digo. ‘No voy a hablar’, dice. ‘Néstor, las emociones’, le contesté. Y si vos ves los registros de las cámaras de ese día, lo ves a él conmocionado. Le hizo muy mal”, agregó.

Aunque estaba anunciado como el orador de fondo, prefirió no hablar. Cristina tomó su lugar y pronunció un vibrante discurso en el que buscó

emparentar a los chicos de La Cámpora con la Juventud Peronista de los setenta, que estaba hegemonizada por Montoneros, uno de los dos grupos guerrilleros más poderosos de la época.

No fue tan explícita la Presidenta, aunque destacó los sueños, los ideales y el altruismo de la generación del setenta, a la que ella y su marido pertenecían.

Su esposo la escuchó muy pálido, con una cara de enfermo que cualquiera que no participaba del microclima que envolvía al kirchnerismo podía notar.

Héctor D'Amico, secretario general de Redacción de *La Nación*, recuerda que el ex presidente “estaba lívido, blanco. Uno de sus acompañantes llevaba un desfibrilador. Hubo una foto, tomada desde arriba, donde se veía muy claramente”.

En el palco del Luna Park hacía su debut una imagen que haría mucho ruido: la figura inconfundible de El Eternauta, el personaje de historieta creado por Héctor Oesterheld y Francisco Solano López, sin el fusil colgado al hombro y con la cara de Néstor Kirchner. *El Nestornauta*.

Asistieron las actrices Florencia Peña y Andrea del Boca, pero no fue invitado Daniel Scioli, contra quien Kirchner había enfurecido luego de que el gobernador afirmara que tenía “las manos atadas” para enfrentar una ola de inseguridad en la provincia de Buenos Aires.

Esas palabras dieron lugar a una violenta réplica pública de Kirchner: “Yo le pido a mi amigo, el gobernador Scioli, que nos diga quién le ata las manos”, le dijo, mientras el destinatario de la frase lo miraba impasible, en un acto partidario en La Boca.

El cruce ocurrió dos días antes de la angioplastia. La bronca y el estrés terminaron repercutiendo en su cuerpo, tal como le había ocurrido puntualmente en tantos otros episodios que terminaron afectando su salud.

Luego de la angioplastia y como si no bastara con el acto en el Luna Park, Kirchner acompañó a Nueva York a su esposa —participó en la Asamblea General de las Naciones Unidas—, a pesar de que las travesías en avión no son aconsejables en las dos primeras semanas de convalecencia. Sería su último viaje fuera del país, pero, al menos, pudo pasear y charlar

bastante con su hija Florencia, su preferida, que vivía y estudiaba cine en Manhattan.

En su universo de “lobo alfa”, el ex presidente no podía bajar la intensidad porque necesitaba demostrar a sus seguidores que había “Kirchner para rato”, tal como afirmó Cristina antes del acto en el Luna Park. Si no los convencía a ellos, ¿cómo podía aspirar a volver a la Casa Rosada? Por eso, también participó en actos políticos en distintas ciudades en aquellos días frenéticos.

Y el viernes 22 de octubre se paseó con su esposa por el centro de Río Gallegos y fue a tomar café a la confitería del hotel Santa Cruz, en su mesa preferida desde sus tiempos de gobernador. Tanto que ahora hay allí una placa que recuerda que Kirchner: “Aquí compartió café y sueños con amigos, colaboradores y su entrañable profesor Emilio García Pacheco”.

En ese lugar, una pareja de turistas con un bebé le pidió una foto a la pareja presidencial; sería la última de Néstor y Cristina juntos. Ella —caso raro— sin maquillaje.

De todos modos, su salud no estaba bien: al día siguiente, faltó al cumpleaños número veintiocho de la unidad básica Los Muchachos Peronistas, donde comenzó su proyecto de poder, y viajó con su esposa a El Calafate a esperar el Censo.

Néstor, Cristina y, en general, todos los dirigentes del kirchnerismo parecían convencidos de que el ex presidente era prácticamente inmortal.

El abogado Eduardo Valdés, ex embajador ante El Vaticano, recuerda que su muerte “me sorprendió mucho. Mi amigo Donato Spaccavento, médico y amigo de Néstor, me dijo: ‘Es una vergüenza que el jefe de la Unidad Médica Presidencial no tenga un desfibrilador en la casa en El Calafate’. Donato pensaba que con un desfibrilador se salvaba, pero no lo tenían”.

Valdés fue uno de los primeros dirigentes del peronismo porteño que respaldó la candidatura presidencial de Kirchner; eso fue a mediados de los noventa, en pleno auge del gobierno de Carlos Menem y cuando la díscola y

locuaz senadora Cristina Kirchner era mucho más conocida en la Capital Federal que su marido, el gobernador.

“Es cierto también —sostiene Valdés, actual diputado del Parlamento del Mercosur, el Parlasur— que Néstor se creía Superman y que subestimó su problema cardíaco. Él era flaco, se cuidaba mucho en las comidas, hacía sus caminatas en la cinta y jugaba al fútbol, pero no quería guardar reposo ni reducir el nivel de estrés”.

En su café privado en el barrio de Almagro —“mi cueva”, dice—, rodeado de estatuas a tamaño real de Perón, Evita, Cristina, Alfonsín, el Papa Francisco tocando el bandoneón y Tita Merello, y de una colosal memorabilia “nacional y popular”, Valdés acaricia el busto de Néstor y cuenta que “él subestimaba mucho a los médicos y no quería tratarse con otros que no fueran el médico y el odontólogo que lo atendían en Santa Cruz desde que era intendente o gobernador”.

Los periodistas santacruceños señalan que ni Néstor ni Cristina eran muy cuidadosos con los temas médicos. Francisco Muñoz, de la agencia OPI Santa Cruz, recuerda que en una visita de la presidenta Michelle Bachelet “los chilenos tenían todo un protocolo de emergencia médica: dos ambulancias, asistentes que se paseaban con maletines. Cristina no tenía nada de eso. La misma situación se dio cuando vino el venezolano Hugo Chávez al sepelio de Kirchner”.

También es cierto que Luis Buonomo, el jefe de la Unidad Médica Presidencial, era un amigo fiel, dispuesto a acordar “detalles” como nivel de estrés y días de reposo. Lo dijo el propio Buonomo cuando informó a la prensa sobre la inflamación aguda del estómago y del duodeno de la Semana Santa de 2004: “Dadas las características personales del Presidente y su investidura, vamos a entrar en la etapa de la negociación, donde él querrá que sean menos días de internación y yo más días de internación”.

La presencia de Buonomo custodiando su salud le garantizaba a Kirchner un cierto confort porque podía seguir dedicándose a la política con la obsesión que lo caracterizaba y sin reproches médicos. Estaba seguro de que Buonomo no le diría nada si no cumplía algunas de sus indicaciones.

El diputado Valdés agrega que “Néstor siempre fue débil de salud; cuando era gobernador, su problema estaba en el estómago y comía muy

liviano. Me acuerdo de que en 1996 asistimos a la asunción de Fernando de la Rúa como jefe de Gobierno de la Ciudad y después fuimos a comer a un restaurante en la calle Florida. Dos días después, me puteó por teléfono: ‘Gordo, hijo de puta, me cagaste. Ese atún que comí estaba mal. Hace dos días que no puedo salir del departamento, me la paso en el baño’”.

La frase “Se creía Superman” o “Le gustaba ser Superman” fue repetida por otros dirigentes kirchneristas.

En realidad, hasta 1996, cuando comenzaba su segundo mandato en Santa Cruz, Kirchner llevaba una vida muy desordenada: fumaba mucho, comía cualquier cosa, tomaba whisky Criadores y salía bastante de noche.

Muchas veladas terminaban en la ruleta de algún casino, preferentemente el de Comodoro Rivadavia, a partir del cual el empresario Cristóbal López construyó su imperio del juego, en buena parte gracias a la ayuda de Kirchner en la Presidencia.

Por ejemplo, uno de los últimos decretos de Kirchner, despachado el 5 de diciembre de 2007, benefició a López por partida doble: le extendió en quince años la concesión del Hipódromo Argentino de Palermo —de 2017 a 2032— y le “exigió” que aumentara el número de máquinas tragamonedas —de tres mil a cinco mil cien— para complacer “la demanda insatisfecha de los jugadores”, según las curiosas argumentaciones de Lotería Nacional.

Dado que cada maquinita dejaba un promedio de 300 dólares de ganancia neta por día, el beneficio total de ese decreto puede ser calculado en 4.804 millones de dólares, distribuidos a lo largo de toda la concesión. Un negocio redondo y fácil de administrar y de controlar, incluso a la distancia.

Julio Bárbaro, que perteneció al círculo político de Kirchner, afirma que el propio Presidente le confió que, “por cada tragamonedas de las bien ubicadas, retornan al poder 80 dólares diarios. Una sonrisa cómplice fue su respuesta a mis cuestionamientos”.

“Si se instala un casino, un bingo o una tragamonedas significa que algunos de los hombres del poder se están enriqueciendo. No hay juego sin

corrupción en su vigencia. No hay excepciones en el tema”, agrega el dirigente político, analista y escritor.

Según el ex vicegobernador de Kirchner, Eduardo *Chiquito* Arnold, “cuando andábamos por la zona norte de la provincia, las dos últimas noches íbamos por regla general a dormir a Comodoro porque a él le encantaba ir al casino. Ahí lo conoció primero a Juan Castellanos y luego a su socio, Cristóbal López.”

Comodoro Rivadavia, en la provincia de Chubut, queda muy cerca de Caleta Olivia, la segunda ciudad más poblada de Santa Cruz: apenas setenta y ocho kilómetros, casi nada en la inmensa geografía patagónica.

Precisamente, Kirchner conoció a Miriam Quiroga en Caleta Olivia, donde trabajaba de locutora. “Néstor —cuenta ella— era muy mujeriego, pero entré yo y las cosas cambiaron. De Cristina, yo no tenía celos, pero sí de otras mujeres. Tenía amigos que lo acompañaban en esas salidas, como Ricardo Jaime y Rudy Ulloa. Por eso, Cristina nunca los quiso”.

Pero, en el cambio de hábitos más visible de Kirchner, Quiroga no tuvo nada que ver porque ocurrió antes del supuesto romance. Fue en 1996, cuando abandonó el cigarrillo, moderó la bebida, se convirtió al pollo hervido o pescado grillado con puré, y adoptó como rutina el uso diario de la cinta para caminar o correr.

¿Qué pasó? Una operación de hemorroides, de urgencia, que le reavivó el temor de que el colon irritable que ya padecía derivara en un cáncer de colon similar al que mató a su padre a los 64 años.

Ocurrió luego de una dura discusión con Arnold, que estaba muy enojado porque el secretario general de la Gobernación, Ricardo Jaime —luego secretario de Transporte y condenado a seis años de prisión por la Tragedia de Once, que provocó 51 muertos— no pagaba los sueldos de diez militantes de su corriente interna que hacían trabajos sociales.

“Kirchner —recuerda Arnold— se había ido de vacaciones a Pinamar. Vacaciones entre comillas porque se ponía una camiseta y estaba con un teléfono y un fax debajo de un árbol mientras ella tomaba sol todo el día, hasta que tuvo rosácea y ya no pudo tomar sol. Él dejaba a Jaime para que me vigilara”.

Arnold señala que fue al despacho del gobernador apenas volvió de vacaciones.

—Yo le voy a pagar a esta gente de mis gastos reservados porque no me gusta quedar mal con nadie, pero es una barbaridad que Jaime no le haya pagado a esta gente.

—¡No puede ser! —contestó Kirchner, de acuerdo con el relato de su entonces vicegobernador.

—Vamos, si Jaime se toma esa atribución es porque vos no lo dejás que les pague porque es gente mía. Por lo tanto, el culpable sos vos.

—Pero ¿cómo me decís eso? ¿Estás loco?

—Mirá, lo voy a arreglar yo, pero me voy a transformar en el vicegobernador más hijo de puta de la historia de Santa Cruz.

Cinco horas después, a las siete de la tarde, el ministro de Gobierno, Daniel *Mono* Varizat, fue al despacho de Arnold.

—Te espera el gobernador en la residencia —le avisó.

Sostiene Arnold que encontró a Kirchner sentado en el comedor.

—Ya está arreglado lo tuyo —le dijo el gobernador.

—¿Qué te pasa que estás tan pálido?

—Me operé.

—¿De qué te operaste?

—De hemorroides.

—¿Cuándo?

—Hace dos horas.

—No puede ser, me estás mintiendo: debe haber sido un granito en el culo... ¡Valerio! —gritó Arnold llamando al secretario privado del gobernador, Valerio Martínez.

Arnold le pidió a Martínez que llamara al médico de Kirchner, el cirujano Luis Buonomo, y le pasara el teléfono.

—¿De qué lo operaste a este? —le preguntó.

—¿Cómo a este?

—Estoy acá con Néstor en el comedor diario de la residencia. Dice que lo operaste de hemorroides.

—Sí, pero tiene que estar en terapia intensiva. ¡Se me escapó! Ya voy para allá.

Mientras esperaban al médico, Arnold le advirtió a Kirchner que era una operación grave.

—Vos no sabés lo que te va a pasar ahora. Mi sobrino me contó que el postoperatorio es muy doloroso.

—No, yo mañana voy al despacho.

Buonomo llegó y logró convencerlo de que se fuera a la cama.

Entre los dos, lo llevaron al dormitorio, lo ayudaron a que se sacara la ropa y lo acostaron. Arnold dice que se quedó media hora charlando con él.

—¡No le vayas a decir nada a Cristina!

—No, quedate tranquilo.

Ella era senadora y estaba en la Capital Federal. Kirchner fue a su despacho al día siguiente a las ocho de la mañana, pero una hora después tuvo que volver a la cama porque el dolor era insoportable: la operación había sido a la vieja usanza, sin láser.

El viernes por la tarde, Cristina regresó a Río Gallegos.

—La doctora lo espera en el ministerio de Gobierno —le avisó el secretario de Kirchner cuando fue a la Casa de Gobierno a firmar el despacho del día. Estaba reemplazando a Kirchner por su convalecencia, pero no usaba el despacho del número uno.

—¡Ay, Eduardo! Hay algo que no te voy a poder perdonar de por vida —le soltó Cristina, que estaba acompañada por Varizat y por Carlos *Chino* Zannini.

—¿Qué te pasa?

—No me avisaste que a Néstor lo habían operado.

—Él me pidió que no te diga nada y, obviamente, no te dije nada.

—Pero ¡yo soy la esposa!

—Sí, vos serás la esposa, ¡pero el culo es de él!

Arnold asegura que Varizat y Zannini “se morían de risa pero, lógicamente, se contenían”.

En 2010, el año de su muerte, Kirchner no había tenido un episodio grave de salud sino dos. El primero fue el domingo 7 de febrero, cuando

tuvo que ser operado de urgencia de la arteria carótida derecha para remover una placa que la obstruía y que podría haberle provocado un accidente cerebrovascular severo.

Kirchner se había sentido mal a la mañana en Olivos; mientras caminaba en la cinta, se le fue adormeciendo la mitad izquierda del cuerpo. Uno de los médicos lo llevó a la Clínica Olivos, a cuatro cuadras de la residencia; los estudios revelaron el origen del problema y la necesidad de una rápida operación.

De allí, se fueron al Sanatorio de los Arcos, donde los recibió Carlos *Moro* Rodríguez, un ex espía de la Fuerza Aérea y de la Policía de Seguridad Aeroportuaria, muy amigo del fiscal Alberto Nisman. Era el jefe de Seguridad de Swiss Medical Group, un holding que incluye a la prepaga del mismo nombre y a varias clínicas.

“Lo trajeron —dice Rodríguez— en una ambulancia hecha pelota de una municipalidad que no recuerdo cuál era. Luego de la ambulancia, llegaron Cristina y sus dos hijos. Néstor estaba consciente y me saludó, simpático.

—¿En esto lo trajeron? Bastante pедorra la ambulancia —se quejó la Presidenta.

—No es nuestra, doctora. La verdad es que yo los esperaba en el helicóptero —le dije.

—¿Cómo en helicóptero?

—Sí, acá hay helipuerto”.

El episodio había sorprendido a Buonomo en Río Gallegos por lo cual el ex presidente fue operado por el cirujano cardiovascular Víctor Caramutti. Cristina quería esperar la llegada de Buonomo, pero fue convencida de que la situación era muy grave.

Rodríguez guarda un buen recuerdo de la Presidenta. “Me habían advertido que era loca, pero en el sanatorio se comportó con educación y simpatía. Trató muy bien todos, salvo a algunos de sus allegados, como a su mamá, cuando hablaban fuerte; los retó y les dijo que estaban molestando al resto de los enfermos”.

Luego de autorizar la intervención a su marido, la Presidenta quiso saber qué opinaba Rodríguez.

—Estuve bien, ¿no?

—Mire, es una decisión muy personal, pero si el doctor le dijo que estaba apurado y asustado, no había que seguir aguardando.

Mientras todos estaban preocupados por su vida, Kirchner se mostraba preocupado solo por el partido de Racing contra Arsenal, de visitante.

—Decime, ¿voy a poder ver el partido acá? —le preguntó a Rodríguez.

—Sí, ¿cómo no lo va a poder ver? Hay televisores como estos en todas las habitaciones y en todos los sectores.

Kirchner ya ocupaba su habitación; parado en la puerta, Rodríguez escuchó al hijo del ex presidente, que estaba en el pasillo.

—Mirá que este es loco de verdad. No lo jodás con Racing. Si no lo va a poder ver, decíselo —le sugirió Máximo, a sus espaldas.

—Es verdad, fijate que por donde caminés, hay televisores —le contestó el jefe de Seguridad de la clínica dándose vuelta.

Una vez que tomó la decisión de que su marido fuera operado, Cristina pasó a preocuparse por la repercusión en uno de los medios del “enemigo”, el canal de cable Todo Noticias, del Grupo Clarín.

—¿Ya lo sabe TN? ¿Ya lo sabe TN? —le preguntaba a Rodríguez cada vez que le sonaba el celular.

La Presidenta fue muy selectiva a la hora de autorizar el ingreso de los funcionarios y dirigentes que iban llegando a la clínica.

El arzobispo de Buenos Aires, el cardenal Jorge Bergoglio, envió a un sacerdote para que le diera a Kirchner el sacramento de la unción de los enfermos, pero Cristina no le permitió que subiera al cuarto piso. Inútil fue que el padre Juan Torrella explicara a los periodistas en la puerta del sanatorio que el gesto no quería decir que Bergoglio pensaba que el ex presidente podía morir ya que “toda persona mayor a los 59 años tiene derecho a recibir este sacramento. En estos casos, también se ofrece ante una operación sencilla”.

La operación duró una hora, sin complicaciones. Como suele suceder en todos estos casos, Caramutti y los médicos que lo asistieron respiraron tranquilos recién cuando Kirchner despertó bien de la anestesia y pronunció sus primeras palabras.

Fueron dos, asegura el médico y periodista Nelson Castro: “El monopolio”, en alusión al Grupo Clarín.

—¡Vamos, carajo, todavía! Es el mismo Néstor de siempre —gritaron, contentos, la Presidenta y sus acompañantes cuando Caramutti les contó cuáles habían sido las primeras palabras del recién operado.

Por las dudas, decidieron ocultarle que Racing acababa de perder 4 a 2 en Sarandí.

Para qué tanto sufrimiento.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

UNA PAREJA VOLCÁNICA

Gentileza de Víctor Bugge. Presidencia de la Nación



Más de treinta y cinco años vivieron juntos Néstor y Cristina. Personalidades fogosas, peleas “memorables”, pero una unidad política indestructible.

OceanofPDF.com

—*¿Viste que ahora están rompiendo las bolas
con esas carteras Votan, Vuitan...?*

—*Vuitton, Louis Vuitton.*

—*¡Eso! Rompen las bolas porque Cristina
usa esas carteras. Pero Cristina es divina,
siempre fue hermosa. Rafael, ¡a Cristina la miran
por ella, no por las carteras esas
que le echan en cara!*

Diálogo entre el presidente Néstor Kirchner
y su canciller Rafael Bielsa.

¡Te dije que te callaras!

El reto de Kirchner a su esposa mientras tomaba un pan de la mesa y se lo arrojaba con tanta mala suerte que le dio en un ojo ante la sorpresa de Eduardo Duhalde y Julio César Aráoz, que compartían con ellos la cena en la residencia del gobernador, en 1999.

*Pero ¿cómo se te ocurre? ¡Hacerme esto a mí, y con un
milico, un “federico” y, encima, mi custodio!*

El reproche de Kirchner a su amante, Miriam Quiroga, cuando se enteró de que ella salía con un miembro de la seguridad presidencial, de la Policía Federal.

Apenas seis meses de novios, más de treinta y cinco años de casados; dos personas fogosas, que estallaban en discusiones y peleas que podían asustar a quienes ocasionalmente las presenciaban —“nuestras peleas eran memorables”, recuerda la propia Cristina—, pero que, durante todo ese tiempo, hasta la muerte de Néstor Kirchner, mantuvieron una unidad política indestructible, donde él era el jefe y ella, su persona de mayor confianza.

Ocurrió durante la campaña presidencial de 1999, cuando el bonaerense Eduardo Duhalde era el candidato peronista y Néstor Kirchner se había convertido en uno de los pocos gobernadores oficialistas que seguía apoyándolo; no eran muchos porque los sondeos favorecían al radical Fernando de la Rúa. Duhalde visitó Río Gallegos junto con su jefe de campaña, el cordobés Julio César *Chiche* Aráoz. Primero fue el acto y luego una cena en la residencia del gobernador, de la que también participó Cristina Kirchner.

Lo que sigue fue contado por Aráoz: “Néstor hablaba muy animadamente con Duhalde y le prometía todo su apoyo, obviamente pensando que Eduardo podía ser presidente. Pero Cristina, lejos de estar en la misma tónica, interrumpía la charla con críticas hacia Duhalde, desde una postura progresista. Por ejemplo, sobre la Policía Bonaerense. Duhalde no estaba cómodo, pero, muy educado, trataba de no ser descortés”.

“En un momento —agrega Aráoz—, Néstor le pidió: ‘Cristina, por favor, pará porque estamos charlando de otro tema’. Pero ella siguió hostigando a Duhalde. La segunda vez, Néstor la frenó con un ‘¡Pará un poco!’, pero Cristina tampoco le hizo caso y siguió con sus dardos.

—¡Te dije que te callaras! —la volvió a retar Kirchner, y tomó un pan de la mesa y se lo arrojó con tanta mala suerte que le dio en un ojo, siempre según Aráoz.

—¡Vos siempre el mismo animal! —gritó Cristina levantándose de la otra punta de la mesa.

—Bueno... —intentó suavizar Duhalde.

—¡Todos los hombres son iguales! —lo interrumpió Cristina antes de retirarse del comedor dando un portazo.

—Bueno, Néstor... —dijo Duhalde tratando de encontrar las palabras justas.

—No, quedate tranquilo. Todos los días tengo que hacer esto porque, si no, esta loca me raya. Sigamos charlando; ahora que no está, vamos a estar más tranquilos”.

Aráoz recuerda que, luego de la cena, “nos fuimos compungidos al hotel y quedamos en no contar nunca este episodio a la prensa. Pero lo que más nos impactó fue que al otro día, cuando llegamos al aeropuerto, a las seis de la mañana, ya estaban ellos dos esperándonos para despedirse de nosotros. ¡Y estaban abrazados, los dos muy sonrientes! Como si no hubiera pasado nada. ‘Estos dos están locos’, me dijo Duhalde”.

También Eduardo Arnold, que acompañó a Kirchner como vicegobernador durante dos mandatos, recuerda una fuerte pelea “durante un viaje en el avión sanitario de la provincia. Habrá sido en 1994. Él tenía muchas mañás; una era que le trajeran bien temprano todos los diarios de Buenos Aires, se los metía bajo el brazo, los leía y luego los iba pasando. Nadie podía tocar los diarios antes de que él los leyera”.

“Kirchner —explica— estaba leyendo *Crónica*, la sección La Pavada, sobre chismes en general. El avión tenía las butacas enfrentadas; Cristina venía al lado mío, y él estaba sentado en la butaca de enfrente. De pronto, veo que él se acerca un poco, le pega un cachetazo infernal con el diario y le dice: ‘¡Te dije, hija de puta, que no te pongas esa porquería! ¿Cuántas veces te lo dije?’. Ella se para a los gritos y hay una discusión terrible. Cuando pasó el griterío, me fijo en *Crónica*: decía que Cristina había ido a un ágape y se había puesto una gargantilla de 50 mil dólares”.

Arnold agrega: “No era que él le había regalado esa gargantilla. Él no regalaba nada; se compraba ella las joyas. Y el Rolex de oro con rubíes que usaba ya en esa época. Es más: las únicas cosas de oro que yo tengo, me las regaló Cristina para fin de año, para mi cumpleaños; para ese tipo de ocasiones. Lo que ocurría era que él no quería que ella ni nadie de su entorno hicieran ostentaciones. Hasta el Rolex permitía: él usaba uno, de oro, que se lo había regalado Cristina”.

(El 31 de enero de 2017, *Clarín* publicó esta anécdota, con algunos agregados que agravaban bastante la pelea pero sin citar fuentes, y Cristina

Kirchner la desmintió por escrito. Consulté luego con Arnold, que ratificó su versión original.)

Dos temperamentos volcánicos que, sin embargo, nunca permitieron que las discusiones y peleas afectaran el intenso vínculo político que los unía aún a la distancia, en los años en que ella era diputada y senadora y vivía en la Capital Federal los días de semana.

“Se llamaban por teléfono todos los días, todo el día, a toda hora. A veces, él me preguntaba algo, yo le contestaba y me decía: ‘Vamos a preguntarle a Cristina’, y le ordenaba a un asistente que la llamara a Buenos Aires”, señala el ex vicegobernador Arnold.

Un ex funcionario de Cristina, que no quiere que su nombre trascienda, cuenta que “tenían una sociedad política muy fuerte y una vida entregada a la política. Hablaban de política en el almuerzo, en la cena”.

“Pero —asegura— si se tenían que matar, se mataban; se puteaban mucho porque eran muy pasionales. Se reputaban. Ella puteaba más que él, pero él era durísimo: le decía gorda y eso la desequilibraba”.

El informante agrega dos cosas para completar el cuadro. En primer lugar, que “el que se confundía y pensaba que, de una de esas peleas, podía sacar algún tipo de provecho, se equivocaba. Mal. Él tenía una admiración notable por ella. Néstor estaba muy enamorado de ella y también ella de él”.

Cristina Kirchner confirma esa sintonía tan particular: “Yo lo miraba a él y sabía lo que él pensaba, y él me miraba a mí y sabía lo que yo pensaba”, le confió al periodista Jorge Rial cuando todavía era Presidenta.

“Nos pasaba —contó— que, cuando yo llamaba a un secretario para pedirle: ‘Llamalo a Néstor’, el secretario venía y me decía: ‘La llama el doctor’. Pero, además, lo peor de todo era que él me hablaba por el motivo por el cual yo había querido llamarlo.

”Hubo —completó— lo que pocas veces debe haber habido en una pareja: una identidad muy fuerte; muy, muy fuerte. Nosotros, desde que nos conocimos, estudiábamos juntos, trabajábamos juntos y estábamos juntos”.

El periodista Francisco Muñoz, de la agencia OPI Santa Cruz, es nacido y criado en Río Gallegos; un “NyC”, y los conoce a todos al punto de que era amigo de Máximo Kirchner y fue al colegio con uno de los hijos del diputado y ex ministro Julio De Vido. Vio de cerca el carácter volcánico de los Kirchner, aunque siempre limitado a las cuestiones políticas.

“Cuando éramos chicos —recuerda—, nos juntábamos en el colegio e íbamos a la casa de alguno de nosotros. No íbamos tanto a la casa de ellos porque se vivían puteando. Se peleaban por política, pero de pronto se calmaban. Parecía que se iban a tirar con algo por la cabeza, pero no: volvía todo a la normalidad. A Máximo no le gustaba ir porque se hablaba todo el tiempo de política; nada más que de política. Pienso que Máximo llegó a la política porque lo llevaron empujado”.

“Fueron un magnífico animal bicéfalo. La frase no es mía sino de Lawrence Durrell, en su libro *Justine*”, afirma el ex canciller y ex diputado Rafael Bielsa. “Él —agrega— era el jefe de ella, pero era una pareja que se complementaba, si bien eran diferentes, como se vio después de la muerte de Néstor”.

Por su lado, el sociólogo Artemio López, el encuestador y analista preferido de Kirchner, solo ve “diferencias de estilos” entre Néstor y Cristina, “pero, en términos de concepción política, siempre hubo unidad. Ellos tienen la marca clara del populismo democrático que inauguraron Perón y Evita; eran una unidad política indisoluble”.

En la entrevista con Rial, realizada el 29 de septiembre de 2013, la Presidenta afirmó: “Nosotros discutíamos muchísimo, pero discutíamos desde siempre. ¡Si yo te cuento lo que fue la discusión sobre la interna del peronismo, del año 89, cuando estábamos entre [Antonio] Cafiero y [Carlos] Menem! Casi nos matamos. Él quería estar con Cafiero y yo, con Menem. Sí, a mí me encantaba, lo confieso. Ojo: [Menem] año 89; el hombre del interior profundo”.

Al final, Néstor Kirchner impuso su criterio y respaldaron a Cafiero; sufrieron una dura derrota en Santa Cruz, a tono con el resultado de la elección interna del peronismo a nivel nacional, que consagró al gobernador de La Rioja como candidato presidencial.

“Nuestras peleas eran memorables. Mi hermana, por ejemplo, se acuerda de algunas peleas cuando recién estábamos casados, en nuestra casa de City Bell”, señaló Cristina, que negó que alguna vez se hayan tirado platos u otros elementos o que hayan estado separados, como todavía señalan rumores de pago chico en Río Gallegos.

Varios sitios en Internet, así como distintos usuarios de las redes sociales, sostienen que una fuerte pelea entre ellos estuvo en el origen de la muerte de Kirchner. En una entrevista en 2016, el ex presidente Menem se hizo eco de esos rumores: “Muchos sostienen que a Néstor lo habría matado la mujer. Porque Néstor, de acuerdo con lo que uno escuchó y se informó, la castigaba muy feo. Y entonces, lo habría matado. Es la versión que le llegó a uno”.

Sin embargo, esas versiones o trascendidos no ofrecen ninguna prueba o, al menos, un indicio comprobable. Más aún: las fuentes consultadas para este libro desmienten esos rumores en forma categórica.

Hacia afuera, Néstor y Cristina funcionaban como una aplanadora que utilizaba todos los medios a su alcance, incluida esa pasión volcánica que los caracterizaba.

Según el ex diputado santacruceño Rafael Flores —aliado de los Kirchner hasta 1994—, Néstor “conducía la política, pero la persona en la que más confiaba era Cristina; definitivamente, tanto en la política como en las cosas de la vida, salvo las que no le podía o no le quería contar. Pienso que se querían y que el poder y la fascinación por el poder también los unía”.

Flores dice que “tenían reacciones muy violentas. Una de las experiencias más feas que tuve con Kirchner fue en 1993, cuando se estaban armando las listas de diputados provinciales y yo me negué a que un diputado de Pico Truncado, que era de mi grupo interno, fuera sacado de la lista porque Cristina quería para poner a uno de Caleta Olivia. ¡Se armó un despelote! Yo estaba sentado en una silla y ellos dos estaban detrás del escritorio del gobernador. Detrás de mí, había dos o tres personas más.

Todos sentados. De pronto, los dos salen de atrás del escritorio y me empiezan a gritar, los dos a la vez, mientras avanzaban hacia mí. Me gritaban: ‘Entonces, ¡renunciá vos! O que renuncie Fructuoso Rivera’; así se llamaba ese dirigente. Yo pensaba que a mí ya no me podían sacar porque había ganado la elección interna para diputado nacional y que tenía que poner la cabeza en otra cosa porque, si me metía en la discusión, íbamos a terminar en un escándalo. Íbamos a terminar a las trompadas. Yo la miraba fijo a Cristina, que estaba con un jogging, absolutamente a cara lavada, sin maquillaje, y pensaba en otra cosa. De golpe, se quedaron tranquilos y pudimos seguir hablando”.

Sostiene Bielsa que “entre Cristina y Néstor había amor. Es una apreciación subjetiva, claro está. Yo lo he visto a él, en el parque de la residencia de Olivos, sentado en un banco acariciándole el pelo mientras ella estaba acostada con su cabeza en el muslo de él. Eso no se puede fingir si no hay amor; son cosas que no se fingen para la parroquia. Pero tenían sus agarradas”.

“Néstor —agrega Bielsa— tenía una esposa a la que él veía hermosa. Muy hermosa. Él estaba orgulloso de Cristina”. Y cuenta una anécdota que también muestra que “Néstor era una persona que no le daba la menor importancia a la ropa y a los accesorios de la moda:

—¿Viste que ahora están rompiendo las bolas con esas carteras Votan, Vuitan...? —me comentó Kirchner.

—Vuitton, Louis Vuitton.

—¡Eso! Rompen las bolas porque Cristina usa esas carteras. Pero, Cristina es divina, siempre fue hermosa. Rafael: ¡a Cristina la miran por ella, no por las carteras esas que le echan en cara!”.

Alberto Fernández, jefe de Gabinete durante todo el gobierno de Néstor Kirchner y de Cristina poco más de siete meses hasta que renunció luego de la derrota en el conflicto con el campo, recuerda que el ex presidente interrumpía todo lo que estaba haciendo cuando hablaba su esposa en su rol de candidata para las elecciones de 2007.

“Una vez —señala— estaba reunido con un embajador. Mi despacho estaba separado por una puerta del despacho de Néstor. Golpeó la puerta y me interrumpió para que fuera con él. ‘Un segundito se le voy a robar’, le

explicó al embajador. ‘Vení, vamos a escuchar a Cristina, quedate conmigo’, me dijo. Había puesto dos sillones frente al televisor para escucharla. Al día siguiente me hizo lo mismo, y también el día posterior. Cristina estaba en campaña y decía lo mismo en distintos lugares. Al tercer día, le dije a Néstor que me dejara continuar con mi trabajo. ‘¡Vos me tenés que bancar como amigo!’, me contestó”.

Fernández asegura que “era un matrimonio —hasta donde yo conocí— muy bien avenido, que se quería mucho. Él estaba muy enamorado y ella creo que también. Pocas veces vi a un hombre tan enamorado de su mujer”.

Miriam Quiroga tiene una mirada distinta: para ella, que reconoce haber mantenido una relación clandestina con él durante once años, no había amor entre Cristina y Néstor, solo política. “Era —asegura— una sociedad política muy fuerte. La elección de ella como su sucesora por parte de Néstor estaba cantada. Era una proyección de ellos: estar veinte años en el poder”.

“Ella —agrega— era de máxima confianza para él; además de inteligente, hablaba muy bien. Era muy conocida a nivel nacional y tenía buena imagen en los medios. Además, él sabía que podría manejarla una vez en el gobierno. Igual, tenían sus agarradas y discutían fuerte”.

Y cuenta que, “al principio, yo le hice varios planteos sobre nuestra relación, pero él me decía: ‘Está todo bien, Cristina sabe’. No podíamos ser vistos en público, pero prometía que todo sería distinto en el futuro y eso me mantenía enganchada. Había una fuerte atracción entre nosotros; mucha piel. Funcionábamos muy bien”.

Quiroga relata que cuando Cristina llegó a la Casa Rosada, ella no se sentía cómoda.

—Me quiero ir, mandame a otro lado —le dijo a Néstor.

—Ya está arreglado con Cristina, vos quedate: ahora, la tenemos que cuidar entre todos —le contestó el ex presidente.

—Por favor, te pido.

—Por un tiempo, nada más.

En la Casa Rosada, Quiroga siguió a cargo de las cartas y los mensajes que la gente le enviaba a la Presidenta. Pero siempre se quiso ir de ese lugar hasta que el 4 de mayo de 2010, cuando Kirchner asumió como secretario general de la Unión de Naciones Suramericanas, sintió que llegaba su momento de dar el salto tan ansiado.

“Aguantá, cuando asuma en la Unasur, te venís conmigo. Ahí sí vamos a estar juntos porque vamos a viajar mucho”, le había prometido, según recuerda Quiroga. “Yo —asegura— me fui un montón de veces de la relación, no era fácil para mí; en esos momentos, él me llamaba y yo no lo atendía, así que se ponía como loco y maltrataba a todos”.

Quiroga dice que Kirchner “era muy mandón, pero nunca permití que me gritara” si bien “a veces nos peleábamos, como cualquier pareja. Recuerdo una pelea tremenda en su despacho de la Casa Rosada”, a principios de 2005, cuando el Presidente se enteró de que su amante estaba saliendo con un miembro de su custodia, Pablo Néstor Senyszyn, de la Policía Federal.

—Pero ¿cómo se te ocurre? ¡Hacerme esto a mí, y con un milico, un “federico” y, encima, mi custodio! —le reprochó Kirchner, según Quiroga.

—Bueno, yo necesito alguien que me acompañe; que esté conmigo a toda hora y en cualquier lugar.

—Pero justo él. ¡No puede ser más mi custodio! Lo saco ahora mismo.

—Le vas a arruinar la carrera; fue custodio de [Fernando] De la Rúa, de Duhalde.

—¿Vos me decís eso? ¡Vos le cagaste el trabajo!

Quiroga asegura que “la discusión se escuchó en todo el piso” y que uno de los secretarios privados del Presidente, Daniel Álvarez, le dijo luego: “Negra, se escuchaba todo. Tengan más cuidado”.

Siempre de acuerdo con Quiroga, “Néstor lo sacó a Pablo de su custodia y eso fue un golpe grande para él porque era su especialidad y en ese puesto pensaba retirarse. Lo pasaron a Comunicaciones. Meses después de mi discusión con Néstor, lo emboscaron a la salida de su casa; él mató a uno de los atacantes pero fue herido en la pierna. Yo lo ayudé en todo lo que pude, pero, al final, quedó enojado conmigo”.

Senyszyn vivía en el Gran Buenos Aires con su mamá y sufrió un intento de robo, como tantos vecinos de él, pero Quiroga dice que “siempre me quedó la duda” sobre si fue realmente atacado por ladrones.

“Cuando se le pasó el enojo —dice ella—, Néstor me hacía chistes sobre mi relación con Pablo. Chistes pesados porque era bastante jodón y chicanero”.

Por su lado, Senyszyn negó que hubiera sido sacado de su puesto por orden presidencial y consideró que había sido víctima de un simple hecho delictivo. Y, en una declaración como testigo ante la Justicia, afirmó que “de ningún modo Quiroga fue amante de Néstor Kirchner porque ella estaba saliendo entonces” con él.

“El propio Kirchner —sostuvo— me manifestó que no tenía una relación de ese tipo con Miriam Quiroga. Sin perjuicio de lo cual, en el ámbito de la Casa Rosada efectivamente se corría la bola de que ella era amante del Presidente, lo cual era una especie echada a correr por la propia Quiroga para tener más poder; eso a Kirchner no le importaba, y el Presidente me expresó que solo me preocupara por hacer bien mi trabajo”.

Sin embargo y aunque algunas fuentes aseguraron que no sabían que Kirchner y Quiroga eran amantes, la mayoría de los entrevistados para este libro sostuvo que sí, que conocían ese romance.

Por ejemplo, el ex vicegobernador Arnold recuerda “perfectamente dónde comenzó el noviazgo de Kirchner con Miriam Quiroga. En el hotel Robert, habitación 111, de Caleta Olivia. Lo sé porque esa noche me tuve que cambiar de habitación. Era una cuestión privada, pero ella lo dijo, así que dejó de serlo. Ella le hacía la locución en los actos; tenía un carácter muy fuerte, terrible. Yo la cargaba: por ejemplo, cuando me decía: ‘A mí me va bárbaro’, le contestaba: ‘Si yo tuviera que hacer lo que hacés vos para que me vaya bárbaro, prefiero que me siga yendo mal’”.

El ex diputado porteño Julio Bárbaro integraba el grupo original del kirchnerismo a nivel nacional. Luego, en 2003, fue nombrado por Kirchner al frente del Comité Federal de Radiodifusión (Comfer) hasta 2007, cuando

“yo ya no le servía porque pasó a la etapa de la agresión para la construcción del poder absoluto. La etapa de la guerra”.

“Néstor y Cristina eran dos que no se querían —opina Bárbaro—, una pareja política de dos ambiciosos; una relación competitiva entre dos de fuerte carácter, que al final se arreglaba siempre igual: él mandaba. Había gritos, pero ella era una mujer fácilmente dominable. Una rebelde sumisa. La verdad es que él encabezaba una monarquía, una casa real: él, la esposa, la hermana, el hijo, que guardaba la plata...”.

Sostiene Bárbaro que en el año 2000, Cristina era mucho más conocida que Néstor: “Yo me acuerdo de que salíamos a comer y la gente se paraba a saludarla a ella y se preguntaba quién era ese que estaba al lado. ¡Me pasó como cuarenta veces! En Buenos Aires, ella, que era senadora, lo reducía al anonimato a él, que era el gobernador y el jefe del grupo”.

Bárbaro explica que Cristina “fue de las primeras en explotar el reconocimiento público que la televisión comenzó a generar en aquella época. Ella estaba a la par de Lilita Carrió y Alicia Castro; al final del mandato de Carlos Menem, en 1999, se habían convertido en las tres mujeres más conocidas del país. También estaban entre las figuras creadas por la televisión el padre Luis Farinello y Chacho Álvarez”.

“Cristina era un producto del nuevo rol que pasó a cumplir la televisión en la instalación de figuras políticas”, resume.

Bárbaro cuenta que en aquel momento “los dos peleaban por quién iba a ser el candidato a presidente. Hasta que en un momento, creo que a fines de 2001, en el restaurante Teatríz, en Riobamba y Arenales, ella me agarra del brazo:

—Julio, está resuelto; el candidato es él —me dijo.

—Está bien.

—Pero, si esto sale bien, el segundo mandato es mío.

Habían hecho un pacto. Si bien ella era más conocida y tenía mejor imagen, no había construido nada; más bien, era una dilapidadora política. Mientras Néstor trataba de lograr el apoyo de los gobernadores para tener un mayor peso en el partido, ella insistía en cagarse en los senadores y aislarse de peronismo”, agrega.

“En el grupo más chico —rememora— estábamos Alberto Fernández; Fernando Suárez; Oscar Nieva; *El Negro* Ledesma, de La Matanza; Carlos Kunkel; Alberto Iribarne, y yo. Todos preferíamos que el candidato fuera él”.

Iribarne, que luego fue secretario de Seguridad Interior y ministro de Justicia, cuenta que “la mesa chica eran solo ellos dos, Néstor y Cristina, y la conducción la ejercía él. Ella opinaba siempre, en general bastante libremente porque sabía que, finalmente, a las decisiones las iba a tomar Néstor. Hasta podía jugar un rol de cuestionamiento porque era consciente de que, al final, se iban a imponer el realismo y el pragmatismo de él”.

Tanto los Kirchner como su plana mayor pensaban largar la campaña para instalar la figura de Néstor a nivel nacional, pero calculaban que su turno no era en las elecciones de 2003 sino cuatro años después. “En 2007, soy presidente”, repetía Kirchner, recuerda Bárbaro.

Si Kirchner se levantaba temprano y hacía política todo el día, Cristina era menos obsesiva y tenía otros intereses. En primer lugar, la apariencia física.

“‘Con Cristina no podés contar hasta las once de la mañana’, decía Néstor”, según Bielsa. “Es que —explica— el maquillaje le llevaba una hora, una hora y media, también por la necesidad de mantener a raya la rosácea. Y por la noche, también toda otra tarea para sacar el maquillaje y dejar la piel en las mejores condiciones posibles. Yo la vi una sola vez sin maquillaje; estaba como en la última foto que se le conoce con Néstor: la cara aplanada, sin ángulos”.

En su biografía no autorizada titulada *Kirchner, el amo del feudo*, el periodista Daniel Gatti recuerda declaraciones de Cristina a la revista *Para Ti* sobre su tardanza en salir de su casa durante una sonora protesta de la policía santacruceña por un aumento salarial. Ocurrió el 28 de septiembre de 1990 por la mañana, luego de que un grupo de policías irrumpiera a balazos en la Casa de Gobierno. Ella era diputada provincial y su marido, el intendente de Río Gallegos. Apenas se enteró de la rebelión, Kirchner tomó

la decisión de visitar al gobernador José Ramón Granero para expresar su solidaridad. Tuvo que esperar a que su esposa cumpliera con el rito del maquillaje matinal. En un momento, protestó y le dijo que era una emergencia. “Mirá, pueden desembarcar los marines, pero yo a la calle sin perfume no salgo”, le contestó Cristina, según dijo ella misma a *Para Ti*.

Si bien es cierto que Cristina lo reconocía como el jefe del grupo, ella se reservaba el rol de ser la más intelectual, moderna, cosmopolita y articulada de los dos, y también la más “progresista”.

Bárbaro recuerda que el 4 de diciembre de 2000 por la tarde conversaba con Kirchner y Alberto Fernández en el café La Biela, en la Recoleta, cuando vio llegar a Cristina con un par de colaboradores.

—Vamos con Néstor a la presentación del libro de Miguel Bonasso —le dijo Cristina.

—¿Qué libro? —quiso saber Alberto Fernández.

—*Diario de un clandestino*.

—Yo no voy, es un chanta —sentenció Bárbaro.

“Ella amaba a Bonasso. Después, pasó a amar a [Horacio] Verbitsky”, explica Bárbaro.

Y afirma: “Néstor se reía de los progresistas. Después, cuando los tuvo que utilizar, los usó. Él jugaba con la izquierda, pero nunca les dio poder; ella, en cambio, les cedió poder a la izquierda y a La Cámpora”.

Bárbaro agrega que “a ella le interesaban algunas cosas más que a él. Para él, la política era, en el fondo, el decorado de los negocios. El poder era el dinero, y nada que no fueran el poder y el dinero le interesaban: no sabía de libros ni de pintura ni de ciudades ni de comidas ni de vinos. Ni de mujeres. Yo le decía: ‘Vos, Néstor, ¡no mirás culos!’”.

El ex canciller Bielsa coincide en que, a diferencia de Néstor, Cristina “tiene una vida. Es una mujer a la que le gustan la arquitectura, la decoración, los jardines... Le gustan los hombres; repara mucho en los hombres atractivos, y eso habla muy bien de ella”.

Bielsa opina que, “si fuera por ella, Cristina no se rozaría ya con la realidad, en el sentido de la materialidad cotidiana de las cosas políticas. ¿Con qué soñaba Cristina antes de dejar el gobierno? Creo que soñaba con una representación planetaria; si hubiera podido, con una representación

global de las cuestiones de género con sede en Nueva York, que le permitiera viajar por el mundo, ser portadora de buenas noticias, ejercitar sus dotes de gran oradora, aprender inglés fluido, que es para ella una asignatura pendiente, según me confió un funcionario de Cancillería”.

Lástima para ella que ha tenido que adaptarse a una realidad más bien descolorida y terrenal, marcada por las denuncias de corrupción, las citaciones judiciales, los procesamientos y los avatares de la política menor.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

EL HÉROE PATAGÓNICO

Gentileza Editorial Perfil



Los Kirchner, en familia. Néstor fue intendente y tres veces gobernador antes de presidente. Cristina, diputada provincial, y diputada y senadora nacional.

OceanofPDF.com

Tenemos que dejar de ser la periferia de la Patria y pasar a formar parte del sistema de decisiones de la Argentina.

Néstor Kirchner, en 2002, a los dirigentes que lo acompañaban desde Santa Cruz.

Las burlas de chico por gangoso y por bizco fortalecieron a Néstor. Ante la adversidad, se agrandaba y redoblaba la apuesta.

Omar Pintos, periodista y militante peronista de Santa Cruz.

Por aquí pasan sueños acariciados por el viento.

Pintada en el paredón de la esquina de las calles 1° de Mayo y Campaña del Desierto, a una cuadra del hospital José Formenti, El Calafate.

“¿Qué saben estos porteños lo que son el frío, el viento y las distancias de la Patagonia?”. La frase es de Néstor Kirchner y se la dijo a uno de los periodistas estrella de *Clarín*, que lo frecuentó bastante durante toda su Presidencia, cuando el principal holding mediático del país no era todavía “el monopolio”, ese enemigo tan odiado al que había que desguazar.

Kirchner se quejaba de que los porteños no lo valoraban y que por eso perdía en la Capital Federal mientras ganaba en casi todo el país. “Él

siempre repetía que el viento, el frío, la hostilidad del clima influían sobre la gente”, confirma uno de sus adversarios en Santa Cruz, el ex intendente de Río Gallegos y actual senador Alfredo *Freddy* Martínez, de la Unión Cívica Radical.

Algo de eso debe ser cierto. Si bien su población creció casi un 40 por ciento entre los dos últimos censos, sigue siendo la provincia más desértica, pero es la tercera en extensión si a Tierra del Fuego le sumamos los territorios reclamados por la Argentina. ¿Resultado? La menor densidad del país: 1,1 habitantes por kilómetro cuadrado, según el censo de 2010.

Las distancias allí son respetables. Entre Río Gallegos, o “Gallegos” como dicen en Santa Cruz, y Caleta Olivia (“Caleta”, en la jerga local), las dos ciudades más pobladas de la provincia, una al sur y la otra al norte, en la misma línea, hay 710 kilómetros. Pero entre Río Gallegos y Los Antiguos, un oasis ubicado también al norte aunque en el límite con Chile, hay 1.056 kilómetros.

Si la geografía influye en las personas, el carácter de los habitantes de Santa Cruz, en especial de los nacidos y criados allí, los NyC, algo debe tener de los arbustos espinosos y los pastos duros desparramados por la estepa patagónica, en ese paisaje interminable que se ve por la ventanilla entre El Calafate y Río Gallegos.

Espinas para sobrevivir a la falta de agua del clima árido y a la voracidad de los animales en la soledad inabarcable. Dureza para resistir el frío, el viento, las heladas casi cotidianas y las nevadas severas.

Freddy Martínez lo conocía desde los once años y les da la razón a los porteños en su rebeldía primaria para digerir al ex presidente y al kirchnerismo: “Lupo siempre tuvo una ambición desmedida de poder, sin códigos ni ideología. En 2003, nosotros planteamos que iba a replicar desde la Presidencia lo que había hecho en Santa Cruz. Los mismos métodos, una cuestión de escala. Los radicales de otros lugares no nos creían cuando les decíamos que era peor que [Carlos] Menem: ‘Como ustedes siempre pierden allá, no lo quieren; son cosas de pago chico’, nos contestaban. Después, se dieron cuenta de que no nos equivocábamos. Jesús Rodríguez me dijo durante años: ‘¡Qué razón que tenías!’”.

A muchos caudillos peronistas del interior les cuesta comprender a los porteños porque no tienen tanto que ver con los votantes tradicionales de sus provincias. Son autónomos, rebeldes, irreverentes, veleidosos; no dependen del empleo público ni de los favores de los funcionarios; y en las urnas, les gusta dispersar el poder más que concentrarlo.

No son precisamente afines al peronismo; más bien han contribuido decisivamente en la construcción de liderazgos alternativos al movimiento fundado por Juan Domingo Perón, desde Fernando de la Rúa y Chacho Álvarez (cuando se fue del peronismo oficial) hasta Mauricio Macri y Elisa Carrió.

En el caso de Kirchner, ¿cómo no le iba a resultar difícil comprender a los porteños! Si, además, en la Capital Federal viven 14.450 personas por kilómetro cuadrado contra el casi invisible 1,1 de su provincia.

Tanto fue así que en las primeras elecciones de Kirchner al frente del país, los comicios legislativos de 2005, la lista del Frente Para la Victoria, encabezada por el ex canciller Rafael Bielsa, salió tercera, luego del PRO, de Macri, y el ARI, de Carrió.

Y dos años después, en las elecciones presidenciales, la fórmula Cristina Kirchner-Julio Cobos solo perdió en tres distritos; uno de ellos fue la Capital Federal, donde ganó la dupla Lilita Carrió-Rubén Giustiniani, del socialismo santafesino. Los otros dos fueron Córdoba y San Luis.

También en aquel año, 2007, Macri ganó la jefatura de Gobierno en un balotaje contra el kirchnerista Daniel Filmus, al que le sacó casi veintiún puntos de ventaja. Venía de la presidencia de Boca Juniors; la escala en el palacio municipal sería un trampolín inmejorable para llegar a la Casa Rosada, ocho años después.

Uno de los primeros dirigentes bonaerenses que lo acompañaron en su proyecto presidencial, que ya fue citado en este libro y prefiere mantenerse en el anonimato, subraya “el modo patagónico de ser y de pensar” para entender a Kirchner.

En ese sentido, recuerda un diálogo de los primeros meses de 2002, cuando la Presidencia aún era un sueño. En una reunión en un café porteño, cerca del Senado, Kirchner y otros dirigentes de Santa Cruz hablaban de Bahía Blanca de manera muy elogiosa.

—¿Bahía Blanca? ¿Cómo les puede gustar Bahía Blanca? —les recriminó el informante.

—Mirá, te voy a decir una cosa. Primero, nunca salí del país si no contamos a Chile, que está al lado de Santa Cruz; segundo, cuando yo era pibe, mi viejo me llevaba a Bahía Blanca. Para mí, Bahía Blanca es Nueva York, y también para muchos de nosotros —le explicó Kirchner.

—Disculpame, no sabía eso, pero Bahía Blanca me parece el culo del mundo y es una ciudad muy “gorila”, la cuna de la Marina.

—Sí, eso es cierto desde un punto de vista político. Pero para nosotros es Nueva York.

“Los patagónicos piensan así; Bahía Blanca es la gran ciudad de la Patagonia, y después de Bahía Blanca, está el norte: indefinido, desconocido y sospechoso”, concluye.

La fuente señala que “había varios Kirchner en el plano de las relaciones personales”.

“Con los ‘pingüinos’ —explica—, que lo acompañaban desde Santa Cruz, era muy vertical; un típico gobernador de provincia. Ahora, con nosotros, era más horizontal. Yo diría que bastante amable y cariñoso; yo sentía que a mí me tenía afecto, tal vez porque tenía algunos años más que él. Era jodón, tipo adolescente de provincia: cuando me veía, me tiraba una piña en joda y yo se la devolvía, también en joda; nos trenzábamos como si estuviéramos peleando, pero era un juego. Era divertido de una manera que llamaba la atención. Tanto que algunos compañeros se preguntaban: ‘A este, ¿qué le pasa? Parece un chico’. La respuesta de los que más lo conocíamos era: ‘¿Y qué querés? No lo dejaron ser adolescente, lo cargaban mucho por bizco y por gangoso’. Pero siempre en todo momento, era un jefe; con nosotros, era el jefe del espacio”.

Y cuenta que en la campaña de 2007, en un acto en el Teatro Avenida, “yo llegué tarde, pero me hicieron entrar por una puerta que daba cerca del escenario”.

—¿Qué hacés, viejito? —lo saludó Kirchner en una alusión irónica al discurso electoral de Cristina, que prometía una renovación de dirigentes y de ideas para abandonar los vicios de la vieja política. Un tema recurrente en nuestros dirigentes, tal vez porque, cuando llegan a los cargos tan anhelados, se olvidan de impulsar esos cambios, en especial el cambio de ideas.

—Viejito, las pelotas —le contestó nuestra fuente en forma fingidamente brusca, y se agarraron como si fueran a pelear, al punto de que dos custodias corrieron a asistir al Presidente.

“Era —agrega— un tipo de provincia, con muchas palabras de los setenta, como ‘cristianuchi’ y ‘aparatear’. Sobre Humberto Tumini y su gente, por ejemplo, decía: ‘Esos son entristas, no son peronistas’. Y a Carlos Zannini: ‘Vos sos chino, no sos peronista’, no tanto por su rostro achinado sino por su militancia maoísta en el pasado”.

Sergio Acevedo, un ex intendente y ex diputado que renunció a la gobernación de Santa Cruz en 2006 molesto por los aprietes del presidente Kirchner en favor del empresario Lázaro Báez, coincide en que “lo patagónico, con eje en Santa Cruz, era muy fuerte en él”.

“Cuando Néstor —rememora— largó la campaña presidencial, en 2002, decía lo siguiente: ‘Tenemos que dejar de ser la periferia de la Patria y pasar a formar parte del sistema de decisiones de la Argentina’”.

Claro que, además, el hombre de hoy es el chico de ayer. Y en Kirchner, eso se notaba mucho.

Todas las fuentes coinciden en que la infancia y la adolescencia de Kirchner fueron bastante difíciles en una ciudad que tenía entre 15 y 20 mil habitantes, donde se conocían todos. Su maestra de tercer grado, María Sanz de Portela, cuenta que “era muy buen alumno en matemáticas, excelente diría yo. No así en lenguas porque él tenía ese problemita para hablar. Aparte de eso, siempre estaba impecable, con los deberes hechos todos los días porque la mamá y la hermana lo seguían mucho. Los chicos le hacían burlas cuando él hablaba. Ese defecto me parece que influyó en su personalidad. Nadie de la familia Kirchner era peronista. Eran todos radicales”.

Néstor Carlos Kirchner nació el 25 de febrero de 1950, cuando su hermana, Alicia, tenía cuatro años. Ella estaría siempre pendiente de él, en la escuela primero y en la política después. La segunda hermana de Kirchner, María Cristina —*Macri*, le dicen—, nació diez años después que él, en 1960: es farmacéutica y guarda un bajo perfil.

Tres hijos, dos padres muy dedicados: Néstor Carlos, empleado de la sede local de Correos y Telégrafos, donde llegó a tesorero, y María Juana Ostoic, una chilena de Punta Arenas descendiente de suizos y croatas.

El papá del ex presidente formaba parte de la segunda generación de nacidos y criados en aquel lugar tan inhóspito y por sus venas corría sangre suiza y alemana. Conoció a María en el trabajo pero a la distancia, ya que ella trabajaba en el telégrafo en Punta Arenas, a doscientos sesenta y dos kilómetros.

En Río Gallegos, mientras su padre es recordado como un respetado funcionario del Correo y su madre como un ama de casa ejemplar, subsisten cuestionamientos sobre el abuelo de Kirchner, Carlos.

Junto con su esposa Margarita, el abuelo Carlos levantó un almacén de ramos generales que llevaba su apellido y abastecía a todo el pueblo. De ambos, el ex presidente heredó sangre alemana y suiza.

El periodista Daniel Gatti afirma en *Kirchner, el amo del feudo* que el abuelo Carlos fue incluido en el listado de comerciantes a boicotear por los trabajadores rurales que protagonizaron las huelgas de la Patagonia Trágica o Patagonia Rebelde en 1920 y 1921, que terminaron en una represión salvaje.

Gatti lo describe como “un hombre alto, enfundado en un pesado abrigo gastado, que invariablemente golpeaba con su bastón las puertas de sus viviendas para reclamar el pago del alquiler. Usurero gozoso, sabía que faltaban algunos días para que cobraran y solo por el placer de escuchar sus excusas los visitaba el primer día de cada mes”.

El periodista, que murió en 2012, se hace eco de una versión muy difundida en la capital provincial: el abuelo Kirchner prestaba dinero a altas tasas de interés; era usurero. También lo señala el historiador y escritor Osvaldo Bayer, autor del libro que inspiró la película de Héctor Olivera *La Patagonia Rebelde*, de 1974.

“Mis padres vivieron en Río Gallegos. Mi padre no sabía que el abuelo de Kirchner era usurero. Como mi padre también hablaba alemán, se juntaban a charlar. Y un día el viejo Kirchner le pidió prestados 10 mil pesos. Era mucha plata. Con eso, se podía comprar una casa. Después, nunca la devolvió. Por eso, fue la persona que más odió mi padre”, afirmó Bayer.

El ojo izquierdo desviado, gangoso, desgarbado, muy delgado y demasiado alto; sus contratiempos físicos y el *bullying* de sus compañeros influyeron en su vida y en su carácter. El profesor Emilio García Pacheco —su mentor, amigo y publicista— cuenta que a los quince años Kirchner había decidido ser maestro, pero no pudo porque en aquella época se exigía a los postulantes que no tuvieran problemas de dicción.

“Sintió —señala García Pacheco— que tenía un fracaso en su vida académica. Me acuerdo de que le llevé un libro de Piaget y le expliqué que nadie es más que nadie; que lo que logramos depende del esfuerzo que pongamos. Años más tarde, me escribió una carta desde La Plata, cuando ya estaba en segundo año de Derecho, y me agradeció por aquella charla”.

Las enseñanzas de su maestro deben haber calado hondo porque a partir de allí Kirchner nunca tuvo ambiciones pequeñas: cuando llegó a la intendencia en 1987, comenzó a pensar en la gobernación, y luego no se detuvo hasta llegar a la presidencia de la Nación, un objetivo que provocaba sonrisas irónicas entre muchos de sus interlocutores apenas lo mencionaba.

“Una vez —recuerda García Pacheco—, un dirigente político me dijo que Kirchner nunca iba a pasar del puente de Güer Aike”, que está ubicado a solo treinta kilómetros de Río Gallegos. No creía que llegaría muy lejos.

En realidad, Ricardo *Chulo* Rodríguez, un peronista de Caleta Olivia, cuenta que ya en 1985, cuando ni siquiera era intendente, Kirchner soñaba con el premio mayor. En aquel año, les mostró a él y a otro dirigente, Sergio Otero, “un departamento que tenía en la calle Paraguay, en Buenos Aires. Era grande, pero no estaba amueblado. Lo único que tenía era un paquete de yerba Piporé, su whisky, sus cajas de cigarrillos Jockey Club (fumaba como

un escuerzo) y un colchón. ‘¿Y vos para qué querés esto?’, le pregunté en un momento. Néstor vino, me abrazó y dijo: ‘Para cuando seamos presidente, Chulito’”.

Su vida era la política, de la manera en la que él la entendía. Por eso, nunca pudo cumplir con las indicaciones de sus médicos de bajar el nivel de estrés para proteger su corazón. En palabras del senador Martínez: “La libido de Kirchner era la política. A mí me decía: ‘Vos nunca vas a llegar a presidente con todo el tiempo que perdés con tu familia, con tus hijos’”.

Si aquellos contratiempos templaron su carácter y reforzaron su disposición al trabajo duro, lo volvieron implacable con quienes se colocaban en la vereda de enfrente. Son muchas las anécdotas sobre compañeros que en el secundario le hicieron *bullying* y de quienes se vengó luego, cuando llegó a la gobernación.

Por lo general, eran hijos de estancieros, profesionales o comerciantes; de las familias más o menos acomodadas que vivían en el centro de Río Gallegos. Si tenían negocios o prestaban servicios, primero los convencía de convertirse en proveedores del Estado; esperaba que concentraran sus ventas en el gobierno, y luego les cerraba el grifo: no les pagaba. ¿Resultado? Se fundían, y ahí volvía a aparecer Kirchner para ofrecerle un puesto en el aparato público.

En otras palabras: convertía al burlón de ayer en un empleado suyo porque Kirchner era de los políticos que consideraban al aparato del gobierno como una pertenencia propia.

Desde la adolescencia, estaba obsesionado con lograr sus fines más allá de los medios que tuviera que implementar. Era una persona sumamente práctica, pragmática, a tono con las enseñanzas de Perón: “En el arte de la conducción, hay solo una cosa cierta. Las empresas se juzgan por los éxitos, por sus resultados. La conducción es un arte de ejecución simple: acierta el que gana y desacierta el que pierde”.

Además de profesor, García Pacheco era entrenador del equipo de básquet del colegio nacional “República de Guatemala”: “En ese momento, se paraba el pueblo para ver los clásicos del Nacional contra el Colegio Salesiano. Néstor formaba parte del equipo. No era de los más hábiles para

el deporte, pero la altura lo ayudaba. Su función, cuando entraba, era recuperar los rebotes en defensa y después volcarla en el ataque”.

Y agrega: “El nuevo héroe patagónico era vehemente y combativo siempre. En un partido contra el Salesiano, a estadio lleno, Kirchner tuvo un incidente con el árbitro, al que estuvo a punto de agredir. Como técnico del equipo, pedí minuto y lo saqué. Al otro día, me vio en un café y se acercó para pedirme disculpas por su actitud. Me dijo que estaba arrepentido. En ese momento, entró el árbitro; entonces, se levantó y comenzó a increparlo”.

El ex diputado radical Ricardo Patterson, descendiente de malvineros emigrados al continente, asegura que “el verdadero Kirchner es el del partido de básquet” contra un equipo chileno. “Su equipo —rememora— iba ganando por un punto y los contrarios recuperaron la pelota y se fueron derecho al aro. Faltaban diez segundos. Él estaba, como siempre, en el banco de suplentes. Y se mandó con todo y le hizo un tackle al contrario. No aceptó las reglas, no aceptó perder”.

Por el contrario, Alberto Fernández, su ex jefe de Gabinete, habla de “prepotencia no en el trato pero sí en la política. Una prepotencia política. Néstor avanzaba con decisión y muchas de las cosas las logró por esa forma de actuar. Es como la prepotencia del trabajo, del hacer; no la prepotencia del maleducado, del soberbio”.

Y cuenta una anécdota ocurrida el 24 de julio de 2003, en el vuelo de regreso de la primera visita de Kirchner a su colega estadounidense, George W. Bush: “Viene alguien de la cabina y me dice que hay un llamado de José Pampuro, el ministro de Defensa. Le aviso a Néstor. ‘Atendelo vos’, me ordena. Pampuro me cuenta que el juez español Baltasar Garzón había mandado detener a todos los jerarcas del Proceso de Reorganización Nacional y que él no sabía para dónde correr porque tenía a todos los generales revueltos. Le contesto: ‘Mirá, esta noche, a once mil metros de altura, no te voy a resolver nada, pero hacé que los detengan a todos y mañana cuando lleguemos, vemos cómo lo resolvemos’. Era todo muy confuso: había un decreto de Fernando de la Rúa que prohibía la extradición de connacionales, estaban las leyes de Obediencia Debida y Punto Final...”.

—¿Y qué hacemos? —le preguntó el Presidente.

—Es muy complicado: está el decreto de De la Rúa. Están las dos leyes —le dijo su jefe de Gabinete.

—¿Y si las derogamos?

—Pero fueron sancionadas hace muchos años y los acusados se pueden acoger a los beneficios de la ley más benigna.

—¿Y entonces?

—La única posibilidad sería anularlas...

—Bueno, las anulamos.

—Pero no es fácil anularlas. Se debería hacer por una declaración de inconstitucionalidad de la Justicia y eso llevaría mucho tiempo.

—Bueno, que las anule el Congreso.

—Pero el Congreso nunca anuló una ley; sería como anularse a sí mismo.

Fernández recuerda que Kirchner se quedó mirando la negrura de la noche a través de la ventanilla del avión.

—Mañana lo llamás a [Carlos] Zannini y derogan el decreto de De la Rúa; luego, los llamás a [el diputado José María] Díaz Bancalari y a [el senador Miguel] Pichetto para que anulen las dos leyes. Debe haber un montón de proyectos, así que agarren el que quieran.

—Bueno... El que tiene problemas con los generales es Pampuro.

—Pampuro les tiene que decir a los generales qué prefieren: que los enjuiciemos acá y puedan visitarlos sus familias, o que los enjuicien en España y sus familiares tengan que hacer once mil kilómetros para verlos.

“Díaz Bancalari y Pichetto, que conducían los bloques del peronismo en ambas cámaras, no entendían nada, pero lo hicieron. Además, yo hablé con los jefes de todos los bloques”, asegura Fernández.

Un mes después, el 21 de agosto de 2003, el Senado completó la anulación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, con lo cual los militares pudieron volver a ser juzgados en la Argentina por violaciones a los derechos humanos durante la dictadura.

Varios de quienes lo conocían desde Río Gallegos atribuyen algunas de las amistades de Kirchner a una suerte de empatía con las dificultades físicas de esas personas. El caso más notable es el de Rudy Ulloa, conocido como El Rengo.

Omar Pintos, periodista y militante peronista —ex esposo de Miriam Quiroga, de quien se separó en 1995, mucho antes de que ella comenzara el supuesto romance con Kirchner—, asegura que “Néstor tenía muy buena relación con Rudy porque es rengoso y él, gangoso. Rudy vendía diarios y era lustrabotas; Néstor lo llevó a su estudio y así se convirtió en su cadete y luego en su chofer. Pero Cristina lo aborrecía. Rudy, a pesar de todo el poder que fue logrando y del dinero que fue haciendo, nunca pudo ser nada en política porque es chileno”.

“Las burlas de chico por gangoso y por bizco fortalecieron a Néstor. Ante la adversidad, se agrandaba y redoblaba la apuesta”, agrega Pintos.

Para José Luis Cárcamo, dirigente peronista de Río Gallegos, “Lupín y Rudy compartían el resentimiento por sus discapacidades; eso los unía y los hacía ir para adelante, sin límites, cada uno en lo suyo. La necesidad primaria de Kirchner era el poder para saciar ese resentimiento original”.

Sus padres lo hicieron operar de la nariz y él mejoró su dicción aunque siguió pronunciando mal la “s” y la “z”. Pintos recuerda que “una noche, después de una extensa reunión, volvíamos al centro de la ciudad con un grupo de militantes; era tarde y teníamos hambre así que, mientras caminábamos, el tema del debate había pasado a ser qué podíamos comer a esa hora. ‘Vamos a la *pijjería esha* que está en el *shentro*’, dijo Néstor en alusión a Pizzería Royal, y todos nos empezamos a reír a carcajadas. Todos menos él, que se quedó callado. La expresión de su cara nos dio a entender que el chiste no le causaba ninguna gracia. Esa noche comprendimos que con eso no se jodía”.

Bielsa, por su lado, señala que “él prefería ignorar su aspecto físico; por eso, siempre se vestía igual a como lo pinta el folklore: sacos cruzados, camisa celeste, mocasines, corbatas anodinas”. Y rememora un diálogo que le contó el propio Kirchner.

—Néstor, ¿por qué no te operás de los ojos? Ahora hay muy buenos tratamientos —le dijo Alberto Fernández, cuando comenzaba la campaña

presidencial de 2003.

—Ah, ¿y qué hago después con la nariz? ¿Me la opero también? Dejate de joder, Alberto.

“Durante la crisis de 2002 —agrega Bielsa— un amigo había armado un grupo de gente muy buena, todos individuos destacados en sus profesiones, como el biólogo molecular Alberto Kornblihtt, en el que estaba el fotógrafo Diego Goldberg, que hizo las fotos de Néstor de la campaña de 2003. En una reunión posterior, ese fotógrafo me dijo: ‘¡No sabés lo que es cubrir a un individuo que no tiene paz con su contextura física!’. Claro, el fotógrafo tenía el ojo del profesional, que ve más allá de lo que nosotros vemos”.

En la cúspide de su carrera política, en 2007, cuando coronó un gobierno exitoso consagrandolo a Cristina como sucesora, había convertido ese punto débil en la marca de un estilo distendido, genuino, natural, que, según sus partidarios y sus numerosos voceros —formales e informales—, apuntaba a sacar al país de los vaivenes de siempre e implantar las bases esta vez inamovibles de “un nuevo modelo de acumulación de matriz productiva diversificada con inclusión social”.

Eran los buenos tiempos en que Néstor era *cool*; ser kirchnerista era copado.

Es probable que el *bullying* de la infancia y la adolescencia también haya reforzado su habilidad para detectar los puntos débiles de los otros y usar esas vulnerabilidades en su favor. Es un talento que tienen muchos políticos y que, en su caso, le permitía cooptar a dirigentes de otros partidos; una especialidad que en su provincia le sirvió para desangrar al radicalismo y liquidar a los intransigentes, los desarrollistas y la Democracia Cristiana.

A nivel nacional, haría lo mismo con muchos radicales, que se plegaron a su proyecto de la Transversalidad. La mayoría se fue despegando a causa del largo conflicto con el campo, pero hubo varios que saltaron al kirchnerismo.

“Lupín tenía una gran virtud: sabía palpar las cosas y conocía lo más profundo de las personas. Percibía qué tenía que darte para comprarte; o si, por el contrario, debía subyugarte o darte con un caño”, cuenta el senador Martínez.

De acuerdo con el ex gobernador Acevedo, Kirchner “siempre aplicó la lógica amigo/enemigo; al final del día, Néstor hacía sus cuentas como si hubiera habido una batalla y decía: ‘Hoy tenemos un amigo más; mañana tenemos que ir por fulano’. En su relación con los otros, él seducía, compraba o mataba; en ese orden”.

“Néstor —agrega— siempre decía: ‘Si viene un tipo que es secretario mío y hace o dice algo que no me gusta, lo echo. Pero si luego vuelve y se arrepiente, lo nombro ministro’. Exigía lealtad a toda prueba”.

Un pase notable fue el del contador Roberto López, el candidato radical al que le ganó la intendencia de Río Gallegos por apenas 111 votos: cuando fue gobernador, Kirchner lo nombró presidente del Banco de Santa Cruz y luego, en 2003, Lupín se lo llevó como titular de Lotería Nacional, cargo en el que permaneció hasta 2015.

Precisamente, recibió ese apodo en la secundaria por su parecido con el aviador que protagonizaba una historieta muy conocida en los cincuenta y los sesenta. El Lupín original era narigón, y tenía los ojos saltones y un remolino en la frente. Nunca le incomodó el sobrenombre, tal vez porque lo emparentaba con un personaje bueno, entrador y corajudo: para la campaña de 2011, sus publicistas habían preparado un jingle con ritmo de cumbia en el que lo llamaban Lupín.

Con el tiempo, Lupín derivó en Lupo, “lobo” en italiano. Por extensión, a Cristina se la llamaba Lupina o Lupa, además de otros apodos, menos originales.

A los asistentes y funcionarios que lo acompañaban desde Santa Cruz, los dirigía de manera vertical, rígida. Cárcamo asegura que en la provincia “era un déspota; un día, vi cómo lo mandó a comprar cigarrillos a Julio De Vido, que era ministro, como si fuera un cadete”.

Cárcamo señala, como otras fuentes, que “hay varias anécdotas sobre las trompadas y los cachetazos que Lupín le pegó a gente que estaba por debajo de él (ministros, intendentes y colaboradores). Si se agotaba la discusión, te invitaba a pelear. Era un tipo arrebatado”.

Kirchner parece haber llevado esa costumbre a la Casa Rosada. Seguramente por su oficio de escritor, Abel Posse relata de manera muy atractiva la segunda visita a España de Kirchner como presidente, del 27 al 30 de enero de 2004, cuando él era embajador.

También se trató de la segunda visita de los Kirchner a Europa, y llegaron con una numerosa comitiva.

El miércoles 28 de enero todo estaba listo para partir hacia el Palacio de la Moncloa, donde lo esperaba el jefe del gobierno español, el conservador José María Aznar, pero Kirchner no salía de la residencia del embajador, que Posse había cedido al Presidente y a la Primera Dama.

Uno de sus colaboradores históricos, Rubén *El Petiso* Zacarías, que había sido nombrado subdirector de Ceremonial, le informó al Presidente que habían llamado desde La Moncloa y que Aznar estaba ansioso por la demora de quince minutos.

En su libro *Sobrevivir Argentina*, Posse afirma, en base a tres testimonios, que bastaron esas palabras para que Kirchner descargara una ráfaga de golpes sobre Zacarías, “el esmirriado funcionario que se cubría con los codos y trataba de distanciarse corriendo a lo largo del gran Salón de Música, el de las grandes recepciones de la embajada, desde el majestuoso piano Steinway hasta la pared con el cuadro de Benito Quinquela Martín, y regreso. El canciller Bielsa, con su sobretodo azul al vuelo, corría detrás de su Presidente tratando de contenerlo”.

Kirchner ya lo tenía en la mira a Posse y a punto estuvo de dejarlo fuera de la agenda que el embajador le había preparado. Posse resistió y siguió en su puesto hasta el año siguiente, cuando se retiró del servicio activo.

“Conseguí también una entrevista con mis amigos del Grupo Prisa: Jesús de Polanco, Pancho Pérez González y Juan Luis Cebrián. Ellos le empezaron a hablar de Borges y yo notaba que Néstor y Cristina se ponían incómodos, hasta que en un momento les contestaron que el uruguayo

Mario Benedetti les parecía un escritor con el que podían compartir más cosas que con Borges”, cuenta el entonces embajador.

“Creo que los Kirchner no sabían bien de qué hablaban”, reflexiona Posse en su departamento porteño, rodeado de libros, de ideas y de historias.

A su muerte, “el nuevo héroe patagónico”, como lo llama su profesor García Pacheco, no podía menos que ser honrado con el nombre de la calle principal de Río Gallegos; la avenida San Martín les debe haber parecido mucho a los impulsores del cambio de nombre, pero la otra gran arteria de la capital, Julio Argentino Roca, les vino como anillo al dedo porque, además, impugnaban de esa manera a “un genocida”, como el relato “nacional y popular” del kirchnerismo duro califica al general y presidente que extendió el dominio del Estado argentino hacia el sur del país.

Sin la intervención decisiva de Roca no es seguro que hoy la mitad de Mendoza y San Luis, pedazos de Córdoba y Buenos Aires, y las provincias enteras de La Pampa, Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego, además del sector de la Antártida, pertenecerían efectivamente al territorio nacional.

Pensándolo bien, tal vez el propio Kirchner habría nacido, incluso, en algún otro país.

En realidad, Roca concretó a partir de 1878 un objetivo estratégico del país, vigente desde la Revolución de Mayo, que había dado lugar, entre otras acciones, a la Campaña al Desierto del brigadier general Juan Manuel de Rosas, en 1833.

El relato K impugna a Roca por la matanza de indígenas que poblaban el sur, fuera del alcance del aparato estatal. Una cuestión lamentable, pero que también podría ser motivo para criticar a Rosas, que, incluso, mató más indios que el político y militar tucumano.

Roca visitó Río Gallegos en 1899, de regreso de Punta Arenas, donde con su colega chileno, Federico Errázuriz, había sellado la paz entre ambos países.

Las crónicas de la época señalan que habló desde el balcón de la Casa de Gobierno y prometió varias cosas: un reparto de tierras, el telégrafo, más comunicaciones por mar, la eliminación de recargos aduaneros y una sucursal del Banco Nación. Cumplió todas.

El cambio de nombre de la avenida ocurrió a la semana de la muerte de Kirchner, a las apuradas y sin esperar un informe de la comisión de Toponimia de la municipalidad. Y el 19 de diciembre de 2010, para el aniversario de Río Gallegos, la avenida fue rebautizada oficialmente por la Presidenta y sus dos hijos.

De acuerdo con Rubén Lasagno, director y fundador de la agencia OPI Santa Cruz, el cambio de nombre contó con “la plena complicidad” de un sector del radicalismo, a través del intendente Héctor *Pirincho* Roquel, actual diputado nacional.

“La historia —explica Lasagno— es corta y contundente: para cambiar el nombre de Roca por el de Kirchner, forzaron las normas de toponimia, como así también desconocieron a la comisión dedicada al análisis del nombramiento de las calles y saltaron todas las ordenanzas, usando, para convalidar el ilícito, las manos del entonces concejal por la UCR, Antonio Águila”.

Lasagno impulsa ahora el retorno de la avenida a su nombre anterior.

De todos modos, las críticas de esa agencia y de un puñado de medios de comunicación, así como de vecinos y sus organizaciones, impidieron que el monumento en honor a Roca fuera cambiado por una estatua de Kirchner caminando contra el viento.

Al final, la estatua de bronce de Kirchner, de 2,04 metros de altura, fue instalada en el patio de la empresa de medios de comunicación de su ex asistente y amigo Rudy Ulloa, en Barrio Del Carmen.

Roca sigue de pie, de chaqué y moño, firme y altivo, en la esquina de San Martín y Kirchner.

Capítulo 9

“CARTA A NÉSTOR, MI HIJO”

Gentileza Editorial Perfil



Néstor habla; lo escuchan Cristina y Hebe de Bonafini, la emblemática dirigente de los derechos humanos, aliada todoterreno de los Kirchner.

OceanofPDF.com

*Nuestro punto de partida tiene
que ser los derechos humanos.
Hebe es un tanque. Y el más grande
de todos los símbolos. La madre de las Madres.*

Néstor Kirchner al filósofo José Pablo Feinmann,
por teléfono desde el avión presidencial,
en julio o agosto de 2003.

*Hay una persecución política tremenda a la ex presidenta
Cristina y a Néstor; si pudieran hacerlo resucitar para meterlo
en la cárcel, lo harían. Yo, personalmente, tengo la confianza
de que no eran gente deshonestas.*

Estela de Carlotto al diario *El País*,
de España, el 16 de enero de 2017.

*—Néstor, ¿por qué ahora sos de izquierda si los dos éramos
los grandes alcahuetes de [Domingo] Cavallo, vos primero y
yo segundo?*

—La izquierda te da fueros, Ramón.

Kirchner al senador Ramón Puerta,
a mediados de enero de 2004.

“Cuando vos llegaste a mi vida, me volvió la alegría; me sentí más fuerte, acompañada, comprendida y respetada”, recordó en su primer párrafo un doloroso texto de despedida publicado el día después de la muerte de Néstor Kirchner, el jueves 28 de octubre de 2010, bajo el título “Carta a Néstor, mi hijo”.

La autora no era la mamá de Kirchner, María Juana Ostoic, quien al día siguiente sorprendería a todos en el sepelio en Río Gallegos por su entereza y serenidad al filo de los 90 años. Incluso, a alguien que se le acercó y le dijo que con su hijo se había ido el mejor, ella le contestó, gallarda: “Ya va a venir otro”.

“Vuelve a la ciudad en la que nació. Los hijos deberían enterrar a los padres y no al revés”, agregó la madre del ex presidente, que siempre fue muy apreciada por sus vecinos riogalleguenses. Moriría en 2013.

La autora de la carta fue otra madre, Hebe de Bonafini, la valiente luchadora por los derechos humanos de los años oscuros de la dictadura — cuando tan pocos se atrevían—, reconvertida ya desde el inicio del kirchnerismo en una dirigente de primer nivel de la coalición oficialista.

En ese pasaje de la “sociedad civil” a la “sociedad política” —para utilizar dos términos de Antonio Gramsci, el intelectual italiano que renovó al marxismo— las Madres dejaron de ser un organismo que estaba por encima de los partidos y, por lo tanto, de las luchas de poder. Fue la época en que pertenecían a toda la sociedad.

Por el contrario, pasaron a formar parte de una fuerza que disputaba el poder. Las Madres influyeron en la agenda del kirchnerismo, pero también fueron influidas por sus nuevos aliados; debieron asimilar intereses, objetivos y prioridades.

Lo hicieron con agrado. Debido a ese cambio de rol, Bonafini y las Madres pudieron satisfacer demandas propias, como el juicio y castigo a los “genocidas” de la dictadura, y disfrutaron los beneficios del poder; desde sus oropeles, como los asientos en primera fila en los actos en el Salón Blanco, a cuestiones más consistentes, como el trato privilegiado con Néstor y Cristina, y los recursos de todo tipo para levantar un holding que incluía una radio, una librería y la universidad, a la que hicieron estatizar por el Congreso cuando la llenaron de deudas y la convirtieron en inviable.

Pero perdieron prestigio social y se mezclaron en negocios turbios, como las supuestas maniobras de corrupción en la construcción de viviendas populares con dinero del Estado —el programa Sueños Compartidos—, y en manejos no menos oscuros, como el respaldo al general César Santos Gerardo del Corazón de Jesús Milani como jefe del Ejército a pesar de las acusaciones en su contra por delitos de lesa humanidad.

“La denuncia contra Milani fue inventada por [Jorge] Lanata para arruinarlo”, dijo Bonafini en uno de sus tantos gestos de defensa de Milani, que, tras la derrota del kirchnerismo, terminó en la cárcel, donde ya estaban alojados tantos de sus camaradas acusados de los mismos delitos.

La partidización de las Madres fue admitida por la propia Bonafini el 23 de marzo de 2017, en la víspera de un nuevo aniversario del último golpe de Estado: “Las Madres no somos más un organismo de derechos humanos. Somos una organización política, ahora sí con un partido, que es el kirchnerismo”.

Por su bien ganado peso específico, Bonafini y las Madres ilustran el cambio más bien drástico que incluyó a todos los organismos de derechos humanos, salvo pocas excepciones.

En esa mudanza, Bonafini y el resto de los organismos conservaron todo el lenguaje anterior, tanto para reivindicar como verdadera la cifra simbólica o mítica de los treinta mil detenidos desaparecidos, como para defender la lucha armada de los grupos guerrilleros.

Ese respaldo a las guerrillas nunca resultó muy explícito, seguramente porque cuestionaba su identidad como organismos que defendían los derechos humanos. Pero fue asumido a la luz pública el 24 de marzo de 2017, en el acto en la Plaza de Mayo para repudiar el golpe de Estado encabezado por el general Jorge Rafael Videla.

Allí, los organismos de derechos humanos dieron a conocer un largo documento en el que reivindicaron a Montoneros, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL) y otros grupos guerrilleros menores.

En ese marco, elogiaron a los Kirchner y emparentaron al presidente Mauricio Macri con la dictadura con el argumento de que “el plan económico de este gobierno democrático tiene los mismos objetivos que el de Martínez de Hoz”, el ministro de Economía del régimen militar.

En su carta a Kirchner, Bonafini recordó a sus dos hijos desaparecidos y los vinculó con Néstor.

“Quiero contarte en esta carta —afirmó— que me atreví a pasar el primer día sin vos, con ese vacío que me dejaste y que creía que tardaría en llenar porque cuando desaparecieron mis otros hijos el agujero fue casi eterno”.

En el caso de la pérdida de Néstor, el vacío no le resultó tan duradero: Hebe explicó que se sintió reconfortada por los miles y miles de jóvenes que encontró al llegar aquel jueves a la Plaza de Mayo, que “te vivaban y también decían: ‘¡Fuerza Cristina!’”.

En ese diálogo imaginario con Kirchner, Bonafini agregó: “¿Sabés, querido? Te cuento esto porque seguro no te lo imaginás: la mayoría me decía que la apoya a Cristina para las elecciones de 2011”.

Es decir que pudo cauterizar el dolor de la pérdida de Néstor con la perspectiva de una victoria electoral de Cristina, que alargaría el dominio político de la coalición que ella integraba.

En su despedida, Bonafini le escribió: “Gracias, hijo, por permitirme vivir junto a vos y tus principios; gracias por vivir con tanta pasión”.

En realidad, esa relación tan estrecha fue todo un mérito de Kirchner. Él la buscó, él la consiguió.

Kirchner no conocía a las Madres cuando asumió en la Casa Rosada, el 25 de mayo de 2003. Nunca había querido verla en las tres visitas que Bonafini hizo a Santa Cruz; jamás había recibido a nadie de la delegación

local de Madres de Plaza de Mayo; ni siquiera había creado una subsecretaría de Derechos Humanos en su provincia.

La profesora Milagros Pierini, referente local de los derechos humanos, siempre recuerda que, siendo gobernador, Kirchner “nunca nos facilitó uno de los tantos gimnasios de escuelas que había para realizar los actos” de homenaje a los desaparecidos.

Todos los años, la agencia OPI Santa Cruz publica una investigación que “ningún medio de Santa Cruz se ha encargado de armar ni difundir”, en la que queda claro que en sus tres mandatos en esa provincia, Kirchner nunca encabezó ningún acto, movilización o solicitada para condenar el golpe. Tampoco lo hizo la primera dama provincial, Cristina Kirchner.

Según ese relevamiento, los 24 de marzo Kirchner prefería viajar a Gobernador Gregores, una localidad ubicada en el centro de la provincia, en medio de la nada y del viento. ¿El objetivo? Participar en el acto para celebrar el cumpleaños de esa ciudad.

Además, esa investigación periodística registra que los Kirchner se llevaban muy bien con los militares en Santa Cruz. Es que allí viven y trabajan muchos uniformados, quienes, junto con sus esposas, componen un apreciable caudal electoral.

Obviamente, nunca se le ocurrió descolgar los cuadros de los numerosos interventores y gobernadores militares que hubo en Santa Cruz.

Kirchner conoció a Bonafini el 3 de junio de 2003, cuando él ya se había instalado en la Casa Rosada y buscaba la manera de generar un rápido consenso social para aumentar el exiguo 22,24 por ciento de votos que le había bastado para llegar a la Presidencia.

En los comicios de aquel año, había salido segundo, a 2,21 puntos porcentuales de Carlos Menem; debían ir a segunda vuelta, pero Menem se bajó porque todas las encuestas le auguraban una derrota inapelable.

Una de las maneras que Kirchner encontró para lograr más respaldo en la opinión pública fue levantar la bandera de los derechos humanos, un recurso que nunca había utilizado en su carrera política pero que en 2003 lo podía acercar a tanta gente que ni siquiera lo registraba.

Apuntaba a los sectores “progresistas” —de centro izquierda e izquierda— de las grandes ciudades, que siempre fueron los más sensibles a la tarea

de los organismos de derechos humanos.

Las Madres llegaron a la Casa Rosada sin muchas expectativas, pero una hora después salieron encantadas: “Estamos emocionadas —dijo Bonafini a los periodistas—. No era todo igual, como las Madres habíamos creído. Las Madres reconocemos cuando nos equivocamos. No votamos porque creíamos que todos los candidatos eran iguales, pero vimos que Kirchner no era igual. Él aceptó con mucha humildad lo que le dijimos y nos transmitió que las puertas de la Casa Rosada siempre estarán abiertas”.

Como suele suceder con los conversos, Kirchner se entusiasmó tanto que pareció sobreactuar el 25 de septiembre de 2003 al afirmar en su primer discurso en la Asamblea General de las Naciones Unidas, en Nueva York, que todos los argentinos “somos los hijos de las Madres y de las Abuelas de Plaza de Mayo”. Y agregó que la defensa de los derechos humanos “ocupa un lugar central en la nueva agenda de la República Argentina”.

En su libro *El Flaco*, el filósofo José Pablo Feinmann revela los detalles de esa jugada crucial, que le daría una identidad bien definida al kirchnerismo y lo posicionaría como una fuerza de centroizquierda. Señala que “a las 19:30 de un día de julio o agosto de 2003, suena el teléfono”; lo llamaba Kirchner desde el avión presidencial.

En una charla anterior, el filósofo le había propuesto basar el gobierno en los asambleístas de 2001 y 2002, a tono con el deseo de varios intelectuales progresistas: que las asambleas populares que habían brotado durante la gran crisis desembocaran en la creación de un régimen político superador. Una “democracia directa, sin conducción” política, en palabras de Feinmann.

Claro que Kirchner no era el presidente indicado para semejante ilusión y se lo dejó bien en claro en esa llamada desde el avión: “Nosotros no estamos donde estaban ellos. En el llano. No estamos en Parque Centenario. Estamos en el gobierno y tenemos el Estado a nuestra disposición, esperando que vayamos a agarrarlo”.

Kirchner siguió detallando la concepción del poder que pensaba desarrollar en aquella nueva etapa de su carrera política.

—Nuestro punto de partida tiene que ser los derechos humanos. ¡Ni hablamos de los derechos humanos! ¡Eh, José! ¿Qué pasa? ¿Cómo te llevás con Hebe?

—La veo poco. Frontal, desbocada, pero necesaria. Me gusta más la cautela de [Estela] Carlotto.

—Sí, pero Hebe es un tanque. Y el más grande de todos los símbolos. La madre de las Madres.

Frente a la “democracia directa” de los asambleístas, Kirchner optó por un presidencialismo fuerte, discrecional, basado en una sólida alianza — simbólica y material— con Bonafini y los organismos de derechos humanos.

Y como consejero en la materia, en lugar de Feinmann, Kirchner eligió al periodista Horacio Verbitsky, también titular del Centro de Estudios Legales y Sociales (Cels).

Fue una jugada maestra porque no solo facilitó al kirchnerismo el respaldo de amplios sectores medios urbanos, incluidos numerosos intelectuales y periodistas, en especial, durante la gestión como jefe de Gabinete de Alberto Fernández, el principal operador político y mediático de los Kirchner.

La política de derechos humanos fue clave también en la vertebración del kirchnerismo como una fuerza hegemónica. Y un grupo alcanza la hegemonía, según Gramsci, si concentra la “dirección intelectual y moral” del resto de la sociedad. Es decir, cuando logra compactar a una mayoría acerca de lo que está bien y lo que está mal; cuando la convence sobre cómo debe pensar y cómo tiene que actuar.

En ese sentido, fue un capítulo central en la llamada “batalla cultural”.

En tercer lugar, la incorporación de los organismos de derechos humanos resultó un poderoso mecanismo de legitimación; un formidable escudo ético que durante muchos años protegió a los Kirchner y a sus

funcionarios de las numerosas denuncias de corrupción que fueron acumulando ya desde sus primeros tiempos en el gobierno nacional.

¿Cómo iban a robar si defendían los derechos humanos? O en una versión cínica: “Roban, pero juzgan” a los represores de la dictadura; remedo de otra frase famosa, no solo en la Argentina: “Roban, pero hacen”.

Kirchner calculó este beneficio desde que puso en marcha la jugada con la que soldó a su coalición.

A mediados de enero de 2004, durante un viaje a Monterrey para asistir a la Cumbre Extraordinaria de las Américas, el senador misionero Ramón Puerta —titular de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado— le preguntó al Presidente sobre las razones de su nueva orientación política.

—Néstor, ¿por qué ahora sos de izquierda si los dos éramos los grandes alcahuetes de [Domingo] Cavallo, vos primero y yo segundo?

—La izquierda te da fueros, Ramón.

Los fueros éticos del kirchnerismo se rompieron hace ya un tiempo, pero para que eso sucediera tuvieron que pasar muchos años. Y hubo que esperar, además, que la corrupción anegara a los propios organismos de derechos humanos.

Hay que reconocer que tanto las Madres como las Abuelas —y, con mayor o menor énfasis, casi todos los organismos de derechos humanos— nunca dejaron que las denuncias de corrupción empañaran su vínculo con los Kirchner.

Incluso, siguieron en su defensa después de las imágenes que mostraron a uno de los hijos del empresario Lázaro Báez, Martín, contando parvas de dólares en Puerto Madero antes de enviarlos a cuentas en el exterior, y de los bolsos con casi nueve millones de dólares que el ex secretario de Obras Públicas, José López, intentó esconder en el convento de las Monjas Orantes y Penitentes de Nuestra Señora de Fátima, en el Gran Buenos Aires.

En una entrevista con el diario *El País*, de España, el 16 de enero de 2017, Estela de Carlotto, titular de Abuelas de Plaza de Mayo, afirmó que

“hay una persecución política tremenda a la ex presidenta Cristina y a Néstor; si pudieran hacerlo resucitar para meterlo en la cárcel, lo harían. Yo, personalmente, tengo la confianza de que no eran gente deshonesto. Tienen mucha plata. Pero eso no es robar”.

“Sé lo de la bolsa de los dólares [de López], pero es una persona. Es como si yo acá tuviera alguien que haga lo mismo: ¿me van a echar la culpa a mí? ¿Qué vas a hacer si tenés empleados deshonestos?”, agregó.

Hubo todavía otra función que cumplieron Bonafini, Carlotto y los organismos de derechos humanos: cada vez que el kirchnerismo pasaba a la ofensiva, se convertían en sus arietes éticos contra los enemigos.

Una gran ductilidad: jugaban —siguen haciéndolo— tanto en defensa como en ataque.

Eso sucedió muy a menudo porque la táctica preferida de los Kirchner era polarizar la sociedad entre buenos y malos. Una concepción agonal de la política, con teóricos como el alemán Carl Schmitt y prácticos como Karl Rove, el principal asesor de George W. Bush cuando fue presidente de Estados Unidos.

Ocurrió, por ejemplo, contra los productores rurales durante la disputa por las retenciones a las exportaciones; Carlos Fayt, el juez de la Corte Suprema de Justicia al que querían desplazar con la excusa de que era un anciano, y la dueña del Grupo Clarín, Ernestina Herrera de Noble, a quien acusaron de haberse apropiado de dos hijos de desaparecidos.

En este último caso —un capítulo abominable en la larga lucha para desmembrar al Grupo Clarín—, Carlotto afirmó el 15 de noviembre de 2009 en una entrevista con Jorge Fontevicchia, el fundador de *Perfil*: “Son chicos apropiados, encapsulados y dirigidos. Estos chicos están en una burbuja. Esta señora no es una ingenua, que no quiere que invadan su intimidad. Yo creo que son una posesión, un objeto, y más que eso no hay. Yo no creo que haya amor, creo que hay propiedad privada. Y como es propiedad privada, no me la toca nadie”.

Sin embargo, las pruebas de ADN dieron negativo y el 3 de enero de 2016 la jueza Sandra Arroyo Salgado sobreseyó a la viuda de Noble.

A medida que iban profundizando su alianza con Bonafini, Carlotto y otros liderazgos, los Kirchner se vieron en la necesidad de fabricarse un

pasado más acorde con esa nueva postura de campeones de los derechos humanos.

Así, se fueron inventando como militantes de la “juventud maravillosa” en La Plata mientras estudiaban abogacía; amigos y compañeros de desaparecidos; detenidos ellos mismos durante el gobierno de Isabel Perón, y otra vez presos al comienzo de la dictadura.

Sin embargo, los desmiente el ex diputado Rafael Flores, un riogalleguense que también estudió en La Plata. Flores asegura que Kirchner militó en la Juventud Peronista “hasta la vuelta de Perón”, el 20 de junio de 1973, y que Cristina “nunca militó. Por el contrario, ella tenía una mirada muy dura sobre lo que habían sido Montoneros, FAR y toda esa historia. Recuerdo haber estado con ella el 30 de octubre de 1983, en las elecciones que nos ganó Raúl Alfonsín, como apoderados del Partido Justicialista en Santa Cruz. Cuando estaban los resultados ya cantados, yo hice un comentario sobre nuestro candidato, Ítalo Luder, que había dicho que volvería a llamar a las Fuerzas Armadas para la represión a la guerrilla, y señalé que eso le había costado muchos votos. Cristina se enojó y me dijo: ‘¿Y los montoneros? ¿No hicieron nada los montoneros?’, en lo cual tenía parte de razón. Pero el tema era otro”.

Sobre las dos detenciones que Kirchner decía haber sufrido durante el gobierno de la viuda de Perón, nunca aparecieron testimonios ni indicios. En cuanto a la captura por las autoridades militares de su provincia, ya luego del golpe, Flores matiza esa afirmación: “La verdad es que estuvimos demorados. En marzo de 1977, estuvimos demorados entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas en la cárcel de Río Gallegos porque no sabían dónde ponernos. No fuimos tratados con violencia; no nos fueron a buscar a nuestras casas, sino que nos citaron por nota. Los dos fuimos pensando que se trataba de una cuestión vinculada con las prórrogas que habíamos pedido por el servicio militar. Quien ordenó nuestra detención resolvió su problema porque, como en todo pueblo chico, la gente se preguntaba por qué no nos detenían debido al antecedente de la militancia en La Plata”.

“El trato —recuerda— fue siempre de ‘doctor’. Yo aproveché para leer de un tirón el *Facundo*, de Sarmiento”.

Una vez instalados en Río Gallegos, el matrimonio no se mostró preocupado por las víctimas de la dictadura. Por ejemplo, no presentaron ningún hábeas corpus, a diferencia de Flores, que ayudaba al CELS con los detenidos en Rawson, la capital de Chubut.

El estudio jurídico de los Kirchner se especializó en presionar a deudores que no pagaban sus cuotas: como el caso de quienes habían sacado créditos hipotecarios regidos por la Circular 1.050 del Banco Central, una norma de la dictadura que indexó los pagos mensuales de tal forma que obligó a muchos a salir a liquidar sus casas porque ya no podían pagar las cuotas. Los Kirchner compraron así decenas de inmuebles. Fue cuando Néstor pasó a ser conocido, en algunos círculos, como El Cuervo.

Los Kirchner se fabricaron un pasado; era una pulsión hacia la impostura, que también afectaba a varios de sus funcionarios. Y como un Zelig criollo, Kirchner se ubicaba en lugares en los que no podía haber estado.

El 12 de julio de 2008, en una charla con los intelectuales de Carta Abierta, afirmó que en sus años de militancia universitaria en La Plata había conocido a John William Cooke, uno de los íconos de la izquierda peronista. Se duda mucho de que ese encuentro pueda haber sucedido alguna vez: Cooke murió de cáncer el 19 de septiembre de 1968 y Néstor recién fue a estudiar a La Plata a principios de 1969.

Más allá de la impostura, Kirchner supo interpretar el clima de su época cuando tomó la decisión de subirse a ese eje de los derechos humanos. Algunos de sus colaboradores no estaban muy entusiasmados, según admite Alberto Iribarne, su ex secretario de Seguridad y ex ministro de Justicia: “Pensé que eso no iba a funcionar, que para la gente ese tema ya estaba cerrado”, recuerda Iribarne. Y agrega: “Pero él acertó: enseguida, las encuestas revelaron que la opinión pública apoyaba ese eje”.

Una muestra de habilidad política innegable; una audacia casi sin límites.

Capítulo 10

EL HEREDERO DE LA GRAN CRISIS

Gentileza Editorial Perfil



El gobernador Kirchner, anfitrión del presidente Eduardo Duhalde, de quien fue delfín. La relación terminó mal, con una pelea en 2005.

OceanofPDF.com

Duhalde me propuso esto. Yo soy el candidato, pero la provincia es de él; él arma la lista de diputados. Completa. Y me da tres nombres para que elija al candidato a vicepresidente: Chiche Duhalde, Scioli y Lavagna... Chiche, ni hablar. ¡Se agarran con Cristina y se matan!

Néstor Kirchner, al informar a dirigentes porteños y bonaerenses sobre su reunión decisiva con el presidente Eduardo Duhalde, en enero de 2003.

Rafa, nosotros tenemos que pensar que, si hacemos las cosas bien, tenemos un proyecto para veinte años en Santa Cruz.

Kirchner al ex diputado Rafael Flores en 1992, cuando recién había asumido su primer mandato como gobernador.

El castigo a los responsables de aquellos crímenes [en la dictadura] era un prerrequisito para cambiar la política socioeconómica que se había impuesto a la sociedad por el terror [en 1976]. La crisis de comienzos de siglo fue la constatación del agotamiento de ese modelo.

Horacio Verbitsky en mi libro *Doce noches*, página 287.

Uno de los momentos más emotivos del velatorio en la Casa Rosada ocurrió a las once y treinta y seis de la mañana del jueves 28 de octubre de 2010, cuando Hebe de Bonafini se acercó a la Presidenta. Fue un abrazo muy afectuoso; Cristina le agradeció la “Carta a Néstor, mi hijo”; se dijeron palabras de consuelo y Hebe le regaló un pañuelo de las Madres de Plaza de Mayo, que fue colocado sobre el féretro cerrado de Kirchner junto a la bandera argentina, la banda y el bastón de mando del ex presidente, y la camiseta de Racing.

Todos estos atributos permanecen hoy sobre el féretro en el imponente mausoleo levantado por el empresario Lázaro Báez en un ángulo del cementerio municipal de Río Gallegos.

En realidad, Kirchner no fue el primer presidente que se dio cuenta de que había que apostar a los derechos humanos. Se le ocurrió antes al puntano Adolfo Rodríguez Saá, quien llegó a la Presidencia el domingo 23 de diciembre de 2001, en un capítulo inesperado de la crisis más severa de nuestra historia. El Adolfo duró siete días y una noche en ese cargo; un corto pero vertiginoso gobierno.

En su primer día hábil en la Casa Rosada, el lunes 24 de diciembre, Rodríguez Saá recibió en su despacho a Bonafini y a sus Madres de Plaza de Mayo, que habían ido a dejarle un petitorio en la Mesa de Entradas. Él mismo acomodó las sillas. La imagen de El Adolfo conversando con las mujeres de pañuelo blanco sentadas en semicírculo contrastó con la brutal represión de cuatro días antes en la Plaza, donde fueron asesinadas cinco personas. Hacía diecisiete años que las Madres no entraban en la Casa Rosada.

Por la tarde, Rodríguez Saá atendió en audiencias sucesivas a otro grupo de Madres de Plaza de Mayo; al embajador de Cuba, Alejandro González Galeano, y a los piqueteros Luis D’Elía y Juan Carlos Alderete.

“Era una anarquía —explica Rodríguez Saá— y nosotros teníamos que reconciliar a la Argentina. Me parecía que era un momento trágico, que no era para pelearnos unos con otros. Por eso, recibí a todos; también fui a comer con los jefes militares al Regimiento de Granaderos a Caballo y ayudé a gobernadores radicales y de partidos provinciales”.

Diciembre de 2001 nos ubica de inmediato en la mayor crisis de la Argentina. Un estallido económico, social y político que dejó al país muy cerca del caos, la anarquía y la disolución. Y que moldeó un nuevo consenso social; Rodríguez Saá lo entendió, pero fue Kirchner quien lo aprovechó.

Rodríguez Saá vio que la gran crisis tenía la fuerza de un terremoto que estaba haciendo temblar los cimientos de la economía y de la sociedad y que, por lo tanto, impactaba en la política. Por un lado, resquebrajaba los consensos de la década del noventa al impugnar el mercado, las empresas y la inversión privada, y revalorizar el Estado y el consumo; por el otro, cuestionaba a actores tradicionales como los partidos, los gremios y los militares, pero legitimaba a fuerzas relativamente nuevas, como las organizaciones de derechos humanos y los piqueteros. Y por encima de todo, la autoridad presidencial se había hecho añicos y asomaban tensiones de todo tipo, incluso separatistas.

Pero lo que en Rodríguez Saá era todavía intuición, en Kirchner derivó —con la valiosa, indispensable, ayuda del tiempo transcurrido entre un mandato y el otro— en estrategia política.

El Adolfo también anticipó a Kirchner en el asesor que más lo ayudó a diseñar su política de derechos humanos, el periodista Horacio Verbitsky, quien acababa de ser nombrado al frente del Cels.

Cuando escribí mi libro *Doce noches*, consulté por email a Verbitsky sobre su influencia en ambos gobiernos. Por un lado, coincidió en que la crisis de 2001 tuvo una incidencia “grande” en la elaboración de una nueva política de derechos humanos, dos años después.

Pero explicó esa crisis como el momento de ruptura de un modelo económico y social que venía desde la última dictadura y que luego —con la política de derechos humanos de Kirchner como requisito indispensable— fue reemplazado por otra política económica y social.

Es una lectura de la gran crisis que permite entender cómo se ve a sí mismo el kirchnerismo, y cuánto se valora. “El modelo neoliberal impuesto a sangre y fuego en 1976 —señaló Verbitsky— condicionó las primeras dos décadas de la democracia, a regañadientes en el caso de Alfonsín, que no supo, no pudo o no quiso librarse de esas ataduras; con el fanatismo de un

converso en el de Menem, que gozaba cada medida provocativa que tomaba, como el remate a precio vil del capital social acumulado por generaciones de argentinos en las empresas públicas”.

“La crisis de comienzos de siglo —agregó— fue la constatación del agotamiento de ese modelo de subordinación del sistema político a los poderes fácticos, que cada vez excluía a un porcentaje mayor de la población”.

Verbitsky enumeró las acciones llevadas a cabo principalmente por el Cels para que en 2003 —cuando Kirchner asumió— hubiera “medio centenar de altos mandos [de las Fuerzas Armadas] detenidos por el robo de bebés, y pedidos de extradición de un centenar de marinos y militares a España”.

Y aseguró: “Esto le permitió [a Kirchner] formular una política de derechos humanos distinta, con una clara comprensión de que el castigo a los responsables de aquellos crímenes era un prerequisite para cambiar la política socioeconómica que se había impuesto a la sociedad por el terror”.

Verbitsky afirmó que Kirchner —a diferencia de Rodríguez Saá— nunca le propuso que fuera su secretario de Derechos Humanos, aunque sostuvo que se reunió con él luego de su triunfo electoral, antes de que asumiera. El sociólogo Artemio López fue el intermediario: “Me dijo que Kirchner quería hablar conmigo, pero que yo había sido crítico de algunos aspectos de su política como gobernador de Santa Cruz y temía que lo atendiera mal. Le dije que por supuesto no tenía inconvenientes en hablar con el presidente de mi país. Una hora después me llamó el mismo Kirchner”.

“Me dijo —añadió— que conocía el trabajo del Cels para depurar de las Fuerzas Armadas a quienes participaron en el terrorismo de Estado y que deseaba consultarme sobre la designación de los jefes de Estado Mayor que lo acompañarían. Le respondí que había una cuestión previa: algunos funcionarios que formarían parte de su gobierno participaron de gestiones con la Corte Suprema de Justicia y con el jefe del Ejército, general Ricardo Brinzoni, para cerrar una vez más la revisión de los crímenes de la dictadura, que el Cels había conseguido reabrir en 2001, con la declaración de nulidad e inconstitucionalidad de las leyes de Punto Final y Obediencia

Debida. Me dijo que nadie que estuviera por una amnistía podría integrar su gobierno, cuya política sería de Memoria, Verdad y Justicia. Le pregunté entonces si tenía una buena relación con el jefe de la Brigada de Ejército de Río Gallegos, general Roberto Bendini. Me respondió que muy buena. Entonces, le dije que ese era el candidato ideal para la conducción del Ejército, y que nadie podría atribuirlo a ninguna razón distinta de la confianza personal que el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas debe tener en sus colaboradores castrenses. Esto motivó el pase a retiro de veintisiete generales más antiguos, lo cual constituyó el mayor acto de autoridad de la democracia argentina ante las Fuerzas Armadas y un punto de inflexión irreversible, porque una cosa es predicar la subordinación militar al poder político y otra ejercerla a fondo, sin condicionamiento alguno. Esta decisión cortó de cuajo el renacimiento del Partido Militar, que había comenzado con la crisis de la Alianza”.

Además del compromiso por “una política de Memoria, Verdad y Justicia” y de la designación de Bendini, Verbitsky logró que Kirchner asumiera —con matices— otras dos medidas que venían siendo impulsadas por el Cels:

1. La recuperación de la Escuela de Mecánica de la Armada (Esma) para erigir el Museo de la Memoria.
2. El retiro de los cuadros de los ex dictadores Jorge Rafael Videla y Reynaldo Bignone de la galería de ex directores del Colegio Militar, que —según Verbitsky— “tenía un contenido meramente simbólico, pero muy poderoso”.

Cuenta Verbitsky que presentaron esa propuesta “al gobierno de la Alianza y al del senador Duhalde, en audiencias con los respectivos ministros de Defensa, Ricardo López Murphy y Horacio Jaunarena. Los dos respondieron del mismo modo, con una sonrisa nerviosa, burlándose de esa medida que les parecía una enormidad impracticable”.

Y recuerda que Kirchner, en cambio, aceptó la idea de inmediato.

—Lo hacemos este 24 de marzo —lo interrumpió cuando todavía le estaba explicando la propuesta.

Si en el breve pero intenso gobierno de Rodríguez Saá, Verbitsky influyó en los nombramientos de los titulares de Justicia, Derechos Humanos y Cultura, en la gestión de Kirchner también tuvo su peso: fue clave en la designación no solo del jefe del Ejército sino también de otros funcionarios, aunque de segunda línea.

Su periodo de mayor influencia llegaría luego, con Cristina en la Presidencia; por ejemplo, con la designación de la actual diputada Nilda Garré, primero como ministra de Seguridad y luego como ministra de Defensa.

Kirchner desplazó a José Pablo Feinmann por Verbitsky en el tema crucial de los derechos humanos. Cristina amplió esa zona de influencia a las relaciones exteriores, la seguridad interna, la Inteligencia y la cuestión militar; el reemplazo de su intelectual preferido, el escritor Miguel Bonasso, por Verbitsky tuvo consecuencias profundas.

Para el ex canciller Rafael Bielsa, esa influencia tan extendida resultó nociva: “Verbitsky fue uno de los sujetos que más daño le hizo al kirchnerismo, expresión de la que me siento parte plena, estropeada en tantos aspectos por segundones intrigantes como él”.

Bielsa atribuye esa permeabilidad de Cristina Kirchner a “una mezcla de inseguridad, producto posiblemente de una cultura aprehendida con demasiado apuro, y de ambiciones irreales o irrealizables. No es que esté mal ser ambicioso, pero como supo decir George Bernard Shaw: ‘Se puede trepar hasta las cumbres más altas, pero allí no se puede vivir mucho tiempo’”.

La caída del presidente radical Fernando de la Rúa, el 20 de diciembre de 2001, en el pico de la gran crisis, fue aprovechada por el gobernador peronista de una provincia chica, Rodríguez Saá, que no tenía ningún tipo de acuerdo con sus compañeros que mandaban en los territorios más poblados y visibles; Buenos Aires, en primer lugar.

Por el contrario, Rodríguez Saá estaba enfrentado al hombre fuerte de la provincia de Buenos Aires, el ex gobernador Eduardo Duhalde. En parte

por esta disputa, El Adolfo duró poco en la Casa Rosada.

Fue el turno de Duhalde, que ordenó el caos en un sentido muy definido —pesificación asimétrica y megadevaluación incluidas— y llamó a elecciones, para las cuales se autoexcluyó y se dedicó a su objetivo político número uno: evitar la vuelta al poder del ex presidente Carlos Menem.

Todo eso favoreció a Kirchner, que estaba al frente de una provincia aún menos poblada y relevante que San Luis. Él ya tenía un sueño presidencial —¡qué gobernador no lo tiene!— pero pensaba que su turno llegaría recién en los comicios de 2007.

El nuevo consenso social surgido en la gran crisis se mantenía. El discurso dominante aseguraba que los problemas del país se debían al modelo neoliberal de los noventa, y que el antídoto pasaba por una mayor presencia del Estado en todos los ámbitos, tanto sea para nacionalizar empresas privatizadas y apuntalar el consumo popular como para cerrar la economía y favorecer la producción local.

La autoridad presidencial continuaba debilitada; los partidos políticos seguían fragmentados; las empresas y las inversiones privadas eran malas palabras; la falta de un ingreso mensual resultaba el temor número uno de los argentinos, y el tejido social había quedado muy frágil.

Estaba mejorando la actividad económica y había más trabajo. Pero los dos millones de planes sociales creados en 2002 habían llegado para quedarse: eran la principal causa de la caída del desempleo, que llegó al 21,5 por ciento en mayo de aquel año, y de la pobreza, que trepó al 53 por ciento aquel mes infernal.

Muchos periodistas y analistas “progresistas” interpretaban que los cacerolazos y la impugnación en masa de los políticos habían marcado la tan esperada toma de conciencia de las clases medias sobre sus verdaderos intereses.

Desde ese punto de vista, las clases medias se reconocían así como aliados naturales de los desocupados y excluidos que apelaban a los piquetes para manifestar sus penurias. “¡Piquete y cacerola, la lucha es una sola!”, fue el grito que entusiasmó a tantos que imaginaron cambios sustanciales en la política y la economía.

Las crisis pueden ser una oportunidad para un cambio drástico y saludable. Pero más comúnmente suelen destruir parte de la riqueza de un país, liquidar empresas, eliminar puestos de trabajo y expulsar a mucha gente hacia el desempleo y la pobreza.

Por lo menos, en una primera etapa.

Además, cuando las crisis son recurrentes, cíclicas, y cada vez más profundas, van generando demandas sociales de menor calidad. La cultura política también se empobrece; la mayoría de la gente pasa a tener reclamos básicos e inmediatos.

Luego de la gran crisis, el principal reclamo al Estado era que garantizara un ingreso mensual universal, sea a través de un empleo genuino o de un subsidio social.

Tanto era así que los beneficiarios de los planes para Jefes y Jefas de Hogar, creados por el gobierno de Duhalde, quedaron registrados por el Indec como ocupados; como si estuvieran desempeñando un trabajo.

Pero no es lo mismo un trabajo que un plan social: en un caso, nos encontramos con el medio de vida de un ciudadano, una persona autónoma; en el otro, con el ingreso de un cliente que pasa a depender del dirigente político, el jefe piquetero o el funcionario de turno.

Y una cultura política menos sofisticada es más proclive a embarcarse en una lógica binaria; a ver las cosas en blanco y negro, sin matices y sin frenos.

Un terreno fértil para el populismo en su sentido más clásico: un liderazgo personal antes que institucional; que apela a las emociones; más unanimista que pluralista ya que representa al pueblo, al que debe redimir frente a los eternos ataques del imperialismo, la oligarquía y las corporaciones.

Los Kirchner se supieron mover en ese contexto como peces en el agua; venían de una provincia donde el aparato estatal es mucho más poderoso que la sociedad civil.

Y de Santa Cruz importaron un método de acumulación política que les dio muy buenos resultados: la división de la sociedad entre buenos y malos, amigos y enemigos, ángeles y demonios, pueblo y oligarquía.

De esta manera, los Kirchner —primero, Néstor; después, Cristina— se fueron convirtiendo en los líderes de una nueva época en la que el poder y los recursos del aparato estatal adquirieron una dimensión desmesurada, gracias, en buena parte, al dinero de la soja.

El Estado se volvió muy poderoso con relación a la sociedad. Con semejante aparato a su disposición, Kirchner reforzó la vocación hegemónica que ya mostraba en Santa Cruz y le dio un alcance nacional.

El ex diputado Rafael Flores recuerda que en 1992, cuando Kirchner recién había asumido como gobernador y ellos aún eran aliados, lo invitó a cenar “a Rodizio, que en esa época estaba en Callao y Juncal. Cuando terminamos de comer, nos fuimos caminando y me dijo: ‘Rafa, nosotros tenemos que pensar que, si hacemos las cosas bien, tenemos un proyecto para veinte años en Santa Cruz’”.

En ese marco, Duhalde terminó siendo el gran elector de Kirchner, aunque su candidato original era el santafesino Carlos Reutemann.

“Reutemann —cuenta Duhalde— era un poco el candidato de todos. Kirchner, por ejemplo, había dicho en Rosario que él no se presentaba si iba Reutemann. Yo le ofrecí la candidatura; no me dijo que no, solo me preguntó: ‘¿Qué hacemos con el gremialismo?’. Un día, en diciembre de 2002, me llama y me dice que había hablado con Rubén Marín —gobernador de La Pampa— para preguntarle si quería ser el candidato a vicepresidente. Yo me alegré y le dije: ‘Lole, tenés que anunciarlo’. ‘Dame una semana más’, me pidió. Pero al final se espantó”.

Duhalde agrega que también pensó en el cordobés José Manuel de la Sota, “pero no medía” en las encuestas. Y que, en ese contexto, eligió a Kirchner. “Me gustaba El Pingüino; yo decía que era un rebelde de sana rebeldía... Me equivoqué en la segunda parte”, ironiza.

Tanto el ex gobernador salteño Juan Carlos Romero, que ahora es senador, como el misionero Ramón Puerta, uno de los cinco presidentes en aquellos doce días de vértigo de diciembre de 2001 y actual embajador en

España, están convencidos de que esa designación fue guiada por “la obsesión” de Duhalde para que su sucesor no fuera Menem.

“Buscó un Presidente que no negociara nunca con Menem, y ese fue Kirchner”, sostiene Romero.

“Yo —asegura Puerta— se lo dije a Duhalde: ‘Vos no me pones a mí y lo bajas a De la Sota porque estás obsesionado con que no sea Menem y sabés que ninguno de nosotros lo va a cagar a Menem’. Duhalde me contestó que De la Sota no medía, pero yo ya le había aceptado a De la Sota ser su número dos y me había gastado unos mangos en encuestas: De la Sota medía el 16 por ciento, y Kirchner, apenas el 3 por ciento”.

Duhalde estaba molesto con Menem por dos motivos. En primer lugar, afirmaba que el ex presidente había boicoteado su candidatura en las elecciones de 1999, cuando perdió contra De la Rúa. En segundo lugar, encarnaban políticas económicas opuestas.

Cuando Duhalde le confirmó que sería su candidato, Kirchner reunió al puñado de dirigentes porteños y bonaerense que lo acompañaba en su cruzada presidencial en las oficinas de Alberto Fernández, en Barrio Norte. Cristina no participó de ese encuentro porque nunca tuvo buena onda con los Duhalde.

—Duhalde me propuso esto. Yo soy el candidato, pero la provincia es de él; él arma la lista de diputados. Completa. Y me da tres nombres para que elija el candidato a vicepresidente: Chiche Duhalde, Scioli y Lavagna —les contó.

La información los tomó por sorpresa. Luego de un silencio sepulcral, la mayoría pareció optar por Roberto Lavagna, que era el ministro de Economía, pero quienes conocían mejor a Kirchner no dijeron nada: sabían que acostumbraba a llegar a ese tipo de encuentros con las decisiones ya tomadas.

—Chiche, ni hablar. ¡Se agarran con Cristina y se matan! Creo que Duhalde la puso en la lista para cumplir con ella —dijo Néstor.

Luego de un debate, los porteños se mostraban partidarios de Lavagna, pero los bonaerenses parecían inclinarse por Scioli, aunque no precisamente por sus virtudes.

—Lavagna es muy de Duhalde y lo quieren mucho los medios; te va a mover el piso. En cambio, Scioli no va a agarrar una y no te va a joder —largó un dirigente bonaerense que solía funcionar como una suerte de áter ego de Kirchner.

—Yo pienso lo mismo —concluyó Kirchner.

La designación de Kirchner como candidato oficial provocó enojos en el círculo íntimo del presidente Duhalde. Por ejemplo, su esposa estuvo en contra, lo mismo que el diputado Carlos Brown.

“Fui a verlo —recuerda Brown— y le dije que me parecía un error gravísimo; me dio una serie de explicaciones, que no compartí. Hugo Curto y José María Díaz Bancalari, que luego fueron tan kirchneristas, me habían dicho: ‘Andá vos, que sos amigo del Negro, y decile que es una barbaridad’. Nos preocupaba su pasado, lo que había hecho en Santa Cruz, en especial su autoritarismo y el uso personal y nada transparente de los cientos de millones de dólares que el Estado nacional le había pagado a la provincia por regalías petroleras atrasadas”.

Las últimas noticias de ese dineral datan del 16 de marzo de 2006, cuando Sergio Acevedo renunció sorpresivamente a la gobernación. Acevedo suele contar que uno de los motivos de su dimisión fue que no quiso convalidar un reclamo de Lázaro Báez —avalado por Kirchner— para que le anticipara 30 millones de pesos para construir caminos, algo que no estaba previsto en la licitación. Era el 30 por ciento del total del contrato. Antes de irse, Acevedo informó que dejaba 536 millones de dólares provenientes de esas regalías depositados en el exterior. Y recordó que el 10 de diciembre de 2003, cuando asumió, había 507 millones de dólares en esas cuentas.

En su oficina de la calle Gelly al 3400, en el barrio de Palermo, el ex diputado Miguel Ángel Toma afirma que también él se enojó con Duhalde por esa decisión. Era el jefe de la SIDE: “Duhalde me dijo que ya no tenía otro candidato, que hasta había sondeado a Mauricio Macri, pero que

Mauricio no quiso. Yo le propuse que fuera él, pero me contestó que ya había dado su palabra de que no iba a competir en esos comicios”.

Por su lado, Duhalde admite que cometió un “grave error” con su decisivo respaldo a Kirchner, y asegura que nunca especuló que —con el nuevo gobierno— él sería el poder detrás del trono.

“Por el contrario —dice—, luego de la asunción de Kirchner nos fuimos con Chiche a Brasil en el avión de Lula. No quería opacarlo de ninguna manera. Lejos estaba yo de pretender que él fuera mi Chirolita, como decían algunos”.

Kirchner no pensaba eso, asegura Teresa González Fernández, que era la esposa del gobernador de Buenos Aires, Felipe Solá, un matrimonio que en aquella época se llevaba muy bien con los Kirchner.

“Duhalde —sostiene— lo pone como candidato, pero para manejarlo, como había hecho con Carlos Ruckauf en la gobernación de Buenos Aires”. Y cuenta que un sábado a la tarde de febrero de 2003, “estábamos yendo a un acto en Berazategui, a lo de Juan Mussi, que era un duhaldista paladar negro. Íbamos en auto. Manejaba Paco Larcher, que luego sería el número dos de la SIDE, y al lado iba Néstor; atrás, uno de los secretarios de Néstor, Daniel Muñoz, y yo, que puteaba contra los duhaldistas paladar negro, como Díaz Bancalari, Pampuro, Curto, por las maldades que le hacían a Felipe.

—Pará, Colorada, ¿sabés las cosas que me hacen a mí? —me interrumpió Néstor.

Recuerdo que Néstor lo mira a Larcher y se queda un momento en silencio.

—Pero ¡no saben lo que les espera!”

Es decir que Kirchner todavía no había ganado las elecciones, pero ya pensaba en deshacerse de su gran elector. Duhalde no tomó en cuenta una frase conocida de Maquiavelo: “Quien es causa del poder de otro se perjudica porque aquel poder es producido por él con la astucia o con la fuerza, y ambas cosas se hacen sospechosas a quien se ha hecho poderoso”.

Duhalde no solo puso a disposición de Kirchner el aparato político del peronismo bonaerense, sino que hasta promovió la adopción de un inédito régimen electoral de “neolemas” para impedir la victoria de Menem y, de paso, apuntalar a su candidato.

Los neolemas fueron aprobados por el congreso del Partido Justicialista el 24 de enero de 2003 en el microestadio del club Lanús, en el conurbano bonaerense.

La mayoría de delegados era del duhaldismo, que canceló la elección interna prevista para febrero y autorizó al peronismo a presentar tres candidatos para la primera vuelta, el 27 de abril: Menem, Kirchner y Rodríguez Saá.

La novedad era que los votos de esos tres candidatos peronistas no se sumarían para favorecer a quien saliera primero, como ocurre con el sistema de lemas y sublemas.

Era como si Menem, Kirchner y Rodríguez Saá fueran candidatos de partidos diferentes: conservaban el caudal de votos con vistas a una eventual segunda vuelta, prevista para el 18 de mayo.

Duhalde diseñó un esquema electoral a la medida de sus deseos: las encuestas indicaban que los dos primeros lugares serían para dos candidatos del peronismo, con Menem encabezando la primera vuelta, pero perdiendo en el balotaje cualquiera fuera su rival.

“Yo sabía que Menem salía primero, pero que el segundo sería el presidente porque ganaría la segunda vuelta por el rechazo que Menem generaba”, explica Duhalde.

Los “neolemas” fueron impugnados por el menemismo, pero convalidados por la justicia electoral.

Y, en la práctica, siguieron utilizándose en las elecciones posteriores, donde el peronismo nunca pudo volver a unirse detrás de un solo candidato.

De esta manera, los “neolemas” sellaron la división del Partido Justicialista, que venía desde antes, en paralelo con el descrédito y el déficit de representación de la Unión Cívica Radical, la otra gran fuerza que sostenía nuestro sistema político bipartidista.

Para el analista Rosendo Fraga, la crisis de los partidos políticos comenzó en la UCR y continuó en el PJ: “En la medida en que el peronismo

dejó de percibir un desafío electoral por parte del radicalismo, la lucha por el poder se trasladó al interior del peronismo. Por eso, si surgiera otra fuerza que implicara un desafío electoral para el peronismo, a lo mejor veríamos al peronismo reunificarse”.

Kirchner estaba de acuerdo en que le alcanzaba con salir segundo, detrás de Menem.

El sábado 26 de abril, en la víspera de la primera vuelta y para cumplir con una cábala muy arraigada entre los “lupineros” de la primera hora, el candidato fue al taller mecánico de su amigo Francisco *Batata* Mansilla, en Río Gallegos, a comer un asado de cordero.

No podía faltar: hubo una suerte de Prode en una pizarra, donde cada comensal arriesgó el porcentaje que al día siguiente sacaría cada uno de los candidatos.

“Me acuerdo como si fuera hoy —cuenta uno de los participantes del juego— que Néstor, con su camisa cuadrillé celeste de siempre y una campera verde, se paró, pasó al frente, se puso ‘21 por ciento’ y no colocó ningún número en los otros casilleros”.

—Lupo, tenés que poner los porcentajes de los otros candidatos —le avisó otro comensal.

—No, ¿para qué? Si así gano.

—Mirá que está difícil —le dijo otro compañero.

—No, con ese porcentaje, la elección ya está ganada —aseguró Kirchner.

Y volvió a la mesa, confiado, tranquilo. Sacó el 22,24 por ciento y fue presidente de la Nación.

Capítulo 11

LOS OLIGARCAS

Gentileza Editorial Perfil



La rebelión de los productores rurales —muchos de ellos habían votado por Cristina— fue la primera gran derrota política de los Kirchner, en 2008.

OceanofPDF.com

*Nada de negociar con estos oligarcas.
Están derrotados y lo saben.
Solo tenemos que mantenernos unidos.*

Néstor Kirchner, el 27 de mayo de 2008, frente a las críticas dentro del Partido Justicialista por el conflicto con el campo.

*¡Qué traidor hijo de puta!
Y yo, que se lo puse a Cristina como vicepresidente.*

Kirchner luego del voto no positivo de Julio Cobos en la madrugada del 17 de julio de 2008.

¿Viste, nene, cómo se construyen las cosas en política?

Néstor Kirchner al titular de la Anses, Diego Bossio, luego de una compleja maniobra urdida por el ex presidente para lograr que Cristina tomara una medida que él impulsaba.

“Me voy a ir a un café literario”, anunció Néstor Kirchner al día siguiente del clarísimo triunfo de su esposa Cristina en las elecciones de 2007. La pregunta de todos era qué iba a hacer él durante el gobierno de ella. Nadie le creyó; hicieron bien: cuando la muerte lo sorprendió en El Calafate, Kirchner seguía siendo la persona más poderosa del país.

Cristina era la Presidenta y él respetaba la investidura de su esposa. Ella gobernaba el país desde el punto de vista institucional, pero él movía los

hilos desde la residencia de Olivos, donde recibía a todos los factores de poder: desde piqueteros, sindicalistas y empresarios hasta intendentes, legisladores y gobernadores.

“Él siguió manejando la política y la economía”, cuenta Julio Piumato, secretario general de los empleados judiciales y miembro de la cúpula de la CGT, liderada por Hugo Moyano. “Nosotros nos reuníamos con Néstor en Olivos”, explica.

También recibía a los funcionarios de Cristina; no a todos porque había algunos a los que no les prestaba atención: Alberto Fernández, ex jefe de Gabinete durante todo el mandato de Kirchner y los primeros siete meses del de Cristina, afirma que “nunca estuvo de acuerdo con el nombramiento de Martín Lousteau como ministro de Economía, y a Amado Boudou directamente no lo soportaba: le decía mequetrefe, arribista”.

La Presidenta había hecho algunos nombramientos por su cuenta; funcionarios jóvenes a los que su esposo ni siquiera conocía. A algunos de ellos, Kirchner los fue midiendo y luego los sumó a sus reuniones en Olivos, como Diego Bossio, a quien Cristina primero llevó al directorio del Banco Hipotecario y luego a la dirección ejecutiva de la Administradora Nacional de la Seguridad Social (Anses).

Con Bossio lo unía también esa pasión que suele distinguir a los hinchas de Racing. Uno de los colaboradores de Bossio recuerda una compleja maniobra urdida por Kirchner para lograr que su esposa implementara la decisión que él impulsaba: “Había un problema con la Asignación Universal por Hijo porque la Presidenta se mantenía inflexible en que solo debía ser cobrada por los chicos que iban a escuelas estatales. Eso era correcto desde el punto de vista teórico, pero algunos gobernadores, como el entrerriano Sergio Urribarri, venían a plantearnos que en sus provincias había chicos que iban a escuelas parroquiales, donde pagaban 30 o 50 pesos de cuota, y que no por eso eran de hogares que no necesitaban el subsidio. Nos parecía que era una lástima dejarlos afuera porque tampoco eran tantos. Alicia Kirchner, que era la ministra de Desarrollo Social, estaba de acuerdo con nosotros”.

“Se ve —agrega la fuente— que Alicia y El Pato Urribarri le comentan el tema a Néstor porque él lo llama Bossio y le dice: ‘Armá un informe con

la cantidad de chicos que van a escuelas parroquiales, que pagan cuotas bajas y que se están quedando afuera de la Asignación Universal por Hijo. Y hagamos una nota en los medios, pero no muy dura, ¿eh? Dejá una puertita abierta’. Al otro día sale la nota, y Néstor lo vuelve a llamar: ‘Vas a verla a Cristina a la Casa Rosada. Te va a llamar Isidro [Bounine]. Presentale un informe sobre el tema y contame su reacción’. Lo llama el secretario privado de la Presidenta, va a verla, le presenta el informe y le explica cuál sería la mejor solución. Ella lo recibió bien. Bossio sale del despacho y lo llama a Néstor: ‘Ya hablé con Cristina; le pareció bien’, le informa. ‘Bueno, bueno, entonces más tarde te va a llamar. Acordate lo que te digo’. A la noche, lo llama Cristina: ‘Che, estuve viendo lo que me pasaste; la verdad, me convenció. Se lo mostré a Néstor, y a Néstor le encantó’. A los cinco minutos, lo llama Néstor: ‘¿Viste, nene, cómo se construyen las cosas en política?’, le dice”.

Kirchner, incluso, se hacía tiempo para bajar la línea oficial a los periodistas amigos y a Diego Gvirtz, un productor de televisión muy eficiente que en 2009 saltó al periodismo militante con el fanatismo de un converso y creó un programa a medida, 6,7,8, en Canal 7.

Gvirtz llegó al kirchnerismo a través de una reunión con Sergio Massa, que era el jefe de Gabinete. “El conflicto con el campo me terminó de convencer, quiero apoyar al gobierno de Cristina”, le dijo Gvirtz, según le contó Massa —actual diputado y líder del Frente Renovador— al periodista Alejandro Alfie, especializado en medios de comunicación.

Kirchner lo recibió en Olivos en plena cruzada contra el Grupo Clarín y la prensa independiente: “Me dieron —le contó— esta carpeta sobre vos, con muchas críticas al gobierno, pero me dicen que ahora querés apoyarnos... Está bien, arranquemos desde cero. Eso sí: si decidís estar con nosotros, olvidate de volver a hacer esas críticas. Y también, olvidate de tus amigos”.

Kirchner estaba muy contento con 6,7,8. Siempre le habían interesado los medios, no para informar y favorecer el análisis crítico de la gente sino

más bien como mecanismos de propaganda y de ataque a las personas que se cruzaban en su camino. Como había hecho en Santa Cruz. Veía casi siempre el programa y llamaba cotidianamente a Gvirtz, incluso cuando estaba al aire.

Se podría decir que Kirchner era el verdadero productor del contenido editorial de 6,7,8: indicaba los temas del día; subrayaba las buenas noticias a transmitir; sugería los invitados, y marcaba a los adversarios políticos y a los periodistas independientes a los que había que escrachar o ridiculizar.

Los críticos de Gvirtz afirman que, cuando dio el salto, su productora atravesaba serios problemas económicos, pero que luego facturó mucho dinero por la publicidad del gobierno y de diversos organismos y empresas públicas.

En aquel momento, la fortaleza kirchnerista, Santa Cruz, era gobernada por el ex sindicalista de los bancarios Daniel Peralta, un peronista ortodoxo que tenía una relación directa con Kirchner, quien lo había catapultado al frente de la provincia en dos movidas. Primero, el 11 de mayo de 2007, lo colocó en reemplazo de Carlos Sancho, que había renunciado en medio de un durísimo conflicto con los docentes. Peralta —un hábil negociador— ordenó la situación y fue el candidato del Presidente y del Frente Para la Victoria en los comicios de octubre de aquel año, cuando venció por casi veinte puntos al empresario radical Eduardo Costa.

En su casa en Río Gallegos, Peralta señala que “el kirchnerismo siempre tuvo una cúpula muy reducida, donde Néstor mandaba. Con Cristina presidenta, él siguió mandando. Así que, para hablar de política, yo y todos los gobernadores hablábamos con él; luego, en cuestiones sobre la gestión del gobierno, me relacionaba con la Presidenta y sus ministros y secretarios”.

“Todos —explica— preferíamos negociar con Néstor porque tenía una lógica política. Es cierto que le gustaba la pelea, pero luego las cosas se encaminaban. O no se encaminaban, pero había una lógica. En cambio, Cristina es arrogante; no le gusta dialogar ni negociar, y siente que siempre

tiene que darle una cátedra a la persona que está escuchándola. Claro que ella tiene sus virtudes: tiene una gran memoria y es muy buena para los discursos”.

Y agrega: “Él era un gran negociador, pero se empeñó en la pelea con el campo y luego con el Grupo Clarín”.

Peralta cita un diálogo que tuvo con Kirchner en abril de 2008, en pleno conflicto con el campo por la resolución 125, una disposición del ministerio de Economía que alteraba la forma de calcular las retenciones a las exportaciones agrícolas; en la práctica, aumentaba drásticamente el dinero que los productores de soja y de otros cultivos debían pagar al Estado antes de venderlos al exterior. Eran los llamados derechos de exportación: todo ese dinero iba al gobierno nacional, que no debía repartirlo con las provincias; un oleoducto de dinero fresco —7.500 millones de dólares en 2007— debido al boom de los precios internacionales de la soja y sus derivados.

—Néstor, yo veo que estamos cada vez más solos —le dijo el gobernador de Santa Cruz.

—Daniel, vamos a pasar este momento.

—Pero ¿vale la pena esta pelea?

—Sí, porque vamos a ganar. Ellos están teniendo una renta extraordinaria, que tiene que ser para toda la gente.

Era la época en la que Kirchner recordaba a sus interlocutores que “nosotros nunca nos equivocamos en la elección del enemigo a vencer”, y ponía como ejemplos al ex presidente Carlos Menem, a los jueces heredados en la Corte Suprema de Justicia y a los militares acusados por violaciones a los derechos humanos. Una lógica maniquea, binaria, que dividía la escena entre amigos y enemigos y venía dándole muy buenos resultados en su doble objetivo de reconstruir la autoridad presidencial y fortalecer el Estado nacional.

Peralta tampoco pudo convencerlo el 15 de julio de 2008, cuando el campo y el kirchnerismo pulseron con sendos actos públicos en la Capital Federal: las entidades rurales, en el Monumento de los Españoles, y el oficialismo, en la Plaza de los Dos Congresos.

—Che, ojo que ya hay muchísima gente —le advirtió Peralta, que miraba el acto opositor por televisión.

—No te preocupés. Hay mucha gente, pero nosotros también estamos llevando mucha gente.

“Pero la verdad fue que hubo más gente en el acto de ellos”, dice Peralta.

Fue la tarde en la que Kirchner atacó con dureza a los dirigentes rurales desde el palco y los vinculó con las dictaduras iniciadas en 1955 y 1976: “Hablan de democracia y cortan las rutas; hablan de democracia y desabastecen a los argentinos; hablan de democracia y nos queman los campos; hablan de democracia y, escuchen bien, por favor, esto: como en las peores etapas del ’55 y del ’76, salen como comandos civiles o grupos de tareas a agredir a aquellos que no piensan como ellos, en forma vergonzosa”.

Cuarenta y nueve días antes, luego de asumir como presidente del Partido Justicialista, Kirchner había convocado al consejo nacional en la sede de la calle Matheu 180, en el barrio de Once, para respaldar al gobierno de Cristina y condenar severamente “el intento destituyente” del campo.

Pero en el peronismo ya había varias voces disidentes, como la del gobernador cordobés Juan Schiaretti, y su antecesor y hombre fuerte en esa provincia, José Manuel de la Sota; el senador santafesino Carlos Reutemann, y el ex gobernador de Entre Ríos, Sergio Busti. También protestaban los dirigentes peronistas de Mendoza y San Luis, y algunos representantes del interior de la provincia de Buenos Aires. Es decir, los emergentes de la Zona Núcleo o Zona Centro, el cinturón agroindustrial más dinámico del país.

Por eso, la reunión fue más tensa de lo que había previsto el flamante presidente partidario. Peralta era uno de los vocales del PJ y recuerda varios diálogos picantes en esa reunión.

—Me parece, Néstor, que hay que buscar un acuerdo para salir de esta situación. Una negociación entre los partidos políticos, los sindicatos, los empresarios, la Iglesia... —propuso Hugo Moyano, que era secretario general de la CGT y uno de los vicepresidentes del PJ.

—¡Basta con la Iglesia, que nos entregó a todos a la dictadura! Si no hubiera sido por la resistencia de los compañeros... —saltó el diputado Miguel Bonasso, periodista, escritor y ex integrante de Montoneros, la guerrilla de origen peronista, en los setenta.

—¿Resistencia? ¿Qué me venís a hablar vos de resistencia? Resistencia contra la dictadura hacíamos nosotros, los gremios. Ustedes estaban en París con [Mario] Firmenich paseando y tomando café —le contestó Moyano.

En ese momento, apareció el actual senador santafesino Omar Perotti, que era intendente de Rafaela por tercera vez y secretario de Desarrollo y Planificación Social del peronismo.

—Era hora de que llegaras, querido —lo recibió Kirchner.

—Es que, Presidente, tuve que atravesar ciento y pico de piquetes —le explicó Perotti, muy formal.

—¿Y por qué te paraste? Los hubieras pasado por encima.

—Presidente, usted tiene un pequeño error de apreciación. Una cosa son la Sociedad Rural y la oligarquía, y otra cosa son los gringos de mi provincia, que tienen las manos así de grandes por los callos que sacan por trabajar todos los santos días del año. Antes que pelearme con ellos, prefiero llegar tarde a esta reunión o no llegar nunca.

La reunión se calentó aún más cuando intervino el diputado y ex gobernador de Buenos Aires, Felipe Solá, siempre cercano a los productores agropecuarios de su provincia.

—Néstor, no estoy de acuerdo en seguir con esta pelea. No nos lleva a ningún lado.

—¡Acá hay que poner el cuerpo contra los oligarcas! —gritó el piquetero Emilio Pérsico.

—Para vos es fácil decir eso porque no tenés ninguna responsabilidad política ni de gobierno —lo cruzó Solá.

También fue muy crítico Mario Das Neves, gobernador de Chubut y secretario de Coordinación del PJ.

—Nos estamos equivocando en esta pelea. Creo que los gobernadores tenemos que ayudar al gobierno nacional a encontrar una solución que sea

buena para todas las partes. Yo propongo dejar en manos de los gobernadores una negociación con las entidades agropecuarias.

Peralta recuerda que él habló en la misma línea que su amigo y vecino, Das Neves.

—Yo no tengo ni un gramo de soja en mi provincia, como Mario [Das Neves], como otros gobernadores, y no me parece justo que nos estemos comiendo este garrón. Creo que hay que negociar y que lo mejor es deslindar en los gobernadores esa negociación.

Pero Kirchner se mantuvo inflexible, seguro de que estaban ganando la pelea.

—Nada de negociar con estos oligarcas. Están derrotados y lo saben. Solo tenemos que mantenernos unidos —les dijo al final del encuentro.

Varios se fueron enojados, pero el consejo nacional sacó igual un comunicado en el que acusó de “golpistas” a los dirigentes del campo.

Mientras el peronismo se desgranaba, la dirigencia rural se mantenía unida en la llamada Mesa de Enlace, formada por los titulares de la Sociedad Rural Argentina, Confederaciones Rurales Argentinas, los cooperativistas de Coninagro y los chacareros de la Federación Agraria Argentina.

Peralta piensa que los Kirchner no calibraron bien los riesgos de enfrentarse con los productores agrícolas porque “no podían comprender la centralidad del campo: en Santa Cruz no hay ni un metro cuadrado de soja”.

Kirchner se la pasaba diciendo que la geografía marcaba a las personas; en su caso, que su fortaleza y tenacidad derivaban de la lucha cotidiana contra el frío, el viento y las distancias patagónicas.

Si eso era cierto, la geografía también debió haber influido en sus carencias: tanto él como su esposa hablaban de una oligarquía que no tenía mucho que ver con los productores agrícolas que se veían por televisión protestando en las rutas.

Ese enjambre de productores jóvenes, modernizados, bien educados, que se comunicaban por celular y vivían en los pueblos y ciudades cercanos

a sus cultivos, no guardaba ninguna relación con la imagen del campo que tenían los Kirchner, vinculada con los dueños de las estancias patagónicas, que destinaban propiedades inmensas a la cría de ovejas y a la producción y al comercio de la lana.

En la Zona Núcleo del país —luego se extendió a otras provincias e incluso a otros países—, los productores agrícolas lideraban una revolución de alcance global a partir de la década de los noventa, que incluyó inversiones en maquinarias y agroquímicos gracias al dólar barato, pero también la invención de técnicas propias en el cultivo de la soja y la creación de formas de producción muy eficaces.

El boom de la soja y de otros commodities, que destrozó teorías muy arraigadas que indicaban que los precios de las materias primas siempre andarían por el suelo, empalmó con esa modernización local, y los resultados fueron espectaculares: el país pudo salir rápidamente de la crisis de 2001 —la más grave de su historia— gracias a la soja, a ese “yuyo que crece sin ningún tipo de cuidados especiales”, según dijo Cristina en un discurso en la Casa Rosada a fines de marzo de 2008.

La soja favoreció a los gobiernos peronistas. Durante el gobierno del presidente Fernando de la Rúa, el dirigente radical que encabezaba la fórmula de la Alianza, el precio había tocado fondo: en diciembre de 1999, cayó a 167 dólares la tonelada; un año después, estaba en 165 dólares, y en diciembre de 2001, en 160 dólares.

De la Rúa renunció el 20 de diciembre de 2001, se sucedieron tres presidentes y el 1° de enero de 2002, doce días después, asumió el ex gobernador bonaerense Eduardo Duhalde, que había sido derrotado en las elecciones dos años antes. Le fue mucho mejor: ya en julio de 2002, la soja volvió a subir por encima de los 200 dólares, y durante su último mes en el gobierno —mayo de 2003— la cotización fue de 232 dólares. Aunque el boom de precios comenzó en octubre de aquel año, con Kirchner ya en el poder, cuando trepó a 269 dólares en una onda ascendente.

¿Qué tenían que ver esos productores con los latifundistas ingleses de la Patagonia Trágica; con aquellas huelgas de trabajadores rurales por mejores condiciones laborales y con la represión que causó entre 300 y 1.500

muertos, un número que varía según las fuentes? Eso había ocurrido el siglo anterior, entre 1920 y 1921.

Por si fuera poco, y eso influiría en la derrota del kirchnerismo en las elecciones legislativas de 2009, muchos de los productores que se rebelaron contra el gobierno habían votado por Cristina Kirchner el año anterior, en 2007.

El mejor ejemplo es Santa Fe. En Rosario, la ciudad más poblada, Cristina perdió la disputa presidencial por casi nueve puntos frente a Lilita Carrió, pero ganó en las localidades del interior, las cuales le permitieron vencer en la provincia por apenas 1,42 puntos.

A nivel nacional, el kirchnerismo tuvo sus peores votaciones en los grandes centros urbanos.

El ex jefe de Gabinete, Alberto Fernández, asegura que “Martín Lousteau nos metió en ese lío de la resolución 125 porque él me aseguró: ‘Tenemos todo arreglado con las entidades del campo’. Pero resultó que nada estaba arreglado. Martín, que es muy capaz, fue muy displicente”.

Lousteau asumió como ministro de Economía el 10 de diciembre de 2007, dos días después de haber cumplido 37 años.

Frente a una crítica similar por parte de Cristina Kirchner, Lousteau contestó en 2015: “Yo renuncié en abril y ellos tuvieron tres meses en los que escalaron el conflicto. No me hago cargo del tono que eligió el kirchnerismo. Soy responsable de la parte técnica, pero lo que quería hacer [el secretario de Comercio, Guillermo] Moreno, era mucho peor”.

“La resolución 125 estaba bien en los papeles, pero hay veces en que eso no basta”, dice Fernández con relación a que la norma planteaba una escala móvil para las retenciones: si el precio de la soja aumentaba, los productores pagaban más, pero si bajaba, tributaban menos. ¿El contexto? La tonelada había saltado en febrero a 508,22 dólares, un aumento del 10 por ciento.

Fernández recuerda: “Yo me empecé a preocupar cuando veía que, por ejemplo, Felipe Solá, que era mi amigo, se alejaba de nosotros. O cuando el

senador cordobés Roberto Urquía, dueño de Aceitera General Deheza, una persona muy medida, viene a verme y me dice: ‘Alberto, creo que se están equivocando con la 125’. Y me da sus razones”.

—Urquía me dijo que nos estábamos equivocando con la resolución 125 y me dio buenas razones. Creo que tenés que hablar con él —le sugirió Fernández a la Presidenta.

—¿Por qué no? —respondió Cristina.

La audiencia terminó mal, recuerda el ex jefe de Gabinete.

—Roberto, me parece que vos estás al servicio de los oligarcas —lo despidió Cristina, siempre según Fernández.

En un intento de destrabar el conflicto, Cristina envió la resolución al Congreso, donde el oficialismo tenía amplia mayoría para ratificarla. Pero sucedió lo impensado: naufragó en el Senado la madrugada del 17 de julio por el voto “no positivo” del vicepresidente Julio Cobos, que tuvo que desempatar porque la votación había terminado 36 a 36.

La resolución del 11 de marzo había derivado en un conflicto inesperado que duró más de cuatro meses y terminó con la derrota del gobierno.

“Son unos traidores hijos de puta. Y Cobos es el primer traidor. Hay que ir a pintar las paredes con la leyenda ‘Cobos traidor’”, dijo Kirchner horas más tarde del voto decisivo del vicepresidente, durante un tenso almuerzo con la Presidenta y Fernández en la residencia de Olivos. Había dormido tres horas y, para colmo, acababa de morir su gran amigo Oscar *Cacho* Vázquez, testigo, además, de su casamiento con Cristina.

Fernández recuerda aquellas horas en las que se decidió la suerte del conflicto con el campo: “Nosotros presentimos que íbamos a perder esa votación cuando desapareció un senador de Santiago del Estero”. Por eso llamó al gobernador, Gerardo Zamora, un radical K:

—¿Dónde está [Emilio] Rached? No lo encontramos.

—No te preocupés que yo lo busco.

Fernández estaba siguiendo el debate en el Senado por televisión desde el living de Olivos junto a Kirchner; la Presidenta; el secretario Legal y Técnico, Carlos Zannini, y el titular de la Secretaría de Inteligencia, Héctor Icazuriaga.

Zamora devolvió el llamado a las nueve de la noche.

—Va a llegar sobre la hora, pero dice que no puede votar a favor del gobierno porque tiene muchas amenazas de productores de su ciudad.

—¿No lo podés convencer?

—Imposible, hice todo lo que pude. Lo lamento.

“Con ese voto en contra, la votación quedaba empatada. Nos faltaba un solo voto para asegurar el triunfo, y el que más se pone a operar para conseguirlo es Cobos, que llama a Reutemann, a Urquía, a los salteños. Pero ya no había nada que hacer con ellos”, cuenta Fernández.

Cuando todo se encaminaba hacia el voto crucial del vicepresidente, Cristina se retiró:

—Me voy a dormir; total, ya sé cómo va a votar Cobos —les dijo.

Kirchner aún creía en que el vicepresidente terminaría alineándose con el gobierno. A las cuatro de la madrugada, Fernández llamó a Cobos en busca de una definición.

—¿Qué vas a hacer, Julio?

—No, Alberto, esto es un desastre. Si yo voto con ustedes, explota el país —le dijo Cobos, siempre según Fernández.

—Mirá, Julio, vos sos miembro del Poder Ejecutivo; no sos senador por Mendoza.

—No sé, Alberto, si eso es tan relevante en la situación en la que estamos.

—Mendoza ya tiene sus tres senadores. Vos tenés que votar como miembro del Poder Ejecutivo.

—Pero es un desastre.

—Mirá, Julio, hacé una cosa: vota con el gobierno diciendo que vos sabés que esto no resuelve el problema por lo cual le pedís a la Presidenta que hoy mismo te reciba para encontrar una solución.

—Pero no puedo votar con ustedes después de todo lo que dije en contra de la 125.

—Ahí te pusiste a hablar al pedo.

—Mirá, estoy con mi hija; dice mi hija que si voto con el gobierno no voy a poder ni ir al shopping en Mendoza.

—De haber sabido que tu hija es tan aguda, la poníamos a tu hija de vicepresidenta —se enojó Fernández, de acuerdo con su versión, que coincide con la que publicaron luego todos los diarios.

—Me parece que Cobos nos cuelga —le informó Fernández a Kirchner luego de hablar con el vicepresidente.

—¡Qué traidor hijo de puta! Y yo que se lo puse a Cristina como vice. Y se fue a acostar, hecho una furia.

Cristina Kirchner recuerda bien aquel momento: “Esa madrugada, me dijo: ‘Siento que no voy a poder protegerte más’. Le dije: ‘No te hagás problema’; luego, nos dormimos. Creo que él lo sintió como una carga, al tema de esa elección desafortunada del compañero de fórmula. Creo que después se le pasó; era un hombre que por ahí se enojaba, pero después se recuperaba enseguida porque era optimista por naturaleza”.

Esa reacción estaba en sintonía con una frase que Kirchner le dijo a uno de los ministros de la Presidenta en pleno conflicto: “A Cristina hay que cuidarla, hay que tenerla como en una cajita de cristal, ¿entendés?”. Mientras hablaba, le hacía un gesto con las manos delimitando un cuadrado en el aire.

A las nueve de la mañana, Fernández recibió el llamado de la Presidenta.

—Al final, Cobos hizo lo que yo les dije que iba a hacer —le comentó, muy tranquila.

—Tenés razón.

—¿Qué te parece que hagamos ahora?

—Hay que derogar inmediatamente la 125.

—Estoy de acuerdo, después vemos cómo lo hacemos.

Al mediodía, Cristina volvió a llamarlo; esta vez, no estaba nada tranquila.

—Néstor está muy nervioso. Vení a verme rápido.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Néstor dice que tengo que renunciar, que tenemos que tirarles el gobierno por la cabeza. Que nos volvamos a Santa Cruz y que se arreglen ellos.

—¿Quiénes ellos?

—Ellos: la oligarquía, Cobos, Clarín...

Mientras iba a la residencia de Olivos, Fernández llamó a Marco Aurelio García, el asesor especial en política exterior para América latina del presidente de Brasil, Luiz Inácio *Lula* da Silva. Le explicó lo que estaba ocurriendo y le pidió que se lo contara a Lula para que el jefe de Estado brasileño llamara a Kirchner y lo convenciera de que la renuncia de Cristina no era una buena decisión.

En el trayecto, Fernández recibió un par de llamadas de dirigentes kirchneristas: el rumor sobre la posible renuncia de la Presidenta ya se estaba filtrando.

El almuerzo en Olivos tuvo momentos dramáticos.

—Nos ganaron porque nos traicionaron. Nos quieren aniquilar. No les podemos dar el gusto de que hagan lo que ellos quieren —soltó Kirchner.

—Pero no estamos tan mal. Ganamos en Diputados y empatamos en el Senado. Podemos levantar la situación —suavizó el jefe de Gabinete.

El ex presidente se fue calmando y todo quedó en un ataque de ira provocado por la primera gran derrota del kirchnerismo desde su llegada al gobierno, en 2003. Luego de la comida, Fernández informó que la Presidenta había ordenado al ministerio de Economía que derogara la resolución 125 y que las retenciones a la soja se mantendrían en el nivel, fijo, del 35 por ciento.

Kirchner terminó el peor de los días de sus últimos cinco años viajando solo a Río Gallegos para participar del sepelio de su amigo Cacho Vázquez.

Capítulo 12

CUÁNDO SE JODIÓ EL KIRCHNERISMO

Gentileza Víctor Bugge. Presidencia de la Nación



La primera foto tomada por Bugge en el velatorio público. “Tardé hasta que el ingreso de la gente trajo un murmullo que me permitió sacarla sin molestar con el ruido de la cámara”, cuenta.

Cuando Néstor muere, Cristina pierde la órbita que derivaba de la fuerza gravitacional de él y se va alejando hacia un lugar que nada tenía que ver con el lugar de él y, por lo tanto, de ellos.

El ex canciller y ex diputado Rafael Bielsa.

El peronismo tiene tres fechas clave: el 1° de julio, la muerte de Perón; el 26 de julio, la muerte de Evita, y el 17 de octubre, el Día de la Lealtad. Con Cristina, las tres fechas del calendario pasaron a ser: el 11 de marzo, el triunfo de Cámpora en 1973, en lugar del Día de la Lealtad; el 26 de julio, y el 27 de octubre, la muerte de Kirchner en lugar de la muerte de Perón. Solo mantuvo la fecha de la muerte Evita, pero de la Evita revolucionaria en contraposición al Perón conservador y militar.

El analista e historiador Rosendo Fraga.

*—Pero ¿vos lo conocés a Menchi Sábat?
—Nunca lo vi, pero conozco perfectamente a todos los que son como él. Es un sirviente de [Héctor] Magnetto.*

La respuesta de Cristina Kirchner a su jefe de Gabinete, Alberto Fernández, luego de una caricatura de Sábat en *Clarín* que le había parecido “un mensaje cuasi mafioso”.

Desde que el escritor peruano Mario Vargas Llosa hizo que el periodista Santiago Zavala, *Zavalita*, el protagonista de *Conversación en La Catedral*, se preguntara “en qué momento se había jodido el Perú” —uno de los mejores comienzos de una novela—, esa frase se convirtió en una referencia para indicar la situación exacta en la que una entidad política —un país, un partido, una corriente interna— se deteriora de manera irremediable.

El momento anterior a la pérdida formal del poder, a la derrota en las urnas y, además, su causa eficiente; la instancia de quiebre irreversible, que altera toda la ecología política.

En este caso, la pregunta sería: ¿cuándo se jodió el kirchnerismo? El ex jefe de Gabinete Alberto Fernández no tiene dudas: “Yo creo que con la crisis del campo porque ahí Cristina se convenció de que había una confabulación universal en su contra. Y estar en el poder con esa lógica es terrible. De ahí, ya no pudo salir. A partir de allí, dividió al país en buenos y malos, y los malos eran, centralmente, los que criticaban al gobierno”.

Fernández renunció seis días después de la derrota en el Senado por el voto no positivo del vicepresidente Julio Cobos, el 23 de julio de 2008, en un intento —dice— de “facilitarle a Cristina la renovación de su gabinete”. Pero la Presidenta no lo entendió así y aún hoy sigue considerándolo un traidor.

El ex funcionario K asegura que Néstor Kirchner no pensaba de esa manera, al punto que siguió conversando con él en forma habitual y que fue el ex presidente quien le consiguió un contrato laboral con YPF de 25 mil pesos por mes.

“Un día —explica—, poco después de mi renuncia, Néstor me preguntó qué estaba haciendo para vivir. ‘Mirá, estoy gastando lo que me dieron en la liquidación como jefe de Gabinete’, le contesté. Lo llamó él mismo en ese momento a [el CEO de YPF, Sebastián] Eskenazi y le dijo que me contratara”.

En aquel momento, los Eskenazi acababan de adquirir el 14,9 por ciento de YPF a los españoles de Repsol con préstamos de bancos garantizados con las futuras rentabilidades que recibirían de la petrolera. Luego compraron otro 10 por ciento.

“Fue uno de los grupos que crecieron mucho. Llegaron a tener un cuarto de YPF. Sin pagar nada. Hay que ser habilidoso para algo así”, señala el ex intendente radical de Río Gallegos, el senador Alfredo Martínez.

Fernández salva de ese giro fundamentalista o radicalizado a Kirchner con el argumento de que el ex presidente “se contagió de Cristina, pero Néstor era mucho más pragmático y entendía que era muy difícil manejar el poder peleándose con todos”.

“Y eso que —recuerda— yo fui uno de los que más había impulsado la candidatura de Cristina en lugar de que Néstor fuera por la reelección, que la ganaba seguro. ¡Si tenía el 75 por ciento de imagen positiva! Pero yo entendía que ya habíamos salido de la emergencia y que teníamos que entrar en el tiempo de fortalecer las instituciones. Ella también lo veía así. Incluso hablaba de tomar a Alemania como modelo. Después, no sé lo que le pasó”.

Elige como ejemplo del dogmatismo de Cristina su reacción frente a una caricatura del prestigioso Hermenegildo *Menchi* Sábat, que la dibujó en *Clarín* con la boca tapada por una venda cruzada. “Un mensaje cuasi mafioso”, se quejó la Presidenta el 1° de abril de 2008 al hablar en un acto partidario en la Plaza de Mayo durante el conflicto con el campo.

El ex jefe de Gabinete rememora que luego habló con la Presidenta.

—Pero ¿vos lo conocés a Menchi Sábat? —le preguntó.

—Nunca lo vi, pero conozco perfectamente a todos los que son como él. Es un sirviente de [Héctor] Magnetto —contestó la Presidenta en alusión al CEO y uno de los principales accionistas del Grupo Clarín.

—Mirá que nadie en *Clarín* le da letra. Yo no sé qué quiso decir con esa caricatura, pero él es muy independiente.

Otras fuentes tienen una visión distinta: enfatizan que Néstor Kirchner era el que mandaba; el que tomaba las decisiones cruciales, como fue la larguísima pulseada con la Mesa de Enlace, con los dirigentes de las cuatro entidades que agrupaban a los productores rurales. Por lo tanto, sostienen, con matices, que el kirchnerismo se jodió con la muerte de Kirchner.

“Creo que en ese conflicto los dos se enfrascaron en el dogma. No sé quién fue el más ideológico; creo que se fueron convenciendo el uno al otro. Pero también es cierto que la famosa grieta apareció en el segundo gobierno de ella, cuando él ya estaba muerto”, opina Daniel Peralta, ex gobernador de Santa Cruz.

Magnetto, que en la constelación de enemigos del kirchnerismo ocupa un lugar estelar, cuenta que nunca se entusiasmó con el aparente sesgo institucional del gobierno de Cristina porque entendía que los Kirchner habían llegado a la Casa Rosada con el propósito de quedarse varios mandatos seguidos, al menos hasta 2020.

En un diálogo con el sociólogo Marcos Novaro para el libro *Así lo viví*, Magnetto sostuvo que “lo que siempre resultó importante para ellos fue polarizar, plantear opciones dicotómicas, y lo hicieron contra los ruralistas como en un montón de otros casos. Ese conflicto fue completamente innecesario. Pero el gobierno decidió hacer de eso una pelea política y dividir al país. Supongo que creyeron que ese conflicto les iba a resultar provechoso porque estaban seguros de poder aislar a los ruralistas. Y, además, porque así dividirían el campo político entre una oligarquía minoritaria y el pueblo al que ellos decían representar”.

Si bien considera que los Kirchner perseguían el mismo fin —el dominio político durante veinte años—, Magnetto ubica al ex presidente como el líder y el más pragmático de la dupla: “En esos días, Néstor Kirchner siguió llamándonos para presionarnos. En una de esas conversaciones, me lo dijo directamente: ‘A mí los millones de las retenciones me importan un pito. Yo tengo que destruir políticamente a estos tipos. Si gano esta, no queda nada enfrente. Limpio de malezas el camino a 2020’. Creo que me dijo la verdad. Y agregó: ‘Para esta pelea, los quiero tener al lado. Así destruyo a la Mesa de Enlace en menos de treinta días’. Le dije que estaba equivocado. Que la base social del conflicto no era la elite agropecuaria, que él veía con una lente que atrasaba años. Eran los chacareros, el veterinario, el farmacéutico, el concesionario de los pueblos agrícolas; el gran entramado social de ese sector. Obviamente, se dio cuenta de que no lo acompañaríamos en esa pelea. Entonces dijo que, si se lo

proponía, él podía sacar una ley de medios para complicarnos la vida. Fue la primera vez que usó este tema como amenaza”.

Sostiene Magnetto que, aunque salieron derrotados, el conflicto con el campo les dio una identidad a los kirchneristas: “Les sirvió porque les permitió polarizar con un enemigo hecho a su imagen, obviamente bastante alejada de la realidad actual de ese sector. Y quizás hacerse de los instrumentos y la voluntad para avanzar en cuestiones que les importaban mucho más que las retenciones, entre ellas, los medios, la Justicia y otros actores molestos”.

Curiosamente, los kirchneristas opinan lo mismo. Un ex funcionario de Cristina recuerda: “Néstor siempre decía que, en una primera etapa, a partir del 25 de mayo de 2003, el poder político estuvo repartido en tres: una parte la teníamos nosotros; otra, Alberto Fernández y los sectores que él representaba, y la tercera parte, lo que quedaba del duhaldismo, de la fuerza que respondía a Eduardo Duhalde. Y que recién con la crisis con el campo, pudimos tener un gobierno ciento por ciento propio”.

El ex diputado y ex funcionario Alberto Iribarne, un peronista porteño que también se alejó del kirchnerismo durante la crisis con los productores agropecuarios, señala que al inicio del gobierno de Cristina “se notaba que a él le costaba encontrar su lugar. No tenía un rol institucional y hubo algunos roces con ella hasta que llegó un momento clave en la construcción del nuevo kirchnerismo, que fue el conflicto con el campo”.

“Fue —afirma— una bisagra porque dio lugar a un realineamiento político y social. El gobierno perdió dirigentes peronistas y sectores sociales del cinturón agroindustrial del centro del país, pero fue incorporando sectores de izquierda y vinculados con los organismos de derechos humanos, que estaban esperando la llegada del Mesías; buscaban desde hacía tiempo a alguien que liderara la lucha contra el eje del mal, formado por la oligarquía, los medios de comunicación, los militares, la Iglesia... Y esa alianza debutó, creo yo, el 24 de marzo de 2009, en otro aniversario del golpe de Estado, pero en esa ocasión con una Plaza de Mayo a full”.

Según Iribarne, “el viraje del kirchnerismo comenzó con Néstor y Cristina a la cabeza y en la misma sintonía. Luego, cuando se quedó sola, ella lo profundizó y lo hizo irreversible. Pero hasta su muerte, la impresión era que en cualquier momento Néstor podía parar y volver a cambiar porque, mientras le daba cuerda a los jóvenes de La Cámpora, se reunía con José Luis Gioja y los gobernadores peronistas así como con Hugo Curto y los intendentes del Gran Buenos Aires”.

“Hubo episodios concretos —enumera— que muestran que Kirchner tenía retroceso, que podía dar marcha atrás cuando la situación lo exigía. Por ejemplo, el tema de la inseguridad luego del asesinato del hijo de Juan Carlos Blumberg. Kirchner no estaba de acuerdo con los proyectos de Blumberg, pero era tanta la gente movilizada, era tanta la presión social, que no hizo nada para que el Congreso los frenara y hasta lo recibió a Blumberg. Era muy pragmático”.

Iribarne conocía bien a Néstor y a Cristina porque formó parte del núcleo esmirriado de dirigentes que respaldaron a Kirchner desde que su candidatura seducía a solo el dos por ciento del electorado.

“Cuando Néstor murió —interpreta—, Cristina avanzó como un tren bala en la dirección en la que él la dejó. Ella no tenía retroceso, nunca lo tuvo. Es muy importante el factor ideológico, esa suerte de camporismo tardío, de izquierda nacional. Hoy, la idea de ese sector es que Cristina es la encarnación del campo nacional y popular, y que Macri representa a los asesinos de Dorrego”.

“Yo creo —agrega— que eso también es una coartada. Porque cuando vos estás en guerra, eso te habilita a la primera víctima, que es la verdad; podés matar la verdad y viene entonces todo el tema del relato. Vos estás en guerra contra el campo, contra los medios hegemónicos, contra los poderes concentrados; la verdad es lo de menos. Después, eso te habilita a espiar y a apretar a todos, ¡cuanto más al enemigo! Y ya tenés que controlar el frente interno porque siempre puede haber traiciones. Además, pasás a justificar cualquier cosa que haga quien está con vos; si fulano roba, probablemente sea una operación del enemigo, y si, en el peor de los casos, llegara eventualmente a ser cierto, ¿qué importancia tiene eso en una situación de

guerra? Ese clima bélico que ella potenció, Kirchner también lo tenía, pero podía graduarlo.

El ex canciller Rafael Bielsa toma la imagen de la fuerza gravitatoria que ejerce un planeta, como la Tierra, sobre objetos más pequeños —por ejemplo, la Luna— a los que mantiene en su órbita: “El planeta que ejercía la fuerza gravitacional preponderante era él. Cuando él muere, ella pierde la órbita que derivaba de la fuerza de Néstor y se va a otra órbita. Más propia, más expresiva de sí misma”.

Para Bielsa, la muerte de Kirchner termina con el kirchnerismo y nace otra etapa, protagonizada exclusivamente por Cristina. En su opinión, el 27 de octubre de 2010 ocurrió un hecho crucial que cambió al oficialismo: “Desapareció la fuerza gravitatoria que él ejercía sobre ella, y ella se va a alejando hacia un lugar que nada tenía que ver con el lugar de él y, por lo tanto, de ellos”.

“Ella —explica— empezó a orbitar sobre sí misma. Una trayectoria hecha de sus lecturas no siempre exhaustivas; de querer ser lo que no había sido en su momento, cuando debía haberlo sido; de la pretensión de dejar atrás al peronismo por una izquierda nacional que ella no había estudiado suficientemente ni sobre la que, mucho menos, había pensado y formulado una nueva doctrina”.

Cristina no sentía mucha simpatía por el fundador del peronismo. Bielsa recuerda que la Presidenta admitió públicamente que en las elecciones del 23 de septiembre de 1973 votó a Juan Domingo Perón —recién vuelto al país luego de un exilio de dieciocho años—, pero no con la boleta del peronismo y sus aliados sino “desde la izquierda, con la boleta del FIP”, del Frente de Izquierda Popular, que encabezaba el historiador Jorge Abelardo Ramos.

“Mañana me matan todos; mañana me vale la excomunión del partido peronista, pero no me importa”, dijo Cristina el 9 de septiembre de 2013 en un acto en la villa 21, ubicada en el barrio de Barracas, en la ciudad de Buenos Aires.

En aquellos comicios, Ramos y su partido apoyaron la candidatura de Perón pero desde la llamada izquierda nacional. Les fue muy bien: sacaron 900 mil votos, aunque es posible que muchos votantes se hayan confundido porque su boleta era muy parecida a la del Frente Justicialista de Liberación.

Fueron las segundas elecciones de 1973; previamente, el 11 de marzo también había ganado el peronismo, pero con el odontólogo Héctor J. Cámpora como candidato porque Perón no pudo presentarse debido a una decisión del gobierno del general Alejandro Agustín Lanusse. Cámpora obtuvo el 49,56 por ciento de los votos.

Cámpora estuvo solo cuarenta y nueve días en la Presidencia porque Perón lo forzó a renunciar, el 13 de julio, debido a que no estaba nada conforme con el gobierno de su vicario. “Doctor, ocurrió lo impensado: Cámpora se dejó copar por la izquierda”, le contó Perón a uno de sus médicos, el cardiólogo Carlos Seara, en enero de 1974.

Hubo nuevas elecciones y Perón volvió a la Casa Rosada al ganar en primera vuelta y con casi el 62 por ciento de los votos; los radicales Ricardo Balbín y Fernando de la Rúa sacaron el 24,4 por ciento.

En relación con Perón, Cristina tenía una mirada “progresista”, de centro izquierda, similar a la de sectores de la izquierda nacional o del nacionalismo revolucionario. Lo consideraba un conservador popular y un manipulador sin escrúpulos. Y para colmo, era militar.

El periodista Jorge Raventos —que conocía muy bien a Ramos— recuerda que el “Vote a Perón desde la izquierda”, con la boleta del FIP, “fue una idea que Ramos le propuso a Perón y que no podría haberse llevado a cabo sin la aceptación del General. ¿Por qué la aceptó y la hizo suya? Porque lo que Perón necesitaba en esa elección era derrotar a Cámpora, sacar más votos que los que había conseguido El Tío, convertido en candidato de la desobediencia montonera. Ganarle a Balbín era pan comido, pero para ganarle a Cámpora, necesitaba retener los votos de izquierda que podían inclinarse por el voto en blanco para repudiar el desplazamiento de Cámpora. Así, irónicamente, el voto de Cristina con la boleta del FIP, más allá de su intención de tomar distancia de Perón, fue una manera de ayudarlo a hundir la performance que había tenido Cámpora”.

En esa línea, el ex gobernador y ex senador Antonio Cafiero, fallecido en 2014, contaba que, cuando Cristina ya era la Primera Dama, fue a pedirle una contribución para levantar un monumento en honor del General a una cuadra de la Casa Rosada. “Por ese viejo de mierda, yo no pongo un peso”, le contestó ella.

Cafiero y sus compañeros juntaron el dinero, pero el monumento nunca tuvo el aval de los Kirchner por lo cual terminó siendo inaugurado recién el 8 de octubre de 2015 por el entonces jefe de Gobierno porteño, Mauricio Macri, en el marco de su campaña presidencial.

Una aclaración: El Colorado Ramos apoyó a Perón desde 1945 por afuera del peronismo porque lo consideraba un “bonapartista progresista”, es decir, un líder que conducía una alianza de clases en la que procuraba equilibrar el crecimiento económico a cargo de la “burguesía nacional” con la distribución de la riqueza, para lo cual impulsaba a los sindicatos.

Sostiene Bielsa que Cristina “deseaba expresar lo mejor del montonerismo, el ’73 ‘en olor a multitud’; una izquierda nacional contenida en los textos de Ramos, Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui, Arturo Jauretche. La ideología que prefiere el 17/18 por ciento de la sociedad, los herederos del sueño setentista. Y también los oportunistas que vivieron con sueldos estatales a cambio de fingir que seguían ensoñados en público para despertarse cuando hablaban con vos en privado. Intelectuales contantes y sonantes”.

En cuanto a Kirchner, Bielsa opina que “era peronista y, como tal, dúctil. Perón fue el inventor de aquello que los que lo respetamos llamamos ‘la capacidad de adaptación peronista’ y los que no lo respetan denominan, en el mejor de los casos, camaleonismo. Por eso, Néstor se pudo acercar al presidente Héctor Cámpora en los setenta y al ministro Domingo Cavallo en los noventa, o convertirse en *El Nestornauta* en la primera década de este siglo”.

Por su lado, el analista político e historiador Rosendo Fraga piensa que Cristina “encarna, representa, al ala izquierda del peronismo. Lo de Cristina y el cristinismo se ve claro en la simbología; el peronismo tiene tres fechas clave: el 26 de julio, la muerte de Evita; el 1° de julio, la muerte de Perón, y el 17 de octubre, el Día de la Lealtad”.

“Con Cristina —afirma—, las tres fechas del calendario pasaron a ser: el 11 de marzo, el triunfo de Cámpora en las elecciones de 1973, en lugar del Día de la Lealtad; el 26 de julio, la muerte de Evita; y el 27 de octubre, la muerte de Kirchner, en lugar de la muerte de Perón”.

Fraga afirma que “la única fecha que mantuvo fue el 26 de julio. El único punto en común pasó a ser la muerte de Evita, pero revivida como el antecedente del camporismo, del setentismo, del peronismo revolucionario. La Evita revolucionaria en contraposición al Perón conservador y militar. De esa generación del setenta, Kirchner es su plenitud y por eso el valor simbólico que toma la fecha de su muerte”.

En los hechos, el camporismo fue un instante fugaz en el peronismo: “Duró cuarenta y nueve días —dice Fraga— si tomamos el gobierno de Cámpora, o un poco más, entre noviembre de 1972 y junio de 1973, si no somos tan estrictos. Esa es la verdadera razón del nombre de los herederos de Cristina, La Cámpora: asumen a Cámpora en lugar de Perón”.

Fraga señala una ironía de la historia: “Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima formaron la dupla presidencial ganadora más conservadora desde que se votó con el nuevo régimen electoral, en 1916. En los años treinta, fueron dos caudillos conservadores de la provincia de Buenos Aires, donde dominaba el conservadurismo más rancio del país; nada que ver con los conservadores de Córdoba, por ejemplo. Cámpora era un caudillo conservador de San Andrés de Giles y Solano Lima, un caudillo conservador de San Nicolás”.

El analista y consultor Artemio López tiene una mirada distinta: “No comparto la categoría ‘cristinismo’ como un demérito con respecto a una construcción previa, como fue, eventualmente, la que encabezó Néstor. Me parece que es injusto, y que, conceptual y políticamente, no es correcto”.

En su opinión, fueron dos etapas distintas pero porque “la coyuntura internacional y las condiciones internas fueron diferentes. El año 2008 fue una bisagra en Estados Unidos y en el mundo”, en alusión a la crisis financiera estadounidense, que luego se extendió al resto de los países y que influyó rápidamente en la economía real.

“Creo —dice López— que a Cristina le tocó una realidad de mucha mayor complejidad. En términos domésticos, también. Yo no veo eso que

muchos dicen de que ella era menos peronista que él. Te voy a dar un dato. Cristina, en la interna de 1988 entre Antonio Cafiero y Carlos Menem, apoyó a Menem. ¡Mirá qué poco peronista es!”.

Y agrega: “La concepción de Cristina es peronista tradicional en el sentido de movimientista: una concepción profunda con respecto a la intervención del Estado en la economía y en la distribución del ingreso. Un tipo de intervención del Estado en la economía porque los liberales tienen otra muy severa. ¡Mirá Macri si no hace intervenir al Estado!”.

Artemio López, que colaboró con Kirchner desde 2001, reivindica el populismo de Néstor y Cristina, al que identifica con la intención original de Perón de promover desde el Estado “un formato de realización del capitalismo que en la periferia es distinto del desarrollo capitalista de los países centrales”.

En ese sentido, interpreta que “todas las medidas que le achacan a Cristina por ideologista —sobre todo, la centro derecha conservadora— fueron realizadas, obviamente, con el consenso absoluto de Néstor. Desde la reestatización de empresas públicas, que Néstor tenía en carpeta. Me acuerdo de que la primera polémica de su gobierno fue la reestatización de los ferrocarriles, en 2003. Néstor lo propuso y todo el mundo salió diciendo, con los números de la patria encuestadora, que la clase media independiente no veía bien eso. Y les dijo: ‘Sí, pero nosotros sí’, y siguió. También fueron decisiones en conjunto la resolución 125 sobre la renta agraria y la eliminación de las AFJP y del sistema privado de jubilaciones y pensiones”.

De todos modos, López considera que la muerte de Kirchner fue “una gran tragedia en términos políticos, de la que fui cobrando dimensión con el paso del tiempo. Por la característica de la personalidad y del tipo de visión que tenía Néstor. Era de una gran complejidad. Para mí, fue el más grande intelectual de su época, en el sentido orgánico”, utilizando la definición de Antonio Gramsci sobre el líder que podía organizar y conducir un bloque de poder.

Sin embargo, es cierto que Cristina Kirchner —sigue pensando que en la pelea contra el campo “hubo un claro intento destituyente”— siempre fue muy crítica del aparato del Partido Justicialista, donde los intendentes del Gran Buenos Aires controlan la maquinaria partidaria en sus territorios y tienen más poder que varios gobernadores.

“Yo no sé cómo vos recibís a los intendentes del conurbano”, le reprochaba ella a él, confía un ex ministro de Cristina que tampoco quiere que su nombre sea dado a conocer.

Son los llamados “barones del conurbano”. Tenían cita con Kirchner en la residencia de Olivos todos los viernes, salvo casos de fuerza mayor. Llegaban encabezados por el ex sindicalista de los metalúrgicos Hugo Curto, que fue intendente de Tres de Febrero durante 24 años, hasta que en 2015 cayó derrotado por el periodista Diego Valenzuela, del PRO y de la coalición Cambiemos.

Curto tenía la virtud —desde un punto de vista estrictamente kirchnerista— de haber sido el primer intendente del Gran Buenos Aires que apoyó la candidatura de Kirchner. ¿Por qué lo hizo? Porque así lo había dispuesto Eduardo Duhalde, que era el presidente del país y el jefe del peronismo bonaerense.

“Yo siempre he sido, soy y seré un peronista histórico. Un peronista histórico se ubica verticalmente detrás del que ganó la elección”, se definía Curto cuando todavía mandaba en Tres de Febrero.

¿De qué hablaban en esos encuentros en Olivos? “Néstor nos contaba qué estaban haciendo en el gobierno y nos preguntaba qué pasaba en cada una de las intendencias. Quería saber en qué andaba cada concejal. No solo los nuestros, sino también los de la oposición”, cuenta un ex intendente.

El ex ministro de Cristina que prefiere el anonimato sostiene que “Néstor era un peronista y, como tal, respetuoso del partido, de los gobernadores, de los intendentes, del armado político; de tomarse un avión e ir a caminar un distrito. Decía que muchos dirigentes eran viejos y que había que construir algo nuevo, pero los respetaba”.

“En cambio —agrega—, Cristina no creía en esas estructuras. Para ella, eran todos viejos en el peronismo, era vieja la historia, era vieja la estética. No le gustaba el ‘pejotismo’, decía que era mafioso. Pero, al mismo tiempo,

tenía respeto por la política y por los compañeros. Por ejemplo, nunca hablaba mal de Carlos Menem y eso que había tenido diferencias con su gobierno”.

Al ex gobernador Peralta le causaba gracia que Kirchner atendiera de manera tan preferencial a Curto y sus compañeros.

—Néstor, ¿qué pasó que ahora sos “meta” [metalúrgico]? —lo cargaba cuando todavía era Presidente, según dice.

—Ahora hay que sostener esto. Tengo que construir poder, nene.

“Él —explica Peralta— tenía, en general, mucho más equilibrio que ella. Si él hubiera estado vivo, La Cámpora habría sido importante, pero le habría puesto límites. Él reivindicaba mucho a los jóvenes revolucionarios de los setenta, pero no tenía ningún problema en hablar y negociar con Curto, para citar un ejemplo”.

Peralta viene del sindicalismo y del peronismo ortodoxo. Tanto es así que su papá Hugo fue gremialista de los empleados públicos y amigo de José Ignacio Rucci, el ex secretario general de la CGT asesinado en 1973; también metalúrgico, como Curto. Y su mamá, la ex diputada Nélida Cremona, fue la primera presidenta del Ateneo Juan Domingo Perón, la corriente interna que los Kirchner lanzaron en 1981 cuando la dictadura comenzaba a crujir.

“Ellos —cuenta Peralta— desarrollaron después otra dinámica política. Y Cristina fue cambiando mucho. Cuando iniciaron el Ateneo, ella era una chica muy fresca, muy militante; muy de sentarse en el piso en las reuniones. A mi viejo le decía Pelado. Recuerdo que en una asamblea de la rama femenina del Partido Justicialista, que se hizo en el Club Boca, que ahora es presidido por Martín Báez, uno de los hijos de Lázaro, Cristina terminó arrastrada por el piso. La reunión derivó en una pelea fenomenal. Luego ella fue cambiando, y cuando fue a Buenos Aires, primero como diputada y luego como senadora, ya se hizo otra persona, mucho más distante, muy soberbia.”

En ese punto, la opinión de Peralta es minoritaria. La mayoría de los entrevistados coincide en que, desde que comenzó a participar en política en Santa Cruz y mientras “Lupín atendía a todo el mundo y se preocupaba por sus militantes, Cristina jamás se acercó a los vecinos; tenía actitudes que dejaban ver que la gente le molestaba. Había mucho desprecio de su parte, no le gustaba que la tocaran”, asegura José Luis Cárcamo, dirigente peronista de Río Gallegos.

“Ella nunca tuvo feeling con la gente. Él sí: era simpático en el trato personal y le gustaba el roce con la gente; caminaba mucho, tomaba mate con los vecinos, hacía bromas y era muy chicanero”, dice Cárcamo.

También piensa así el periodista patagónico Francisco Muñoz, de la agencia OPI Santa Cruz. “Cristina —afirma— tenía un problema: no le gustaban ni los negros ni los pobres. Acá, cuando se le acercaba algún pobre, ella pedía que se lo llevaran. Suena feo, pero es real: si alguien tenía olor, también pedía que se lo llevaran; no lo quería cerca y lo decía sin problemas. Es muy jodida; en el círculo de ellos le dicen, por lo bajo, La Loca o La Bruja”.

Muñoz agrega que las peleas de Cristina con amigos de Néstor luego de la muerte de su marido se debieron, en parte y en algunos casos, a ese motivo: “Lázaro, para ella, era negro, y había sido pobre; Rudy Ulloa, lo mismo. Nunca los quiso”.

“Cristina odiaba a los pobres, se limpiaba la mano con alcohol luego de saludarlos; yo la vi haciendo eso en Caleta Olivia”, asegura Omar Pintos, periodista y militante peronista.

Cárcamo recuerda un ejemplo de esa aparente lejanía con la gente de carne y hueso: “Una vez, Cristina estaba con uno de esos trajecitos de Elsa Serrano y un tapado de piel blanco de los que solía usar, y La Gorda Carmencho, una militante, toda transpirada, la abrazó. Todavía me acuerdo de la cara de asco que le puso Cristina”, sostiene Cárcamo con una sonrisa.

Capítulo 13

CÓMO TRANSFORMAR UNA TRAGEDIA EN UNA PUESTA EN ESCENA

Gentileza Víctor Bugge. Presidencia de la Nación



Cristina fue la protagonista estelar del velatorio en la Casa Rosada. Todo convergía en ella: también la ubicación de parientes, amigos y funcionarios.

OceanofPDF.com

La forma estilizada en la que se presenta la noticia política incluye tres características básicas: la dramatización, la simplificación y la personalización del acontecimiento transmitido.

El politólogo italiano Sergio Fabbrini en su libro

El ascenso del Príncipe democrático. El velatorio de Néstor en la Casa Rosada permitió que el kirchnerismo recupere la mística, pero el punto de partida había sido el Bicentenario. Cristina tuvo una participación decisiva.

Un colaborador de Javier Grosman, el experimentado productor teatral y musical que organizó el funeral.

Dejate de joder, Ruso, con estas pelotudeces del Bicentenario. Venite a trabajar conmigo en serio, no con estas forradas de los intelectuales.

Néstor Kirchner a Grosman durante la organización de los festejos para el 25 de Mayo de 2010, mientras su esposa impulsaba esos eventos.

La muerte de Néstor Kirchner fue una tragedia para sus partidarios; en primer lugar, para su compañera y discípula. Sin embargo, más allá del

dolor y las lágrimas, Cristina supo convertir el velatorio público en una puesta en escena que conmovió a los argentinos y alfombró el camino a su reelección con una votación récord.

Una representación exitosa, que cambió el clima de la opinión pública: la mayoría de la gente se solidarizó con la Presidenta en su rol de viuda triste y sufriente, pero serena, estoica, que mostraba la templanza necesaria para seguir gobernando la Argentina a pesar de la pérdida del hombre fuerte del país.

Una construcción a tono con estos tiempos de “teledemocracia”, donde “la política es espectáculo”; se ha transformado en “representación a través de la interpretación”, según explica el politólogo italiano Sergio Fabbrini.

La idea fue de Cristina, quien tomó las principales decisiones; por ejemplo, que nadie pudiera ver el rostro sin vida de Néstor. Ella también tuvo a su cargo el papel estelar, parada o sentada junto al féretro cerrado y lustroso, toda de negro y con grandes anteojos también negros, un luto que conservaría durante más de tres años.

En las casi trece horas que ella permaneció en el Salón de los Patriotas Latinoamericanos de la Casa Rosada, estuvo acompañada por sus hijos — Florencia, de 19 años, y Máximo, de 32—, y un abanico de parientes, amigos, funcionarios y dirigentes políticos y sociales, dispuestos en un cuidado segundo plano.

De esta manera, la Presidenta se convirtió en la receptora natural de todas las muestras de cariño de la multitud que desfiló frente al féretro — muchos, con los ojos bañados en lágrimas— durante las veintiséis horas que, en total, duró el funeral, desde las diez de la mañana del jueves 28 de octubre.

Hubo gente de todas las edades, pero una de las sorpresas fue la cantidad de jóvenes, tristes pero también firmes y esperanzados en sus cantos y consignas. Habían comenzado a trabajar o a estudiar en la universidad durante el gobierno de Kirchner, que les pareció una maravilla, sobre todo en comparación con la gran crisis de 2001, que ellos también padecieron junto con sus padres y amigos.

La reactivación económica, la creación de empleos, la revalorización de la política, la reapertura de los juicios a los militares de la dictadura y el

discurso épico sobre el pasado reciente —esa lucha entre buenos y malos, amigos y enemigos, que les resultaba tan fácil de entender— les había llegado al corazón.

“Para los que oscilamos en torno a la frontera de los treinta años, el kirchnerismo y Néstor Kirchner representaron la posibilidad de ver con nuestros propios ojos que era posible torcer el rumbo que el país seguía desde, probablemente, el fracaso del proyecto alfonsinista”, explicó Mariano, autor del blog *El buen salvaje*, a *Página/12*.

Ocho presidentes de la región, entre ellos el brasileño Luiz Inácio *Lula* da Silva, el boliviano Evo Morales y el venezolano Hugo Chávez, llegaron para confortar a Cristina, así como Diego Maradona —Kirchner era fanático del crack— y figuras del espectáculo: Marcelo Tinelli, Andrea del Boca, Florencia Peña, Soledad Silveyra, Nancy Dupláa y Pablo Echarri, entre otros.

Cada uno de esos saludos y diálogos con Cristina fue un cuadro en sí mismo, un episodio que ayudó a mantener la tensión dramática del evento y el interés de los millones de televidentes que pudieron asistir en vivo y en directo al funeral gracias a que las imágenes del canal oficial estuvieron disponibles para todos los canales.

Hubo otros cuadros más inesperados y, por eso, más impactantes, como el cantante lírico que entró entonando el Ave María; el productor rural que agradeció a viva voz la política oficial hacia el campo, uno de los peores “enemigos” para el gobierno, y los homenajes de los mozos de la Casa Rosada y de trabajadores de la construcción con sus cascos amarillos y azules.

El evento permitió al kirchnerismo la recuperación de la mística —el espíritu que anima la política—, luego de la derrota contra el campo, en 2008, y la caída en las elecciones legislativas de 2009, donde el propio Kirchner perdió en la provincia de Buenos Aires; le ganó Francisco de Narváez, un empresario con un brevísimo pasado en política.

El oficialismo venía mejorando, pero la empatía provocada por el funeral fuera del círculo militante fue decisiva para que siguiera en el poder durante varios años más. Sin embargo, había sufrido una pérdida crucial. El

gobierno de Cristina en soledad, sin la figura omnipresente de Néstor, no sería, ciertamente, más de lo mismo. El kirchnerismo, tampoco.

El director de la puesta en escena fue Javier Grosman, un experimentado productor teatral y musical que ya se había destacado en el fabuloso desfile por el Bicentenario de la Revolución de Mayo, que fascinó a la gente que desbordó las avenidas y las calles del centro de la ciudad de Buenos Aires.

En realidad, el Bicentenario fue una celebración federal, con ciento dieciocho eventos realizados en todo el país a lo largo de 2010.

Tan bien le salió a Grosman que varios periodistas comenzaron a llamarlo “El ministro del relato K” o “El arquitecto estético del kirchnerismo”. Pablo Sirvén, de *La Nación*, lo bautizó “El Walt Disney del kirchnerismo”.

En todo caso, resultó un funcionario clave en “la batalla cultural”; desde que el italiano Antonio Gramsci actualizó el marxismo, se sabe que la cultura —en un sentido amplio— es el lugar donde se decide la hegemonía de un grupo político sobre los otros.

Un ex colaborador de Grosman cuenta que su jefe se enteró de la muerte de Kirchner cuando, a media mañana, recibió en su casa un llamado de Nicolás Diana, el periodista de *Noticias* que estaba en El Calafate.

—Javier, murió Néstor —le dijo.

—¡La concha de tu hermana! ¡No me rompas las pelotas! —le contestó Grosman, creyendo que se trataba de una broma.

—Javier, escuchame lo que te digo: murió Néstor.

—No te puedo creer, Nicolás.

Mientras su esposa ponía la televisión, Grosman llamó a Juan Manuel Abal Medina, vicesecretario de Gabinete y asesor de Kirchner en la Unasur.

“Javier —agrega el informante— siempre contaba que Abal Medina lo atendió, pero que no le salió una palabra porque estaba llorando”.

—Ya está, Juan Manuel, entendí todo —le dijo antes de cortar.

Grosman se fue a la Casa Rosada, al despacho de Oscar Parrilli, que era el secretario general de la Presidencia y de quien dependía en el organigrama como director ejecutivo de la Unidad Ejecutora del Bicentenario.

Por su cargo, Parrilli era el encargado de organizar todos los actos protocolares de la Presidenta.

Durante una hora, hasta que Parrilli viajó también él a El Calafate para asistir al velatorio íntimo, se ocuparon de trazar las líneas gruesas de la capilla ardiente.

“Cristina tuvo, claramente, una participación decisiva desde el momento en que pudo hablar por teléfono con Parrilli. Una participación más conceptual, además de algunas decisiones clave. Aníbal Fernández —jefe de Gabinete— y Carlos Zannini —secretario Legal y Técnico de la Presidencia— también hicieron aportes por teléfono, entre otros ministros y secretarios”, informó el ex colaborador de Grosman.

Lo primero que definieron fue el lugar del velatorio público. Tanto el vicepresidente Julio Cobos como el titular de Diputados, Eduardo Fellner, habían ofrecido el Congreso, pero ese lugar fue rechazado porque todos coincidieron en que “la casa de Néstor era la Casa Rosada”.

“Néstor mismo lo había demostrado. Era un político de gestión; ya había sido elegido diputado, pero estaba claro que la tarea parlamentaria no le interesaba en lo más mínimo”, explica otro ex funcionario, que también realizó aportes por teléfono.

Fellner era un amigo: fue uno de los pocos gobernadores que apoyó a Kirchner para la primera vuelta en 2003, cuando mandaba en su provincia, Jujuy, que, además, fue uno de los tres únicos distritos en los que el patagónico ganó, junto con Santa Cruz y Formosa.

En cambio, Cobos se había transformado en mala palabra en el kirchnerismo luego de su voto “no positivo” en el Senado, que decidió la derrota contra el campo. Las consignas “¡Cobos traidor!” y todas sus variantes estuvieron entre las más coreadas por la gente que hizo hasta ocho horas de fila para despedirse de Kirchner.

Una decisión clave, y polémica, fue que el velatorio se hiciera a cajón cerrado, a diferencia de lo que había sucedido con otros líderes populares,

como Juan Perón, en 1974, y Raúl Alfonsín, el año anterior. El féretro había llegado así desde El Calafate; la Presidenta podría haber ordenado su reapertura, pero no lo hizo.

En una entrevista con el programa *Terapia de noticias*, de La Nación+, Grosman afirmó que “fue una decisión personal, íntima y respetable de su esposa, de Cristina, y de su familia”.

La Presidenta le dio esa orden a Parrilli, que se la transmitió a Grosman. El director de la puesta en escena quedó convencido de que se debía al golpe en la frente que Kirchner se había hecho al rozar con la mesita de luz antes de desplomarse al suelo. Y se mostró aliviado: por su pertenencia judía, estaba de acuerdo con los funerales a cajón cerrado.

Sin embargo, el golpe en la frente no pasaba de un raspón, una herida muy superficial, según afirmaron los médicos y enfermeros que lo atendieron en El Calafate.

Lo mismo aseguró el funebrero Walter Yosver, quien ofrece otra explicación para la decisión de la Presidenta: “El cuerpo se estaba descomponiendo muy rápido. No estaba en condiciones de ser velado más tiempo a cajón abierto”.

El tercer argumento posible es político: la nueva jefa del oficialismo habría preferido que el último recuerdo popular sobre Kirchner no fuera el de una persona inerte, sin vida, sino el de un luchador —“un gladiador”, lo calificó Maradona— dispuesto a dar todo, hasta el último latido de su corazón, en la pelea al mando de los buenos.

En ese contexto, pretendía evitar que la imagen de su marido muerto fuera exhibida como un trofeo por los malos, por sus enemigos. “Cristina y el kirchnerismo no querían la foto de Néstor en la tapa de *Clarín* del día siguiente”, resume Francisco Muñoz, el periodista de agencia OPI Santa Cruz que los conoce tanto.

Todo convergía en ella; nada distraía la atención del público. También la escenografía, de una simpleza dramática: apenas el féretro, apoyado sobre una alfombra circular y cubierto con la bandera argentina, el bastón de mando del ex presidente, un pañuelo de las Madres de Plaza de Mayo y la camiseta de Racing; un jarrón de rosas coloradas por delante y una cruz por detrás; cuatro granaderos de guardia, y un tapiz de coronas recostadas sobre

las paredes pero sin tapar los retratos de San Martín, el Che Guevara, Perón, Evita, José Martí y Salvador Allende, entre otros personajes de la Patria Grande.

Tanto Grosman como sus colaboradores señalan que el velatorio de Kirchner en la Casa Rosada estuvo dentro de la línea estética que desde los festejos por el Bicentenario buscaba interpretar las ideas de la Presidenta para “relatar una épica determinada” —una lucha—, cuyo objetivo era transmitir una ética; es decir, una serie de conceptos y valores sobre lo que está bien y lo que está mal.

“Nosotros no hicimos otra cosa que entender lo que pasaba por la cabeza de la persona que conducía y nos conducía”, aseguró Grosman a La Nación+ al explicar cómo se generó esa estética tan identificadora.

Una estética para una épica que expresa una ética; la fórmula general que resume el estilo Grosman. Junto con otros dos elementos: en cada evento, una idea muy clara sobre lo que se quiere contar y una producción de primer nivel para un espectáculo de masas.

El ex colaborador de Grosman, que pidió permanecer en el anonimato, cuenta que “nosotros no pensábamos individualmente los eventos. Primero, pensamos una idea general, que después se iba bajando y plasmando en cada acto. La verdad es que nosotros no controlábamos todo; ni remotamente. A veces salían cosas que ni siquiera habíamos pensado. Muchas veces hacíamos lo único que podíamos hacer, ya sea porque no teníamos tiempo o porque esos eran los recursos disponibles. Lo que pasa es que, cuando las cosas salen bien, se buscan luego explicaciones estrafalarias”.

Según esta fuente, en la capilla ardiente en la Casa Rosada hubo varias decisiones obvias como, por ejemplo, la elección del lugar, al que luego se le atribuyó buena parte del éxito por su forma circular, que facilitó la tarea de las cámaras de televisión y del fotógrafo presidencial Víctor Bugge, quien desde la galería captó imágenes cenitales muy conmovedoras.

“Hay toda una fantasía ahí, pero fue todo muy natural —explica el informante—. Si vos entrás en la Casa Rosada por Balcarce 50, por la entrada principal, ¿en dónde desembocás? En ese lugar, que tiene forma circular. El lugar ya estaba y, además, era el Salón de los Patriotas Latinoamericanos. No tenía sentido buscar otro. Más aún, si tenías que prever que llegaría mucha gente porque nosotros, cuando hacemos un análisis de un lugar físico de ese tipo, comparamos a la gente con el agua. Nos preguntamos: ¿qué haría el agua en estas circunstancias? ¿Para dónde iría? La conclusión: la gente iba a entrar por Balcarce 50, llegaría al salón, miraría el féretro mientras pegaba la vuelta y saldría por el mismo lugar, aunque por la otra puertita”.

“Lo mismo —agrega— con las cámaras de televisión. El lugar y la función te dan la ubicación de las cámaras. Entra la gente por aquella puerta, tenés que poner una cámara en diagonal para que la enfoque de frente. Después te preguntás quién más está en el lugar, quiénes son los otros actores principales. La Presidenta y quienes la acompañan; los tomamos desde aquella esquina, y tenés que poner una cámara allí. Así tenemos los planos y los contra planos. También debemos tener imágenes de la gente haciendo la fila; ponemos cámaras dentro y fuera de la Casa Rosada. Y necesitamos buenas fotos de toda la escena y de Cristina al lado del féretro, ¿qué mejor que desde arriba, desde la galería? Bugge subió y sacó esas fotos. Un fotógrafo excelente, de toda la vida en Presidencia”.

Bugge está por cumplir cuarenta años como fotógrafo presidencial. Un caso único en el mundo; un profesional muy prestigioso, dentro y fuera del país. Recuerda que el día del funeral, entró en el salón junto con Cristina: “Había ya un grupo de parientes, amigos y funcionarios, pero nadie hablaba. El silencio era, como suele decirse, ensordecedor. El único que podía hacer un ruido era yo, con la cámara. Pero tardé, hasta que el ingreso de la gente trajo un murmullo que me permitió sacar la primera foto sin molestar con el ruido de la cámara. Está la Presidenta con sus dos hijos delante de un retrato de Perón. Ese fue el primer envío, a los cuarenta minutos del inicio del velatorio”.

“El segundo envío de fotos —recuerda— fue a la hora y media. Subí a la galería y saqué unas quince fotos; elegí una entre ellas, en la que no había

nada más que la Presidenta y el ataúd. Tenía un problema: la bota de un granadero en la alfombra; no quería usar Photoshop para borrarla por lo cual reencuadré y la alfombra no quedó redonda”.

Para organizar el velatorio, Parrilli ordenó el desalojo de la Casa Rosada a partir de las cinco de la tarde del miércoles 27 de octubre y prohibió que al día siguiente ingresaran fotógrafos y camarógrafos que no formaran parte de la puesta dirigida por Grosman.

Las fuentes consultadas desmienten que las imágenes que se vieron por televisión hayan sido editadas: “Confiábamos —afirma el ex funcionario de Grosman— en que bastaba con hacer las cosas bien desde el punto de vista técnico porque el dramatismo ya estaba y era puesto por el hecho en sí y por la gente que venía a saludar a Néstor. También, por la gente que estaba en su casa mirando la televisión. No había ningún contenido que inventar”.

Grosman recuerda que se la pasó “dando vueltas por todos lados. Voy a contar una anécdota, creo que es la primera vez que la cuento. Esa alfombra redonda sobre la cual salieron notas de que había símbolos masónicos... Cuando dijimos que había que poner una alfombra, esa fue la primera que encontró la jefa de Ceremonial del Ministerio del Interior en una de sus oficinas”.

Si bien a esa altura ya tenía una relación directa con la Presidenta, Grosman afirma que aquel día no habló con ella: “La vi a Cristina por primera vez en el salón de atrás, un ratito antes de que aparezca en escena. Ni siquiera hablé con ella. La vi un minuto, le di la mano y eso fue todo”.

Uno de los cuadros más conmovedores lo compuso el barítono Ernesto Bauer: entró en el salón cantando el Ave María, la mano izquierda apoyada en el hombro de uno de sus hermanos, la mano derecha en alto, con los dedos en V. La gente hizo un silencio reverencial. Bauer cerró su bellísima interpretación con un grito de otros tiempos: “Hasta la victoria, Néstor”. En medio de los aplausos, la Presidenta se acercó muy emocionada.

—Muchas gracias por lo que hiciste —le dijo, y lo tomó de las manos.

—Cuenta con todo el amor mío, de mi familia y del pueblo —le contestó el cantante.

Ernesto es hermano de Tristán Bauer, el cineasta que se desempeñaba al frente de los medios de comunicación del Estado.

En declaraciones al sitio lanacion.com, Ernesto Bauer contó que en la Plaza de Mayo se había encontrado con otro de sus hermanos, Esteban: “Nos abrazamos y lloramos. Ahí fue cuando él me preguntó si me animaba a cantar una vez que entráramos. Yo le dije que, si él me agarraba fuerte de la mano, cantaba. Empecé a cantar en el pasillo, antes de entrar”.

Otro momento fuerte fue cuando Ider Peretti, un productor agropecuario de la ciudad de Morteros, en Córdoba, se detuvo frente al féretro: “El campo también está presente, Presidenta. La Sociedad Rural de Morteros los quiere acompañar, Cristina, a vos y a Néstor”, comenzó. “Y —agregó— quiero decirle una sola cosa al pueblo argentino porque muchas veces trataron de confundirlo algunos dirigentes del campo: desde que Néstor y Cristina llegaron a esta Casa de Gobierno, nunca más se remató una sola hectárea de tierra en la República Argentina”.

Brotaron los “¡Bravo, bravo!” y los aplausos. Cristina bajó la cabeza y se puso a llorar; Peretti siguió criticando a los dirigentes de su sector: “Ojalá que algún día tengan la valentía de pedirle perdón a este ex presidente que le dio la mayor rentabilidad al campo”. Nuevos aplausos, y esta vez la Presidenta se acercó y le dio un abrazo mientras Peretti le repetía al oído pero en voz alta: “¡El campo está con vos, el campo está con vos, el campo está con vos!”.

Las palabras de Peretti llamaron la atención; luego se supo que, además de presidente de la Sociedad Rural de Morteros, era kirchnerista y amigo del secretario de Comercio, Guillermo Moreno.

Tanto Grosman como su ex colaborador niegan que esos episodios hayan sido producidos por ellos. “Todo fue real —jura el ex funcionario—. Ernesto Bauer es amigo de Grosman, pero Javier se dio cuenta de que era Ernesto recién a la noche, cuando vio las imágenes que repetía la televisión. Hizo la fila y se puso a cantar. Peretti es otra cosa, un *figureti*; si nosotros hubiéramos armado eso, no lo habríamos puesto a él. Pero también él dijo lo que sentía; nadie le armó un libreto”.

“El velatorio de Néstor —afirma esa fuente— permitió que el kirchnerismo recuperara la mística. Pero el punto de partida, o mejor dicho, de repartida, había sido el Bicentenario”.

Por su cargo, Parrilli hacía las veces de anfitrión. Una de sus funciones era ordenar a sus colaboradores por dónde debían entrar los invitados especiales y, como todos los días de su vida, mantenerse atento a las necesidades y órdenes de la Presidenta.

Fue un evento kirchnerista: Cobos quiso ir, pero el jefe de Gabinete, Aníbal Fernández, le avisó por teléfono que mejor no lo hiciera. “Si Cobos iba, hoy estaría internado. Hizo bien”, dijo al día siguiente Estela de Carlotto, titular de Abuelas de Plaza de Mayo, a Radio Del Plata.

Fernández también frenó al ex presidente y ex gobernador Eduardo Duhalde, que había anticipado su regreso desde Brasil para asistir al funeral. “Me llamó el jefe de Gabinete para hablar sobre evitar todo tipo de provocaciones”, explicó luego Duhalde, que fue el gran elector de Kirchner de 2003, pero pronto derivó en una de sus primeras víctimas cuando Lupín buscó consolidarse en el poder.

El jefe de Gobierno porteño, Mauricio Macri, fue a la Casa Rosada, pero no entró en el salón del funeral, al igual que el diputado De Narváez.

Los ex presidentes Carlos Menem y Fernando de la Rúa directamente no fueron, al igual que la diputada Lilita Carrió.

Ex funcionarios a los que la Presidenta no podía ni ver tomaron sus precauciones, como Alberto Fernández, el jefe de Gabinete durante toda la gestión de Kirchner y los primeros meses de Cristina, hasta que renunció.

“Le avisé primero a Florencio Randazzo, el ministro del Interior, con quien tenía buen trato —recuerda Fernández—. Voy a ir a saludar a Néstor, pero voy a ir solo, sin prensa; no me voy a parar adelante para que todos me vean sino que voy solo a rezar un Padre Nuestro por él. Pero en un momento en el que no esté Cristina, para no incomodarla.

—Bueno, Alberto, yo te aviso —me dijo.

Florencio me llamó a mi departamento, en Puerto Madero.

—Venite de acá a los próximos cuarenta minutos que Cristina se va a descansar un momento sabiendo que vos venís.

Parrilli me armó una guardia de unos veinte chicos de La Cámpora como si yo hubiera ido a tirarme encima del ataúd. Alicia Kirchner me envió luego un mensaje de agradecimiento por haber ido. A la salida me lo encontré a José López, el secretario de Obras Públicas, con quien siempre

me llevé mal por su pertenencia al ministerio de Julio De Vido. López venía del Peronismo Revolucionario, era de los montoneros tardíos.

—¿Qué hacés, traidor? ¿Cómo te da la cara para venir acá? —me dijo.

—Mirá, el tiempo dirá quién es el traidor —le contesté.

Reconozco que cuando murió Néstor Kirchner, yo hice un comentario que puede haber sonado mal: ‘Es el último gran aporte de Néstor al proyecto’, contesté ante la pregunta de un periodista”.

El ex canciller Rafael Bielsa no tomó tantas precauciones porque no hacían falta: no se había ido mal del gobierno sino a encabezar la lista de candidatos a diputados por la Capital Federal, en 2005, a pedido de Kirchner.

“Yo —cuenta Bielsa— me enteré a las diez y media de la mañana por la televisión. Me avisó mi mujer; me puse a llorar como nunca había llorado, no podía parar. Se ve que Néstor era más importante para mí de lo que yo mismo creía. Fui a la Casa Rosada. No quise saludarla, molestarla, a Cristina; saludé a Zannini, a [Héctor] Icazuriaga; di la vuelta por detrás y lo veo a Ricardo Jaime en un rincón, escondido de las cámaras de TV. Llorando. Ya había caído en desgracia como secretario de Transporte. Estaba con el portafolio marrón con el que lo vi siempre.

—Ricardo, Ricardo —le dije, y lo abracé.

Me quedé junto con él; todos los funcionarios y legisladores pasaban y lo saludaban con una reverencia brahmánica. Lo que es el poder del dinero. El reconocimiento o pleitesía que provoca haber sido el funcionario de confianza que esperaba casi todas las noches que todos saliéramos del despacho presidencial, para entrar luego él, cuando todos ya nos habíamos ido de la Casa Rosada. Ahora, dolorosamente, se pelean para negarlo y fatigan canales de cable con la muletilla: ‘El que tenga que ir preso, que vaya’ (mientras no sean ellos)”.

En aquel momento, Cristina y el kirchnerismo se llevaban mal con la mayoría de los obispos de la Iglesia Católica; no con todos, por ejemplo, el

arzobispo de Mercedes-Luján, Agustín Radrizzani, y su antecesor, Rubén Di Monte, fueron saludados con afecto por la Presidenta en el funeral.

Ella los conocía bien, en especial a Di Monte, quien desde el primer día del gobierno de su marido entabló una relación especial con Kirchner, que financió la remodelación de la Basílica de Luján. La primera etapa de la obra fue inaugurada dos años después, once días antes de las elecciones legislativas de 2015, cuando en un inédito discurso desde el altar, el Presidente pidió a todos, “desde la Capital Federal a Jujuy y a Tierra del Fuego, que me ayuden”. A su lado, estaba Cristina, candidata a senadora por la provincia de Buenos Aires.

“Tengo que decir que nadie hizo tanto por este monumento histórico como usted y su gobierno”, lo elogió Di Monte, un especialista en recaudar dinero público de todos los gobiernos. Para obras eclesásticas.

Sin embargo, con el kirchnerismo se superó y hasta les prestó la Basílica para los tedeum por el 25 de Mayo; así Néstor y Cristina pudieron eludir la Catedral de Buenos Aires y la celebración a cargo del cardenal primado de la Argentina, Jorge Bergoglio, a quien Kirchner consideraba “el jefe de la oposición”.

Di Monte tenía línea directa con Kirchner. Y se llevaba muy bien con el ministro de Planificación Federal, Julio De Vido, de quien se convirtió en confesor. También de López, el número dos de esa repartición. Era el sostén espiritual de ambas familias, las cuales solían visitarlo en el convento donde se fue a vivir, asistido por tres monjitas, luego de jubilarse.

Allí, en el Monasterio Nuestra Señora del Rosario de Fátima, de las Monjas Orantes y Penitentes, López sería apresado cuando intentaba ocultar bolsos con casi nueve millones de dólares a las cuatro y cuarenta de la madrugada del 14 de junio de 2016.

A esa altura, Di Monte ya no podía confesarlo: se había muerto dos meses antes, seis días después de cumplir 84 años. López y su esposa habían llevado la torta de cumpleaños al monasterio. Era de chocolate.

Parrilli también autorizó el ingreso al funeral de los obispos Jorge Casaretto, titular de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, y Justo Laguna, quienes rezaron por el ex presidente junto a referentes del Islam y de la Iglesia Ortodoxa Griega.

A pocos metros de allí, en la Catedral, el cardenal Bergoglio, el “diablo con sotana” para Kirchner, celebró una misa a las seis de la tarde “para rezar por un hombre que se llama Néstor, que fue recibido por las manos de Dios y que en su momento fue ungido por su pueblo”.

“¡Hipócrita!”, le gritó un hombre mientras abandonaba la ceremonia. “El clima era tenso”, recordaría seis años después Bergoglio, cuando ya era Francisco. “Kirchner realmente no me soportaba”, admitió en el libro *En tus ojos está mi palabra*, del jesuita Antonio Spadaro.

En el sermón en honor de Kirchner, Bergoglio advirtió que “sería una ingratitud muy grande que ese pueblo, esté de acuerdo o no con él, olvidara que este hombre fue ungido por la voluntad popular. Todo el pueblo, en este momento, tiene que unirse a la oración por quien asumió la responsabilidad de conducir. Las banderías claudican frente a la contundencia de la muerte y dejan su lugar a las manos misericordiosas del Padre”.

La caridad pastoral de Bergoglio no fue registrada en aquel momento por el kirchnerismo, cuyos voceros mediáticos despreciaron sus palabras. “De no creer”, tituló *Página/12*.

La capilla ardiente en la Casa Rosada relanzó al kirchnerismo, pero la recuperación había comenzado cinco meses antes, con el Bicentenario, donde Cristina probó que era una muy eficaz comunicadora de la “teledemocracia”, con atributos de artista de teatro. Muy diferente de su marido.

Grosman siempre dice que ella “sabe lo que le pasa a cada uno de los asistentes a un evento; por lo tanto, puede generar una profunda empatía con el público porque va adaptando su mensaje a lo que percibe en el auditorio. Eso lo vi en muy pocos artistas de teatro”.

El ex colaborador de Grosman agrega que “uno de esos grandes artistas fue Eduardo *Tato* Pavlovsky, de quien Javier fue el productor. Además, Cristina tenía una percepción única de la escena. Por ejemplo, cuando estábamos ya en Tecnópolis hubo una polémica porque la oposición decía que habíamos sacado árboles. No era verdad, pero Grosman se lo tuvo que

explicar a la Presidenta. De casualidad, al día siguiente hay un acto en Tecnópolis, Cristina llega y le dice: ‘Javier, el ombú; no lo vi’. Efectivamente, había un ombú, pero se había secado. Ella había pasado otra vez y había registrado que allí había un ombú; cuando volvió, advirtió el vacío”.

La fuente señala que Cristina “nunca dejó que nadie le escribiera sus discursos. Pedía sí insumos; por ejemplo, dos párrafos sobre el hospital que iba a inaugurar. Y hacía preguntas: ‘Oscar [Parrilli], ¿quiénes van a estar en el acto?’. ‘Javier, ¿cómo es el lugar?, ¿qué me tengo que poner?’. Javier le contestaba: ‘No te pongas pollera porque es un escenario elevado. Y el fondo es azul; no te vistas de azul’. Esas boludeces. Después, ensayaba el discurso; para hacer la cosa bien teatral, digamos que salía a escena cuando sabía que tenía en la cabeza lo que quería decir. Ha llegado a salir media hora antes de lo previsto”.

En cambio, Kirchner no era un buen orador: “Él tenía una idea en la cabeza y la repetía, pero no reconocía a quienes estaban enfrente, escuchando. Él hablaba mirándose hacia adentro”.

Fue de Cristina la idea de aprovechar el Bicentenario para relanzar al kirchnerismo y generar una estética más contemporánea, que dejara atrás el folclore de los actos peronistas y se adaptara a la nueva composición que iba adquiriendo la coalición oficialista así como a la épica que quería expresar.

El ex funcionario de Grosman recuerda que venían desmoralizados luego de dos derrotas consecutivas: la pelea con el campo y los comicios legislativos de medio término. “El domingo 28 de junio de 2009 —explica— fueron las elecciones. Estuvimos hasta las cuatro de la madrugada del lunes en el hotel; Néstor estaba convencido de que ganaba por lo que le decían los vendedores de encuestas y varios de su entorno. Pero perdió. A las nueve y media de la mañana, Javier llegó a la Casa Rosada y fue al despacho de Parrilli. Nunca lo había visto tan deprimido; estaba tirado en la silla jugando con una gomita.

—Nos vamos —lo recibió.

—¿Adónde nos vamos? —le preguntó Javier.

—Nos vamos, pelotudo.

—...

—No me entendés. Nos vamos. Renunciamos. Nos vamos a la mierda. Después se les pasó, pero ese era el ánimo”.

Grosman tenía ya una amplia trayectoria. Había sido el creador de Babilonia, un espacio de culto en los noventa. Había trabajado con Graciela Fernández Meijide y con Aníbal Ibarra, y fue acercado al gobierno por el secretario de Medios, Enrique Albistur, para el armado de los actos.

No era kirchnerista ni peronista; venía de una izquierda ecléctica. De a poco, mientras se metía también en las campañas electorales, se le fue ocurriendo que el gobierno debía evolucionar hacia una estética que hablara del “modelo”, que sustentara el discurso oficial.

En las campañas de 2007 y 2009, pudo intercambiar algunas de esas ideas con Cristina y con Parrilli, por separado.

Su hora llegó cuando los funcionarios de Cultura y Comunicación estaban empantanados con los festejos del Bicentenario. A Parrilli se le ocurrió sumar a Grosman, y la Presidenta lo nombró a cargo del aniversario por un decreto firmado el 30 de diciembre de 2009.

Tenía pocos meses. Grosman acercó a Diqui James, el creador del grupo de teatro de vanguardia Fuerza Bruta. Cristina quedó encantada con la propuesta para el desfile central de los festejos e influyó fuertemente en la definición de los diecinueve cuadros: “Sacó algunos y puso otros —cuenta nuestro informante—. Por ejemplo, agregó la Vuelta de Obligado y el Éxodo Jujeño y sacó alegorías muy críticas a la campaña de [Julio Argentino] Roca contra los indios. Ella no es antirroquista”.

Un concepto clave fue que no debía haber ningún logo del gobierno y que, salvo el día de la inauguración, ningún funcionario tenía que hablar; ni siquiera subirse al escenario. “Hubo muchas resistencias dentro del gobierno —recuerda la fuente—. A Javier le decían que estaba loco. Cristina estuvo de acuerdo de entrada. Fue un acierto porque había que canalizar las ganas de la gente de encontrarse en la calle, de festejar. La gente tenía que sentirse cómoda, sin referencias políticas ni del gobierno. Por eso, hubo seis millones de personas en los cinco días de la celebración”.

De todo ese público, dos millones se congregaron el último día, el 25 de mayo: resultó el acto más masivo de la historia.

Kirchner también hizo fuerza por esta nueva estética, pero en contra. Pensaba que estaban perdiendo el tiempo. Nuestro informante afirma que el ex presidente “se metía en absolutamente todas las reuniones que Cristina encabezaba sobre el Bicentenario en la residencia de Olivos. Se hacían en la sala de reuniones de Jefatura. La Presidenta se sentaba de espaldas a la puerta, de frente a la ventana, y Parrilli, Grosman y Bauer, del otro lado de la mesa. Néstor tenía su despacho del otro lado del hall central. Siempre asomaba la cabeza por detrás de Cristina y los saludaba.

—¿Cómo andan? ¿Están con esa pelotudez del Bicentenario?

Cuando se despedía, muchas veces dejaba la mano izquierda del lado de adentro y le hacía una seña a Javier para que saliera. Se conocían mucho de la campaña de 2009. Y Javier se retiraba un momento con cualquier excusa.

—Dejate de joder, Ruso, con estas pelotudeces. No rompás más las bolas. Venite a trabajar conmigo en serio, no con estas forradas de los intelectuales. Dejalo a Tristán con estas boludeces —le decía.

Pero el Bicentenario fue un éxito. Dos días después del desfile, Javier recibió un llamado del Chango Icazuriaga, el jefe de la Secretaría de Inteligencia.

—Tengo un mensaje para vos, de parte de Néstor.

—Pará, que me doy el cachetazo yo solo.

—No, no. Dice Néstor que te felicita, pero que quede claro que esta es la única que él no vio”.

Capítulo 14

LAS MANOS DE KIRCHNER

Gentileza Víctor Bugge. Presidencia de la Nación



El trayecto del féretro de Kirchner desde la Casa Rosada hasta Aeroparque se realizó bajo la lluvia. Desde allí, fue llevado a su ciudad natal, Río Gallegos.

OceanofPDF.com

—Che, ¿qué pasa con Cristina ?¿Por qué esa obsesión con la seguridad del cajón?

—Ah sí, es que tiene miedo de que se roben el cuerpo. Pero de lo que más miedo tiene, me dijo esta mañana, es que le corten las manos... Como a Perón, ¿viste?

Roberto Giubetich, secretario de Obras Públicas de Río Gallegos, y el empresario Lázaro Báez, el 30 de octubre de 2010 en el cementerio local.

Aquí descansa Néstor Carlos Kirchner, el santacruceño que cambió la Argentina y sobre todo, un amigo.

La placa que Báez hizo colocar el 27 de octubre de 2011, cuando el cuerpo del ex presidente fue trasladado al mausoleo construido por el empresario.

La verdad es que a Néstor no lo iban a visitar ni sus hijos. Yo mantenía todo, y la señora no quería poner ni un peso.

Báez, el 30 de junio de 2016, al explicar por teléfono desde la cárcel por qué le había devuelto a Cristina las llaves del mausoleo.

—Jefe, mire que ese cajón no entra por la puerta de la bóveda —le avisó uno de los empleados más antiguos del cementerio de Río Gallegos.

—¿Cómo que no entra? —saltó, preocupado, el secretario de Obras Públicas de la municipalidad, Roberto Giubetich.

—Bueno, si le digo que no entra, no entra... Lo estoy viendo.

—¡Vamos a medir la puerta!

Giubetich y algunos empleados estaban tomando mate en la administración del cementerio siguiendo por televisión el funeral de Néstor Kirchner en la Casa Rosada.

El mediodía del jueves 28 de octubre, cuando faltaban veinticuatro horas para que el ataúd llegara a Río Gallegos, el funcionario y dirigente de la Unión Cívica Radical santacruceña caminó hasta la bóveda blanca de Carlos Arturo Kirchner, tío de Néstor.

—¡La puta madre que lo parió! Mide ochenta centímetros —dijo Giubetich.

A esa altura, ya sabían que el féretro presidencial pagado por la municipalidad de El Calafate era un poquito más ancho que los comunes: medía ochenta y cinco centímetros.

—¡No entra! Y ahora, ¿qué hacemos? —quiso saber el funcionario.

—Hay que hacer una puerta más ancha —propuso otro de los empleados.

Giubetich le contó a la periodista Laura Di Marco en el libro *Cristina Fernández, la verdadera historia* que a las dos de la tarde comenzaron los trabajos para demoler el frente del panteón y construir una puerta que permitiera el paso del féretro.

“La hicieron los empleados de la carpintería metálica de Lázaro Báez”, informó Giubetich.

El empresario amigo de Kirchner ya se estaba encargando de pintar y acondicionar la bóveda elegida por la Presidenta para alojar el ataúd de su esposo, compañero y mentor, pero solo en forma provisoria, hasta que el propio Báez le construyera un mausoleo.

Giubetich explicó que “Cristina estaba completamente obsesionada con la seguridad de los restos de Néstor”, y que había dos posibilidades para satisfacer esa exigencia: “Podía ir a un panteón de la familia Gotti, a la que

él conocía muy bien, o a uno de sus tíos, cuyo responsable es Néstor Santiago Kirchner, el primo hermano, funcionario del gobierno nacional”.

“Se decidió ir a ese; cuando fuimos a ver el panteón, había que pintar; arreglarlo un poco. Austral Construcciones, la empresa de Lázaro, mandó gente porque yo le dije: ‘Mirá, yo no puedo poner empleados municipales para un panteón privado’. Él me contestó: ‘Te mando lo que necesités’. Y me mandó un ejército de empleados”, agregó.

La gente de Báez tuvo que trabajar toda la noche para que la puerta más ancha estuviera lista a las once de la mañana del viernes 29 de octubre, cuando se preveía que el féretro arribaría al cementerio.

Giubetich hizo colocar una cortina frente a la bóveda para evitar las miradas indiscretas de los medios que ya habían alquilado grúas para que sus cámaras pudieran enfocar al panteón desde arriba.

De todos modos, el ataúd arribaría recién al anochecer del viernes, con varias horas de retraso por la gran cantidad de gente que quería despedir al ex presidente, tanto en el velatorio en la Casa Rosada como en los traslados, primero al Aeroparque porteño y luego, desde el aeropuerto riogalleguense al cementerio.

Cielo gris, paraguas abiertos y rostros empapados. La lluvia no podía faltar en la ceremonia fúnebre de Kirchner. Como sucedió en los funerales de Eva Perón, Juan Domingo Perón y Raúl Ricardo Alfonsín, el féretro de Kirchner hizo su última recorrida porteña bajo un aguacero.

Minutos antes del mediodía del viernes 29 de octubre, el ex presidente quedó solo en su ataúd. Toda la gente había sido retirada de la Casa Rosada por orden del secretario general de la Presidencia, Oscar Parrilli, que llegó a hacerle compañía unos minutos.

“Déjenme un segundo”, les ordenó a quienes lo acompañaban: Carlos López y Flavio Riquelme, sus colaboradores de mayor confianza, y Javier Grosman, el organizador del velatorio público en la Casa Rosada.

Parrilli apoyó una mano en el cajón, y habló en voz alta y lloró sin consuelo durante diez minutos.

Acto seguido, se acercó a Grosman y le informó los nombres de las personas elegidas por la Presidenta para que tomaran las manijas del féretro cubierto por la bandera argentina y lo llevaran hasta la explanada de la Casa Rosada

Los elegidos fueron: Máximo Kirchner; el jefe de Gabinete, Aníbal Fernández; el secretario de Legal y Técnica de la Presidencia, Carlos Zannini; Parrilli, y el empresario Sebastián Eskenazi, que era el CEO de YPF, la mayor compañía del país.

Al igual que su papá, Enrique Eskenazi, Sebastián se llevaba muy bien con Cristina. Tanto como con Néstor. Esta amistad, forjada durante la privatización del Banco de Santa Cruz, les había facilitado el desembarco en YPF tres años atrás, cuando compraron a los españoles de Repsol el 25 por ciento de las acciones prácticamente sin poner un dólar: lograron préstamos de bancos extranjeros garantizados con los dividendos futuros de la compañía. Tampoco tenían experiencia en el sector petrolero.

Pero ese vínculo se rompería a fines del año siguiente; Cristina se enojó con los Eskenazi, en parte por el creciente déficit energético del país y la enorme cantidad de dividendos que YPF enviaba al exterior, que, en realidad, había sido autorizada por su marido, precisamente, para que sus empresarios amigos pudieran pagar esas acciones.

Por eso, quedó la sospecha sobre si fueron esas las únicas causas del enojo, que derivó en la expropiación de la participación mayoritaria de Repsol y, en forma indirecta, en la decisión de los Eskenazi de liquidar sus acciones en YPF para pagar sus deudas con los bancos. O si hubo otros reclamos de la Presidenta luego de la muerte de su marido.

El operador financiero arrepentido Leonardo Fariña asegura que Eskenazi le dijo que la Presidenta le había reclamado esas acciones, pero que él se negó, según le comentó al periodista Luis Gasulla. Sin embargo, el empresario nunca avaló esa versión. En todo caso, los Eskenazi formaron parte del pelotón de amigos de Kirchner que tuvieron problemas con Cristina luego de su reelección, como el propio Báez.

Cuando el cortejo comenzó a moverse, la banda de música del Regimiento de Granaderos a Caballo arremetió con la Marcha de San Lorenzo. Los vehículos avanzaron muy lentamente, escoltados por dos prolijas hileras de granaderos con sus sables en alto hasta que desembocaron en la avenida Leandro N. Alem.

La multitud que esperaba frente a la Casa Rosada saludó el paso del féretro con aplausos y gritos de aliento. “¡Néstor, querido, el pueblo está contigo!”, “¡Fuerza, Cristina!” y “¡Borombombón, borombombón; para Cristina, la reelección!”, fueron algunas de las consignas más escuchadas.

Había casi tantas banderas argentinas como paraguas; varias de ellas llevaban la cara de Néstor. En pocos minutos, los techos de los vehículos del cortejo quedaron cubiertos de flores arrojadas desde la muchedumbre.

Automóviles particulares, motos y hasta bicicletas engrosaron la caravana; en varios tramos, se incorporaron personas al trote, desesperadas por tocar el vehículo donde viajaba el féretro, que fue aplaudido y vivado por la gente reunida a lo largo del camino hacia Aeroparque.

Miles de personas despidieron al ex presidente en su último viaje por las calles de Buenos Aires.

La caravana demoró setenta minutos en llegar a Aeroparque, donde un grupo de granaderos trasladó el ataúd, seguido por la Presidenta viuda, que sostenía un paraguas también negro; sus hijos y parientes, y algunos amigos y funcionarios.

Los granaderos depositaron el féretro en una cinta que lo subió al Fokker F-28 de la Fuerza Aérea, matrícula TC-55. Cristina y su corta comitiva acompañaron el regreso de Kirchner a Río Gallegos.

Cuando faltaban veinticuatro minutos para las tres de la tarde, el avión se perdió en el cielo gris.

En su tierra, Kirchner fue recibido por el viento patagónico del cual tanto hablaba él en Buenos Aires. Menos de un minuto aguantó la bandera argentina arriba del féretro; recién había comenzado su descenso por la cinta cuando el viento la hizo volar y un empleado del aeropuerto Piloto

Fernández tuvo que colocarla en su posición original y luego, acompañarla con una de sus manos.

Al pie del avión, lo esperaba Cristina, que minutos antes se había fundido en un abrazo con el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, el único visitante extranjero que viajó a la ciudad natal de Kirchner. “Me dijo que lo quería mucho y que por eso decidió venir”, cuenta Daniel Peralta, el entonces gobernador de Santa Cruz.

El féretro fue bajado a las cinco y cuarenta y dos, pero demoró casi tres horas en llegar al cementerio municipal. Una marea de coterráneos salió a recibir a Kirchner; el cortejo solo pudo avanzar a paso de hombre a lo largo de los siete kilómetros que separan el aeropuerto de Río Gallegos.

Ya en la ciudad, las vallas resultaron muy endebles frente a la presión de la multitud. Petroleros y albañiles reeditaron sus ya clásicas trifulcas peronistas en su afán de mostrar quiénes podían cuidar mejor a la Presidenta viuda.

En un momento, Cristina hizo detener la camioneta en la que viajaba con sus hijos para reprender a policías que empujaban a quienes solo pretendían despedirse del ex intendente, ex gobernador y ex presidente.

Una romería desafió el frío y lo esperó frente a las puertas verdes del cementerio. Máximo Kirchner tuvo que bajarse para pedirle a la multitud que dejara pasar al vehículo que llevaba el féretro. Todos querían saludar a Lupín por última vez.

“Fue algo impresionante —recuerda Peralta—. Nunca vi tanta gente. Acá es muy difícil que la gente se movilice, pero la muerte de Néstor fue un golpe muy fuerte para todos. En un momento, no podíamos pasar con la Trafic en la que íbamos con Zannini, De Vido...”.

Algunos riogalleguenses calcularon que ese día se movilizó casi la mitad de los ciento veinte mil habitantes de la capital provincial.

Las florerías quedaron vacías. María Inés Ilhero, la dueña de la cochería que realizó el servicio fúnebre en El Calafate, también tiene una de las principales florerías de Río Gallegos: “Fue un caos. Hicimos treinta y cuatro coronas y rechazamos otras veinte porque no teníamos tiempo ni flores para hacer más”.

“Quedamos mal —agrega— con un montón de gente. Trajimos flores del Mercado de Flores de Buenos Aires porque yo suelo tener flores solo para ocho o diez coronas en el negocio”.

El sepelio fue compartido por dos funerarias. Cochería del Sur se ocupó de la recepción del féretro en el aeropuerto y de su traslado hasta las puertas del cementerio; Ilhero tuvo a su cargo el tramo final del servicio, hasta el depósito del ataúd en la bóveda del tío del ex presidente.

María Inés Ilhero recuerda que todo el servicio fúnebre en Río Gallegos fue contratado y pagado por la gobernación de Santa Cruz. “Era lo que correspondía por razones protocolares en el caso de la muerte de una persona de la provincia que había sido intendente de la capital, tres veces gobernador y Presidente”, confirma Peralta.

Un centenar de personas seleccionadas por Cristina —parientes, amigos, compañeros de militancia, dirigentes de los organismos de derechos humanos y algunos funcionarios y legisladores— participaron del responso aquella noche helada de octubre.

Horacio Verbitsky fue el único periodista invitado y escribió una crónica de la ceremonia en la capilla del cementerio municipal, publicada por *Página/12* el domingo 31 de octubre, con el título “La resurrección”.

“Junto al espacio reservado para el féretro instalaron una corona muy sencilla, de pocas pero frescas flores, con una cinta argentina de plástico que solo decía: Cristina, Máximo y Florencia. No fue una misa, sino la lectura de un breve texto bíblico y una conversación entre amigos”, describe la nota.

El obispo Juan Carlos Romanín no fue invitado: se llevaba muy mal con Néstor y Cristina por sus críticas al manejo vertical de la provincia y su respaldo a las protestas de docentes y petroleros.

Fue otra de las víctimas de Cristina luego de su reelección: al poco tiempo, renunció a la diócesis “por estrés”, presionado por el kirchnerismo, cuyos dirigentes locales lo acusaban de pertenecer a las filas del cardenal Jorge Bergoglio.

El obispo también había sido cuestionado públicamente por varios curas K bajo la forma de comunicados y sermones.

El responso estuvo a cargo de tres curas K: Carlos *Lito* Álvarez, de la parroquia de El Calafate; Juan Carlos Molina, de Caleta Olivia, un rubio alto de barba rala que permaneció de pie consolando a su amiga Alicia Kirchner durante todo el velatorio en la Casa Rosada; y Sergio Soto, el primer nacido y criado (NyC) en Río Gallegos que fue ordenado sacerdote.

—Este es mi cura preferido —le contó Cristina a Chávez señalando a Lito Álvarez no bien entró en la capilla.

—¿Y yo, qué soy? —protestó Molina, quien, a fines de 2013, sería nombrado al frente de la Secretaría de Programación para la Prevención de la Drogadicción y la Lucha contra el Narcotráfico (Sedronar).

—Bueno, los dos son mis preferidos. Pero no se hagan los locos —replicó la Presidenta.

Siempre según la crónica de Verbitsky, primero habló Álvarez, que aquel día cumplía cuarenta y nueve años. Dijo que estaban allí para despedir al amigo y acompañar a su familia, y que serían breves y cuidadosos para evitar que Néstor se levantara y los hiciera callar con un “*ya estassshhh* diciendo macanas”.

El cura leyó el párrafo del Evangelio según Mateo sobre el Juicio Final en el que Jesús dice a sus discípulos que el Reino de los Cielos se abrirá solo para los justos, para quienes fueron caritativos con los más vulnerables.

Esa lectura le permitió dejar atrás el tema de la muerte y hablar de la resurrección. “Explicó —continúa la crónica— que todos morimos, pero pocos dan la vida, como Kirchner la dio. Y que quienes dan la vida, resucitan en el pueblo. ‘El pueblo argentino resucitó porque estaba humillado y sin esperanzas, y Néstor con sus actos se las devolvió’”, afirmó el sacerdote.

Por su lado, Molina “contó que durante el velatorio en Buenos Aires, Cristina pasaba la mano por el lustroso ataúd y, como si acariciara a Kirchner, le decía en voz muy baja ‘caprichoso, caprichoso’, que quería decir empecinado, cabeza dura. ‘Caprichoso, sí. Néstor era caprichoso y por eso, el pueblo argentino está hoy como está y le responde como le responde’, dijo el cura”.

Molina recordó que Kirchner había prometido al asumir que no dejaría sus convicciones en la puerta de la Casa Rosada. “Tampoco quedarán enterradas ahora en el cementerio de Río Gallegos”, aseguró.

Al finalizar el responso, la Presidenta ordenó que las miles de personas que esperaban en la calle pudieran entrar a despedirse de Lupo, y acompañó a Chávez al aeropuerto, desde donde volvería a Caracas.

“Antes de irse —escribe Verbitsky— Cristina avanzó hacia las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo y se abrazó con ellas. ‘Viste, somos peronistas. Siempre andamos en medio del pueblo y el tumulto. No vamos a cambiar justo ahora’, me dijo con una tenue sonrisa y con una entonación endulzada por el dolor y el cansancio. ¿Quién que la conozca y no la subestime puede esperar otra cosa?”.

Cristina volvió a la capilla media hora antes de la medianoche, justo cuando menguaba la cantidad de gente que desfilaba frente al féretro. La procesión de los coterráneos de Lupín siguió una hora más.

—¿Esta noche lo van a dejar aquí o quieren trasladarlo al panteón? —preguntó Giubetich.

—¿Dónde va a estar más seguro? —quiso saber Cristina.

Nadie se animó a dar una respuesta tajante por miedo al reto de Cristina si luego sobrevenía algún problema, hasta que su hijo, Máximo, se inclinó por el panteón.

A la una y media de la madrugada del sábado 30 de octubre, el féretro fue trasladado por un escueto cortejo de una docena de fieles amigos y colaboradores que caminaban con frío, cansados y casi a tientas porque la oscuridad en el cementerio era prácticamente total.

Cristina marchaba por detrás. En su libro, Di Marco sostiene que, al entrar en el panteón familiar, la Presidenta logró detectar una pequeña apertura.

—Hay una ventana, y está sin reja —señaló, apuntando al pequeño cuadrado en la pared trasera.

—Pero por allí no entra ni un gato —comentó Giubetich.

La Presidente no se quedó tranquila con la respuesta y ordenó que parte de su custodia se quedara a reforzar aquella noche a los policías provinciales y a los empleados de una empresa privada de seguridad, que ya estaban cumpliendo con las tareas asignadas.

Y dispuso que Lázaro Báez enviara a las nueve de la mañana a una cuadrilla de operarios para colocar una reja en el cuadrado mínimo.

Todos se fueron a dormir.

Puntuales, los empleados de Austral Construcciones llegaron al cementerio a las nueve, acompañados por el propio Báez, que los dejó en el panteón y se dirigió a la administración, donde Giubetich tomaba mate y fumaba preocupado.

—Che, ¿qué pasa con Cristina? ¿Por qué esa obsesión con la seguridad del cajón? —le preguntó el funcionario radical.

—Ah sí, es que tiene miedo de que se roben el cuerpo. Pero de lo que más miedo tiene, me dijo esta mañana, es que le corten las manos... Como a Perón, ¿viste?

Eskenazi, Báez, Rudy Ulloa, Ricardo Jaime, Hugo Moyano, Peralta... Es larga la lista de personas vinculadas directamente con Néstor que salieron perdiendo cuando la Presidenta se quedó sola, pero con todo el poder político y legitimada por el 54,11 por ciento de los votos.

Los políticos y sindicalistas, por diversas cuestiones relacionadas con el poder. Los amigos, porque Cristina nunca los había digerido; ella pensaba que le ocultaban cosas, como presuntas salidas nocturnas y relaciones con otras mujeres. Y los empresarios, por otras razones, más concretas, como veremos en el Capítulo 18.

El caso del gobernador de Santa Cruz es un buen ejemplo de los desplazamientos de políticos y sindicalistas dentro de la coalición original del kirchnerismo, que había sido organizada por el ex presidente.

Peralta cuenta que Cristina “hizo un gobierno sin gobernadores: nunca hubo una reunión de ella con todos nosotros. Encabezó sí algunos encuentros por sectores. Los gobernadores de las provincias petroleras, por

ejemplo, nos reunimos tres veces con la Presidenta. Una vez fue en abril de 2012 en Olivos, donde lo peleó feo al gobernador de Mendoza, Francisco *Paco* Pérez. ‘A mí no me corras con *Clarín*, con esas operaciones mediáticas’, le dijo por una nota que había salido en ese diario. Para ella, *Clarín* era un demonio y cuando se enojaba no tenía red; le dijo de todo y el pobre gobernador no sabía dónde meterse”.

Kirchner era el nexo de Peralta con el gobierno nacional: “En las elecciones de 2011, ya era complicada la relación; ella se presentó a la reelección y yo también, pero le gané por poco a mi contrincante, que, como cuatro años antes, volvió a ser Eduardo Costa, del radicalismo”.

Cristina llegó en Santa Cruz a casi el 72 por ciento de los votos, veintiún puntos más que Peralta: “Yo gané con los votos peronistas porque La Cámpora, el cristinismo puro y la izquierda K no me votaron; cortaron boleta”, interpreta.

Dos meses después, Cristina y Peralta se pelearon, y el 29 de diciembre de 2011 todos los funcionarios que pertenecían a La Cámpora renunciaron al gobierno provincial, en medio de una grave crisis por un proyecto para reformar el sistema de jubilaciones y pensiones de la provincia, fuertemente resistido por los empleados públicos y sus gremios.

“Me cortaron los víveres —asegura Peralta— y me hicieron la guerra para sacarme de la gobernación. Pero resistimos. Un día, en 2012, me entero por el canal C5N de que yo la espiaba a Cristina cuando ella venía a Santa Cruz. Una mentira; acá ni siquiera hay estructura para eso. Nosotros le devolvimos el golpe: le sacamos al nuevo dueño de C5N, Cristóbal López, las áreas petroleras en Santa Cruz. La verdad era que él no invertía lo que había prometido, pero sabíamos bien que esa decisión la iba a molestar mucho a ella”.

Peralta cuenta que no volvió a hablar con la Presidenta hasta febrero de 2014, cuando lo llamó el jefe de Gabinete, Jorge Capitanich. “No puede ser que ustedes dos sigan peleados”, le dijo, y lo invitó a visitarla para conversar sobre las elecciones del año siguiente.

Peralta recuerda que la charla con Cristina fue muy amable, con Capitanich y Zannini como testigos.

—¿Cómo está la provincia? —dice Peralta que le preguntó ella.

—Tenemos algunos problemas, pero nada que no se pueda solucionar con tu ayuda.

—¿Problemas? ¿Qué problemas?

—Dos problemas: uno en la zona norte, por el tema petrolero. Y el otro en la zona carbonífera porque Río Turbio no está bien manejado.

Peralta agrega que “ya se sabía que la candidata de ellos para la gobernación era Alicia Kirchner, pero me di cuenta de que me necesitaban para ganar las elecciones de 2015”.

El acuerdo incluyó la sanción de una ley que extendió los lemas y sublemas a la fórmula de gobernador y vice.

Es un mecanismo muy polémico: cada fuerza política es considerada un lema y puede llevar distintos candidatos o sublemas; en el escrutinio, se suman los votos que logran todos esos sublemas en favor del sublema que sale primero dentro de cada lema, sea un partido o una coalición.

Los críticos argumentan que, por un lado, favorece la fragmentación de los partidos políticos, y que, por el otro, no siempre respeta la voluntad del elector porque su voto puede terminar favoreciendo a un candidato que no expresa sus deseos, demandas o intereses.

Además, en el caso de Santa Cruz, la constitución provincial establece que el gobernador y el vice se eligen “directamente por el pueblo y a simple pluralidad de sufragios”. Es decir, gana el que saca más votos.

En base a ese artículo, la oposición cuestionó la ley y hasta logró una sentencia judicial favorable en primera instancia, pero, al final, el mecanismo electoral resultó avalado por el Tribunal Superior de Justicia, dominado por el kirchnerismo.

Peralta respaldó la ley a pesar de que el año anterior había iniciado negociaciones con el radicalismo para eliminar totalmente ese mecanismo. “Yo —explica— no podía vetarla porque el Frente Para la Victoria tenía amplia mayoría en la Legislatura e iba a insistir en su sanción”.

La jugada favoreció al kirchnerismo. Alicia Kirchner resultó elegida a pesar de que Costa, del radicalismo, fue el candidato más votado: sacó diez mil votos más que la ministra de Desarrollo Social. Pero la hermana del ex presidente pudo sumar los votos de Peralta, que también se presentó como candidato dentro del lema del Frente Para la Victoria Santacruceña.

De esta manera, con este artilugio electoral, el kirchnerismo pudo retener su reducto político, que, además, le sirvió para cobijar a dirigentes que se quedaron sin sus cargos cuando sobrevino la derrota a nivel nacional.

Peralta, que ha formado un nuevo partido político, Santa Cruz Somos Todos, asegura que “nosotros jugamos para ganar, para ganarle también a Alicia. Pero era difícil porque ellos bajaron todo lo que tenían. Y lo que no tenían, también. Por ejemplo, José López, el secretario de Obras Públicas, vino a Río Gallegos a inaugurar un natatorio que todavía no funciona”.

Francisco Muñoz, periodista de la agencia OPI Santa Cruz, cuenta que la pelea con Peralta fue muy fuerte: “Le cortaron el chorro en el Hospital Regional de Río Gallegos y crearon el Centro Articulador de Políticas Sanitarias, a cargo de Rocío García, la nuera de Cristina. Venían con camiones para la atención médica y odontológica, y los estacionaban a tres cuadras del hospital. Un hospital paralelo mientras en el hospital faltaba de todo. Rocío García ahora es la ministra de Salud y está padeciendo todo lo que no hicieron antes por la salud en la provincia”.

Pero en el sepelio de Kirchner, Cristina todavía no se había peleado con Peralta ni tampoco se había disgustado con Báez. Tanto era así que el gobernador organizó las exequias y el empresario acondicionó la bóveda del tío de Néstor, donde fue colocado el féretro hasta que el mausoleo estuvo listo.

“Aquí descansa Néstor Carlos Kirchner, el santacruceño que cambió la Argentina y sobre todo, un amigo”, dice la placa que Báez hizo colocar en una de las paredes de cemento el 27 de octubre de 2011, cuando se cumplió un año de la muerte del ex presidente y su cuerpo fue trasladado al imponente edificio de once metros de alto, trece de largo y quince de ancho.

Fue una ceremonia íntima encabezada por la Presidenta, que entró en el cementerio por la puerta lateral que Báez le había abierto a unos metros del mausoleo para que no tuviera que utilizar el portón principal, al lado de la casilla de seguridad privada también instalada por el empresario.

“Es un obsequio a alguien de la envergadura política del amigo Néstor, que nunca en mi vida pensé que lo tendría que hacer”, contó Báez a *Prensa Libre*, el diario que en aquel momento formaba parte de su avanzada sobre los medios de comunicación locales.

En el cementerio de Río Gallegos hay muchas bóvedas, pero ninguna se emparda al mausoleo de Kirchner, y menos dónde fue levantado, uno de los ángulos traseros del lugar, por delante de un par de galerías de nichos y rodeado de un manto de tumbas comunes, colocadas al ras del piso.

El gran cubo de cemento —tiene seiscientos cincuenta metros cuadrados— desentona en ese sector del cementerio, que es el más “popular”.

Precisamente, ese aspecto de búnker fúnebre disparó sospechas sobre que podría funcionar también como una bóveda de otra clase: para guardar presunto dinero negro de los Kirchner; versiones que hasta la escritura de este libro no pudieron ser comprobadas.

El frente del mausoleo está revestido de pórfido patagónico, una piedra de origen volcánico muy dura y resistente. Media docena de cámaras asoman en el techo; le permitían a Cristina vigilar desde Olivos todo lo que sucedía allí.

“Ella llamaba con frecuencia para decir que había flores que se veían marchitas y, por más que se habían cambiado un día antes, había que sacarlas y colocar otras frescas nuevamente”, confiaron allegados a Báez a la periodista Lucía Salinas, de *Clarín*.

Una verja de columnas de hierro que terminan en puntas de lanza, pintada de negro, rodea al edificio; por dentro, continúa creciendo una hilera perimetral de pinos y hay una plazoleta donde, en tiempos mejores del kirchnerismo, hubo homenajes organizados por políticos, sindicalistas, comerciantes e industriales.

Las banderas y remeras que cuelgan en la verja son agitadas por el viento, siempre intenso en Santa Cruz. Que también hace ondear una bandera argentina colocada en un mástil altísimo, al pie de un mapa del país, pero no puede apagar dos antorchas siempre encendidas.

Por dentro, el mausoleo está inspirado en la tumba de cuarcita colorada del emperador Napoleón Bonaparte, que está colocada sobre un pedestal de

granito verde en el subsuelo de la iglesia del Palacio Nacional de Los Inválidos, en París.

“Lázaro siempre hablaba de la tumba de Napoleón”, cuenta su amigo y dirigente peronista Carlos Portela.

El féretro del ex presidente descansa en el piso redondo del mausoleo, pero los visitantes solo pueden verlo desde arriba, a través de un cilindro de vidrio blindado e inclinando la cabeza para asomarse al vacío. Como si estuvieran haciéndole una reverencia, lo mismo que sucede con el ataúd de Napoleón.

Para llegar a esa planta alta, hay que subir los anchos escalones de mármol de una escalera en espiral mientras se escuchan fragmentos de discursos de Kirchner, y un locutor cuenta detalles de la vida del ex presidente y de los gobiernos de Néstor y Cristina, obviamente en clave kirchnerista.

Solo hay tres retratos del difunto: uno de ellos, en blanco y negro, lo muestra a los nueve años, junto con una frase: “Cuando sea grande, quiero ser presidente”, nunca antes registrada por las fuentes consultadas para este libro.

Detrás del féretro, se ve una cruz de madera y a un costado, el cajón con los restos del padre de Kirchner. En un rincón, fue colocada una mesita con dos sillones.

Un vitreaux con el logotipo oficial del Bicentenario, en colores celeste y amarillo, permite que el sol del mediodía refleje sus tonos sobre el féretro presidencial.

La obra le costó a Báez el equivalente a 930 mil dólares, aunque la Justicia investiga si el gobierno de Santa Cruz puso dinero, una hipótesis que es negada por Peralta: “Lázaro ya dijo que lo pagó todo él; la provincia no puso un peso. En un momento, Cristina me pidió, verbalmente, que habilitara una cuenta en un banco para que la gente pudiera donar dinero para la construcción del mausoleo. ‘Sería importante abrir una cuenta bancaria para darle un marco institucional a la construcción de la tumba de Néstor’, me dijo. Hicimos un decreto, pero luego eso quedó en la nada porque ya vino la pelea con Cristina. Ellos, Cristina y Lázaro, acordaron la construcción del mausoleo”.

Además, la Justicia investiga si, al aceptar el mausoleo, Cristina violó la Ley de Ética Pública, que prohíbe a un funcionario “recibir regalos, obsequios o donaciones, sean de cosas, servicios o bienes, con motivo o en ocasión del desempeño de sus funciones”.

Báez se hizo cargo también de la limpieza y la seguridad del imponente edificio. Tenía las llaves, tanto de la verja de hierro como de la puerta del cubo de cemento. Pero a fines de abril de 2016, cuando ya estaba preso en el penal de Ezeiza, mandó a su jefe de seguridad a que le devolviera las llaves a Cristina y se desligó de todos los cuidados.

¿Qué había pasado? “La verdad es que a Néstor no lo iban a visitar ni sus hijos. Yo mantenía todo, y la señora no quería poner ni un peso”, explica Báez, desde la cárcel. En todo caso, fue una clara señal del malestar del empresario con los herederos del amigo que tanto lo había hecho prosperar.

Y una muestra también de la decadencia del imperio económico de Báez, que dos meses antes, en febrero de aquel año, había recortado gastos y cerrado el mausoleo al público, que hasta ese momento podía visitarlo los fines de semana.

Cuando el mausoleo se quedó sin el patrocinio económico del empresario, Alicia Kirchner ya era gobernadora y al oficialismo se le ocurrió impulsar en la Legislatura la sanción de una ley que lo declaró “Monumento Provincial y Patrimonio Histórico”, con lo cual pasó a la secretaría de Cultura de la provincia.

En realidad, la parcela donde está construido ya había sido donada por la municipalidad a la gobernación a través del decreto 2.498, firmado el 8 de junio de 2011 por el intendente radical Héctor Roquel, a tono con una ordenanza del Concejo Deliberante.

Ocurrió que veinte días antes de la muerte de Kirchner, Rudy Ulloa fue a la municipalidad y le preguntó a Giubetich cuáles eran los trámites para solicitar una parcela en el cementerio porque “Lupín quería levantar un panteón para la familia”.

“Un terreno de dimensiones normales —cuenta Giubetich—. Pero, después que falleció Néstor, el planteo fue construir un mausoleo, en un

terreno más grande, algo que no estaba contemplado en la ordenanza de cementerios, por lo cual se necesitaba una ordenanza particular”.

“Igual —explica—, el Frente Para la Victoria tenía mayoría en el Concejo Deliberante: cuatro concejales sobre siete. Era algo anormal, pero no había argumentos en contra; no podía haberlo para una persona nacida acá que fue intendente, tres veces gobernador y presidente de la Nación”.

Cuando tomó a su cargo el cuidado del “Monumento Provincial y Patrimonio Histórico”, Alicia Kirchner prometió que pronto volvería a abrirlo al público, pero en abril de 2017, el mausoleo seguía bajo llave.

En una provincia incendiada, con las escuelas, los juzgados y los hospitales en huelga, la gobernadora tenía urgencias más terrenales.

OceanofPDF.com

Capítulo 15

CRISTINA VIUDA

Gentileza Víctor Bugge. Presidencia de la Nación



Cristina encabezó la victoriosa campaña de 2011 toda vestida de negro y nombrando a su marido como “él”. El luto duró más de tres años.

OceanofPDF.com

Hoy estoy un poco menos triste. Porque estoy segura de que por allí, él debe andar caminando entre ustedes. Él trabajó por esta Argentina como nadie.

Cristina Kirchner, de luto, el 2 de noviembre de 2010, en la fábrica de Renault en Santa Isabel, Córdoba.

En un seminario a empresarios, en el que participé un mes antes de la muerte de Néstor, expuse mi visión optimista acerca del eventual triunfo de Mauricio. Uno de ellos me preguntó si habría algo que lo podría hacer imposible, y respondí que, si Néstor moría, nos desmoronábamos porque iba a ser imposible ganarle las elecciones a Cristina Viuda.

Jaime Durán Barba, asesor estrella de Mauricio Macri, que lo convenció para que no se presentara en las elecciones de 2011.

En 2011, Cristina gana gracias a la muerte de Néstor. Muchos pensaron: se murió el hijo de puta, ahora va a poder gobernar ella.

El empresario Cristiano Rattazzi al explicar por qué tantos empresarios respaldaron la reelección.

Menos de tres días después del sepelio de su marido y mentor, el lunes 1° de noviembre de 2010 a las cinco y cuarenta de la tarde la Presidenta reapareció en público con un emotivo discurso en cadena nacional de solo cinco minutos en el que varias veces estuvo a punto de llorar.

“He leído o escuchado que este es mi momento más difícil. En realidad, es otra cosa: es mi momento más doloroso. El dolor es otra cosa. Es la pérdida de quien fue mi compañero durante treinta y cinco años. Una parte mía se fue con él; está en Río Gallegos”, dijo Cristina Kirchner.

En su escritorio en la Casa Rosada, con la bandera argentina a la derecha y un retrato con Néstor a la izquierda, vestida de negro, Cristina afirmó que su gobierno no se vería afectado por la muerte de su marido y agradeció las condolencias recibidas.

“Agradezco en especial —agregó— a las decenas de miles y miles de jóvenes que cantaron y marcharon con dolor y con alegría por él y por la Patria. Quiero decirles a todos esos jóvenes que en cada una de esas caras, yo vi la cara de él cuando lo conocí”.

Con ese discurso, lanzó en la práctica su reelección en los comicios del año siguiente y trazó los ejes de su campaña: todos los temas políticos y de gobierno pasarían por el tamiz de su dolor personal, que, sin embargo, no hacía más que profundizar su compromiso con el país y con su gente.

Ella, en su papel de viuda sufriente pero responsable, sería la protagonista estelar de la campaña electoral.

Y Néstor Kirchner se había convertido en “él”, una suerte de ángel custodio que inspiraría todos sus actos; un ser superior, celestial, que trascendía los aspectos cuestionables que habían marcado su vida terrenal, como las sospechas de corrupción y autoritarismo.

Cuando dijo la última frase: “Muchas gracias a todos por todo”, cualquier televidente podía adivinar que la Presidenta se quebró y rompió en llanto una vez que se apagaron las cámaras. Un efecto buscado en la medida en que el discurso había sido grabado previamente.

Semejante guión le facilitaba el dominio del centro de la escena electoral y aseguraba su triunfo electoral en primera vuelta, como fueron entendiendo todos sus rivales.

En ese discurso inaugural, ella contó que “parece que somos más de 40 millones los argentinos, el Censo salió muy bien; él nos debe haber ayudado”.

¿Había algo que podía superar a esa pareja electoral tan particular — mitad terrenal, mitad celestial— en una época en que la política se construye como un espectáculo?

Cuando Cristina reapareció en público, seguramente ya sabía que la muerte de Néstor y el impactante funeral diseñado por ella misma habían volcado a su favor a la mayoría de los argentinos. Para la consultora Poliarquía, su imagen positiva ganó allí veinte puntos.

Y se mantuvo a lo largo del tiempo: nunca bajó de los 55 puntos hasta las elecciones del 23 de octubre de 2011. En simultáneo, su imagen negativa bajó y pasó a oscilar entre 23 y 25 puntos.

En una nota de *La Nación*, Fabián Perechodnik, uno de los dueños de Poliarquía, evaluó el 22 de junio de 2011 que la imagen de la Presidenta “se sostiene por la buena valoración de la situación económica actual, a la que se le suma una mirada positiva a futuro”.

Llamaba la atención que “logró aprobación incluso en la ciudad de Buenos Aires, que siempre fue un territorio hostil al kirchnerismo. No hay un voto cautivo: un importante electorado vota a Macri en la ciudad y a Cristina en la Nación”.

Las lágrimas que ella derramaba en sus cadenas nacionales cuando lo recordaba a “él” estaban lejos de afectar su imagen. Al contrario. La analista Graciela Römer destacó: “Para los sectores que eran más inhóspitos a su figura, el dolor la convirtió en menos arrogante y más sufriente”.

Enrique Zuleta Puceiro, de la consultora OPSM, opinó que “la mayor fortaleza se la dan el contexto económico y que logró proyectar la idea de que es capaz de hacerse cargo de la Presidencia”.

Ya no la afectaban los escándalos, como las irregularidades en la construcción de viviendas populares por parte de la muy oficialista

Fundación Sueños Compartidos, que involucraban a Hebe de Bonafini y Sergio Schoklender.

“Tras la muerte de Kirchner —evaluó Römer—, ella alcanzó un nivel de fortaleza que lleva a que hoy se haya instalado un clima de imbatibilidad, no solo en la opinión pública, que da por sentado que continuará en la Presidencia”.

Römer destacó que varios rivales de Cristina habían retirado sus candidaturas para elegir opciones menos arriesgadas. Por ejemplo, el jefe de Gobierno porteño, Mauricio Macri, que prefirió presentarse a la reelección.

También desertaron Julio Cobos, Mario Das Neves, Ernesto Sanz, Margarita Stolbizer y Fernando *Pino* Solanas.

Macri estaba decidido a pelear contra Cristina, pero fue convencido por su asesor estrella, el consultor ecuatoriano Jaime Durán Barba, con el argumento de que “es imposible ganarle a una viuda”.

Durán Barba explica que “en un seminario a empresarios, en el que participé un mes antes de la muerte de Néstor, expuse mi visión optimista acerca del eventual triunfo de Mauricio. Uno de ellos me preguntó si habría algo que lo podría hacer imposible, y respondí que, si Néstor moría, nos desmoronábamos porque iba a ser imposible ganarle las elecciones a Cristina Viuda”.

En aquel momento, Durán Barba y su socio, Santiago Nieto, habían terminado de escribir el libro *El arte de ganar*, que “estaba ya imprimiéndose, y en el texto había alguna otra alusión al tema. Estábamos dictando un seminario en Nueva York con Santiago cuando alguien nos llamó para contarnos que Néstor había fallecido. Llamamos de urgencia a Pablo Avelluto —en ese tiempo, director de la editorial Sudamericana— para pedirle unas correcciones de última hora. Algo se pudo hacer, pero no todo. Por eso, el libro empieza con una nota: ‘Los autores aclaran que este libro se terminó de escribir semanas antes del lamentable fallecimiento del ex presidente Néstor Kirchner’”.

Cristina no desaprovechó la oportunidad y criticó a Macri por esa deserción el 21 de junio de 2011, cuando confirmó su candidatura. Fue en el Salón de los Patriotas Latinoamericanos, el mismo lugar del velatorio público de su marido, donde anunció: “Vamos a someternos una vez más,

como lo hecho siempre...”. No alcanzó a completar la frase; la platea no la dejó porque se levantó y estalló en vivas y aplausos. Estaban casi todos los gobernadores y muchos legisladores, funcionarios, empresarios y sindicalistas. También actores y actrices: Juan Leyrado, Daniel Aráoz, Víctor Laplace, Andrea del Boca, Gustavo Garzón, Jorge Marrale y Esther Goris, entre otros.

La Presidenta explicó que, en realidad, era una candidatura cantada: “Lo supe cuando miles y miles de personas que pasaron por aquí a despedirlo a él, me gritaban: ‘Fuerza Cristina’”.

La reelección de Cristina fue tan contundente que hasta ganó en territorios que el kirchnerismo no podía conquistar, como la Capital Federal y Córdoba. También en zonas del interior de Buenos Aires y Santa Fe que habían liderado la protesta del campo, en 2008, y que parecían irremediabilmente perdidos para el oficialismo.

Dado que los sectores populares ya adherían, en general, al gobierno, incluso en la derrota en las elecciones legislativas de 2009, la conclusión es que Cristina Viuda sedujo a un buen número de votantes de la clase media y media alta, tanto urbana como rural.

También a muchos empresarios que ya no votaban al kirchnerismo, como admitió Cristiano Rattazzi, titular del grupo Fiat Chrysler Automobiles (FCA), el 21 de agosto de 2015 en la cena anual de la Fundación Global realizada en el Hotel Costa Galana, de Mar del Plata.

“¡Cómo nos equivocamos! Creímos que Néstor era el malo y Cristina la buena. Un error tremendo el nuestro”, dijo Rattazzi, invitado especial al evento.

Rattazzi, uno de los pocos empresarios que durante el kirchnerismo decía lo que realmente pensaba, sin temor a eventuales represalias, sostuvo que “Cristina gana en 2007 prometiendo hacer exactamente lo contrario de lo que luego hizo: apertura al mundo, defensa de las instituciones”.

“Luego, en 2011 —agregó—, gana gracias a la muerte de Néstor. Muchos pensaron: se murió el hijo de puta, ahora va a poder gobernar ella.

En ciudades sojeras de Buenos Aires, ganó con el 80 por ciento de los votos. Pero vino el golpe de mercado y su enojo, y decidió poner a La Cámpora e ir por todo”.

Esa fue también la primera lectura del mercado financiero sobre la muerte de Kirchner. Los inversores lo consideraban una persona “hostil” por lo cual su fallecimiento hizo subir las acciones de las empresas argentinas que cotizaban en Wall Street y los bonos de la deuda argentina que se negociaban fuera del país.

En ese caso hubo un error de cálculo, pero de otro tipo: pensaron que Cristina perdería poder y sería sucedida, en 2011, por alguien mucho más amigable que ella y su marido.

El vuelco en la opinión pública en Santa Fe y Entre Ríos, dos provincias clave en la rebelión de los productores rurales de la Zona Centro, fue registrado por un relevamiento del consultor Horacio Robustelli.

De acuerdo con sus sondeos, luego de la muerte de Kirchner, la gestión de la Presidenta saltó a una valoración positiva del 61 por ciento, “con una imagen negativa del 19 por ciento y una neutra del 16 por ciento”.

También mejoró la imagen póstuma del gobierno de Kirchner, que pasó a ser valorada positivamente por el 68 por ciento de santafesinos y entrerrianos.

La muerte de Kirchner había conmovido a los entrevistados: no bien se enteró del fallecimiento, el 82 por ciento se comunicó con alguien para hablar sobre el tema, mientras que nada menos que el 98 por ciento afirmó que había seguido la noticia por algún medio de comunicación; la gran mayoría —el 62 por ciento— por la televisión.

¿Cuánto tiempo? Más de la mitad —el 54 por ciento— le dedicó entre siete y quince horas a esa noticia.

Además, el 84 por ciento sostuvo que la muerte de Kirchner le había provocado dolor.

Los datos del sondeo de Robustelli —un prestigioso consultor afincado en Santa Fe, fallecido en 2014— fueron tomados del blog Ramble Tamble,

de Artemio López, el consultor preferido de Néstor Kirchner.

Sin embargo, si bien admite que “en el margen, puede haber habido un efecto simpatía producto de la muerte de Kirchner”, López afirma que “es la gestión de Cristina la que explica, fundamentalmente, el triunfo de 2011”.

“En mayo de aquel año, nuestros números ya indicaban que tanto Néstor como Cristina estaban a cuatro puntos de ganar en primera vuelta”, asegura López.

Y agrega: “A partir de la derrota en la provincia de Buenos Aires, en 2009, la gestión de Cristina profundiza medidas de distribución muy importantes. Además, la oposición nunca hizo pie; nunca tuvo un formato político consistente”.

López se refiere a la Asignación Universal por Hijo (AUH), que la Presidenta creó por decreto el 29 de octubre de 2009, adoptando como propio un proyecto de ley presentado doce años antes por las diputadas opositoras Lilita Carrió y Elisa Carca.

Rápidamente, la AUH benefició a casi 4 millones de chicos y adolescentes de hasta 18 años, hijos de desocupados o de personas que ganaban menos que el salario mínimo.

Tuvo un impacto muy fuerte en la reducción de la pobreza y, en especial, la indigencia. El Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina calculó que disminuyó en un 34 por ciento la posibilidad de que un niño cayera en la pobreza extrema.

Además, se redujo la deserción escolar ya que uno de los requisitos para que los padres recibieran todo el dinero de la asignación mensual era — sigue siendo— que sus hijos fueran a la escuela, además de recibir las vacunas obligatorias.

Ese beneficio y otros, como la extensión de la jubilación mínima hasta abarcar prácticamente a todas las personas mayores a 65 años, fueron financiados con la gran caja a la que accedió el gobierno luego de eliminar el régimen de la jubilación privada, el 21 de octubre de 2008.

Esa medida permitió que el Estado, a través de Anses, se quedara con los 97 mil millones de pesos que manejaban las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones (AFJP), además de los aportes mensuales de las 9,5 millones de personas que habían elegido la jubilación privada.

Otra medida que favoreció la imagen oficial fue la estatización de Aerolíneas Argentinas, el 3 de septiembre de 2008, no solo porque el clima de época se había vuelto favorable a la gestión pública de todo tipo de empresas sino también por el mal manejo de esa privatización en particular.

También le sumó al gobierno, en especial en los amplios sectores medios, la Ley de Matrimonio Igualitario, sancionada el 15 de julio de 2010 por iniciativa del kirchnerismo.

Si las medidas de redistribución del ingreso favorecieron el consumo, otras políticas del gobierno apuntalaron a las empresas, como los millonarios préstamos del Bicentenario a una tasa del 9 por ciento de interés anual.

Todo este despliegue de gestión hizo que la Argentina pudiera sortear mucho mejor que otros países la crisis global, que comenzó siendo financiera y en Estados Unidos, en 2008, pero que rápidamente se extendió a la economía real y a todo el mundo.

Por eso, si bien en 2009 la economía cayó el 6 por ciento, en 2010 creció el 10,4 por ciento y en 2011, el 6,1 por ciento.

Según el dirigente porteño y ex embajador en El Vaticano, Eduardo Valdés, “antes de la muerte de Néstor ya Cristina había hecho un gran repechaje. La muerte de Néstor le viene muy bien y la levanta más a ella, que se comporta como la Madre María”.

“Ella tampoco tenía muchas ganas de hablar así que esa actitud de la Madre María, paz y amor, le viene justo”, afirma.

Otro dirigente peronista de la ciudad de Buenos Aires, Alberto Iribarne, kirchnerista hasta la crisis con el campo, interpreta que “la estatización de las AFJP fue la caja más grande que pudieron haber conseguido, que la ayudó a capear la crisis de 2009. Hubo otras medidas de fuerte impacto, como la estatización de Aerolíneas.

”De todos modos —agrega—, ella demostró, ante la ausencia de él, mucha mayor capacidad de la que podía preverse. Con muy buenas condiciones, por supuesto, porque él se muere y le traslada popularidad.

”Después de la reelección —completa—, Cristina comienza con su manejo autocrático; yo, personalmente, debo reconocer mi equivocación porque hice una sobrevaloración de los dirigentes que quedaban en la

cúpula del Partido Justicialista pensando que no iban a permitir un manejo así por parte de la Presidenta. Por ejemplo, la defensa a ultranza de Amado Boudou frente a las denuncias de corrupción, que hasta provocó la estatización de la imprenta Ciccone Calcográfica. Pero no: en muchos casos hasta aplaudían, mudos y de pie, todas esas decisiones”.

Luego de la muerte de Néstor, Cristina utilizó a pleno su notable capacidad histriónica en lo que mejor sabía hacer: los mensajes por radio y televisión; las cada vez más largas cadenas nacionales en las que también exhibía su reconocida “memoria de elefante” para aprender y recitar los discursos que ella misma preparaba.

Hasta el famoso guionista, director y productor estadounidense Francis Ford Coppola había quedado impactado por ese atributo. “Ella no es una presidenta, ella es una diva”, dijo el ganador de media docena de premios Oscar cuando salía de una audiencia en la Casa Rosada junto a sus acompañantes.

El director de *El Padrino* y *Apocalypse Now*, entre tantas películas, había comprobado el resultado de una mezcla de habilidad natural, vocación actoral y horas y horas de ensayo frente al espejo.

“¡Maestro!”, cuentan que lo recibió la Presidenta, con las dos manos en alto. Eso ocurrió el 27 de marzo de 2008, cuando Coppola estaba en Buenos Aires preparando la filmación de su película *Tetro*.

El santacruceño Rafael Flores también pudo comprobar esa faceta en la campaña de 1993 en Santa Cruz, donde él iba como candidato a diputado nacional y ella, a diputada provincial: “En un acto en la ciudad de Comandante Luis Piedrabuena, a Cristina se le quebró la voz. Me emocioné, pensé que tenía un lado humano después de todo, y empecé a tratarla con más afecto. Pero de ahí nos fuimos a Gobernador Gregores y a Cristina se le quebró la voz en el mismo párrafo. Al otro día, fuimos a Puerto San Julián... ¡y se le volvió a quebrar la voz en el mismo momento! Me di cuenta de que era una gran actriz y una farsante. Recuerdo que en esa campaña, me dijo: ‘¿Sabés, Rafa? Yo hubiera querido ser cantante’”.

En su libro *Él y Ella*, Luis Majul analizó los cuarenta y siete discursos pronunciados por Cristina entre el 1° de noviembre de 2010 y el 14 de enero de 2011.

En solo dos de esos discursos, Cristina no mencionó por el pronombre “él” a Kirchner.

“Hoy estoy un poco menos triste. Porque estoy segura de que por allí, él debe andar caminando entre ustedes”, dijo, por ejemplo, el 2 de noviembre en su primer acto público luego de la muerte de su marido, en la fábrica de autos de Renault en Córdoba, la emblemática planta de Santa Isabel.

Después de los aplausos, continuó: “Sé que está caminando entre ustedes. Lo siento acá...”, y se golpeó el pecho. “Él trabajó por esta Argentina como nadie”, finalizó.

Y el viernes 5 de noviembre, en Tres de Febrero, en el Gran Buenos Aires, con motivo del lanzamiento del nuevo Peugeot 408, mezcló un dato de la economía con el recuerdo de su compañero y mentor: “Quiero anunciar como un homenaje a él —sé que se pondría muy contento— que otra vez hemos logrado reducir la desocupación, del 7,9 por ciento al 7,6 por ciento, en el último trimestre”.

Último ejemplo: el jueves 18 de noviembre, en el Salón de Mujeres Argentinas del Bicentenario, en la Casa Rosada, le dio la razón a quienes gritaban “Néstor vive” al señalar: “Yo creo que él no se murió. Creo que él va a vivir en el pueblo y en sus obras”.

El listado de menciones a su marido muerto es agobiante. Tanto como terminó siendo el luto riguroso de Cristina, que duró más de tres años, hasta el 4 de diciembre de 2013, cuando apareció en un acto en la Casa Rosada vestida enteramente de blanco.

Para ese entonces, el efecto del negro se había diluido completamente.

Pero, dos años antes, el 23 de octubre de 2011, ella coronó su campaña electoral con la mayor votación desde el retorno a la democracia, en 1983: el 54,11 por ciento en primera vuelta, a una distancia de 37,30 puntos porcentuales del segundo, el socialista santafesino Hermes Binner.

El radical Ricardo Alfonsín salió tercero, con el 11,14 por ciento de los votos; el puntano Alberto Rodríguez Saá, cuarto, con el 7,96 por ciento, y el ex presidente y ex gobernador Eduardo Duhalde, quinto, con el 5,86 por ciento.

Lilita Carrió fue humillada por las urnas: sacó apenas el 1,82 por ciento de los votos.

Cristina ganó en todos los distritos salvo en San Luis, donde venció el menor de los Rodríguez Saá.

En la ciudad de Buenos Aires, un territorio hostil al kirchnerismo, triunfó con más del 35 por ciento de los votos; ganó en once de las quince comunas; en todas, salvo en los lugares de clase media alta y alta, la franja norte de la ciudad más Caballito.

Y en Córdoba, otro distrito refractario a los K, ganó con el 37,34 por ciento.

El resultado había sido anticipado en las elecciones primarias, que se celebraron por primera vez en el país el 14 de agosto, cuando Cristina y el candidato a vice que ella había elegido, el ex ministro de Economía, Amado Boudou, sacaron el 50,24 por ciento, a una distancia de 38,04 puntos porcentuales del segundo, Alfonsín.

De esta manera, con este aluvión de votos, Cristina se convirtió en la primera mujer en lograr la reelección presidencial en el continente americano. Batió otros récords aquella jornada de gloria:

- Coronó el tercer mandato consecutivo para una fuerza política, el peronismo, algo que no sucedía desde comienzos del siglo XX, cuando los radicales se sucedieron en el poder durante catorce años.
- Liquidó a la oposición. Por un lado, prolongó la crisis del radicalismo y por el otro, desinfló a las dos variantes del peronismo que la enfrentaron en las urnas.
- Puso al Congreso a su disposición al recuperar el control de Diputados y consolidar su mayoría en el Senado.
- Extendió su dominio en el territorio nacional: le respondían veinte de los veinticuatro gobernadores (contando como tal al jefe de Gobierno porteño).

Cristina era la más poderosa entre todos los presidentes constitucionales de la historia argentina. Y parecía tener todo lo que necesitaba para seguir siéndolo durante varios años más.

OceanofPDF.com

Capítulo 16

LOS LEALES

Gentileza Víctor Bugge. Presidencia de la Nación



La Presidenta se respaldó en La Cámpora durante su segundo mandato. Los jóvenes le aseguraban lealtad, militancia y entusiasmo. Pero no alcanzó.

OceanofPDF.com

¡Vamos por todo! ¡Por todo!

Cristina Kirchner, el 20 de febrero de 2012 en un acto en Rosario agitando su mano izquierda mientras se abanicaba con la derecha.

*Si te dejás guiar en política por este, estás perdido.
Este gordo no entiende nada; es “chino”.*

Néstor Kirchner a Diego Bossio en el comedor de Olivos, después de un partido de fútbol, mientras señalaba a Carlos Zannini, que sería el hombre fuerte del gobierno luego de la muerte del ex presidente.

*La Cámpora le aseguraba una obediencia ciega
y un optimismo a toda prueba.
Por eso, ella les dio todo el poder.*

Un ex funcionario de Cristina, que no quiere que su nombre sea revelado.

Si el método había permitido una rotunda victoria electoral, ¿para qué cambiar? Más aún cuando pasaba a estar en juego el sueño de “Cristina eterna”.

Las cadenas nacionales de Cristina Kirchner siguieron en aumento luego de la reelección, tanto en frecuencia como en duración. Fueron dieciocho en 2011, veintidós en 2012, veintiocho en 2014. Duraron en promedio, catorce minutos en 2008, pero cuarenta y uno en 2014.

Con esas cadenas nacionales, la Presidenta buscaba el contacto directo, sin intermediarios, con la militancia y, en especial, con la gente.

Uno de sus colaboradores de mayor confianza en el área cultural explica que hubo “una estrategia comunicacional, tomada del venezolano Hugo Chávez, frente al bloqueo de los grandes medios. Tenías que meterte vos en el territorio de los medios sin depender de que ellos te metieran allí porque les bastaba con ignorarnos”.

La fuente agrega que ubicaron las cadenas nacionales en los horarios *prime time* o en los más convenientes, ya sea por el segmento del público al que buscaban llegar o porque querían tapar algunos programas de radio y televisión que les molestaban.

Desde el punto de vista oficial, las cadenas nacionales fueron un recurso defensivo.

Pero tanto Néstor como Cristina hicieron todo lo que pudieron para ahogar a los medios que no eran kirchneristas y multiplicar los que estaban en manos amigas. Un instrumento ofensivo que Kirchner ya había utilizado en Santa Cruz para someter a los principales medios.

A nivel nacional, no pudieron lograr esos resultados. Pero lo intentaron con una audacia inédita, obsesionados por el control de la prensa para, por un lado, eliminar cualquier tipo de mediación entre ellos y la gente, y por el otro, impedir que el relato que bajaba del gobierno pudiera ser siquiera puesto en duda.

El primer medio en sufrir el acoso de Kirchner fue el diario *Perfil*, a los pocos meses de haber vuelto a la calle, el 11 de septiembre de 2005. El gobierno le cortó rápidamente el grifo publicitario en una discriminación que se extendió a todas las revistas de la editorial del periodista y empresario Jorge Fontevecchia. En simultáneo, ciertos funcionarios de primera línea presionaron a empresas privadas para que retiraran sus avisos. Algunas compañías les hicieron caso; muchas no. Fontevecchia sufrió, pero resistió.

Luego, ya durante el primer gobierno de Cristina, fue el turno de *Crítica de la Argentina*, el diario fundado y dirigido por el periodista Jorge Lanata. También fue afectado por un boicot de la publicidad oficial operado directamente por Kirchner, y cerró a los dos años.

La guerra de los Kirchner contra el Grupo Clarín comenzó durante la pelea con el campo y se extendió hasta el último día del gobierno de Cristina. Era algo previsible: no podían permitir que permaneciera fuera de control un holding que incluía al diario de mayor circulación; a los canales de mayor audiencia, tanto en la TV abierta como en el cable; y a la segunda radio AM a nivel nacional, entre otros medios.

Fue un conflicto encarnizado. Luego de la muerte de Néstor, Cristina utilizó todos los recursos del Estado para desgazar al Grupo Clarín. Desde todos los frentes posibles, incluidos los derechos humanos y sus liderazgos, tanto Hebe de Bonafini como Estela de Carlotto. No lo logró.

También el diario *La Nación* y sus revistas sufrieron el boicot publicitario y la hostilidad del oficialismo.

En simultáneo, el dinero público que se le negaba a todos esos medios independientes del gobierno era direccionado a los diarios, las revistas, las radios y los canales que lo apoyaban sin chistar. Que es como entendían los Kirchner que había que hacer periodismo.

Además, el kirchnerismo fomentó la compra de medios eficientes por parte de empresarios amigos, que habían hecho mucho dinero en otros rubros gracias a oportunas decisiones oficiales.

El caso más notable fue la venta forzada de los medios fundados por el periodista y empresario Daniel Hadad, luego de que Cristina logró la reelección. El gobierno le armó incluso una causa penal por la venta de Canal 9, que había ocurrido cinco años antes.

Hadad cuenta una de las presiones que recibió por parte de un funcionario muy importante.

—¿Cuántos hijos tenés? —le preguntó.

—Cuatro.

—Y si te meten preso a vos y a tu mujer, ¿quién los va a cuidar?

—¿Por qué me van a meter preso a mí y a mi mujer?

—Es un delito penal económico.

“Me fui de esa conversación —afirma Hadad— dispuesto a resistir hasta que un día, en un almuerzo con otro funcionario, me entero de que iban a estatizar YPF y sin pagarles un peso. Ahí me dije: ‘Si se van a llevar puesta a la empresa más grande del país, cuyo dueño mayoritario es extranjero, ¿cuánto van a tardar en borrarle de un plumazo a mí?’”.

El comprador fue Cristóbal López, en abril de 2012. A Hadad solo le dejaron Infobae, en aquel momento un incipiente portal de noticias.

Cristina fue más allá que su marido e intentó superarlo en la domesticación de los medios. Hizo lo mismo con otras instituciones ubicadas entre ella y la gente, como el Poder Judicial y las empresas privadas más fuertes.

En simultáneo al aumento en la frecuencia y la duración de sus cadenas nacionales, Cristina se aisló del peronismo y de los poderes fácticos: se acabaron las reuniones en Olivos con gobernadores, intendentes, legisladores, sindicalistas, empresarios y piqueteros, a las que su marido y mentor les dedicaba tanto tiempo.

Eran los dulces tiempos en los que el sueño de “Cristina eterna” parecía al alcance de la mano. ¿El camino? Una reforma constitucional que habilitara la posibilidad de la reelección indefinida, eliminando esa molesta cláusula que limitaba la estadía en la Casa Rosada a dos periodos consecutivos.

La diputada Diana Conti, una de las abanderadas del proyecto, lo dijo con su elocuencia habitual: “Los sectores ultra K a los que pertenezco avizoramos el deseo de una reforma constitucional porque quisiéramos una Cristina eterna”. Pero admitió que era “necesario contar con consenso del arco político para avanzar en ese tema”.

Por eso, para demostrar que esa reforma constitucional contaba con un aval relevante en la sociedad, el oficialismo debía ganar las elecciones legislativas de 2013, que, de esa manera, se convirtieron en un evento crucial.

“¡Vamos por todo! ¡Por todo!”, se sinceró Cristina cuatro meses después del gran triunfo, el 20 de febrero de 2012, en el acto para recordar los doscientos años de la primera vez que el prócer Manuel Belgrano izó la bandera en Rosario. Hablaba la intendenta socialista, Mónica Fein, cuando la cámara enfocó a la Presidenta mientras enviaba ese mensaje más bien contundente a un grupo de militantes, agitando su mano izquierda; con la derecha, meneaba un abanico negro.

Uno de los cambios más notables luego de la muerte de Kirchner fue que Cristina basó su gobierno en un núcleo reducido de leales y marginó a un lejano segundo plano al resto de los funcionarios, más allá del rango que tuvieran.

Leales que se manejaban como si integraran una secta, a la que pasaban a pertenecer recién después de aprobar un examen de admisión, que era también ideológico, para asegurar la estricta obediencia. Un grupo relativamente pequeño, pero muy activo y movilizado.

Los dos pilares de su gobierno terminaron siendo Carlos Zannini en el plano político y judicial, y Axel Kicillof en la cuestión económica. Y los jóvenes de La Cámpora, con su hijo Máximo a la cabeza, como un vivero de colaboradores que le aseguraban lealtad, militancia y entusiasmo, pero a costa de otros atributos también importantes a la hora de gestionar: eficiencia, pragmatismo y capacidad de autocrítica.

Hubo otros funcionarios importantes en los años en los que ella gobernó sola, pero se dedicaban a ejecutar mansamente y de manera más o menos eficaz las instrucciones que recibían de Cristina, o bien de sus dos alfiles: Zannini y, desde 2013, Kicillof.

Por ejemplo, Oscar Parrilli, quien primero sirvió a la Presidenta como secretario general de la Presidencia y luego como titular de la Agencia Federal de Inteligencia, el organismo que reemplazó a la Secretaría de Inteligencia.

La frase “¡Soy yo, Cristina, pelotudo!”, pronunciada en una conversación telefónica el 11 de julio de 2016, cuando ya no estaban en el

gobierno, muestra la sumisión —casi equivalente al temor de Dios— de Parrilli con relación a la ex presidenta.

Otros funcionarios que cumplieron un rol parecido fueron el canciller Héctor Timerman, y el jefe del Ejército, general César Milani, quien al asumir, el 3 de julio de 2013, señaló que esa fuerza estaba alineada con “el proyecto nacional” del gobierno; según sus críticos, Milani dirigió una supuesta red paralela de inteligencia al servicio del oficialismo.

La muerte de Kirchner hizo que Cristina asumiera el gobierno en plenitud y sin ningún tipo de sombras; esa ausencia la mostró tal cual era en el ejercicio del poder. Y reveló también algunas diferencias clave con relación a su marido y mentor.

En primer lugar, ella confió el armado de su gobierno a Zannini, a quien su marido apreciaba mucho como colaborador de primerísimo nivel durante tantos años, aunque no tanto como para delegar la política en él. Ni en nadie.

Con Zannini se conocían desde 1984, cuando este abogado llegó a Río Gallegos en busca de un futuro, como tantos otros cordobeses y compatriotas del resto del país.

Santa Cruz, como, en general, toda la Patagonia, es una tierra de aventureros; Zannini forma parte de la “banda cordobesa” que integró el kirchnerismo, con exponentes como Ricardo Jaime, hombre de la mayor confianza de Néstor Kirchner y secretario de Transporte de la Nación, que, al momento de escribir este libro, acumulaba tres condenas por delitos de corrupción y seguía preso.

Zannini se recibió de abogado en 1981, cuando completó los estudios que debió interrumpir cinco años antes, al ser detenido por su pertenencia a Vanguardia Comunista, un grupo inspirado en el líder chino Mao Tse-tung. De aquella época le quedó el apodo: Chino.

Inteligente, aplicado, muy pragmático, Zannini se sumó rápidamente a la unidad básica de Kirchner —Los Muchachos Peronistas—, y lo acompañó tanto en la municipalidad como en sus tres gobiernos provinciales, donde se desempeñó en los tres poderes: fue ministro, legislador y titular del Superior Tribunal de Justicia.

Para Alfredo Martínez, ex intendente radical de Río Gallegos y actual senador, “Zannini fue fundamental en toda la ingeniería electoral del kirchnerismo: la ley de lemas, la figura del diputado por pueblo, la reforma de la Constitución provincial...”.

El ex diputado Rafael Flores, aliado de los Kirchner hasta 1994, recuerda que “Zannini le ponía la cuota de perversidad que Néstor y Cristina necesitaban para completar el cuadro. Zannini es el responsable de las peores maniobras políticas de los Kirchner en molestar gente”.

Zannini fue uno de los escasos funcionarios que permaneció en su cargo —en su caso, como secretario Legal y Técnico de la Presidencia— durante los doce años y medio del kirchnerismo.

Pero su apogeo llegó cuando Cristina desplegó su gobierno ya sin la influencia de su poderoso marido.

Incluso, como reaseguro de que seguiría mandando aun desde el llano, Cristina lo designó en 2015 candidato a vicepresidente, detrás del gobernador bonaerense, Daniel Scioli, en quien el cristinismo nunca confió ni se sintió representado.

Un ex ministro de Cristina, que no quiere que su nombre se conozca, afirma que “Cristina cambió mucho luego de la muerte de Néstor. Cambió, y cada vez más, la forma de tomar decisiones. Se recostó mucho en Zannini, a quien delegó la parte política y judicial. Era alguien que almorzaba todos los días con ella, que cenaba todos los días con ella”.

Pero si Zannini era palabra santa para Cristina, no lo era tanto para Néstor, que lo cargaba porque era “chino”, es decir, maoísta.

Un colaborador del diputado Diego Bossio, ex titular de Anses, recuerda que su jefe siempre le contaba una anécdota sobre Zannini: “Kirchner ya no era el presidente y estaban en el comedor de Olivos, cenando luego de un partido de fútbol; Diego estaba sentado enfrente. ‘Si te dejás guiar en política por este, estás perdido. Este gordo no entiende nada; es chino’, le dijo, señalándolo a Zannini, que no hizo ningún comentario. Cuando Zannini se fue, Kirchner se acercó, puso la mano a un costado de la boca como para contarle un secreto y le dijo a Diego: ‘En serio, ¿eh? Nunca le des bola en política; no sabe nada de política’”.

“Néstor tenía un humor muy ácido; a Zannini siempre le decía: ‘Vos sos chino, ¡no podés hablar de peronismo!’”, señala Sergio Acevedo, ex diputado y ex gobernador de Santa Cruz.

Más allá de las medidas puntuales que fue adoptando, esa forma de gestionar resultó un error no forzado de Cristina porque no se asumió como la presidenta del 54,11 por ciento logrado en las urnas sino que, voluntariamente y sin ninguna presión externa, pasó a gobernar para el núcleo puro y duro de esos votantes. Se achicó, por propia voluntad.

¿Por qué lo hizo? Es probable que hayan influido tanto su estilo político como su formación política.

Para el ex canciller y ex diputado Rafael Bielsa, “el feudo de Cristina es la parroquialidad, la mesa chica, el monólogo sin réplica, desde un estrado. Cristina es la muestra de alguien naturalmente inteligente colocado en un lugar inadecuado. Un problema de ubicación. No es solo inteligencia cerebral lo que se exige para construir en términos políticos”.

Forma y contenido equivocados para un fracaso previsible: la consigna “¡Vamos por todo!” terminó con una severa derrota apenas dos años más tarde, en las elecciones legislativas de 2013, cuando Cristina perdió casi veintidós puntos porcentuales a nivel nacional.

El Frente Para la Victoria fue derrotado en casi todos los distritos; en primer lugar en la provincia de Buenos Aires, considerada “la madre de todas las batallas”, donde el intendente de Tigre, Sergio Massa —el ex jefe de Gabinete había formado el Frente Renovador y recibió el apoyo del jefe de Gobierno porteño, Mauricio Macri—, obtuvo el 43,95 por ciento de los votos, casi doce puntos más que Martín Insaurralde, intendente de Lomas de Zamora y candidato oficialista.

En el distrito más poblado del país, Cristina perdió 24,10 puntos porcentuales en comparación con los votos que había obtenido dos años antes.

El “cristinismo” también fue vencido en lugares previsibles como la ciudad de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y San Luis, aunque con un

agravante: en todos esos distritos, no salió segundo sino tercero. Hasta perdió en Santa Cruz, y también en Mendoza, Catamarca, Chubut, Corrientes, Jujuy y Neuquén.

En esa batalla electoral se hundió el sueño “Cristina eterna”; la reforma constitucional ya no fue posible.

La reacción de Cristina tras la derrota electoral de 2013 fue previsible: redobló la apuesta y ascendió a Kicillof de viceministro a ministro de Economía.

Kicillof aparecía como un académico keynesiano repleto de ideas y consignas muy sonoras, que coincidían a la perfección con el universo económico y social de Cristina. Tres ejemplos:

- “Habría que bajar el precio de la chapa y fundir al señor Rocca (el dueño del Grupo Techint, uno de los industriales más importantes del país), pero no lo vamos a hacer, aunque habló mal de nosotros” (6 de septiembre de 2012).
- “Cuántos pobres hay es una pregunta bastante complicada. Yo no tengo el número de pobres; me parece que es una medida bastante estigmatizante” (26 de marzo de 2015).
- “La economía crece, la moneda está estable y las reservas están sólidas” (5 de octubre de 2015).

A diferencia de su marido, Cristina no mostraba el menor interés por los números de la economía.

El ex gobernador Acevedo sostiene que en Santa Cruz “él siempre manejó directamente el dinero de la provincia: todos los días llamaba al secretario de Hacienda y le preguntaba cuánto dinero había entrado”.

Y lo siguió haciendo cuando fue Presidente: se comunicaba todos los días con el secretario de Hacienda y, cuando el número no era el que esperaba, le pedía explicaciones al ministro de Economía, Roberto Lavagna.

Acevedo agrega que en Santa Cruz “a los pagos los hacía directamente él, en persona. Él recibía a cada proveedor y le daba el cheque. Todo lo llevaba anotado en un cuadernito. Él siempre decía dos cosas: ‘Si te manejan la caja, te rompen el culo’ y ‘La caja no se comparte; el poder no se comparte’”.

Tanto era así que, siempre según Acevedo, Kirchner consideraba que “la plata de la provincia era de él. También actuaba así en su familia. Cristina contaba que, luego de casarse, los dos ponían sus ingresos en un cajón y cada uno sacaba lo que necesitaba. Eso funcionó un mes y medio, hasta que Néstor no encontró nada y le preguntó: ‘¿Y la plata?’. ‘La gasté, me compré unos zapatos divinos’. A partir de ese día, Néstor administró la plata de la casa”.

Uno de los pocos dirigentes peronistas bonaerenses que lo acompañó desde que lanzó su candidatura presidencial relata que “Néstor era un suizo almacenero, como su abuelo. En el gobierno, pensaba que lo que salía no podía ser mayor a lo que entraba. Algo simple, pero, para la Argentina, casi revolucionario. Por eso, su obsesión por tener superávit comercial y superávit fiscal; los superávits gemelos”.

¿Y Cristina? “Si él tenía una cultura económica de almacén, ella tenía una cultura económica de shopping: gastar, gastar y gastar”, ironiza el informante.

El ex funcionario de Cristina, cuenta que “Amado Boudou le sacó la ficha de entrada. Se dio cuenta de que ella no quería malas noticias ni que nadie la contradijera. Boudou ganó puntos así como ministro de Economía y llegó a la vicepresidencia; podía haber seguido escalando, pero sus problemas judiciales le cortaron las alas”.

Las mismas razones que Cristina tenía para bancar a La Cámpora. Sin contar otros dos argumentos, muy sólidos para ella: esa agrupación era encabezada por su hijo Máximo, y constituía un eslabón central en su relato porque vinculaba a la gloriosa Juventud Peronista de los setenta con los herederos del modelo nacional y popular; unía el pasado con el futuro.

“La Cámpora le aseguraba una obediencia ciega y un optimismo a toda prueba. Por eso, les dio todo el poder. Cristina decía: ‘Son jóvenes y ya tienen un discurso; el futuro es de ellos’”, cuenta otro ex funcionario que tampoco quiere que su nombre sea revelado.

En realidad, La Cámpora había sido creada por Kirchner el 28 de diciembre de 2006, cuando recibió los atributos presidenciales de Héctor Cámpora de parte de los familiares de El Tío, como se lo conocía al ex mandatario peronista.

Fue un acierto porque La Cámpora encuadró a los jóvenes que protagonizaron de manera muy original y poco esperada el velatorio de Kirchner en la Casa Rosada, como expresión de una militancia juvenil que había brotado capilarmente durante su gobierno.

El sociólogo Artemio López jura que aquella masiva presencia de jóvenes no lo sorprendió: “Yo le había dicho a Néstor: ‘Mirá que la gente te quiere’. Él me miró como diciendo: ‘¡Otro de tus versos habituales!’”. Pero yo lo notaba en las mediciones. Néstor era medio incrédulo acerca del vínculo afectivo. La cuestión afectiva era lo que él no creía; no que tenía votos. Eso lo analizaba bien: hasta dónde tenía, dónde perdía, quién le competía y en qué sectores”.

Un ejemplo: en las elecciones de 2003 para jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, Kirchner ya se había dado cuenta de que Macri era competitivo. “El único que me discute abajo es este”, le dijo el Presidente a otro de sus encuestadores mientras le señalaba una foto de Macri en el diario. Macri ganó en la primera vuelta, pero fue superado en el balotaje por Aníbal Ibarra, el candidato K.

Pero hasta el aluvión juvenil posterior a su muerte, La Cámpora no pasaba de un grupo de jóvenes al que Kirchner buscaba ir preparando, con tiempo, para tareas políticas tan relevantes como remotas.

“De hecho, como es sabido, Kirchner los mandó a estudiar cuando le pidieron cargos”, recuerda Bielsa.

De todos modos, Bielsa enfatiza que Kirchner confiaba mucho en Máximo: “Una vez, Néstor me preguntó qué era lo que más me gustaba hacer en mi vida. Yo le contesté y le devolví la pregunta: ‘Caminar con Máximo al lado y hablar de política’, me respondió. Néstor no hablaba de

política con cualquiera; de hecho, algunas veces yo me demoré y, cuando me reprochó la demora y yo le respondí que había estado conversando de política con alguien muy de su riñón, me respondió: ‘Y ese, ¿qué sabe de política?’”.

El segundo mandato de Cristina, aquellos cuatro años en los que estuvo sola, sin su marido, al frente del país, fue el peor del largo ciclo kirchnerista; todos los indicadores económicos y sociales muestran esa realidad.

Por ejemplo, el Producto Bruto Interno (PBI) —los bienes y servicios creados por el país— se mantuvo prácticamente igual entre 2012 y 2015. En esos cuatro años, creció en los años electorales: 2013, el 2,3 por ciento, y 2015, el 2,4 por ciento, pero cayó en 2012, el 1,1 por ciento, y 2014, el 2,6 por ciento. Resultado: uno por ciento en esos cuatro años.

En los doce años y medio del kirchnerismo, el PBI creció el 48,6 por ciento. Pero en una escala fuertemente descendente, que probablemente revelaba los límites y el agotamiento del modelo más allá de los errores de gestión de Cristina en su último mandato.

Los primeros cuatro años de Kirchner fueron los mejores, con un crecimiento promedio de la economía del 8,8 por ciento anual. En el primer gobierno de Cristina, la suba promedio del PBI fue del 3,5 por ciento anual; y en el segundo mandato, cayó al 0,2 por ciento anual.

La secuencia es bien clara: 8,8; 3,5 y 0,2.

En consecuencia, y dado que la población aumentó, el PBI per cápita —la riqueza que le tocaría a cada argentino si el valor de todos los bienes y servicios producidos se dividiera en partes iguales entre sus habitantes— cayó en el segundo mandato de Cristina, de 13.540 dólares a 13.428, anuales.

La Presidenta cerró su último año de gobierno con una inflación que, debido a la adulteración de los datos oficiales del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (Indec), consultoras privadas calculaban en el 26,9

por ciento, con lo cual la Argentina trepaba al tercer lugar del mundo en ese ranking.

¿Y la pobreza? Eran ridículos los datos del Indec, que hablaban de un indicador por debajo del 5 por ciento, menos no solo que en Alemania sino también que en Suecia y Noruega. Mucho más confiable resultaba el informe del Observatorio de la Deuda Social de la Universidad Católica Argentina (UCA), que en diciembre de 2015 indicaba que el 29 por ciento de los argentinos era pobre, 4,3 puntos más que cuando Cristina comenzó su segundo mandato.

Con esos números, ¿cómo es que el país no explotó? Por un lado, el gobierno aumentó drásticamente el gasto público, con lo cual Cristina terminó el gobierno con un déficit fiscal del orden del 6,8 por ciento del PBI. Una diferencia entre ingresos y gastos que habría hecho bramar a Kirchner.

Parte de ese dinero se usó para financiar sesenta planes sociales, fogonear el consumo popular de manera artificial, mantener bajas las tarifas de los servicios públicos, incrementar la plantilla de empleados públicos y proveer una jubilación mínima a prácticamente todos quienes —por una u otra razón— no habían hecho los aportes.

Pero en la fiesta del gasto público hubo lugar para casi todos los sectores sociales. Por ejemplo, a través de la venta de dólares al precio oficial a quienes podían atesorarlos y del subsidio encubierto para los viajes y las compras en el exterior de los consumidores más sofisticados.

Un capítulo especial merece la escandalosa operación del “Dólar futuro”, que provocó un perjuicio al Estado calculado en más de 50 mil millones de pesos en beneficio de un puñado de grandes inversores.

La segunda causa fue la ayuda casi celestial que recibió Cristina. Según el analista Rosendo Fraga, resultó decisivo el respaldo del papa Francisco: “No sé si ella habría sobrevivido sin el Papa a la derrota electoral de octubre de 2013; la huelga policial en veintiún provincias de diciembre de 2013 y la devaluación de enero de 2014”.

“Probablemente —señala Fraga—, ella pudo terminar su segundo mandato porque comprendió rápidamente que, una vez elegido Papa, tenía

que acercarse a Jorge Bergoglio y abandonar la hostilidad que mantenía cuando era el cardenal primado de la Argentina”.

“Fue su mayor gesto de lucidez porque esa actitud de realismo, autocrítica y cambio de política no está en su personalidad”, agrega.

Para Fraga, “fue clave para que ella finalizara el mandato que el Papa le dijera a todos sus visitantes argentinos una frase que rápidamente se hizo muy conocida: ‘Hay que cuidar a Cristina’”.

El 13 de marzo de 2013, la noticia de que Bergoglio se había convertido en Francisco —un pontífice de este continente por primera vez en la historia— sorprendió a la Presidenta tuiteando sobre unas inauguraciones del día anterior. Cuando se enteró, enmudeció, hasta que cuarenta y ocho horas más tarde modificó drásticamente su actitud.

En el medio, los legisladores de La Cámpora abuchearon a Francisco en la Cámara de Diputados y se negaron a un pedido de la oposición para interrumpir la sesión y homenajear al argentino que llegaba al trono de San Pedro.

“Fue un colaborador de la dictadura”, gritaba el diputado Horacio Pietragalla, hijo de desaparecidos y nieto recuperado por las Abuelas de Plaza de Mayo.

Cristina cambió, desair  a estrechos colaboradores, como el periodista Horacio Verbitsky, y viaj  a Roma para asistir a la entronización del nuevo Papa, con quien intercambi  besos, bromas y regalos antes de almorzar y conversar durante dos horas.

Ella se puso a disposición de él. “ Qu  puedo hacer yo para que usted sea el mejor Papa de la historia?”, le pregunt  de entrada, algo que agradó a Francisco, que siempre ha sido, como buen jesuita, muy vertical en sus relaciones de poder.

Fue el primero de una bien nutrida serie de siete encuentros hasta el final de su mandato. Un número exagerado para muchos católicos que no son kirchneristas, en el que debe haber influido la cercanía de Bergoglio con el peronismo.

Eduardo Valdés, ex embajador en El Vaticano, recuerda que cuando la Presidenta fue acompañada por dirigentes de La Cámpora “hubo muchas críticas en la Argentina. Pero la verdad es que a la *troupe* me la pidió él;

quería conocerlos. Hasta me dijo que le consiguiera el teléfono de la abuela de Andrés Larroque para saludarla por teléfono porque cumplía 96 años”.

Sostiene Valdés que la reunión más difícil fue la última en El Vaticano, el 7 de junio de 2015, porque el protocolo papal no se mostraba muy receptivo.

—Está todo preparado para que a los diez minutos te fleten —le informó a la Presidenta apenas llegó a Roma.

“Al final, la reunión duró una hora cuarenta y ocho minutos. Me sentía en éxtasis”, recuerda Valdés.

—¿Por qué me hizo sufrir tanto? —le preguntó al Papa semanas después.

—Yo quería que sea una sorpresa para todos —le contestó Francisco.

—Pero los de Protocolo no me dejaron entrar a la comitiva.

—¿Viste vos cómo son estos?

“Al Papa y a Cristina —explica el ex embajador— les gustan mucho los temas internacionales. Los dos son pro sirios; el Papa promueve el acuerdo entre Estados Unidos e Irán. Cristina me dijo que solo Medio Oriente les llevó media hora. La agenda internacional los une”.

La Argentina no explotó, pero el último año de Cristina fue complicado en la gestión cotidiana del gobierno. Un ex asistente de la Presidenta afirmó que “se levantaba tarde porque se quedaba mirando Netflix y películas. Había cosas que ya no controlaba y eso se notó en algunos viajes al exterior”, donde, según esta fuente, ciertos empleados habrían pasado gastos exuberantes que derivaron en causas judiciales.

Esa falta de control por fatiga de material se extendió a distintas reparticiones del Estado, con gastos en todos los niveles que también estaban siendo investigados en la Justicia.

Así y todo, el candidato de Cristina, Scioli, perdió el balotaje por apenas 2,6 puntos frente a Macri, luego de haber ganado la primera vuelta por casi tres puntos.

Macri hizo sus méritos para ganar; por ejemplo, eludió las presiones para aliarse con Sergio Massa, una movida que probablemente habría sumado a Scioli los pocos puntos que necesitaba para asegurarse la Presidencia en la primera vuelta.

Sin embargo, casi todas las fuentes consultadas para este libro adjudican el resultado de esos comicios más bien a los errores del gobierno, con la Presidenta a la cabeza.

Algunas fuentes, como Artemio López, sostienen que “un error de Cristina fue no haber tenido un candidato propio. Scioli no podía serlo porque no representaba a todo el espacio ni garantizaba la continuidad del proyecto. Cristina podría haber construido esa candidatura, pero no lo hizo. Creo que no confió en que podría revertir la derrota de 2013 y se conformó con una candidatura que estaba siendo construida en otro lado, con otro contenido”.

“Ella —agrega— había revertido con gestión y con política aquella derrota, pero se encontró con que no tenía un candidato propio porque había decidido no construirlo”.

De todos modos, la mayoría de las fuentes atribuye la derrota no tanto a la postulación de Scioli sino al rechazo que provocó en la decisiva provincia de Buenos Aires la candidatura a gobernador del jefe de Gabinete, Aníbal Fernández.

María Eugenia Vidal lo derrotó por 4,14 puntos y se convirtió en la primera mujer en gobernar esa provincia. Pero en diputados nacionales ganó el Frente Para la Victoria por casi cuatro puntos.

El rechazo a Aníbal Fernández forzó a Scioli al balotaje.

El ex ministro y ex senador Carlos Corach, que era uno de los asesores de Scioli, afirma que el objetivo de Cristina era “condicionarlo totalmente colocándole al vice y al gobernador de Buenos Aires. Para que Scioli ganara, pero atado de pies y manos, y si no ganaba, para dejar a la provincia en las manos más seguras posibles y reconstruir desde allí los restos del kirchnerismo”.

“Cristina pensaba —asegura— que con cualquier candidato se ganaba la provincia. Aníbal Fernández debió haberse dado cuenta de que en ese lugar resultaba perjudicial para el peronismo”.

La apuesta original de Cristina para el principal distrito del país era el ministro del Interior, Florencio Randazzo. Un ex funcionario del área cultural cuenta que “a nadie se le ocurría que Florencio podía no aceptar. El día anterior fui a Olivos porque necesitaba que Eduardo de Pedro, el secretario general de la Presidencia, me firmara un expediente. Entró Máximo Kirchner y me dijo: ‘Todo muy bien, ya está cerrado lo de Randazzo’. Su negativa fue un cachetazo para todos, no había Plan B y Aníbal quedó como descarte”.

Ocurrió que Randazzo se había ilusionado con la posibilidad de una elección interna con Scioli para dirimir la candidatura presidencial. La provincia de Buenos Aires ya no lo entusiasmaba. Pero no tenía peso dentro del peronismo porque todos los gobernadores oficialistas apoyaban a Scioli.

Cristina condujo la campaña y su táctica fue polarizar con Macri para liquidar las chances de Massa y mejorar sus posibilidades, que pasaron del 33 por ciento —una entre tres— al 50 por ciento —una entre dos—.

“Ella no tenía dudas sobre el triunfo. Scioli me contó que ella siempre le decía: ‘Daniel, quedate tranquilo que ganamos seguro’”, afirma Julio Bárbaro.

Tenía a su favor los recursos materiales y simbólicos del Estado y de la Presidencia de la Nación y la creencia mítica de que la Argentina no podía ser gobernada por ninguna otra fuerza que no fuera el peronismo.

Pero falló en la elección de los intérpretes —en primer lugar, ella misma, que había perdido la magia de cuatro años antes—, un factor que se volvió decisivo al final de su segundo mandato, cuando tenía tan poco para mostrar en la gestión efectiva del gobierno.

Capítulo 17

“LOS JEFES DE LA BANDA”

Gentileza Agencia Télam



José López, secretario de Obras Públicas durante todo el kirchnerismo, fue apresado cuando intentaba ocultar casi 9 millones de dólares en un convento.

OceanofPDF.com

Estuve con Néstor en su casa de El Calafate la tarde del martes 26 de octubre. Lo encontré muy bien de ánimo y de salud; por eso, me sorprendió mucho su muerte. Me dijo que iba a ser el candidato para las elecciones de 2011.

Lázaro Báez, el 30 de junio de 2016, por teléfono desde el penal de Ezeiza.

—Che, Néstor, ¿cuándo me van a pagar los certificados de obra? Déjense de joder.

—¿Vos querés cobrar? A partir de mañana, este tipo [en relación a Báez, parado a su lado] está en tu empresa.

Vittorio Gotti, el principal empresario de la construcción de Santa Cruz, y Néstor Kirchner, cuando todavía era gobernador.

En la primera campaña de Kirchner a gobernador, en 1991, Lázaro tenía un Ford Falcon modelo 1973, que tenía las cubiertas tan lisas que, cuando el asfalto estaba escarchado, lo único que hacía era dar trompos por lo cual había que dejar el auto en la ruta y llevarlo a él a su casa. Hoy tiene una flota de autos de lujo y de colección. Hasta aviones tiene.

El ex vicegobernador y ex diputado Eduardo Arnold.

“Estoy destrozado, lo quería como a un hermano”, le dijo el empresario Lázaro Báez al periodista de *Noticias*, Nicolás Diana, luego del velatorio en el chalet de su amigo, Néstor Kirchner, el 27 de octubre de 2010 por la noche.

Báez aparece como una pieza central del universo económico que Kirchner construyó durante años con tanta dedicación. Y que Cristina heredó, siempre según fallos judiciales que han sido apelados.

Estaba acongojado y no era para menos. Entre 2003 y 2015, Santa Cruz fue la segunda provincia que más dinero recibió para obras públicas, solo detrás de Buenos Aires, y el 78,4 por ciento de esos contratos fue adjudicado a empresas de Báez por un total actualizado equivalente a 3.082 millones de dólares.

Contratos que habrían tenido un sobreprecio promedio del 15 por ciento; es decir, más de 460 millones de dólares.

Fue el juez Julián Ercolini quien mencionó todos esos números al procesar a Cristina Kirchner, Báez y ex funcionarios —Julio De Vido y José López, entre ellos— porque habrían formado parte de “una asociación destinada a cometer delitos para apoderarse ilegítimamente y de forma deliberada de los fondos asignados a la obra pública vial, en principio en la provincia de Santa Cruz”.

“Un plan delictivo que se extendió a lo largo de tres mandatos presidenciales —durante doce años—, diseñado desde la cúpula del Poder Ejecutivo”, describió Ercolini el 27 de diciembre de 2016 en un extenso fallo —setecientas noventa y cuatro páginas— que fue apelado por los procesados. Además, embargó bienes de Cristina por una cifra inusual: 10 mil millones de pesos.

Si este fallo es confirmado en las instancias sucesivas, en un eventual juicio oral Cristina Kirchner y el resto de los procesados podrían ser condenados a hasta diez años de cárcel.

Ercolini podría haber ordenado la prisión preventiva de Cristina, pero no lo hizo porque entendió que no había peligro de que se fugara ni de que obstruyera la tarea de la Justicia. Además, tuvo en cuenta que siempre colaboró con los requerimientos de su juzgado.

Los jueces federales de nuestro país tienden a evitar la prisión preventiva contra quienes son o han sido encumbrados funcionarios del Estado, una figura que sí se usa en delitos comunes, por lo general cuando las penas previstas superan los cinco años.

Muchos jueces federales están convencidos de que ellos —debido a que son los únicos que se ocupan de los supuestos hechos de corrupción de los funcionarios— tienen también el deber de garantizar la gobernabilidad del sistema político y del país. Por este motivo, entienden que deben andar con mucho cuidado en esas causas.

Eso no ocurre en otros países; en Brasil, por ejemplo, donde el juez federal Sergio Moro, el principal protagonista de la investigación sobre el mayor esquema de corrupción de la historia brasileña —llamada Lava Jato—, utiliza la prisión preventiva como uno de sus recursos fundamentales junto con otros, como la delación premiada realizada por delincuentes arrepentidos, bajo ciertas reglas previstas en la ley.

La investigación de Moro comenzó el 17 de marzo de 2014. En sus primeros tres años, envió a prisión a políticos de diversos partidos, empresarios de primera línea y operadores financieros que parecían intocables. Es muy expeditivo: ya condenó a decenas de personas y varias de ellas pasaron a colaborar con la Justicia. Además, recuperó parte del botín robado a Petrobras, la mayor empresa de Brasil.

El uso tan suelto de la prisión preventiva es muy polémico en Brasil. Pero tanto sus defensores como sus detractores admiten que, junto con la capacidad técnica de Moro y su actitud firme y convencida, ha sido clave para ablandar a los involucrados en el Lava Jato.

Moro explica que “en un esquema delictivo de maxi coimas y maxi lavado de dinero, es imprescindible la prisión cautelar para la protección del orden público, sea por la gravedad concreta de los delitos, sea para prevenir la reiteración de los delitos, incluyendo la práctica de nuevos actos de lavado del producto del delito todavía no recuperado”.

Y agrega que, cuando las pruebas apuntan a “una dedicación profesional y habitual en la práctica de delitos, la prisión preventiva es un remedio amargo pero necesario para proteger el orden público y resguardar la aplicación de la ley penal. Debería ser la regla en casos de delitos graves

practicados contra la administración pública, especialmente cuando no se ha recuperado todo el dinero producido por el delito”.

En resumen, Moro entiende que su tarea es “juzgar cada caso según la ley, según las pruebas que sean presentadas, respetando el derecho de los acusados, pero también considerando los derechos de la víctima y de la sociedad”.

Convertido en la “década ganada” en uno de los hombres más ricos de la Patagonia, Lázaro Báez acumuló entre 2005 y 2015 un patrimonio que Guillermo Marijuan —uno de los fiscales que lo investiga— calculó en el equivalente a 177 millones de dólares.

Sin embargo, fuentes de Río Gallegos aseguran que la fortuna de Báez es mayor, en parte porque varias de sus propiedades no estarían a su nombre sino de “palos blancos”, como se llama allí a los testaferros.

La cifra de Marijuan surgió del relevamiento realizado por el Tribunal de Tasación de la Nación, que indicó que Báez compró cuatrocientas dieciocho propiedades en esos años, distribuidas en Santa Cruz, Chubut, Buenos Aires y la Capital Federal.

Nada mal para quien participó en la primera campaña de Kirchner a gobernador, en 1991, con un Ford Falcon modelo 1973. El candidato a vice, Eduardo Arnold, recuerda que “el auto de Lázaro tenía las cubiertas tan lisas que, cuando el asfalto estaba escarchado, lo único que hacía era dar trompos por lo cual había que dejar el auto en la ruta y llevarlo a él a su casa”.

“Hoy —cuenta Arnold—, Lázaro es multimillonario. Ya no tiene un Ford Falcon ’73 sino una flota de autos de lujo y de colección. Hasta aviones tiene”.

El rey de la obra pública en Santa Cruz era tan de confianza de Kirchner que fue una de las últimas personas que estuvo con el ex presidente en su residencia de El Calafate, el día antes de su muerte.

Una versión, difundida por distintos medios de comunicación, asegura que los Kirchner comieron la noche anterior en su casa con Báez y su

esposa, Norma Calismonte, y que los cuatro se quedaron charlando animadamente hasta la una y media de la madrugada de aquel miércoles trágico.

Sin embargo, tanto Cristina Kirchner como el matrimonio Báez negaron esa comida.

“Yo nunca conocí a Kirchner ni a la ex presidenta. Lázaro lo vio a Néstor por la tarde de aquel martes; yo nunca iba a ese tipo de reuniones”, le dijo la señora Calismonte al periodista Luis Gasulla en su libro *El negocio político de la obra pública*.

Báez recibió el fallo del juez Ercolini en la cárcel, donde permanecía desde el 5 de abril de 2016, cuando fue detenido por temor a que se fugara en el medio de las investigaciones. Lo apresaron en el aeropuerto de San Fernando, apenas aterrizó en su jet privado junto con su hijo mayor, Martín.

Desde su celda en el penal de Ezeiza, Báez afirmó por teléfono: “No cené con Néstor la noche antes de su muerte; sí estuve con él en su casa de Calafate la tarde de aquel martes 26 de octubre. Lo encontré muy bien de ánimo y de salud; por eso me sorprendió mucho su muerte. Me dijo que iba a ser el candidato para las elecciones de 2011”.

Báez no quiso revelar de qué hablaron esa tarde, pero un ex funcionario de Kirchner —amigo del empresario— aseguró que conversaron sobre las refacciones realizadas en el chalet de 440 metros cuadrados que los Kirchner planeaban inaugurar en Río Gallegos aquel fin de semana.

Según ese informante, las mejoras en la nueva vivienda familiar habrían sido realizadas por una de las empresas de Báez. “En un sentido simbólico, se puede decir que Lázaro fue a llevarle las llaves de su nueva casa”, confió.

El chalet, valuado en 570 mil dólares por la Justicia, está ubicado en la calle Mascarello 441, en el Barrio Jardín, sobre la Costanera, la zona más exclusiva de la capital provincial.

Algunos sitios locales de noticias informaron que parte del inmenso garaje fue convertido en un gimnasio, y que la habitación principal en suite fue completada con un amplio vestidor y un hidromasaje.

Al final, la vivienda fue inaugurada en silencio —en medio del dolor por la muerte del ex presidente— por Cristina y su hija, Florencia, que se

instalaron allí luego del sepelio en el cementerio de Río Gallegos. No tenían ánimo para volver a la casa de El Calafate.

También Cristina Kirchner desmintió la versión sobre la comida con los Báez: “Salió publicado que habíamos cenado con Lázaro Báez. Nunca en mi vida cené con Lázaro”, dijo a la periodista Sandra Russo en el libro *La Presidenta*.

“Habíamos cenado con Patricio y Natalia”, aclaró Cristina.

Se refería a su sobrina Natalia —una de las hijas de su cuñada, Alicia Kirchner, y del sindicalista de los petroleros Armando *Bombón* Mercado, ya fallecido—, que es la única fiscal de El Calafate desde 2005, y a su marido, Patricio Pereyra Arandía.

Báez era muy amigo de Kirchner, pero no se llevaba bien con Cristina, como tantas personas de confianza del ex presidente. Además, en poco tiempo el empresario pasó de rey de la obra pública a preso común con un imperio en franca disolución.

Es comprensible que Cristina quiera poner distancia de Báez.

Sin embargo, el periodista Francisco Muñoz, de OPI Santa Cruz, asegura que ella compartió por lo menos una comida con su marido y con Báez.

El 14 de febrero de 2009, esa agencia informó que la Presidenta y su marido habían almorzado con Báez en la más emblemática de las veintiocho estancias compradas en Santa Cruz por el afortunado empresario: Cruz Aike, a cincuenta kilómetros de El Calafate.

“Yo los vi entrando en Cruz Aike. Lázaro manejaba una camioneta Audi Q7 negra; Néstor iba de acompañante, y Cristina estaba sentada atrás”, cuenta Muñoz.

De acuerdo con OPI Santa Cruz, Fabián Gutiérrez, uno de los secretarios privados de la Presidenta, manejaba un Honda Civic gris metalizado, que era escoltado por dos Toyota Hilux blancas con vidrios polarizados de la custodia.

En todo caso, más allá de lo que declaren los protagonistas y aseguren las fuentes periodísticas, para el juez Ercolini contaron las pruebas reunidas en el expediente, que lo llevaron a concluir que Báez era “amigo de los nombrados Kirchner y Fernández, con el que establecieron numerosas operaciones comerciales”.

Según el juez, Néstor Kirchner primero y Cristina Fernández de Kirchner después fueron los vértices de una asociación ilícita cuyo objetivo era robar dinero del Estado nacional destinado a la obra pública en Santa Cruz.

Siempre de acuerdo con Ercolini, Kirchner asumió el gobierno y llenó los cargos relacionados con la obra pública con “distintas personas de su confianza para llevar adelante las maniobras del plan primigenio”; los conocía de sus tres mandatos en Santa Cruz. Y Cristina, por su lado, mantuvo la “estructura que Kirchner había montado” al asumir la Presidencia, el 10 de diciembre de 2007.

No hizo cambios; estuvo de acuerdo con su marido y mentor; siguió con la “asociación ilícita” y el “plan primigenio”.

Un ingrediente básico de esa “asociación ilícita” fue “la conversión formal de Báez en empresario de la construcción —quien previamente había pertenecido a otro rubro laboral como tesorero del Banco de Santa Cruz y con categoría impositiva de monotributista— para luego ser insertado en el negocio de las contrataciones de áreas de infraestructura del Estado”.

Eso ocurrió cuando Báez fundó Austral Construcciones SA, el 8 de mayo de 2003, apenas diecisiete días antes de que Kirchner asumiera en la Casa Rosada.

En el fallo, Ercolini detalló los beneficios que el gobierno otorgó a Báez para que terminara concentrando casi el 80 por ciento de la obra pública en Santa Cruz a través de Austral Construcciones SA y de empresas afines, como Kank y Costilla SA y Sucesión de Adelmo Biancalani, cuya sede está en Resistencia.

Entre esas prerrogativas, mencionó un “constante incumplimiento de los plazos de obra y una marcada desigualdad en el plazo de pagos con relación

a otras empresas contratistas”. Además, nadie controlaba la calidad de las obras y si las hacía o no.

En ese sentido, el juez destaca que en los dos mandatos de Cristina, entre 2007 y 2015, Báez cobró el equivalente a 2.196 millones de dólares, el 11,4 por ciento del total de pagos realizados por Vialidad Nacional. Era el primero del ranking; ese dinero era el doble de lo que había recibido el contratista ubicado en el segundo lugar.

Y que, cuando Cristina dejó la Presidencia, el único contratista al que Vialidad Nacional no le debía un peso era Báez. A pesar de que de las veintiséis obras que tenía en ejecución, en veintitrés no había cumplido los plazos previstos.

Tantos beneficios durante tantos años seguidos no alcanzaron para que brotara allí un empresario verdadero: Austral Construcciones SA no sobrevivió a la derrota electoral del Frente Para la Victoria. Ya en diciembre de 2015, entró en una crisis que condujo al cierre definitivo en mayo de 2016, trece años después de su fundación.

Una parábola perfecta para cerrar el ciclo de quien, como subrayó Ercolini varias veces a lo largo de su sentencia, recién “devino en empresario de la construcción en el año 2003”.

También el hijo menor de Báez recordó una comida con Néstor y Cristina en la estancia Cruz Aike. “En ese asado, estaba Osvaldo Sanfelice”, dijo Leandro Báez al declarar ante otro juez, Claudio Bonadio, quien investigaba si una empresa familiar de los Kirchner —Los Sauces SA— era, en realidad, una pantalla para canalizar el cobro de coimas o retornos, como había denunciado la diputada Margarita Stolbizer.

Osvaldo *Bochi* Sanfelice es el asesor y operador histórico de los Kirchner para sus negocios inmobiliarios; fue apoderado de Los Sauces SA y de otras compañías vinculadas.

Creada el 7 de noviembre de 2006, Los Sauces SA administraba las propiedades de los Kirchner; sus dos clientes principales eran Báez y Cristóbal López, quienes alquilaban departamentos y habitaciones en

hoteles de la familia presidencial para alojar allí a los empleados de sus empresas.

López fue otro empresario muy beneficiado durante la “década ganada”, en el juego —ya tenía una red de locales a partir de su casino en Comodoro Rivadavia—, pero también en nuevos negocios, como el petróleo, la construcción y los medios de comunicación.

Por esos alquileres, Báez y López pagaron a los Kirchner casi 26 millones de pesos entre enero de 2009 y el 31 de marzo de 2016.

El 4 de abril de 2017, Bonadio procesó a Cristina Kirchner porque formaría parte de “una asociación ilícita en calidad de Jefe, el cual concurre en forma real con el delito de lavado de activos de origen ilícito agravado por su habitualidad, por formar parte de una asociación y por ser funcionario público, y el de negociaciones incompatibles”.

Y le prohibió la salida del país, aunque tampoco dispuso su prisión preventiva. Cristina apeló el fallo ante la Cámara Federal de Casación Penal, al igual que los otros procesados; en un eventual juicio oral, se estima que podría ser condenada hasta a dieciséis años de cárcel.

Sus hijos, Máximo, diputado nacional, y Florencia, “cineasta y escritora”, también fueron procesados ya que el juez consideró que “Cristina Elisabet Fernández y Máximo Carlos Kirchner son los jefes de la banda, a la que, luego de la muerte de su padre, ingresó Florencia Kirchner contando, a partir de allí, con poder de decisión sobre la sociedad”.

Según el juez, el único objetivo de la creación de Los Sauces SA fue canalizar el dinero de coimas por “el indebido otorgamiento de la concesión de obra pública, de licencias habilitantes de juego y/o de áreas de la industria petrolera, e introducirlo en el mercado financiero, procurando brindarle la apariencia de origen lícito”.

Bonadio destacó que esa empresa “no tiene una sede real; no tiene empleados que trabajen para el objeto social de la firma; sus empleados: Ángel Ramón Díaz Díaz es jardinero en la finca de la calle Mascarello 441 [el chalet de Cristina en Río Gallegos], y Florencia Kirchner, no se sabe cuáles son sus tareas, como miembro del directorio o empleada, ni por qué cobra un sueldo como empleada cuando claramente no desempeña labores para la sociedad”.

Bonadio procesó a un total de veintiuna personas, entre ellos Báez, López y Sanfelice, los tres como “organizadores” de la asociación ilícita, un escalón por debajo de los presuntos “jefes”.

Si Ercolini investigó cómo los Kirchner habrían direccionado la obra pública para beneficiar al amigo Báez, Bonadio intentó descubrir cómo habrían hecho Báez y López para devolver a la familia presidencial parte del dinero presumiblemente ganado en forma indebida.

Por eso, Bonadio señaló en su fallo que ambas investigaciones estaban unidas y sugirió que deberían integrarse en la causa de Ercolini una vez que las sentencias fueran ratificadas por la Cámara Federal.

Con su esposa como Presidenta, Kirchner siguió ocupándose de las cosas que le importaban, entre ellas la fluidez de la obra pública en Santa Cruz. Daniel Peralta había sido elegido gobernador en 2007 promovido por él, pero no le daba a la obra pública la centralidad que el ex presidente esperaba. Así que a los pocos meses de asumir, lo convocó a Olivos.

Peralta señala que “Néstor siempre tuvo un fuerte apego a la obra pública y la verdad es que el 70 por ciento de la obra pública que yo recibí como gobernador había sido hecha por él. Y la gente apreciaba eso; por ejemplo, todos elogiaban el puerto de Caleta Paula”.

“Pero —explica— yo pensaba, y pienso que, más que seguir haciendo rutas, había que direccionar la obra pública hacia la producción. Por ejemplo, me parecen bien las dos represas previstas por el kirchnerismo porque la energía nos sirve para organizar parques industriales. Además, pensaba que debía favorecer el consumo popular; en una provincia donde el salario público es tan importante, si se deprimen, sufren el comercio y toda la actividad económica. Por eso, yo hacía política peronista: ponía plata en el bolsillo de la gente”.

Peralta recuerda cómo fue esa reunión en Olivos.

—Flaco, vos le ponés mucha guita a los maestros, a los judiciales, y después los maestros, los judiciales te votan en contra —le recriminó el ex presidente.

—Sí, pero tengo que gobernar la provincia.

—Tenés que poner más guita en la obra pública.

—Tengo el presupuesto muy acotado. Además, vos ya hiciste mucha obra pública. Y vos sabés bien que el salario del sector público mueve la economía de la provincia.

—Sí, pero así no te va a ir bien.

—Ojo que yo estoy a favor de la obra pública, pero la gente no come ladrillos. Tengo que buscar un equilibrio.

—Pero ¿no vas a hacer obra pública?

—Sí, pero direccionada hacia la producción; no tantas rutas y caminos. Y buscando más un equilibrio con los salarios.

—Está bien, vos sos el gobernador y sabés lo que hacés. Después, lo hablarás con Cristina.

“Me fui contento —continúa Peralta— porque creí que había entendido mi punto de vista y me respaldaba, pero después comprendí que, en realidad, me estaba avisando que me iban a sacar la obra pública. Eso fue cuando toda la obra pública provincial pasó a ser manejada por Vialidad Nacional, y lo que no venía a través de Vialidad Nacional, iba directamente a los municipios”.

Más allá de los fallos de Ercolini y Bonadio —basados en las pruebas reunidas en las investigaciones judiciales— todas las fuentes consultadas coinciden en que el amigo de Báez era Kirchner, pero no Cristina.

Los dos se llevaban tan bien que hasta compartían el gusto por el dinero físico; cuantas más altas las pilas, mejor.

Carlos Portela, dirigente peronista de Santa Cruz, asegura que “Lázaro es muy buena persona, muy buen amigo, muy generoso: dio mucho trabajo, regaló casas. ¡A cuántos les hizo, gratis, la casa nueva! Por ejemplo, cuando se enteraba de que a alguien que no tenía dinero se le había quemado la vivienda”.

“Eso sí: le gusta mucho la plata y lo decía: ‘¡A mí me gusta la plata!’, era una de sus frases favoritas. Uno de sus familiares me contó una noche

que él guardaba en su casa pilas de billetes de un metro de alto”, asegura.

Portela dice que iba muy seguido a la casa de Báez: “A él le gustaba mucho como yo hago el cordero a la cerveza negra. Una vez estaba haciendo un cordero y suena el teléfono; atiende Leo, el más chico de sus hijos varones:

—Papá, te llama El Jefe.

Así lo llamaba Lázaro a Néstor; lo quería mucho y por eso, cuando murió, le hizo el mausoleo, pero yo creo que era su empleado más que su amigo. Aquella vez, Néstor le dijo que fuera a verlo a la residencia del gobernador y Lázaro nos dejó a todos plantados”.

Portela recuerda que él fue el primero que confeccionó remeras con la inscripción “Néstor Presidente”: “Dos mil remeras; las pagó Lázaro, por supuesto. Eso fue en el primer mandato de Kirchner como gobernador. Las hicimos bordadas, pero Cristina las vetó:

—Son demasiado caras —dijo ella.

Por eso, las estampamos; sale más barato.

El pibe menor de Lázaro, Leo, las usaba siempre.

—Este va a ser mi presidente —decía”.

Portela señala que, luego de que Kirchner fue elegido gobernador, la situación patrimonial de Báez comenzó a mejorar, “pero siempre cultivando un perfil bajo, tanto él como su esposa y sus cuatro hijos. Lázaro ya trabajaba en el banco provincial, pero con Néstor en la gobernación, pasó a manejar el banco”.

El senador radical Alfredo Martínez coincide en que Báez se convirtió en el hombre fuerte del Banco de Santa Cruz; tanto que, cuando él fue intendente de Río Gallegos y tuvo inconvenientes con Kirchner, “lo llamé a Lázaro, que estaba a cargo del banco. Yo lo conozco mucho porque el padre de la esposa de él, Norma, trabajaba con mi padre”.

Chiquito Arnold, el ex vicegobernador de Kirchner, cuenta que, luego de aquella campaña con el Ford Falcon modelo ‘73, “Lázaro fue nombrado adscripto de la Gerencia General del banco, y todos los negocios importantes que hacía el banco, directamente los hacía él con Kirchner, puenteando al presidente del banco”.

Arnold explica que Kirchner y Báez “comenzaron a interesarse en la obra pública en el último mandato de Néstor como gobernador, cuando Lázaro no solamente manejaba los pagos de los certificados de obra a las constructoras sino que, por la tarde, ya gerenciaba en las sombras a algunas de esas empresas”.

“Kirchner —enfatisa— se adueñaba de esas empresas y eso marca una diferencia con todo lo conocido hasta entonces. No era que cobraba una coima a las empresas a las que les adjudicaba una obra sino que se apropiaba de ellas, muchas de las cuales seguían con sus antiguos dueños al frente, pero solo de una manera formal”.

“A simple vista —agrega— parecía que todas seguían siendo empresas diferentes. Kirchner organizaba toda una parafernalia para los actos de apertura de las licitaciones, invitando a las llamadas fuerzas vivas, pero estaba todo cartelizado y de antemano se sabía quién iba a ganar cada concurso”.

Portela recuerda que el debut de Báez en el mundo de la obra pública fue con la empresa Palma Construcciones SA, que era de su cuñado, Diego Palleros, hijo del coronel retirado Diego Emilio Palleros, pieza clave en la venta de armas a Croacia y Ecuador, entre 1991 y 1995.

“Palleros hijo —cuenta Portela— está casado con la hermana de Báez. Palleros padre pidió asilo en Sudáfrica, donde no hay extradición a la Argentina, y allí se quedó. Yo estaba en la casa de Lázaro cuando le avisan a Palleros hijo que el padre había recibido una herencia de 30 millones de dólares y le piden que se fuera a Sudáfrica a avisarle. Raro, ¿no? Siempre supuse que podía haber sido lo que le tocó en el tráfico de armas”.

Siempre según Portela, Palleros y su familia se fueron a vivir a Sudáfrica, y Palma Construcciones SA “pasó a ser manejada por Lázaro cuando todavía estaba en el banco provincial”.

El paso siguiente fue Gotti Hermanos, la constructora más importante de Santa Cruz, con fuerte predicamento a nivel nacional. Una empresa dirigida por el inmigrante italiano Vittorio Gotti, *El Tano*, que se quedó con

la mayor parte de la obra pública durante las tres gestiones provinciales de Kirchner.

En el último mandato de Kirchner como gobernador, Gotti, que se acercaba a los 70 años, comenzó a sentir la presión de Báez para que le vendiera la compañía, que había contraído deudas con el Banco de Santa Cruz y enfrentaba algunos pedidos de quiebra. Al parecer, su hijo Sergio Gotti jugaba a favor de Lázaro.

Portela era también muy amigo de Gotti, al que consideraba su segundo padre: “Me quería mucho, cenábamos casi siempre en su casa, con su mujer”.

Y cuenta que “un mediodía, charlando con Lázaro en la mesa, me dice:

—Che, Carlos, vos que sos amigo de Vittorio, decile que le compramos un piso en Buenos Aires y un Mercedes Benz, y nosotros con Sergio manejamos la empresa.

—Mirá, Negro, yo le voy a decir pero conociéndolo al Tano, me va a mandar a la mierda.

Esa noche, voy a comer a la casa del Tano:

—Te voy a comentar algo que me dijo el Negro.

—¿Qué carajo quiere ese Negro de mierda?

Le cuento y me dice que no.

—Yo te voy a explicar algo. La empresa, por la empresa que es, no vale mucho: camiones, máquinas, algunos terrenos. Ellos lo que quieren es la capacidad de obra de mi empresa; sumar luego otras empresas también por su capacidad de obra y, al final, quedarse con toda la obra pública en la provincia”.

Es que las obras se adjudican en base a dos requisitos debidamente certificados: la capacidad técnica y la espalda financiera de cada empresa.

Según la Justicia, la estrategia de Báez consistió en formar un holding informal —varias compañías seguían figurando a nombre de sus anteriores dueños—, acordar entre ellas los precios que ofrecerían en las licitaciones, y asegurarse así la mayor porción de la obra pública en Santa Cruz.

Portela explica que “al poco tiempo, se inauguraba la rotonda Samoré, en la entrada de Gallegos, pero él no quería ir. En otra cena en su casa, le saco el tema.

—La obra de la rotonda la hiciste vos, ¿cómo no vas a ir a la inauguración?

—No, si no me la pagaron. No me están pagando los certificados de obra.

—Pero es una buena oportunidad para hablar con Néstor y decirle.

Lo convencí y fuimos. Lo estoy viendo: Vittorio llevaba una campera de cuero negro y pantalones grises. En un momento, se le acerca a Néstor, que estaba acompañado por Lázaro.

—Che, Néstor, ¿cuándo me van a pagar los certificados? Déjense de joder —le dice.

—¿Vos querés cobrar? —le pregunta Kirchner metiéndole el dedo en la panza—. A partir de mañana, este tipo está en tu empresa —y lo señala a Lázaro.

Vittorio siguió en la empresa; sus familiares, también. Pero ya Lázaro empezó a mandar; logró el control total de la compañía cuando el domingo 4 de abril de 2004, en un accidente en la ruta con su camioneta, murieron El Tano, su esposa y un amigo de Córdoba que estaba de visita.

Fue viniendo de Punta Arenas a Gallegos, doscientos sesenta y dos kilómetros; un accidente que dejó muchas dudas a todos; a mí, porque viajé con Vittorio a todos lados, incluso a Estados Unidos, y él tenía toda una rutina para manejar, conocía esa ruta de memoria y nunca pasaba los 140 kilómetros. Decían que venía a más de 200; yo nunca lo pude creer”.

Cuando el operador financiero arrepentido Leonardo Fariña sugirió en 2013 —en el programa *Periodismo Para Todos*, de Jorge Lanata— que el accidente no había sido tal, Báez, en un gesto inusual, salió a desmentir la sospecha: “Se me atribuye la muerte de una persona que es muy cara a mis sentimientos; es una barbaridad”.

Pero, el salto de Báez hacia el llamado Club de la Obra Pública —los contratistas más relevantes a nivel nacional— ocurrió cuando fundó Austral Construcciones SA con un par de socios; uno de ellos, el hijo de Gotti, Sergio.

Ya con el respaldo de su amigo presidente, Austral Construcciones SA creció en forma exponencial y se convirtió en la nave insignia de todo un holding: en poco tiempo, los negocios de Báez se derramaron hacia el rubro

inmobiliario, el agro, el petróleo, los medios de comunicación, las finanzas, la logística y hasta un club de fútbol, Boca Río Gallegos.

Según el senador Martínez, “el obrador principal de Austral tenía diez veces más maquinarias que Vialidad. Fue un crecimiento enorme y no solo en Santa Cruz. Uno comienza a recorrer la geografía del país y ve que tiene intereses en muchos lados”.

Martínez —radical, arquitecto y miembro de la comisión de Obras Públicas del Senado— enumera “sociedades con Nicolás Caputo, sociedades con una empresa de Ángelo Calcaterra”, refiriéndose a empresarios relacionados con Mauricio Macri y el PRO.

Y agrega: “Lo que denota, de alguna manera, cómo fue el crecimiento enorme que tuvo y el respeto que la gente de la obra pública le tenía a Lázaro Báez. Primero, por su crecimiento mismo, y segundo por ser considerado como el amigo del Presidente”.

En diciembre de 2016, aunque Austral Construcciones SA estaba cerrada desde hacía siete meses, llamaba la atención el nutrido parque de camiones y maquinarias estacionados en el inmenso playón de la sede de la compañía, a un costado de la Ruta 3, entre el aeropuerto y la capital provincial.

Descansaban allí varios centenares de vehículos, ordenados como en una exposición muda de una época de esplendor que ya había sido.

Capítulo 18

“¡PARA QUÉ TANTO DINERO!”

Ceferino Reato



En esta unidad básica empezó todo, en 1982. Como reflejo del ocaso del kirchnerismo, en diciembre de 2016 el inmueble era ofrecido en alquiler.

OceanofPDF.com

Había cosas que él no le contaba a Cristina. Los temas patrimoniales, claramente. Él le decía a sus funcionarios: “Esto lo hablás conmigo”. O bien: “No le lleves problemas a la Doctora”.

El ex canciller y ex diputado Rafael Bielsa.

*Néstor era mi amigo desde siempre. Ella no.
Esto lo hice con mi amigo y queda acá.*

Lázaro Báez sobre su holding, según Leonardo Fariña, ex operador financiero del empresario y testigo protegido, en su declaración judicial del 8 de abril de 2016.

Pruebe nuestro café “Bolso de López”. Bien cargado!!!!

Publicidad casera en la pizarra en Borges & Álvarez, Libro Bar, en el centro de El Calafate.

El dinero como medio indispensable para acumular poder. O el dinero como fin en sí mismo, más que el poder. Las opiniones están divididas sobre para qué quería Kirchner tanta plata; lo que no se discute es que el dinero le importaba mucho.

El político, analista y escritor Julio Bárbaro —partidario de Kirchner hasta 2007— es de los que piensan que “identificaba el poder con el dinero,

pero le importaba más el dinero. La política era, en el fondo, el decorado de los negocios. Era un personaje en su ambición más pura”.

Siembre estaba pensando en el dinero. Bárbaro recuerda que en 2003 Kirchner nombró como director ejecutivo del Organismo Nacional de Administración de Bienes del Estado (Onabe) a Fernando Suárez, “un historiador que era muy amigo nuestro, de nuestro grupo político más chico.

—Te estoy haciendo rico —le dijo Kirchner en voz baja durante la ceremonia.

Fernando me llamó luego por teléfono y me contó lo que había pasado. Lo noté muy preocupado.

—A mí no me interesa hacer dinero sino hacer política. ¿Se lo podés decir a Néstor? —me pidió.

Yo fui a verlo al Presidente.

—Fernando no quiere tocar un mango. Me pidió que te lo dijera”.

Un ex funcionario de Cristina Kirchner, que también era de Racing como el ex presidente, cuenta que “Néstor siempre preguntaba cuánta plata tenía tal o cual personaje. Te decía: ‘¿Cuánta plata tiene Milito?, ¿cuánta guita tiene Maradona?, ¿cuánto dinero hizo la Brujita Verón?, ¿cuánto tiene ya Del Potro?’. Te medía por el dinero. Te hacía un cálculo de cuánto más o menos tenías y, en función de eso, sacaba cuánta espalda tenías”.

“Recuerdo —agrega— una frase de él. Néstor decía que no quería dejarles balas a los empresarios para que ellos pusieran al presidente. Porque era la política la que debía poner al presidente; no los empresarios. Su idea era no dejarles margen en los grandes negocios para que los tipos después no le impusieran un nombre”.

En su opinión, Kirchner “asociaba la guita únicamente al poder. No la disfrutaba: no se compraba pilchas de la puta madre ni vivía viajando ni comía en restaurantes de alta gama ni andaba en autos carísimos. Él siempre tuvo una vida —por lo que uno pudo ver— relativamente austera”.

Otro ex funcionario, que sobrevivió a los tres gobiernos K aunque en distintos cargos, afirma que “solo le interesaban la política y la guita vinculada con el poder. Recuerdo una discusión sobre la esencia de la política con Néstor y con Julio Bárbaro. Julio decía que lo importante de la política no era tanto el dinero como la conciencia. Yo hablaba de la

capacidad para hacer política y de la guita como un medio. Néstor cerró la discusión de este modo: ‘Eso puede ser en otros países. Acá es distinto, y la guita es un recurso clave. No te dejan sentar a la mesa del poder si sos un seco’”.

Dinero para gestionar y ganar elecciones, y dinero también para asegurarse que, si debía dejar el gobierno, siguiera teniendo poder para, por ejemplo, no terminar en la cárcel.

El informante recuerda la primera reunión con Kirchner en la que hablaron de su proyecto presidencial.

“Eso fue —dice— en mayo de 2000, en un café en Solís y Alsina, a un par de cuadras del Congreso. Yo lo fui a buscar al despacho de Cristina, que era senadora. En el café nos esperaba un grupito de dirigentes de la provincia de Buenos Aires; todos queríamos saber si él iba a largarse como candidato o no.

—Yo estoy dispuesto a encabezar un grupo hacia la Presidencia. Estoy en eso —nos dijo luego de tres horas de charla.

—Se necesita plata —le comenté.

—Tengo plazos fijos por tres millones de pesos, ¿qué te parece?

—No alcanza, pero algo vamos a hacer.

Años después, yo lo cargaba.

—Che, a esos tres millones de pesos que tenías en plazos fijos nunca los gastaste.

Le costaba mucho poner plata de su bolsillo y eso explica la penuria al inicio de nuestra campaña. Cuando había que pagar los cafés o una cena, se levantaba sin pagar, con cualquier excusa, aunque a veces hacía una seña a alguno de sus acompañantes de la gobernación, que se acercaba y levantaba la cuenta”.

Un tercer funcionario que tampoco quiere que su nombre trascienda cuenta que en 2007 fue a pedirle dinero a Kirchner junto con Juan Carlos *Chueco* Mazzón, que era el coordinador de Asuntos Institucionales de la Unidad Presidencial; es decir, el principal operador político del Presidente, como antes lo había sido de Carlos Menem y de Eduardo Duhalde.

Aquel año, además de presidente y vice, se elegía también a todos los gobernadores, aparte de los cargos legislativos.

—En Salta, hay que hacer un esfuerzo más para que gane [Juan Manuel] Urtubey —le dijo Mazzón.

—Claro, la otra lista es la de [Juan Carlos] Romero y él siempre fue contra —lo avaló el Presidente.

—Estuvimos haciendo cuentas y necesitamos unos 300 mil pesos [eran casi 100 mil dólares] —explicó el ex funcionario.

—Está bien, se los doy. Pero yo les di los cargos para que la hagan ustedes; no para que me la pidan a mí.

“Nos fuimos silbando bajito con El Chueco”, recuerda el informante.

Mazzón murió el 7 de agosto de 2015, cinco meses después de que fuera despedido por Cristina porque apoyaba abiertamente a Daniel Scioli como candidato oficialista para las elecciones de aquel año, en sintonía con los gobernadores peronistas, y había dejado afuera a La Cámpora en el armado de listas en la provincia de Mendoza.

Las fuentes consultadas coinciden en que la muerte de Kirchner hizo temblar el esquema de negocios que el ex presidente había diseñado con tanta prolijidad que anotaba a mano los nombres, las fechas y los números en cuadernos que todos sus allegados juran haber visto alguna vez.

Una contabilidad precaria pero bastante eficaz, tanto que ninguno de esos cuadernos ha visto la luz pública, al menos hasta ahora, y que —por lo que surge en las investigaciones judiciales— Kirchner acumuló muchísimo dinero.

Kirchner era el vértice de todo ese esquema, el único que conocía el mapa completo del tesoro. Porque lo había hecho él mismo y —no hay ninguna fuente que indique lo contrario— no le comentaba a su esposa todos los detalles de un rompecabezas para el que hacía falta una vocación y una energía fuera de lo común.

Es cierto que Cristina conocía muy bien a su marido; sabía cuáles eran sus dos grandes obsesiones: el dinero y el poder. Y estaba convencida de que para jugar en política hacían falta recursos.

Se lo dijo, por ejemplo, al abogado Rafael Flores, luego diputado nacional. Flores cuenta que, durante la dictadura, “defendí a una señora, Victoria de Aaset. Le querían ejecutar una hipoteca por un crédito tomado bajo la Circular 1.050 del Banco Central. Era un caso de usura de acá a Japón” porque ella ya había pagado, pero Kirchner no le había devuelto esos pagarés.

Siempre según Flores, cuando encontró a Cristina en el juzgado, “le pregunté: ‘¿Por qué ustedes hacen esto?’. Y me respondió: ‘Porque para hacer política hace falta plata’”.

“Cristina —afirma Flores— sabía bien lo que hacía Kirchner, pero no conocía ni quería conocer los detalles. Aunque le interesaba mucho que las cosas se hicieran porque si algo le gustaba a Cristina era gastar plata y exhibir riquezas”.

El periodista, escritor y analista Jorge Asís encontró la síntesis perfecta citando a un dirigente kirchnerista anónimo: “A Ella le gusta gastarla sin saber cómo se la junta”.

Para el ex canciller y ex diputado Rafael Bielsa, “había cosas que él no le contaba a Cristina. Los temas patrimoniales, claramente. Él le decía a sus funcionarios: ‘Esto lo hablás conmigo’. O bien: ‘No le lleves problemas a la Doctora’. Eran temas que solo debían ser tratados con él”.

Sostiene Bielsa que era una manera de protegerla porque Kirchner “necesitaba una figura que no fuera vulnerable en ese aspecto; que no tuviera la vulnerabilidad que deriva del trato ordinario con cuestiones susceptibles de crear futuros problemas, como el dinero”.

“Néstor —agrega— construyó a Cristina con tres aspectos distintivos: 1) La belleza y la gracia física así como la elocuencia discursiva, de las que él carecía; 2) A juicio de él, la cultura, que a él le era prescindible, solo con excepción de la economía, que leía sin fatiga, y 3) El lustre, la irreprochabilidad, que él necesitaba.

Lo logró, según dicen, por ejemplo, los empresarios”.

Para el periodista santacruceño Francisco Muñoz, la muerte de Kirchner fue un hecho crucial: “Néstor era el jefe político del kirchnerismo y el verdadero ministro de Economía. El tipo se murió y se murió todo. Cuando se murió Néstor, se murió el kirchnerismo”.

Muñoz, uno de los dueños de la agencia OPI Santa Cruz, afirma que solo Kirchner conocía todo el entramado de negocios y de poder que él mismo había construido.

“Ella —agrega— no sabía cómo funcionaba el mecanismo. No tenía idea. Después de que Néstor se murió, uno de sus secretarios de mayor confianza, Daniel Muñoz, estuvo varias semanas desorientado porque era uno de los que se encargaba de ir a buscar ‘las rueditas’. ¿Viste que las valijas tienen ruedas? En la jerga de ellos, eran ‘las rueditas’. Él buscaba ‘las rueditas’, pero Cristina se las rechazaba. ‘La doctora no las quiere’, explicaba Muñoz, y todos quedaban muy preocupados porque pensaban: ‘Esta nos va a hacer pelota’. Me refiero a distintos empresarios de Buenos Aires porque acá el único empresario importante era Lázaro Báez”.

Según Muñoz, el periodista, el susto de esos empresarios duró un par de meses, pero “al final, no pasó nada”.

El otro Muñoz, el secretario falleció de cáncer en 2016; había hecho fortuna, como tantos ex colaboradores K.

El ex diputado Flores coincide en que “después de la muerte de Kirchner, a Cristina todo le entra en crisis. El sistema económico del kirchnerismo entra en crisis porque faltaba el tipo que lo mantenía unido, que lo controlaba, que se fijaba con una obsesión absoluta lo que entraba y salía de ese sistema”.

Un ex funcionario de los Kirchner —no quiere que su nombre aparezca porque lo que cuenta “resulta jurídicamente autoincriminatorio”— afirma que, cuando la Presidenta quedó viuda, “comenzaron a desfilar por Olivos los empresarios que iban a rendirle cuentas de los ‘pactos preexistentes’, de los acuerdos con Néstor. Me consta que ella los habría corrido de Olivos tirándoles los cuadernos por la cabeza. En el sentido moral y hasta estético, puedo entender que a ella la situación le repugnase. No quería saber nada con eso”.

Y asegura que “cinco semanas después de la muerte de Néstor, un empresario fue a la residencia de Olivos a entregarle la cuota mensual para Néstor, que era de un millón de dólares por una de sus principales empresas. Néstor había muerto el 27 de octubre y se habían acumulado dos meses, así que iba con dos millones de dólares:

—¿Cuánto tiene que aportar por esa empresa? —le preguntó ella.
—Un millón de dólares por mes.
—¿Quién trae el dinero?
—Yo mismo.
—¿Dónde lo deja?
—Lo traigo acá, pero no lo dejo en ningún lado. Lo entrego, personalmente.
—¿Y a quién se lo entrega?
—A Néstor Kirchner.
—¿Cuánto me dijo?
—Un millón de dólares.
—¡Para qué tanto!
—...
—Mire, ahora las cosas cambiaron... ¡Acá no me traen un centavo más!
El tipo se fue con la plata. Un palo verde mensual por empresa; más lo que el empresario había dejado en otros lados.
Pero, en otro orden de cosas, a ninguna empresa le fue mal en la Argentina de todos esos años. Néstor era balanceado; llevaba muy bien los números y no afectaba el corazón de cada negocio”.

Distintas fuentes aseguran que algunos empresarios y personas de confianza de Kirchner no habrían aparecido nunca a rendir cuentas del dinero o de los activos que tenían a nombre de ellos, pero que serían de él.

Otra vez habla el ex funcionario de los Kirchner que teme autoincriminarse: “El que identifica el mapa es Máximo, que ya se estaba ocupando de los números por mandato de su padre desde una inmobiliaria en Río Gallegos que funcionaba como El Aleph de Néstor”, dice en alusión “al inefable centro de mi relato” del que habla Jorge Luis Borges en su famoso cuento.

Sostiene Muñoz, el periodista, que la supuesta modalidad elegida por Kirchner para ocultar sus presuntos activos habría facilitado que muchos

testaferros o “palos blancos” asumieran como propios los bienes que ya habían vendido.

“Supongamos —explica— que nosotros dos somos los dueños de un restaurante. Venía Lázaro y nos decía: ‘Nosotros vamos a comprar el 95 por ciento del restaurante. Pero ustedes dos se quedan con el 5 por ciento y, hacia afuera, siguen siendo los dueños’. Así compraron muchísimas empresas, sobre todo para integrar la cadena de proveedores en la obra pública”.

“Luego de la muerte de Kirchner —agrega—, muchas personas a las que les habían comprado el 95 por ciento de su negocio se las arreglaron para seguir siendo dueños del total como si nunca hubieran vendido nada”.

Por su lado, el ex diputado Flores afirma que “aparecieron el cuentapropismo y las mejicaneadas de testaferros que se avivaron y se quedaron con todo o con parte de ese todo que tenían a su nombre. Además, convengamos en que Cristina no se hacía querer mucho”.

“En simultáneo —señala Flores—, Cristina se empeñó en alejar al círculo íntimo de Kirchner; en especial, a aquellas personas que conocían secretos para ella inaccesibles, no solo de sus negocios sino también de mujeres. Esos amigos que le cubrían aspectos de la vida privada de su marido que la ponían muy mal. También se alejó de aquellos a los que ella simplemente detestaba hasta por una cuestión de piel”.

De todos modos, era un esquema bien aceitado, que venía siendo probado y mejorado desde Santa Cruz, por lo cual sobrevivió a la muerte del líder, aunque con varias fisuras que se agravarían luego de la derrota a todo campo en las últimas elecciones presidenciales y de gobernadores.

Un personaje clave en ese mecanismo era el secretario de Obras Públicas, José López, aunque siempre en un discreto segundo plano. Se convirtió en una celebridad de la corrupción el 14 de junio de 2016 a la madrugada, cuando fue apresado mientras intentaba esconder bolsos con casi nueve millones de dólares en un convento en el Gran Buenos Aires.

Los santacruceños conocían bastante a este ingeniero tucumano al que le gustaba tocar la guitarra y cantar folclore. Por ejemplo, el senador radical Alfredo Martínez explica que, cuando un intendente deja el cargo, designa a

uno de sus funcionarios de confianza para que acompañe con su firma la primera resolución del nuevo jefe municipal.

Martínez asumió la intendencia de Río Gallegos en 1991 en reemplazo de Kirchner, que había ganado la gobernación, pero no había podido hacer elegir a su reemplazante.

“La persona —cuenta— que me dejó para mi primera firma como nuevo intendente era, precisamente, López, que se venía desempeñando como secretario de Obras Públicas del municipio. López tuvo luego un papel muy importante en los doce años y medio del kirchnerismo en el gobierno nacional, en especial en la relación con los gobernadores e intendentes”.

¿Quién mejor que Lázaro Báez para ilustrar cómo habría funcionado el esquema económico de Kirchner antes y después de la muerte del ex presidente?

“Lázaro decía textualmente: ‘Néstor era mi amigo desde siempre. Ella no. Esto lo hice con mi amigo y queda acá’, refiriéndose a su emporio”. Son palabras de Leonardo Fariña, del 8 de abril de 2016, cuando declaró durante doce horas como “testigo protegido” ante el juez Sebastián Casanello.

Fariña, que en su momento de esplendor se casó con la modelo Karina Jelinek, aunque por poco tiempo, fue operador financiero de Báez y también estuvo preso —dos años y un mes—, acusado de lavado de dinero y evasión fiscal.

Él declaró en la causa bautizada “La ruta del dinero K”, que fue denunciada por Jorge Lanata en 2013, en su programa de Canal 13.

Báez ya desmintió los dichos de Fariña: “¡No! ¡No! A mí no me asesoró nunca Fariña. Eso es una mentira”.

Sin embargo, Fariña aseguró ante el juez que le constaban “los estrechos contactos entre el señor Báez y el señor Kirchner, como, a su vez, posteriormente a su muerte, con la doctora Cristina Fernández”.

Según Fariña, la obra pública fue “la caja primordial del gobierno que inició Néstor Kirchner. Un plan sistémico”, en el cual “el adelanto de obra o

adelanto financiero era el retorno que se debía pagar por la adjudicación de la obra”.

Se refería al porcentaje del contrato que el Estado adelantaba al ganador del concurso antes de que comenzara los trabajos y que, según el arrepentido, era igual al sobreprecio de cada licitación.

Fariña aseguró que, acto seguido, cada contratista utilizaba facturas apócrifas por gastos truchos, con las cuales podía justificar el pago de la coima. Y que luego ambas partes —quien adjudicaba la licitación y quien la ganaba— lavaban el dinero público robado.

En su declaración judicial, Fariña afirmó que eran los “cinco pasos del plan sistémico, cuyo objeto era el vaciamiento de las arcas públicas mediante la obra pública”: sobreprecio, que él estimaba en el 20 por ciento del total del contrato; adelanto por ese porcentaje; facturación apócrifa; pago de la coima, y lavado del dinero apropiado.

Báez habría cumplido dos roles: socio de Kirchner y custodio de parte de la fortuna del ex presidente. “La realidad —declaró Fariña— es que, a diferencia de otros empresarios, más allá del negocio en común que tenía Néstor Kirchner con Lázaro Báez, Lázaro guardaba parte del dinero de Néstor Kirchner proveniente de los negocios”.

“Y cuando —agregó— Néstor muere, Cristina no estaba al tanto de todo lo que Báez tenía. La presidenta de la Nación no tenía conocimiento de algunas cosas”.

¿Qué habría hecho entonces Cristina? Siempre según Fariña, “ella, junto con su hijo, fueron golpeando a los empresarios más emblemáticos amigos del marido, reclamando lo que teóricamente era de él, y ahí viene el cortocircuito entre Lázaro Báez y Cristina Kirchner”.

¿Por qué? Porque, por primera vez, “el señor Báez accede a realizar determinadas operaciones con parte de su caudal de dinero negro”. En su declaración ante el juez, Fariña detalló envíos a Europa —Suiza, en especial— y Estados Unidos.

Según Fariña, Báez consideraba que no tenía nada que compartir con Cristina; que “lo que yo hice con mi amigo es nuestro”, es decir, de él, y que, por eso, se apuró a sacar fuera del país todo el dinero que pudo.

Esa era su tarea específica como operador financiero, admitió Fariña. Tan activos se volvieron que —aseguró— hicieron fluctuar la cotización del euro y hasta llamaron la atención de Estados Unidos.

Eso habría ocurrido a fines de 2010, cuando “me llamó Lázaro, que quería hablar urgentemente conmigo, y me cita a las oficinas de la calle Carabelas”, cerca del Obelisco, en la Capital Federal. Le contó que “había venido de hablar con La Jefa, que es Cristina Kirchner, y que le había preguntado si él estaba sacando dinero al exterior porque desde la embajada de Estados Unidos le habían comunicado eso. A lo cual, él me dice que le responde que de ninguna manera, pero me dice que seamos más prudentes con los movimientos”.

De acuerdo con Fariña, “a partir de la muerte de Néstor Kirchner, empiezan a caer las adjudicaciones de las obras públicas a Austral Construcciones. Ellos estaban recalientes. Mal y pronto, Cristina piensa que lo que hizo Lázaro Báez fue robarle dinero”.

Fariña sostuvo que “desde marzo de 2010 [cuando asegura que comenzó a trabajar en Austral Construcciones] hasta la muerte de Néstor, Lázaro venía una vez por semana [a Buenos Aires] y se juntaba con él para que le destrabara pagos porque la empresa no tenía efectivo, y a hablar cosas de ellos, tales como el negocio de Telecom y la posible compra de YPF. También hablaban por teléfono con la mayor normalidad. Lázaro le decía ‘profesor’ a Néstor”.

¿Y qué dice Báez, un correntino que desde los seis años vivió en Santa Cruz? El 30 de junio de 2016, el periodista Gasulla logró entrevistarle por teléfono desde la cárcel. Por un lado, se consideró un chivo expiatorio: “Pero, no solo Cristina. Todo el mundo me usó de forro. La Cámara Argentina de la Construcción también me usó de forro. Acá se limpiaron todos el culo conmigo porque el hilo se tiene que cortar en Báez. Porque no puede seguir para arriba. Porque a mí no me dieron el volumen de dinero que dicen que me dieron. ¿Por qué no se publicó la auditoría que mandó a hacer Vialidad Nacional en la que dicen que todas las obras son correctas?”.

Por otro lado, desmintió la versión bastante difundida de que era testaferro de los Kirchner: “¡Eso [dicen] porque no lo conocen a Néstor! No

te soltaba una moneda. No pagaba un café. ¿Usted piensa que me van a dar la plata de ellos para manejar? No me haga reír. No conocen a la gente...”.

“La fortuna de los Kirchner no la hicieron conmigo ni tampoco me la dieron a mí para que la maneje”, enfatizó.

En cambio, confirmó que se llevaba mejor con Néstor que con Cristina: “Cuando ella llegó, dejamos de tener una participación activa en todo”, y lo atribuyó a una cuestión ideológica: “Yo soy de los que piensan como Néstor. Este país necesitaba generar una reserva de 100 mil millones para tener independencia económica. Néstor, en cuatro años, juntó 57 mil millones. Cristina, en ocho, no pudo juntar ni 20 mil. Algo pasó. Por el contrario, se gastaron todo lo que tenían”.

El negocio que Báez todavía lamenta haber perdido fue la construcción de dos represas en Santa Cruz, llamadas Jorge Cepernic y Néstor Kirchner. Cristina adjudicó esas obras en 2013 a Electroingeniería, una compañía cordobesa con buenas relaciones con el influyente secretario Legal y Técnico de la Presidencia, Carlos Zannini.

Fue un contrato de 4.700 millones de dólares.

Báez se había esforzado mucho para obtenerlo. Compartía con su amigo Néstor la aversión a los viajes; no le gustaba salir de Santa Cruz, pero por esas dos represas viajó por segunda vez al exterior, a China, donde se reunió hasta con el primer ministro Wen Jiabao y consiguió como socio financiero a uno de los bancos locales más poderosos.

En su libro, Gasulla reveló que el lazarillo de Báez en China fue el empresario Franco Macri.

En su declaración judicial —desmentida por Báez—, Fariña aseguró que Kirchner y Báez guardaban una parte del tesoro en billetes en la provincia de Santa Cruz. Posiblemente, por tres razones que compartían: el gusto por el dinero físico, la desconfianza por los bancos y la conveniencia de estar líquidos frente a cualquier tipo de urgencia, política o económica.

Fariña agregó que, luego de la muerte del ex presidente, cuando decidió que no le daría nada a Cristina, Báez hizo trasladar pilas de billetes en

camiones hacia la Capital Federal y, a través de varias financieras, las sacó del país.

Y que también hubo envíos a Resistencia, donde había comprado una constructora y, según Fariña, guardó parte del botín.

Si eso ocurrió realmente así, tenía muchos lugares para esconder el dinero físico. Fariña aseguró que “en la chacra donde siempre comíamos los viernes [en Santa Cruz], guardaban una cantidad importante de dinero”. Detalla que los fajos que él vio venían siempre atados “con gomita”, y que “en una tanda de billetes, los últimos de un fajo quedaban inservibles por humedad y hongos porque uno de los lugares donde se guardaba dinero era la famosa bodega; la bodega no eran solamente *lockers*, eran cajas ciegas en la parte de abajo; esos cajones daban al piso”. Se refería a la bodega de una de las estancias de Báez.

Eduardo *Chiquito* Arnold coincide en la preferencia de Kirchner por el dinero físico. El ex vicegobernador de Santa Cruz fue el primero en revelar que los Kirchner habrían construido una bóveda en su casa en El Calafate. “Lo denuncié —explica— en el programa de Lanata. Me la mostró ella, Cristina. Yo era interventor de Yacimientos Carboníferos de Río Turbio y fui a Calafate a tomar el avión a Buenos Aires. La encontré a ella sola porque él se había ido a arreglar una muela a Gallegos, obviamente en el Tango. Fuimos a almorzar.

—¿Cómo va la casa? —le pregunté.

—Vení, vamos a verla.

La casa estaba en construcción. Entramos en un espacio que estaba semienterrado, muy grande, pero sin vidrios. Pensé que era un living o parte de un living.

—Che, ¿y las ventanas para ver el lago?

—No, esto es para poner las cajas.

—¿Qué cajas?

—Las cajas de seguridad que le compramos al Banco Hipotecario; desguazaron una sucursal y compramos todas las cajas. Así que las van a poner acá antes de terminar la obra.

—Pero ¿para qué quieren tantas?

—¡No sabés! ¡Tenemos tanta documentación acumulada! Desde la época del estudio. ¿Te acordás del estudio?

Yo me la tragué, no pensé en otra cosa. Pero después, con el tiempo, comencé a sospechar. Y varios empezaron a hablar de bóvedas en Calafate, en Gallegos... Ahí me di cuenta de que Cristina me había mostrado el espacio de la bóveda. Seguro que esas cajas ya no están más allí. ¡No van a ser tan estúpidos como para dejarlas con todo lo que se ha hablado! Yo estoy seguro de que están escondidas en alguna de las estancias más recónditas que puedan tener en la provincia”.

Luego de la denuncia de Arnold, Lanata mostró el 12 de mayo de 2013 en su programa el plano de la casa de Cristina con el espacio de la supuesta bóveda, localizado en el subsuelo, al lado de la escalera y cerca del gimnasio, el lavadero y la sala de máquinas.

Se trata de una habitación de dos metros de ancho por uno de profundidad y dos y medio de altura, que fue agregada por el arquitecto Antonio Cañas en 2002 por orden de Kirchner para “guardar documentos”, según contó el propio Cañas al programa *Periodismo Para Todos*.

Si eso es cierto, Kirchner murió arriba de la bóveda que ordenó construir cuando apenas soñaba con la presidencia del país. Justo encima del lugar que había previsto para guardar pilas de dinero físico en su propia casa calafateña.

“A la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos” (Jorge Luis Borges, en su cuento “El Sur”).

Epílogo

BORRACHERA DE PODER

El político tiene que vencer cada día y cada hora un enemigo muy trivial y demasiado humano, la muy común vanidad, enemiga mortal de toda entrega a una “causa” y de toda medida. El pecado contra el Espíritu Santo de esta profesión comienza en el momento en que el ansia de poder deja de estar exclusivamente al servicio de la “causa” para convertirse en una pura embriaguez personal.

El sociólogo y economista alemán Max Weber en *El político y el científico*.

Una democracia es sólida si logra garantizar, al mismo tiempo, una doble exigencia: la toma de decisiones y el control de quien las toma. De hecho, una buena democracia exige un líder eficaz, pero también instituciones eficaces para controlarlo.

El politólogo italiano Sergio Fabbrini, en su libro *El ascenso del Príncipe democrático*.

El populismo está en el gen argentino. Somos un país muy joven, sin tradiciones democráticas.

El politólogo argentino José *Pepe* Nun en lanacion.com, el
25 de agosto de 2015.

El ciclo kirchnerista/cristinista no terminó en una de las crisis recurrentes de la Argentina porque Cristina Kirchner repartió hasta lo que no tenía para calmar a distintos sectores sociales y gracias a la emergencia de un “poder moderador”.

Por esas dos razones, la Presidenta finalizó su segundo mandato en el tiempo previsto por la Constitución.

Afortunadamente, ni los opositores más acérrimos pudieron sacarla a empujones de la Casa Rosada ni sus partidarios más fanatizados lograron que se fuera antes, tirándoles el gobierno por la cabeza a los “enemigos del pueblo”.

El politólogo español Juan J. Linz —un experto en los quiebres de las democracias— sostiene que una de las causas de la inestabilidad política de los países presidencialistas es la ausencia de un “poder moderador”, a diferencia de los sistemas parlamentarios europeos, donde un rey o un presidente en su exclusivo rol de jefe de Estado puede timonear una crisis de gobierno sin que se convierta en una crisis de régimen.

Fue el papel que cumplió el papa Francisco entre 2013 y 2015, en un país que viene atravesado por la discordia desde la Revolución de Mayo. Un espíritu que se encarna en nombres diferentes según las épocas, como grieta y polarización.

Néstor primero y Cristina después profundizaron esa grieta original y utilizaron la polarización como táctica electoral e instrumento de gobierno. No fueron los primeros en hacerlo y, por lo que se veía al terminar de escribir este libro, en mayo de 2017, no serán los últimos.

Tampoco es la Argentina un caso aislado. En Estados Unidos, Gran Bretaña y otros países desarrollados los efectos no queridos de la globalización y el salto tecnológico han provocado una polarización en los ingresos y los empleos, que no se veía desde hacía décadas en el capitalismo del Primer Mundo.

Lógicamente, el malestar de los perjudicados terminó por derramarse al plano político, bajo la forma de una polarización electoral.

El problema de ellos es el mismo que tenemos nosotros: la polarización sirve en una campaña electoral, que es, esencialmente, un juego de suma cero para sus participantes porque los votos que gana uno son los que pierden otros.

Pero la gobernabilidad —el buen gobierno— de un país, ¿es también un juego de suma cero?

La ilusión de Néstor —heredada por Cristina— fue que con poder y con dinero podría gobernar el país durante al menos veinte años. Esos dos recursos le generarían consenso y votos para ir domesticando todas las instituciones que se interponían entre el jefe, o la jefa, y el pueblo, desde el Congreso y el Poder Judicial hasta los medios de comunicación y las empresas privadas con espaldas para actuar de manera autónoma.

El “modelo” era Santa Cruz: un Estado poderoso, dirigido por él o por ella, con una sociedad débil.

Un “modelo” que venía al encuentro del nuevo consenso social generado por la gran crisis de 2001.

Un caso más de “Socialismo del Siglo XXI” —un nombre en clave positiva, pero que le queda muy grande, al menos a las experiencias latinoamericanas— o de “populismo”, una palabra tan usada que ha perdido un significado preciso. Hasta es utilizada para descalificar cualquier iniciativa de redistribución del ingreso o, incluso, de mejoras en la capacitación de los trabajadores y en el acceso popular a una educación de alta calidad.

Mejor “democracia plebiscitaria”, un nombre más preciso y ecuánime; menos tendencioso.

La ilusión de Néstor y Cristina terminó mal por varios motivos, como hemos visto.

Tan mal finalizó que uno de los tres ejes de gobierno mencionados por Mauricio Macri en su primer discurso como Presidente, el 10 de diciembre de 2015, fue, precisamente, lograr la unidad nacional.

Palabras que en 2017 fueron cambiadas por la vieja tentación de polarizar, esta vez con vistas a los comicios legislativos de medio término y

ante la falta de resultados positivos en la gestión económica y social para seducir al electorado.

El final a los tumbos de los doce años y medio del kirchnerismo/cristinismo muestra que un gobierno sustentable debería eludir la polarización, que, como señalan el economista Michael Spence, premio Nobel en 2001, y el politólogo David Brady, “produce estancamiento económico, fragmentación política e inacción, socavando los esfuerzos para abordar los desafíos críticos de esta época”.

En este sentido, Cristina tuvo una preciosa oportunidad luego de la muerte de Néstor, cuando logró un consenso extraordinario en las urnas, con el récord del 54,11 por ciento de los votos.

Pero su formidable capacidad de comunicación —muy moderna, a tono con la “teledemocracia” y la “telepolítica”— derivó en “una pura embriaguez personal”, en una borrachera de poder, que era uno de los peligros a los que un político debía estar muy atento según Max Weber, padre fundador de la sociología moderna.

“No hay más que dos pecados mortales en el terreno de la política: la ausencia de finalidades objetivas y la falta de responsabilidad”, afirmaba Weber. Y agregaba: “La vanidad, la necesidad de aparecer siempre que sea posible en primer plano, es lo que más lleva al político a cometer uno de estos pecados o los dos a la vez”.

Weber señalaba que “el poder es el medio ineludible de la política”, siempre y cuando “la política esté al servicio de una ‘causa’. Cuando esta falta, incluso los éxitos políticos aparentemente más sólidos llevan sobre sí la maldición de la inanidad”.

¿Habrà mejor “causa” política que el progreso de todos, y todas, para superar la inanidad, la inutilidad, el sin sentido del poder por el poder mismo o del poder para la vanidad personal?

FUENTES

INTRODUCCIÓN

Sergio Fabbrini en su libro *El ascenso del Príncipe democrático*, página 43.

CAPÍTULO 1

Entrevistas a Claudio Cirille, Eduardo Arnold, Roberto Giubetich, Rafael Flores, Rafael Bielsa, Artemio López, Miriam Quiroga, Eduardo Mikulik, Guillermo Pérez Luque, y a un enfermero, tres médicos y dos ex funcionarios nacionales que no quisieron que sus nombres fueran revelados. Sobre la muerte de Néstor Kirchner, los portales de la agencia OPI Santa Cruz y Ahora Calafate del 27 al 29 de octubre de 2010; la revista *Noticias* del 30 de octubre de 2010, y los diarios *Clarín*, *La Nación*, *Perfil* y *Página/12* del 28 al 31 de octubre de 2010. En referencia a la ilusión de Kirchner sobre cómo podría gobernar la Argentina, el artículo del politólogo Vicente Palermo en *Clarín* del 27 de marzo de 2017. Cristina Kirchner sobre Néstor Kirchner en Sandra Russo: *La Presidenta*, página 163.

CAPÍTULO 2

Entrevistas a Héctor D'Amico, Mariela Arias, Daniel Hadad, Sergio Villegas, Guillermo Pérez Luque, Francisco Muñoz, Alfredo Martínez y Rafael Flores. La muerte de Néstor Kirchner, en *Clarín*, *La Nación*, *Perfil* y *Página/12* del 28 al 31 de octubre de 2010, y en *La Nación* del 27 de octubre de 2011. Daniel Gatti en *Kirchner, el amo del feudo*, página 4. El

programa radial de Kirchner, también en Bárbaro, Julio; Muiño, Oscar, y Pintos, Omar: *Lejos del bronce*, páginas 117 y 118.

CAPÍTULO 3

Entrevistas a Walter Yosver, María Inés Ilhero, Eduardo Mikulnik, Daniel Peralta y a un médico, un enfermero y tres dirigentes políticos que no quisieron que sus nombres fueran revelados. La muerte de Néstor Kirchner en *Noticias* del 30 de octubre de 2010. El hotel Los Sauces Casa Patagónica en *Clarín* del 26 de agosto y 2 de septiembre de 2016, *Perfil* del 20 de noviembre de 2014 y *La Nación* del 9 de octubre y 23 de noviembre de 2016. Los alquileres pagados por empresarios a los Kirchner, en *La Nación* del 21 y 29 de diciembre de 2013 y *Clarín* del 10 y 23 de enero de 2017. Juan Domingo Perón en su libro: *Manual de conducción política*, página 187. Carlos Corach en mi libro *Doce noches*, página 72.

CAPÍTULO 4

Entrevistas a Guillermo Pérez Luque, Sergio Villegas, Walter Yosver, Claudio Cirille, Eduardo Mikulnik, Julio Piumato y a tres médicos, un enfermero y cinco ex funcionarios y ex asistentes de Néstor y Cristina Kirchner que prefirieron mantener el anonimato. El costo de la costanera calafateña, en *Clarín* del 16 de julio de 2016. Qué pasó en El Calafate el día de la muerte de Kirchner, también en ahoracalafate.com el 27 de octubre de 2011. El padre Lito Álvarez, también en su sermón del 15 de febrero de 2015, según la crónica de ahoracalafate.com. El reparto de terrenos fiscales, en De Lamadrid, Álvaro: *El pingüino emperador*, páginas 83 a 126. El informe “33 dudas sobre la muerte de Néstor Kirchner” en varios sitios (por ejemplo en www.quepasasalta.com.ar del 21 de diciembre de 2015). Hugo Moyano en *La Nación* del 1º de noviembre de 2010 y *Clarín* del 8 de abril de 2014. Pablo Grippo en *Clarín* del 30 de noviembre de 2014 y *Perfil* y *La Nación* del 20 de octubre de 2012. Ricardo Barreiro en *Clarín* del 22 de noviembre de 2016 y *La Nación* y *Perfil* del 12 de mayo de 2013.

CAPÍTULO 5

Entrevistas a Sergio Villegas, Walter Yosver, Claudio Cirille, Eduardo Mikulnik, Miriam Quiroga y a tres médicos, un enfermero y cinco ex funcionarios y ex asistentes de Néstor y Cristina Kirchner que prefirieron mantener el anonimato. El informe “33 dudas sobre la muerte de Néstor Kirchner” en varios sitios (por ejemplo en www.quepasasalta.com.ar del 21 de diciembre de 2015). Nelson Castro en su libro *Secreto de Estado*, páginas 178 y 179. Luis Majul en su libro *El Dueño*, páginas 47 y 48. La denuncia de Juan Ricardo Mussa, en www.tn.com.ar del 6 de diciembre de 2015. Cristina Kirchner y la muerte de su marido, en Sandra Russo: *La Presidenta*, páginas 311 y 312. Cristina Kirchner al inaugurar el hospital, en www.cfkargentina.com del 15 de febrero de 2015.

CAPÍTULO 6

Entrevistas a Eduardo Valdés, Héctor D’Amico, Francisco Muñoz, Eduardo Arnold, Miriam Quiroga, Carlos Rodríguez y a dos médicos y tres ex funcionarios que no quisieron que sus nombres fueran dados a conocer. Los partidos en Olivos, en Daniel Míguez: *Kirchner íntimo*, página 172. Los problemas de salud de Néstor Kirchner en 2010, en Nelson Castro: *Secreto de Estado*, páginas 185 a 217, y *Clarín*, *La Nación* y *Perfil* del 12 de septiembre al 31 de octubre de 2010. El decreto de Kirchner sobre las máquinas tragamonedas en el Hipódromo Argentino de Palermo, en *Perfil* del 3 de febrero de 2008. Julio Bárbaro en su libro, junto a Oscar Muño y Omar Pintos: *Lejos del bronce*, página 201. La operación de hemorroides, también en Luis Majul: *El Dueño*, páginas 41 a 43.

CAPÍTULO 7

Entrevistas a Julio César Aráoz, Rafael Bielsa, Artemio López, Eduardo Arnold, Francisco Muñoz, Alberto Fernández, Miriam Quiroga, Julio Bárbaro, Alberto Iribarne y cuatro ex funcionarios y dirigentes que pidieron mantenerse en el anonimato. La entrevista de Jorge Rial a Cristina Kirchner

fue realizada en el ciclo *Desde otro lugar* y transmitida por el canal América. Pablo Senyszyn en *La Nación* del 30 de agosto de 2013.

CAPÍTULO 8

Entrevistas a Alfredo Martínez, Rafael Bielsa, Alberto Fernández, Omar Pintos, Abel Posse y a tres dirigentes que pidieron mantenerse en el anonimato. Sergio Acevedo en mi libro *Doce noches*, páginas 259 a 262. Alberto Fernández también en www.elintransigente.com del 23 de febrero de 2016 y *El Cronista* del 24 de febrero de 2016. María Sanz de Portela, Ricardo Patterson, Ricardo Rodríguez y José Luis Cárcamo, en Julio Bárbaro, Oscar Muiño y Omar Pintos: *Lejos del bronce*, páginas 92 y 93; 120; 64, y 37, 40 y 41. Osvaldo Bayer en el diario *El Mundo*, de España, el 5 de febrero de 2010. Emilio García Pacheco en *La Nación* del 18 de mayo de 2003 y *La Capital*, de Rosario, y *La Gazeta*, de San Miguel de Tucumán, del 28 de octubre de 2010. Omar Pintos también en Julio Bárbaro, Oscar Muiño y Omar Pintos: *Lejos del bronce*, páginas 22 y 23. Abel Posse también en su libro *Sobrevivir Argentina*, páginas 53 a 61. Rubén Lasagno en la agencia OPI Santa Cruz del 29 de septiembre de 2016.

CAPÍTULO 9

Entrevistas a Rafael Flores y Alberto Iribarne. María Juana Ostoic en *Página/12* del 31 de octubre de 2010. Hebe de Bonafini en infobae.com y clarin.com del 23 de marzo de 2017. La carta de Hebe de Bonafini en la agencia estatal Télam del 28 de octubre de 2010. Milagros Pierini en la agencia OPI Santa Cruz del 11 de octubre de 2012. La importancia de los organismos de derechos humanos en la hegemonía K, en mi libro *Operación Traviata*, páginas 9 a 31. La charla entre Kirchner y José Pablo Feinmann, en el libro de Feinmann: *El Flaco*, páginas 130 y 131. El diálogo entre Kirchner y Ramón Puerta, en mi libro *Doce noches*, página 393. Estela de Carlotto sobre los hijos de Ernestina Herrera de Noble, en el diario *Perfil* del 15 de noviembre de 2009. Las políticas de derechos humanos de Adolfo Rodríguez Saá y Kirchner, en mi libro *Doce noches*,

páginas 281 a 300. Antonio Gramsci en su libro: *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, páginas 151 a 161. Rafael Flores también en Julio Bárbaro, Oscar Muiño y Omar Pintos: *Lejos del bronce*, páginas 103 a 107.

CAPÍTULO 10

Entrevistas con Rafael Bielsa, Rafael Flores y cuatro dirigentes kirchneristas que solicitaron permanecer en el anonimato. Adolfo Rodríguez Saá en mi libro *Doce noches*, página 293. Horacio Verbitsky en mi libro *Doce noches*, páginas 286 a 291. El papel de Eduardo Duhalde en la elección de Kirchner como candidato, en mi libro *Doce noches*, páginas 389 a 395. Sergio Acevedo en mi libro *Doce noches*, páginas 126 y 127. Nicolás Maquiavelo en su libro *El Príncipe*, página 61.

CAPÍTULO 11

Entrevistas con Julio Piumato, Alberto Fernández, Daniel Peralta, y dos ex funcionarios y dos dirigentes peronistas que prefirieron que sus nombres no sean dados a conocer. Alejandro Alfie en su libro *Los agentes de Néstor y Cristina*, páginas 98 a 107, donde detalla la reunión entre Néstor Kirchner y Diego Gvirtz. Martín Lousteau en www.clarin.com y www.lavoz.com del 25 de junio de 2015. El voto de Julio Cobos en el Senado, también en los diarios *Clarín* y *La Nación* del 18 al 20 de julio de 2008. La furia de Kirchner luego de la derrota en el Senado, también en Luis Majul: *El Dueño*, páginas 437 a 444. Cristina Kirchner en la entrevista de Jorge Rial por América el 29 de septiembre de 2013.

CAPÍTULO 12

Entrevistas con Alberto Fernández, Alfredo Martínez, Daniel Peralta, Alberto Iribarne, Rafael Bielsa, Jorge Raventos, Rosendo Fraga, Artemio López, Francisco Muñoz, Omar Pintos y un ex intendente bonaerense y cuatro ex funcionarios que prefirieron que sus nombres no sean dados a

conocer. Héctor Magnetto en su libro con Marcos Novaro: *Así lo viví*, páginas 88 a 113. La renuncia de Héctor Cámpora y el triunfo electoral de Juan Perón, en mi libro *Operación Traviata*, páginas 243 a 258. La anécdota de Antonio Cafiero me la contó él mismo para mi libro *Operación Traviata*. Cristina Kirchner sobre el conflicto con el campo, en la entrevista con Jorge Rial el 29 de septiembre de 2013 por el canal *América*, y en Sandra Russo: *La Presidenta*, páginas 297 y 298. Hugo Curto en mi libro *Doce noches*, página 63. José Luis Cárcamo en Julio Bárbaro, Oscar Muiño y Omar Pintos: *Lejos del bronce*, páginas 34 y 35.

CAPÍTULO 13

Entrevistas a Francisco Muñoz, Alberto Fernández, Rafael Bielsa, Víctor Bugge y tres ex funcionarios que pidieron permanecer en el anonimato. Para una revisión crítica del enfoque sobre la política como espectáculo, Sergio Fabbrini: *El ascenso del Príncipe democrático*, páginas 55 a 78. El velatorio de Néstor Kirchner en la Casa Rosada, en *Clarín*, *La Nación*, *Perfil* y *Página/12* del 29 y 30 de octubre de 2010. Javier Grosman en *La Nación+* del 13 de diciembre de 2016, y en *La Nación* del 9 de diciembre y *Clarín* del 12 de mayo, ambos de 2012. El papa Francisco en Infobae.com el 10 de noviembre de 2016. La misa de Jorge Bergoglio por Kirchner, en Infobae.com del 27 de octubre de 2016.

CAPÍTULO 14

Entrevistas a Roberto Giubetich, Daniel Peralta, Francisco Muñoz, Carlos Portela y dos ex funcionarios nacionales. Giubetich también en Di Marco, Laura: *Cristina Fernández, la verdadera historia*, páginas 75 a 83. Leonardo Fariña sobre Sebastián Eskenazi, en Luis Gasulla: *El negocio político de la obra pública*, página 141. El mausoleo, en *Clarín* y *La Nación* del 27 y 28 de octubre de 2011; *Clarín* del 4 y 17 de mayo de 2016, y *elmundo.es* del 27 de octubre de 2011. Lázaro Báez, en entrevista de Luis Gasulla el 30 de junio de 2016.

CAPÍTULO 15

Entrevistas a Artemio López, Eduardo Valdés, Alberto Iribarne y Rafael Flores. Jaime Durán Barba en un email que me envió el 13 de marzo de 2017. Cristiano Rattazzi en apuntes tomados en la cena de la Fundación Global, donde yo fui el otro invitado especial. Un análisis de las consecuencias de la Asignación Universal por Hijo, en *La Nación* del 23 de junio de 2014. Los discursos de Cristina Kirchner, en Luis Majul: *Él y Ella*, páginas 369 a 389.

CAPÍTULO 16

Entrevistas a Rafael Flores, Rafael Bielsa, Alfredo Martínez, Daniel Hadad, Rosendo Fraga, Eduardo Valdés, Carlos Corach y seis ex funcionarios que pidieron permanecer en el anonimato. Las cadenas nacionales de Cristina Kirchner, en *La Nación* del 21 de mayo de 2015. Diana Conti en Radio LT 2, de Rosario, el 28 de febrero de 2011. La conversación entre Cristina Kirchner y Oscar Parrilli fue dada a conocer el 23 de enero de 2017. Sergio Acevedo en mi libro *Doce noches*, páginas 259 y 260. La evolución del PBI, en *El Cronista* del 30 de junio de 2016, con los datos revisados del Indec, y la inflación en 2015 en infobae.com del 8 de febrero de 2016.

CAPÍTULO 17

Entrevistas a Luis Gasulla, Eduardo Arnold, Alfredo Martínez, Francisco Muñoz, Carlos Portela, Rafael Flores, Daniel Peralta y cuatro ex funcionarios de Néstor y Cristina Kirchner que pidieron permanecer en el anonimato. Los fallos de los jueces federales Julián Ercolini y Claudio Bonadio en la página del Centro de Información Judicial (CIJ). Sergio Moro en Vladimir Netto: *Lava Jato*, páginas 258 a 261, y 171. El patrimonio de Lázaro Báez en *Clarín* del 4 de abril de 2017. Norma Calismonte en Luis Gasulla: *El negocio político de la obra pública*, páginas 119 y 120. Báez en entrevista con Luis Gasulla, por teléfono y desde el penal de Ezeiza, el 30 de junio de 2016. Cristina Kirchner en el libro de Sandra Russo: *La Presidenta*, página 313. Leandro Báez en su declaración ante el juez

Claudio Bonadio, según infobae.com del 22 de febrero de 2017. La investigación sobre Los Sauces SA en infobae.com del 3 de febrero y perfil.com del 25 de febrero, ambos de 2017.

CAPÍTULO 18

Entrevistas a Rafael Flores, Rafael Bielsa, Eduardo Arnold, Francisco Muñoz, Alfredo Martínez y cinco ex funcionarios que pidieron permanecer en el anonimato. La declaración judicial de Leonardo Fariña, en infobae.com del 20 de abril de 2016. Lázaro Báez en Luis Gasulla: *El negocio político de la obra pública*, páginas 81, 231, 232 y 370. Jorge Luis Borges en *Ficciones*, página 201.

EPÍLOGO

Juan J. Linz en su libro *La quiebra de las democracias*, páginas 127 a 131. La ilusión de Néstor Kirchner en el artículo del politólogo argentino Vicente Palermo, en *Clarín* del 27 de marzo de 2017. Michael Spence y David Brady en el artículo en la revista *Fortuna* de junio de 2017. Max Weber en su libro *El político y el científico*, páginas 155 a 157, y José Pepe Nun, en lanacion.com del 25 de agosto de 2015.

BIBLIOGRAFÍA

- Alconada Mon, Hugo: *La piñata*, Buenos Aires, Planeta, 2015.
- Alfie, Alejandro: *Los agentes de Néstor y Cristina*, Buenos Aires, Margen Izquierdo, 2015.
- Bárbaro, Julio; Muiño, Oscar, y Pintos, Omar: *Lejos del bronce*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.
- Bigongiari, Diego: *Guarangadas K*, Buenos Aires, Margen Izquierdo, 2015.
- Cabot, Diego, y Olivera, Francisco: *Los platos rotos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.
- Castro, Nelson: *Secreto de Estado*, Buenos Aires, Sudamericana, 2016.
- Chazarreta, Miguel Ángel: *La époKa, la expansión del Modelo Santa Cruz*, Buenos Aires, Ediciones del Golfo, 2010.
- Curia, Walter: *El último peronista*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.
- Delfino, Emilia, y Martín, Mariano: *El hombre del camión*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008.
- De Lamadrid, Álvaro: *El pingüino emperador*, Buenos Aires, Pluma y Papel Ediciones, 2011.
- Di Marco, Laura: *Cristina Fernández, la verdadera historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014.
- Di Marco, Laura: *La Cámpora*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.
- Edelman, Murray: *La construcción del espectáculo político*, Buenos Aires, Manantial, 1991.
- Fabbrini, Sergio: *El ascenso del Príncipe democrático*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Feinmann, José Pablo: *El Flaco*, Buenos Aires, Planeta, 2011.
- Gasulla, Luis: *El negocio político de la obra pública*, Buenos Aires, Sudamericana, 2017.

Gramsci, Antonio: *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.

Iglesias, Fernando: *La década saKeada*, Buenos Aires, Margen Izquierdo, 2016.

Leuco, Alfredo: *Juicio y castigo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

Lucca, Nicolás: *Lo que el modelo se llevó*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

Llach, Juan J., y Lagos, Martín: *El país de las desmesuras*, Buenos Aires, Editorial El Ateneo, 2014.

Magnetto, Héctor, y Novaro, Marcos: *Así lo viví*, Buenos Aires, Planeta, 2016.

Majul, Luis: *El Dueño*, Buenos Aires, Planeta, 2009.

Majul, Luis: *Él y Ella*, Buenos Aires, Planeta, 2011.

Maquiavelo, Nicolás: *El Príncipe*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1974.

Mora y Araujo, Manuel: *La Argentina bipolar*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

Netto, Vladimir: *Lava Jato*, Río de Janeiro, Primeira Pessoa, 2016.

Noticias, 25 años, el libro de plata, Buenos Aires, Editorial Perfil, 2014.

Novaro, Marcos; Bonvecchi, Alejandro, y Cherny, Nicolás: *Los límites de la voluntad*, Buenos Aires, Ariel, 2014.

Portantiero, Juan Carlos: *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1983.

Posse, Abel: *Sobrevivir Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2014.

Reato, Ceferino: *Doce noches*, Buenos Aires, Sudamericana, 2015.

Reato, Ceferino: *Operación Traviata*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

Redrado, Martín: *Las cuentas pendientes*, Buenos Aires, Planeta, 2015.

Russo, Sandra: *Fuerza propia*, Buenos Aires, Debate, 2014.

Russo, Sandra: *La Presidenta*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

Sarlo, Beatriz: *La audacia y el cálculo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.

Sidicaro, Ricardo: *Los tres peronismos*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010.

Sierra, Gustavo: *Sinaloa, Medellín, Rosario. Argentina, la nueva meca de los carteles mexicanos y colombianos*, Buenos Aires, Planeta, 2014.

Simioni, Adrián: *Éramos tan progres*, Córdoba, Raíz de dos, 2015.

Wainfeld, Mario: *Kirchner, el tipo que supo*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2016.

Weber, Max: *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

Zanatta, Loris: *El populismo*, Buenos Aires, Katz Editores, 2014.

Zanini, Eduardo: *El creador, Carlos Zannini, el verdadero cerebro del kirchnerismo*, Buenos Aires, Planeta, 2014.

Zuleta, Ignacio: *Macri confidencial*, Buenos Aires, Planeta, 2016.

OceanofPDF.com

Índice onomástico

Aaset, Victoria de
Abal Medina, Juan Manuel
Acevedo, Sergio
Águila, Antonio
Alak, Julio
Alarcón, Juan Francisco
Albistur, Enrique
Alderete, Juan Carlos
Alen González, Benito
Alfie, Alejandro
Alfonsín, Raúl
Alfonsín, Ricardo
Allende, Salvador
Álvarez, Carlos
Álvarez, Carlos Chacho
Álvarez, Daniel
Aráoz, Daniel
Aráoz, Julio César
Arias, Mariela
Arnold, Eduardo
Arroyo Salgado, Sandra
Asís, Jorge
Avelluto, Pablo
Aznar, José María

Bachelet, Michelle

Bacman, Roberto
Báez, Lázaro
Báez, Leandro
Báez, Martín
Balbín, Ricardo
Bárbaro, Julio
Barreiro, Pablo
Barreiro, Ricardo
Bauer, Ernesto
Bauer, Esteban
Bauer, Tristán
Bayer, Osvaldo
Belgrano, Manuel
Belloni, Javier
Bendini, Roberto
Benedetti, Mario
Bergoglio, Jorge (papa Francisco)
Bielsa, Rafael
Bignone, Reynaldo
Blumberg, Axel
Blumberg, Juan Carlos
Bonadio, Claudio
Bonafini, Hebe de
Bonaparte, Napoleón
Bonasso, Miguel
Borges, José Luis
Bossio, Diego
Boudou, Amado
Bounine, Isidro
Brady, David
Bravo, Marcelo
Brinzoni, Ricardo
Brown, Carlos
Bugge, Víctor

Buonomo, Luis
Bush, George W.
Busti, Sergio
Bustos, María Angélica

Cabandié, Juan
Cafiero, Antonio
Calcaterra, Ángelo
Calismonte, Norma
Cámpora, Héctor J.
Cañas, Antonio
Capitanich, Jorge
Capurro, Doris
Caputo, Nicolás
Caramutti, Víctor
Carca, Elisa
Cárcamo, José Luis
Carlotto, Estela de
Carrió, Elisa
Casanello, Sebastián
Casaretto, Jorge
Castellanos, Juan
Castro, Alicia
Castro, Nelson
Cavallo, Domingo
Cebrián, Juan Luis
Cepernic, Jorge
Chávez, Hugo
Cirille, Claudio
Cobos, Julio
Conti, Diana
Cooke, John William
Copani, Ignacio
Coppola, Francis Ford

Corach, Carlos
Corregidor, Pedro
Costa, Eduardo
Cremona de Peralta, Nélida
Curto, Hugo

D'Amico, Héctor
D'Elía, Luis
Da Silva, Luiz Inácio Lula
Das Neves, Mario
De la Rúa, Fernando
De la Sota, José Manuel
De Lamadrid, Álvaro
De Narváez, Francisco
De Pedro, Eduardo
De Polanco, Jesús
De Vido, Julio
Del Boca, Andrea
Del Potro, Juan Martín
Depetri, Edgardo
Di Marco, Laura
Di Monte, Rubén
Diana, Nicolás
Díaz Bancalari, José María
Díaz Díaz, Ángel Ramón
Duarte de Perón, Eva
Duhalde, Eduardo
Duhalde, Hilda
Dupláa, Nancy
Durán Barba, Jaime
Durrell, Lawrence

Echarri, Pablo
Echegaray, Ricardo

Edelman, Murray
Ercolini, Julián
Errázuriz, Federico
Eskenazi, Enrique
Eskenazi, Sebastián

Fabbrini, Sergio
Fábrega, Juan Carlos
Farinello, Luis
Fariña, Leonardo
Favale, Cristian
Fayt, Carlos
Fein, Mónica
Feinmann, José Pablo
Fellner, Eduardo
Fernández Meijide, Graciela
Fernández, Alberto
Fernández, Aníbal
Ferreira, Mariano
Filmus, Daniel
Firmenich, Mario
Flores, Rafael
Fontevicchia, Jorge
Fraga, Rosendo
Freile, Martín

Gallardo, José Raúl
García Pacheco, Emilio
García, Marco Aurelio
García, Rocío
Garré, Nilda
Garzón, Baltasar
Garzón, Gustavo
Gasulla, Luis

Gatti, Daniel
Gelblung, Samuel
Giardinelli, Mempo
Gieco, León
Gioja, José Luis
Giubetich, Roberto
Giustiniani, Rubén
Goldberg, Diego
González Fernández, Teresa
González Galeano, Alejandro
Goris, Esther
Gotti, Sergio
Gotti, Vittorio
Gramsci, Antonio
Granero, José Ramón
Grippio, Pablo
Grosman, Javier
Guevara, Ernesto
Gutiérrez, Fabián
Gvirtz, Diego

Hadad, Daniel
Hernández Arregui, Juan José
Herrera de Noble, Ernestina

Ibarra, Aníbal
Icazuriaga, Héctor
Ilhero, María Inés
Insaurralde, Martín
Iribarne, Alberto

Jaime, Ricardo
James, Diqui
Jaunarena, Horacio

Jaureche, Arturo
Jelinek, Karina
Jiabao, Wen

Kaenel de Kirchner, Margarita (abuela)
Kalmus, Leopoldo
Kalmus, Matías
Kennedy, John F.
Kicillof, Axel
Kirchner, Alicia
Kirchner, Carlos (abuelo)
Kirchner, Carlos Arturo (tío)
Kirchner, Florencia
Kirchner, María Cristina
Kirchner, Máximo
Kirchner, Néstor Carlos (padre)
Kirchner, Néstor Santiago (primo)
Kornblihtt, Alberto
Kosteki, Maximiliano
Kunkel, Carlos

Laguna, Justo
Lanata, Jorge
Lanusse, Alejandro Agustín
Laplace, Víctor
Larcher, Francisco
Larroque, Andrés
Lasagno, Rubén
Lavagna, Roberto
Ledesma (El Negro)
Lerke, Eduardo
Lestard, Renato
Leyrado, Juan
Linz, Juan J.

López Murphy, Ricardo
López, Artemio
López, Carlos
López, Cristóbal
López, José
López, Roberto
Lousteau, Martín

Macri, Franco
Macri, Mauricio
Magnetto, Héctor
Majul, Luis
Mansilla, Francisco
Maquiavelo, Nicolás
Maradona, Diego
Marijuan, Guillermo
Marín, Rubén
Marrale, Jorge
Martí, José
Martínez de Hoz, José Alfredo
Martínez de Perón, María Estela
Martínez, Alfredo
Martínez, Valerio
Massa, Sergio
Mazzón, Juan Carlos
Méndez, Néstor
Menem, Carlos
Mercado, Armando
Mercado, Natalia
Mercado, Romina
Merello, Tita
Michetti, Gabriela
Mikulik, Eduardo
Milani, César

Milito, Diego
Miño, Raúl
Molina, Juan Carlos
Morales, Evo
Moreno, Guillermo
Moro, Sergio
Moyano, Hugo
Muñoz, Daniel
Muñoz, Francisco
Mussa, Juan Carlos
Mussi, Juan

Nieto, Santiago
Nieva, Oscar
Nisman, Alberto
Novaro, Marcos
Novillo, Tomás
Nun, José

Oesterheld, Héctor
Olazagasti, José María
Olivera, Héctor
Ostoic, María Juana
Otero, Sergio

Palleros, Diego (h)
Palleros, Diego Emilio
Pampuro, José
Parrilli, Oscar
Pavlovsky, Eduardo
Pedraza, José
Peña, Florencia
Peralta, Daniel
Peralta, Hugo

Peralta, Matías
Perechodnik, Fabián
Peretti, Ider
Pereyra Arandía, Patricio
Pérez González, Francisco
Pérez Luque, Guillermo
Pérez, Francisco
Pérez, Patricia
Perinciolli, Ignacio
Perón, Juan Domingo
Perotti, Omar
Pérsico, Emilio
Piaget, Jean
Pichetto, Miguel
Pierini, Milagros
Pietragalla, Horacio
Pintos, Omar
Piumato, Julio
Plager, Débora
Pollicita, Gerardo
Portela, Carlos
Posse, Abel
Puerta, Ramón
Puiggrós, Rodolfo

Quinquela Martín, Benito
Quiroga, Elizabeth Miriam
Quiroga, Marcelo

Rached, Emilio
Radrizzani, Agustín
Rafecas, Daniel
Ramos, Jorge Abelardo
Randazzo, Florencio

Rattazzi, Cristiano
Raventos, Jorge
Recalde, Mariano
Relats, Juan Carlos
Reutemann, Carlos
Rial, Jorge
Riquelme, Flavio
Rivera, Fructuoso
Robustelli, Horacio
Roca, Julio Argentino
Rocca, Paolo
Rodríguez Saá, Adolfo
Rodríguez, Carlos
Rodríguez, Jesús
Rodríguez, Ricardo
Romanín, Juan Carlos
Römer, Graciela
Romero, Juan Carlos
Roquel, Héctor
Rosas, Juan Manuel de
Rosauer, Juan
Rouquié, Alain
Rove, Karl
Rucci, José Ignacio
Ruckauf, Carlos
Russo, Sandra

Sábat, Hermenegildo
Sabio, Rodrigo
Salinas, Lucía
San Martín, José de
Sancho, Carlos
Sanfelice, Osvaldo
Santillán, Darío

Sanz de Portela, María
Sanz, Ernesto
Sarmiento, Domingo F.
Saromé, Juan
Schiaretti, Juan
Schmitt, Carl
Schoklender, Sergio
Scioli, Daniel
Segovia, Alberto
Senyszyn, Pablo Néstor
Serrano, Elsa
Shaw, George Bernard
Silveyra, Soledad
Solá, Felipe
Solanas, Fernando
Solano Lima, Vicente
Solano López, Francisco
Soto, Sergio
Spaccavento, Donato
Spadaro, Antonio
Spence, Michael
Stolbizer, Margarita
Suárez, Fernando

Timerman, Héctor
Tinelli, Marcelo
Toma, Miguel Ángel
Torrella, Juan
Tse-tung, Mao
Tumini, Humberto

Ulloa Igor, Rudy
Urquía, Roberto
Urribarri, Sergio

Urtubey, Juan Manuel

Valdés, Eduardo

Valenzuela, Diego

Vargas Llosa, Mario

Varizat, Daniel

Vázquez, Francisco

Vázquez, Oscar

Verbitsky, Horacio

Verón, Mariana

Verón, Sebastián

Vidal, María Eugenia

Videla, Jorge Rafael

Villegas, Sergio

Vizcaíno, Raúl

Weber, Max

Wilhelm de Fernández, Ofelia

Yosver, Walter

Zacarías, Rubén

Zamora, Gerardo

Zannini, Carlos

Zavala, Santiago

Zuleta Puceiro, Enrique

“Muchachos, el próximo presidente voy a ser yo salvo que me muera antes.”

Néstor Kirchner a un grupo de dirigentes oficialistas y encuestadores. Residencia de Olivos, dos semanas antes de su muerte

A siete años de aquel miércoles 27 de octubre de 2010, la Argentina sigue sin saber con certeza dónde, a qué hora y de qué murió Néstor Kirchner; tampoco, si se podría haber salvado. Con un estilo que ya es marca — información original y precisa en una narración atrapante—, Ceferino Reato cuenta qué pasó exactamente ese día en El Calafate, explica cómo se reconfiguró el poder político en el país a partir de esa noche y da respuesta a las preguntas pendientes: ¿Cómo se llevaban realmente, puertas adentro, Néstor y Cristina? ¿Cuánto sabía ella del esquema de corrupción organizado por él? ¿Qué pasó en la despedida íntima antes del traslado del cuerpo a Buenos Aires? ¿Por qué el velatorio público se hizo a cajón cerrado? Por primera vez, la trama completa de la tragedia que dio origen al poderoso liderazgo de Cristina Fernández.

OceanofPDF.com



CEFERINO REATO

(1961, Crespo, Entre Ríos) es periodista y licenciado en Ciencia Política. Fue redactor en la sección Política Nacional del diario *Clarín*; editor jefe en *Perfil*; corresponsal de la agencia internacional de noticias ANSA en San Pablo, Brasil, y consejero de prensa de la Embajada argentina ante el Vaticano.

Actualmente, es editor ejecutivo de la revista *Fortuna*; colabora en el área audiovisual del sitio *Infobae*; conduce el programa *Retweet* en FM Cultura y el ciclo *A fuego lento*, junto con Clara Mariño en Canal 26.

En 2008 publicó *Operación Traviata*, que relanzó los libros de investigación periodística y reabrió la causa judicial sobre la muerte del sindicalista José Ignacio Rucci. En 2010, *Operación Primicia* —acerca del debut del Ejército Montonero— reveló las controvertidas y millonarias indemnizaciones a los familiares de guerrilleros muertos en el ataque a un cuartel en Formosa durante el gobierno constitucional de Isabel Perón. En 2012, la versión original de *Disposición final* —la confesión del ex dictador Jorge Rafael Videla sobre los desaparecidos— se convirtió en un documento histórico. En 2013, *¡Viva la sangre!* conmocionó con su retrato despiadado de la Córdoba del 75, entre la “patria socialista” y la constitución del ADN de la dictadura. En 2015 publicó *Doce noches*, sobre la gran crisis de 2001, una bisagra histórica en la que se sucedieron cinco presidentes en apenas doce jornadas. Todos sus libros se volvieron rápidamente *best sellers* y siguen renovando sus lectores. En 2017 fue

distinguido por la Fundación Konex como uno de los cinco mejores periodistas de la última década en el rubro Investigación.

Foto: © Alejandra López

OceanofPDF.com





Otros títulos del autor en megustaleer.com.ar

OceanofPDF.com

Reato, Ceferino

“Salvo que me muera antes” / Ceferino Reato. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2017.

(Investigación Periodística)

Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.

ISBN 978-950-07-5938-0

1. Investigación Periodística. I. Título.

CDD 070.4

Foto de cubierta: Cortesía Víctor Bugge. Presidencia de la Nación

Edición en formato digital: agosto de 2017

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-5938-0

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

OceanofPDF.com

Índice

“Salvo que me muera antes”

Introducción: Un instante, dos historias

Capítulo 1: “No lo toquen más a Néstor”

Capítulo 2: Cuando el médico escribió “frío” en su celular

Capítulo 3: La heredera de Lupo

Capítulo 4: “Yo no soy ninguna vieja chota”

Capítulo 5: Dudas y certezas

Capítulo 6: Superman

Capítulo 7: Una pareja volcánica

Capítulo 8: El héroe patagónico

Capítulo 9: “Carta a Néstor, mi hijo”

Capítulo 10: El heredero de la gran crisis

Capítulo 11: Los oligarcas

Capítulo 12: Cuándo se jodió el kirchnerismo

Capítulo 13: Cómo transformar una tragedia en una puesta de escena

Capítulo 14: Las manos de Kirchner

Capítulo 15: Cristina Viuda

Capítulo 16: Los leales

Capítulo 17: “Los jefes de la banda”

Capítulo 18: “¡Para qué tanto dinero!”

Epílogo: Borrachera de poder

Fuentes

Bibliografía

Índice onomástico

Sobre este libro

Sobre el autor

Otros títulos del autor

Créditos

OceanofPDF.com